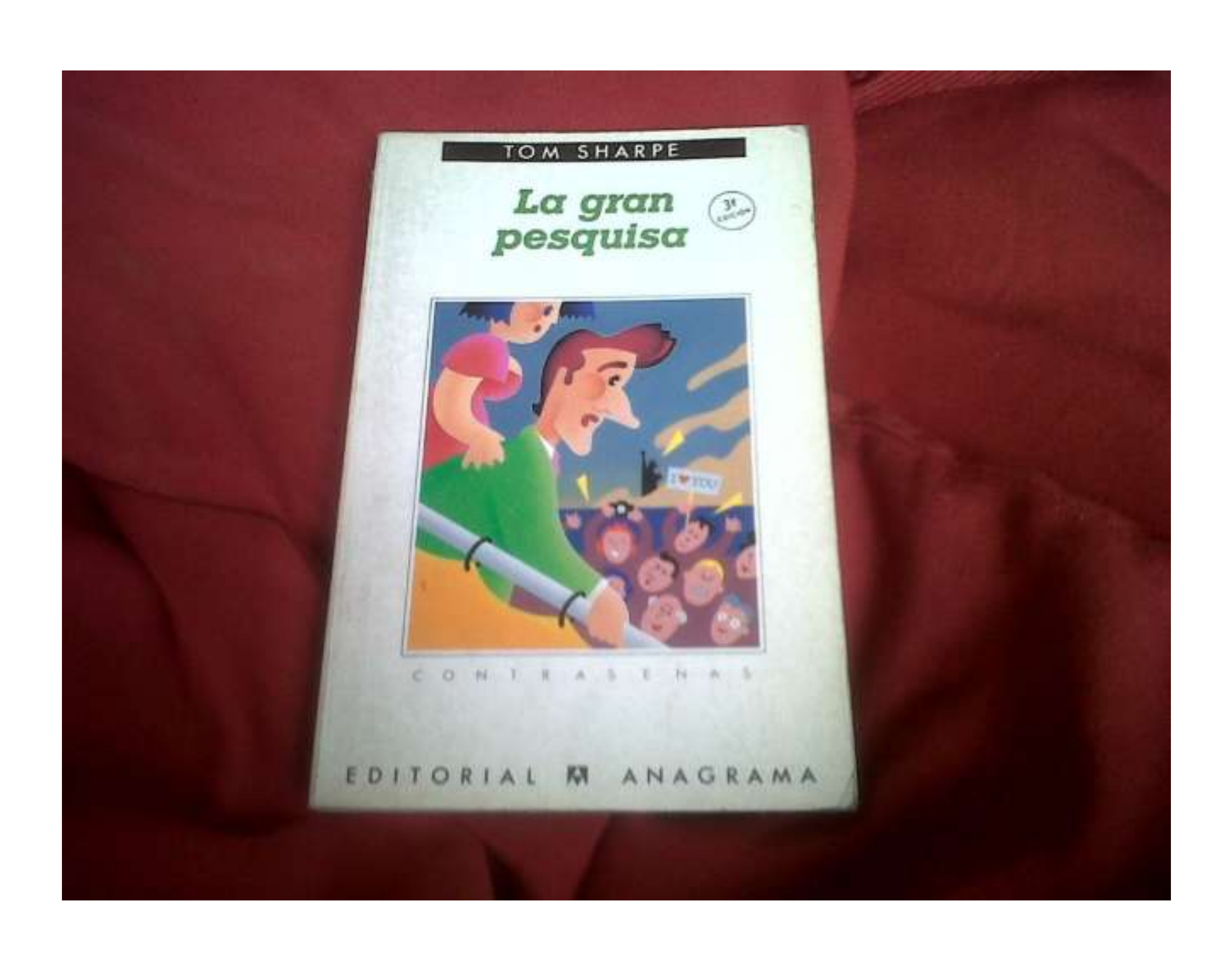

TOM SHARPE
La gran pesquisa
3ª edición
I ♥ YOU
CONTRASEÑAS
EDITORIAL ANAGRAMA

Tom Sharpe

La gran pesquisa

Frederick Frensic es un agente literario londinense de reputación intachable y un olfato infalible para los éxitos de ventas. Un buen día llega a sus manos Deteneos, oh hombres, ante la virgen. Se trata de un manuscrito insólito que contiene todos los ingredientes necesarios que catapultan indefectiblemente a la cumbre, pero, por desgracia, el autor exige el más estricto anonimato. Resuelto a remediar semejante engorro, el agente literario se estrujará las meninges hasta dar con la solución. Piper, sempiterno aspirante a escritor y autor de tantas versiones de En busca de la infancia perdida como años le separan de ella, se convertirá en su víctima propiciatoria… Pero no será la única: le seguirá toda una retahíla de curiosos personajes, desde Geoffrey Corkadale, editor arruinado de prestigio indiscutible hasta Hutchmeyer de tanta fortuna como pocos escrúpulos. El enredo está servido. De la mano de Tom Sharpe, realizaremos un viaje que nos llevará hasta los Estados Unidos a través de un paródico mundo editorial sembrado de amores escandalosos entre un adolescente y una anciana, maniobras fraudulentas, mansiones en llamas, complots de catastróficos desenlaces, editores ignorantes, escritores pazguatos, y asistiremos a enloquecidas manifestaciones callejeras, a conversiones religiosas de un fanatismo fundamentalista y a misas imposibles en la Iglesia de la Gran Pesquisa… En resumen, un relato de peripecias desopilantes de un escritor con una visión cómica infalible.

Título original: *The Great Pursuit*

1977, Tom Sharpe

ISBN: 978-84-339-2345-5

Edición en ePub: Marzo 2012

CAPITULO I

Cuando preguntaban a Frensic porqué tomaba rapé, respondía que, en justicia, él habría debido nacer en el siglo XVIII. Era, según decía, el siglo que mejor casaba con su temperamento y modo de vida; la era de la razón, del estilo, del progreso y la expansión, y de todas aquellas otras características que él tan manifiestamente poseía. Y el haberse enterado de que algunas de las que no poseía tampoco habían formado parte del bagaje de ese siglo, no hacía sino acrecentar el placer que le producía semejante afectación así como el desconcierto de sus interlocutores y, paradójicamente, le confirmaba en su pretensión de sentirse espiritualmente unido a Sterne, Swift, Smollett, Richardson, Fielding y demás colosos de la novela rudimentaria cuyo talento Frensic tanto admiraba.

Desde que Frensic se había convertido en un agente literario que despreciaba prácticamente todas las novelas que con tanto éxito manejaba, su siglo XVIII particular era el de Grub' Street y Gin Lane, y le rendía homenaje aparentando una excentricidad y un cinismo con los que se había granjeado una reputación muy útil que hacía las veces de armadura frente a las pretensiones literarias de autores invendibles. En pocas palabras: se bañaba sólo de tarde en tarde, llevaba camiseta de lana todo el verano, comía mucho más de lo que le convenía, bebía oporto antes del almuerzo y consumía rapé en grandes cantidades, de modo que a todo aquel que deseaba tener tratos con él no le quedaba otro remedio que demostrar su aguante y soportar el suplicio de costumbres tan deplorables. Aparte de eso, llegaba temprano al trabajo, leía de cabo a rabo cuantos manuscritos le ofrecían, rechazaba con celeridad todos los que no podía vender y vendía el resto con la misma celeridad, y por lo general llevaba sus negocios con una eficacia sorprendente.

Los editores se tomaban las opiniones de Frensic muy en serio. Cuando decía que un libro vendería, vendía, y es que tenía olfato para los éxitos de ventas, un olfato infalible. Le gustaba pensar que lo había heredado de su padre, un comerciante de vinos de éxito, cuyo olfato para los claretes aceptables aprecios populares había conseguido sufragar aquella educación tan costosa que, junto con el otro olfato, más metafísico, de Frensic, le proporcionaba ventaja sobre sus competidores. Y no es que la relación entre su buena educación y su éxito como experto en literatura comercialmente gratificadora fuera directa. Había labrado su talento de manera indirecta, y al igual que su admiración por el siglo XVIII, aunque real, no dejaba de ocultar una inversión, ese mismo proceso era el que había labrado su éxito como agente literario.

A los veintiún años abandonaba Oxford con una licenciatura mediocre en inglés y la ambición de escribir una gran novela.

Al cabo de un año entero tras el mostrador de la tienda de vinos de su padre, en Greenwich, y frente a su escritorio en una habitación de Blackheath, lo de «gran» ya se había quedado en el camino.

Tres años más como redactor de textos publicitarios y autor del manuscrito rechazado de una novela sobre la vida tras el mostrador de una tienda de vinos de Greenwich consiguieron dar al traste con sus aspiraciones literarias.

A los veinticuatro años Frensic no tuvo ninguna necesidad de recurrir a su olfato para saber que nunca sería novelista. Las dos docenas de agentes literarios que se habían negado a encargarse de su obra ya se lo habían hecho saber. Con todo, la experiencia de su trato con ellos le había revelado una profesión enteramente de su gusto.

Saltaba a la vista que los agentes literarios llevaban una vida interesante, desahogada y completamente civilizada. A pesar de que no escribían novelas, conocían a novelistas —y Frensic era todavía lo bastante idealista para creer que eso constituía un privilegio—, se pasaban el día entero leyendo libros, eran dueños de su tiempo y, a juzgar por lo que le decía su propia experiencia, demostraban una falta de perspicacia literaria de lo más alentador. Además, daba la impresión de que dedicaban buena parte de su tiempo a comer, beber, acudir a fiestas, y Frensic —cuya apariencia contribuía a que limitara sus placeres sensuales a meterse cosas dentro, más que a metérselas a los demás —era bastante gourmet— acababa de descubrir su vocación.

A los veinticinco años abría un despacho en King Street, junto a Covent Garden, lo bastante cerca de Curtís Brown, la agencia literaria más importante de Londres, para ocasionar alguna que otra provechosa confusión postal, y anunciaba sus servicios en el New Statesman, cuyos lectores parecían más que dispuestos a aspirar a aquellas ambiciones literarias a las que él acababa de renunciar.

Hecho esto, se sentó y esperó a que llegaran los manuscritos. Tuvo que esperar bastante, y empezaba a preguntarse durante cuánto tiempo seguiría su padre pagándole el alquiler, cuando el cartero le entregó un par de paquetes.

El primero contenía una novela de una tal señorita Celia Thwaite de The Oíd Pumping Station, en Bishop's Stortford, y una carta que aclaraba que El Esplendor del Amor era la primera obra de la señorita Thwaite.

Después de leerla con náusea galopante, a Frensic no le quedaron motivos para dudar de su palabra. Aquello era un batiburrillo de bobadas romanticoides sin ningún rigor histórico, y trataba con todo lujo de detalles el amor sin consumación de un joven hacendado por la esposa de un cruzado de cuerpo ausente, cuya obsesión por la castidad de su esposa parecía el reflejo de un patológico fetichismo por parte de la señorita Thwaite.

Frensic redactó una nota muy cortés en la que explicaba que El Esplendor del Amor carecía de interés comercial y remitió de nuevo el manuscrito a Bishop's Stortford.

El contenido del segundo paquete, en cambio, se le antojó a primera vista más prometedor.

Se trataba una vez más de una primera novela, en este caso titulada *En busca de la infancia perdida* de un tal señor P. Piper, con domicilio en la Seaview Boarding House, Folkestone. Frensic leyó la novela y la encontró perspicaz y tremendamente conmovedora. El señor Piper no había tenido precisamente una infancia feliz, pero describía con agudeza a sus hoscos progenitores y su propia adolescencia traumática en East Finchley.

Frensic se apresuró a mandar el libro a Jonathan Cape e informó al señor Piper de que le auguraba una venta inmediata seguida del aplauso de la crítica. Estaba equivocado. Cape rechazó el manuscrito. Bodley Head rechazó el manuscrito. Lo mismo hizo Collins. Todos los editores de Londres se lo devolvieron, acompañado, eso sí, de comentarios que iban de lo cortés a la pura ironía.

Frensic transmitió a Piper todas aquellas opiniones en versión suavizada y entabló correspondencia con él, con el fin de tratar de encontrar el modo de mejorar la obra y ajustarse así a las exigencias de los editores.

Cuando apenas acababa de recuperarse de aquel golpe tan duro para su perspicacia, recibió otro. Un párrafo de The Bookseller anunciaba que la primera novela de la señorita Celia Thwaite, El Esplendor del Amor, acababa de ser adquirida por Collins por cincuenta mil libras y por una editorial americana por un cuarto de millón de dólares, y tenía grandes posibilidades de resultar vencedora en el premio Georgette Heyer Memorial de Novela

Romántica.

Frensic leyó aquel párrafo con escepticismo y sufrió una conversión literaria: si las editoriales estaban dispuestas a desembolsar cantidades astronómicas por un libro que el educado paladar de Frensic consideraba una porquería romanticoide, todo cuanto había aprendido sobre la novela moderna de F. R. Leavis —y más directamente de su tutora en Oxford, la doctora Sydney Louth— era una completa falsedad en el mundo de la publicación comercial y, lo que era peor aún, constituía una amenaza mortal para su carrera como agente literario.

A partir de ese momento de revelación, el enfoque de Frensic cambió radicalmente.

No abandonó sus criterios literarios: los puso patas arriba.

Frensic pasó a rechazar cualquier novela que se aproximara, siquiera mínimamente, a los criterios que Leavis establecía en La Gran Tradición —y con mayor vehemencia la señorita Sydney Louth en su trabajo *La novela moral*—, como obra totalmente inaceptable con miras a su publicación, y a promocionar, sin escatimar esfuerzos, todos aquellos libros que ellos habrían desechado con desdén.

Gracias a este extraordinario giro, Frensic prosperó.

A los treinta años había conseguido labrarse una envidiable reputación entre los editores como agente que sólo recomendaba futuros éxitos de ventas. Además, con una novela de Frensic se tenía la seguridad de que harían falta p0cos cambios y escaso trabajo de edición. Tenían siempre ochenta mil palabras de extensión y, en el caso de la novela rosa histórica, de lectores más voraces, ciento cincuenta mil.

Empezaban con un impacto, proseguían con varios impactos más y terminaban felizmente con un impacto todavía mayor. En pocas palabras: contenían los ingredientes que más apreciaba el paladar del público.

Con todo, a pesar de que las novelas que Frensic ofrecía a las editoriales apenas necesitaban cambios, las de aspirantes a autores que llegaban a su escritorio rara vez se libraban de su minuciosa inspección sin sufrir alteraciones fundamentales.

Tras descubrir los ingredientes del éxito de masas en El Esplendor del Amor, Frensic se dedicó a aplicarlos a todos los libros que caían en sus manos, hasta hacerlos emerger del proceso de reescritura convertidos en tartas de ciruela literarias o vinos de ricos matices: introducía sexo, violencia, suspense, romance y misterio, envueltos en la verborrea grandilocuente de rigor que les daba respetabilidad cultural.

Frensic era muy aficionado a eso de la respetabilidad cultural, pues le garantizaba reseñas en los mejores periódicos y creaba en los lectores el espejismo de estar tomando parte en un peregrinaje hacia el templo de las ideas. El sentido tenía que quedar, necesariamente, poco claro. Se presentaba, eso sí, bajo un encabezamiento general cargado de significado, pero es que sin él la sección del público que despreciaba la mera evasión habría quedado fuera del alcance de los autores de Frensic. De ahí que éste insistiera siempre tanto en el sentido, y en general sabía dosificarlo con perspicacia y precisión, a sabiendas de que en dosis excesivas podía resultar tan letal para las posibilidades de un libro como una pinta de estricnina en una sopa poco espesa, mientras que en dosis homeopáticas tenía un efecto tonificante sobre las ventas.

Lo mismo podía decirse de Sonia Futtle, a la que Frensic había elegido como socia para sus tratos con las editoriales extranjeras.

Sonia Futtle había trabajado con anterioridad para una agencia neoyorquina y, como era americana, sus contactos con los editores de Estados Unidos tenían un valor inestimable. Además, el mercado norteamericano era sumamente ventajoso: las cifras de

ventas eran más altas, el porcentaje sobre los derechos de autor más elevado, y los incentivos que ofrecían los clubs del libro, enormes. Como era de esperar en alguien que iba a ampliar sus negocios en esa dirección, Sonia Futtle se había encargado ya de ampliarse personalmente en casi todas las demás, y tenía, sin lugar a dudas, unas proporciones nada casaderas.

Esto fue lo que acabó por convencer a Frensic de que había que cambiar el nombre de la agencia por el de Frensic & Futtle y unir su suerte impersonal a la de ella.

Por otro lado, Sonia Futtle era una gran entusiasta de los libros que trataban sobre relaciones interpersonales, y Frensic había desarrollado una especial alergia hacia las relaciones interpersonales.

Así pues, mientras él se concentraba en libros menos exigentes, libros de suspense, novelas policíacas, de sexo —cuando no eran rosas— e históricas —cuando no contenían sexo—, de ambiente universitario, ciencia ficción y violencia, Sonia Futtle se encargaba del sexo romántico, de los romances históricos, de los libros sobre la liberación tanto de la mujer como de los negros, traumas de adolescencia, relaciones interpersonales, y animales.

Los libros de animales se le daban especialmente bien, y Frensic, que casi había perdido un dedo en beneficio de la heroína de Las nutrias a la hora del té, estaba encantado de dejar en sus manos aquella parte del negocio.

De haber tenido la oportunidad, le habría cedido a Piper también, pero éste se aferraba a Frensic como al único agente que le había alentado jamás, y Frensic, cuyo éxito era inversamente proporcional al fracaso de Piper, acabó por resignarse a la idea de que nunca abandonaría a Piper y de que éste tampoco abandonaría su denostada *En busca de la infancia perdida.*

Todos los años se presentaba en Londres con una flamante versión de su novela y Frensic le invitaba a almorzar, le explicaba los inconvenientes que veía y Piper replicaba que una gran novela tenía que tratar sobre gente real en situaciones reales, y que nunca podría adaptarse a las fórmulas comerciales tan chabacanas de Frensic.

Todos los años se despedían como buenos amigos, Frensic maravillado ante la increíble perseverancia de aquel hombre y Piper dispuesto a ponerse a trabajar en una nueva búsqueda de la misma infancia perdida en otra casa de huéspedes de otra población costera.

Y así, año tras año, la novela iba sufriendo transformaciones parciales y el estilo se transfiguraba para adaptarse al último modelo de su autor.

Frensic no tenía otro remedio que culparse a sí mismo de ello.

Cuando se conocieron, cometió la imprudencia de recomendarle *La novela moral* de la señorita Louth como obra digna de estudio, pero contrariamente a Frensic, que había llegado a la conclusión de que las opiniones de la señorita Louth sobre los grandes novelistas del pasado eran perniciosas para cualquiera que tuviera la intención de escribir una novela hoy en día, Piper había adoptado aquellos patrones como propios. Gracias a la señorita Louth, había escrito una versión a lo Lawrence de *En busca de la infancia perdida*, otra a lo Henry James; James se había visto sustituido por Conrad y éste a su vez por George Eliot; existía también una versión Dickens e incluso una Thomas Wolfe, y un verano espantoso había dado lugar a una Faulkner. Sin embargo, en todas acechaba la figura del padre de Piper, su desdichada madre y el tímidamente pubescente Piper en persona. Enlazaba una derivación con otra, pero su agudeza seguía siendo de un trillado insufrible, y acción inexistente.

Frensic desesperaba, pero permanecía leal, y esta actitud resultaba incomprensible

para Sonia Futtle.

—¿Por qué lo haces? —le preguntaba—. Jamás lo conseguirá, y todos esos almuerzos cuestan una fortuna.

—Es mi *memento mori* —respondía Frensic, críptico, consciente de que la muerte que Piper le ayudaba a recordar no era otra que la suya propia, la del joven aspirante a novelista que había sido una vez, la traición de cuyos ideales literarios aseguraba el éxito de Frensic & Futtle.

Sin embargo, aunque Piper le copaba un día al año, un día de expiación, durante el resto Frensic proseguía su carrera de una manera más provechosa.

Dotado de un apetito excelente, un hígado de hierro y una fuente de buenos vinos a bajo precio que manaba de las bodegas de su padre, Frensic podía permitirse el lujo de mostrarse pródigo en sus convites. En el mundo editorial eso suponía una gran ventaja, pues mientras que otros agentes regresaban a sus casas tambaleantes después de esas cenas en las que los libros se gestan, promocionan o compran, Frensic era capaz de seguir comiendo y bebiendo con decoro, sin dejar de defender sus novelas ad nauseam y jactarse de sus «hallazgos».

El último era James Jamesforth, un escritor cuyas novelas tenían un éxito tan absoluto que, por razones fiscales, se veía obligado a vagar por el mundo como fugitivo alcohólico que huye de la fama. Gracias a las ebrias evoluciones itinerantes de Jamesforth de un paraíso fiscal a otro, Frensic se encontraba ahora en el Tribunal Supremo, en la sección de la corte de la reina, declarando en el caso de difamación de la señora Desdemona Humberson versus James Jamesforth —autor de Las garras del infierno— y Pulteney Press, editores de la susodicha novela.

Frensic se pasó dos horas en el estrado de los testigos y cuando lo abandonó era un hombre desmoronado.

CAPÍTULO II

—¿Quince mil libras además de las costas? —exclamó Sonia Futtle a la mañana siguiente—. ¿Por difamación involuntaria? No me lo creo.

—Lo pone en el periódico —repuso Frensic tendiéndole un ejemplar del Times—, junto a la noticia sobre ese conductor de camión que iba borracho y mató a un par de niños y ahora tiene que pagar una multa de ciento cincuenta libras. Bueno, además le han retirado el permiso durante tres meses.

—¡Pero esto es una locura! Ciento cincuenta libras por matar a unos niños y quince mil por difamar a una mujer que James no sabía siquiera que existía.

—En un paso cebra —puntualizó Frensic con amargura—. No olvides que era un paso cebra.

—Están locos de atar. No hay por dónde coger las leyes inglesas.

—A Jamesforth tampoco. Ya lo puedes tachar de nuestro catálogo de autores. No quiere saber nada de nosotros.

—¡Pero si no le hemos hecho nada! Nosotros no tenemos por qué leer las galeradas, eso es cosa de los de Pulteney. Si lo hubieran hecho habrían encontrado la parte difamatoria.

—Ni hablar. ¿Cómo se las arregla uno para encontrar a una mujer que se llama Desdemona Humberson, vive en un lugar perdido de Somerset, cultiva altramuces y es miembro del Instituto de Mujeres? Es demasiado delirante para ser cierto.

—Pues le ha salido la mar de bien. Quince mil libras por haberla llamado ninfómana. Vale la pena. Vaya, que si alguien me llamara ninfómana perdida estaría encantada de conformarme con quince…

—Sin duda —se apresuró a decir Frensic, atajando la discusión sobre una eventualidad tan sumamente improbable—. Y yo por quince mil habría pagado a un conductor de camión borracho para que la borrara del mapa en un paso cebra. Aunque me hubiera repartido con él la diferencia, habríamos salido ganando. Y, ya puestos, habría hecho que se cargara también al señor Galbanum. Hay que tener poco sentido común para aconsejar a Pulteney y Jamesforth que entablaran juicio.

—Es que se trataba de difamación involuntaria —alegó Sonia—. James no tenía la intención de calumniar a esa mujer.

—Sí, claro, pero el hecho es que lo hizo y, de acuerdo con la Ley de Difamación de 1952, pensada para proteger a autores y editores de acciones de este tipo, en los casos de difamación involuntaria se exige que los acusados demuestren que tomaron las precauciones oportunas…

—¿Las precauciones oportunas? ¿Y eso qué significa? —Según ese carcamal de juez, significa ir a Somerset y consultar el registro para comprobar si figura alguien llamado Desdemona, nacida en 1928, que contrajo matrimonio con un hombre llamado Humberson en 19 51. A continuación, habría que repasar también el anuario de la Asociación de Aficionados al Cultivo del Altramuz y, en caso de no encontrar a ningún Humberson, probar suerte en el Instituto de la Mujer y, finalmente, echar un vistazo a la guía telefónica de Somerset. Pues bien, como no hicieron nada de todo eso, les han caído quince mil libras y nosotros nos hemos ganado la mala fama de representar a autores que se dedican a calumniar a mujeres inocentes. ¡Envíe sus novelas a Frensic & Futtle y le caerá

una demanda! Somos los parias del mundo editorial.

—No puede ser tan horrible como dices. Al fin y al cabo, es la primera vez que nos ocurre algo así… y todo el mundo sabe que James es un borracho empedernido que no recuerda jamás dónde ha estado ni con quién.

—Puede que ellos no, pero los de Pulteney sí. Hubert llamó anoche para decirme que no hacía falta que nos tomáramos la molestia de mandarles más novelas. En cuanto corra la voz, nos veremos metidos en lo que eufemísticamente suele llamarse un problema de liquidez.

—De lo que no cabe ninguna duda es de que tendremos que encontrar a alguien para sustituir a James —comentó Sonia—. Los éxitos de ventas de esa clase no crecen precisamente en los árboles…

—Ni los altramuces tampoco —dijo Frensic antes de retirarse a su despacho.

En conjunto fue un mal día.

El teléfono prácticamente no dejó de sonar. Los autores exigían saber si cabía dentro de lo posible que terminaran en el Tribunal Supremo, sección corte de la reina, por haber utilizado el nombre de gente con la que habían ido a la escuela, y las editoriales les rechazaron novelas que ya tenían apalabradas.

Frensic permaneció sentado tomando rapé y trató de comportarse de un modo civilizado. Hacia las cinco de la tarde la cosa empezaba a resultarle cada vez más difícil, y cuando el director literario del Sunday Graphic telefoneó para saber si Frensic estaría dispuesto a colaborar en un artículo sobre las iniquidades de la legislación británica en casos de difamación, se mostró francamente maleducado.

—Pero ¿qué pretende que haga? —soltó a voz en cuello—. ¿Que meta la cabeza en uno de esos nudos corredizos para que luego me juzguen por desacato al tribunal? ¡Lo único que sé es que ese idiota redomado de Jamesforth va a apelar la sentencia!

—¿Amparándose en que fue usted quien insertó el párrafo en el que se calumniaba a la señora Humberson? Al fin y al cabo, es lo que le ha aconsejado la defensa…

—¡Por el amor de Dios! ¡A usted sí que le voy a demandar por calumnia! —gritó Frensic—. ¡Galbanum tuvo la cara dura de soltar eso mismo ante el tribunal, donde goza de protección, pero si lo repite usted en público voy a ser yo quien inicie los procedimientos legales oportunos!

—Pues le iba a resultar difícil. Jamesworth no le ayudaría mucho como testigo. Jura que fue usted quien le aconsejó que concediera un mayor papel a la faceta sexual de la señora Humberson y que, cuando él se negó, modificó las pruebas de imprenta.

—¡Eso es una patraña! —soltó Frensic a grito pelado—. ¡Cualquiera diría que me dedico a escribir las novelas de mis autores!

—Pues, ahora que lo dice, hay muchísima gente que está convencida precisamente de eso —comentó el periodista.

Frensic empezó a aullar imprecaciones y regresó a su casa con jaqueca.

Si el miércoles fue un mal día, el jueves no resultó mucho mejor. Collins rechazó *El séptimo cielo*, quinta novela de William Lonroy, por ser demasiado explícita en cuestiones sexuales; Triad Press declinó la oferta de *El último intento* de Mary Gold por todo lo contrario, y Cassells devolvió incluso *Sammy la ardilla* alegando que se centraba únicamente en los logros individuales y denotaba una total falta de interés por los asuntos que atañen a la sociedad. Cape rechazó esto, Secker lo otro. No se aceptó ninguna oferta.

Y, para terminar, hubo un momento de gran tensión dramática cuando un cura ya anciano —cuya autobiografía Frensic había rechazado sistemáticamente, aduciendo que no

existía un público lector lo bastante nutrido para un libro que se limitaba a describir la vida parroquial de South Croydon— hizo añicos un jarrón con el paraguas y se negó a marcharse con el manuscrito hasta que Sonia le amenazó con llamar a la policía.

A la hora del almuerzo, Frensic estaba ya al borde de la histeria.

—No aguanto más —gimoteaba. Cuando sonó el teléfono tuvo un sobresalto.

—Si es para mí, diles que no estoy, que tengo un colapso nervioso. Diles…

Era para él.

—Es Margot Joseph —le dijo Sonia cubriendo el auricular con la mano—. Dice que se ha quedado atascada y que no cree que pueda terminar…

Frensic corrió a refugiarse a su despacho y dejó el teléfono descolgado.

—Estaré ausente el resto del día —anunció a Sonia en cuanto la vio entrar al cabo de unos minutos—. Voy a quedarme aquí sentado, meditando.

—En ese caso, podrías leer esto —le propuso Sonia, colocando un paquete encima del escritorio—. Ha llegado esta mañana y todavía no he tenido tiempo de abrirlo.

—Seguramente se trata de una bomba —dijo Frensic apesadumbrado antes de desatar el cordel.

Sin embargo, el amenazador contenido del paquete no era más que un manuscrito pulcramente mecanografiado, acompañado de un sobre dirigido al señor F. A. Frensic.

Frensic le echó un vistazo y reparó con satisfacción en que las páginas estaban inmaculadas y las esquinas sin manosear, signo saludable de que él era su primer destinatario y de que no había ido pasando de un agente a otro.

A continuación, echó una ojeada a la página del título.

Lo único que había escrito en ella era *DETENEOS, OH, HOMBRES, ANTE LA VIRGEN*. Una novela. No figuraba el nombre del autor ni ninguna dirección para su devolución. Rarísimo.

Frensic abrió el sobre y leyó la carta que contenía. Era breve, impersonal y desconcertante.

Cadwalladine & Dimkins
Abogados
596 St Andrew's Street Oxford

Distinguido señor:
Le rogamos remita cualquier información referente a la posible venta, publicación y derechos de autor del manuscrito adjunto a la dirección de nuestro bufete, debidamente consignado a la atención personal de P. Cadwalladine. El autor, que desea permanecer en el más estricto anonimato, deja enteramente en sus manos todo lo concerniente a las condiciones de venta, elección de un seudónimo adecuado y demás pormenores.
Atentamente,

Percy Cadwalladine

Frensic leyó la carta varias veces antes de volver a fijarse en el manuscrito.

Era una carta muy curiosa. ¿Un autor que deseaba permanecer en el más estricto anonimato? ¿Que dejaba enteramente en sus manos todo lo concerniente a la venta, elección de seudónimo y demás pormenores? Teniendo en cuenta que todos los autores con los que había tenido tratos eran egoístas y entrometidos a rabiar, se le ocurrían muchas

cosas que decir de uno que se mostraba tan modesto. De hecho, era muy digno de encomio.

Con el deseo inconfesado de que también el señor Jamesforth hubiera tenido la prudencia de dejarlo todo en sus manos, Frensic pasó la página del título de *Deteneos, oh, hombres, ante la*

virgen y empezó a leer.

Una hora más tarde aún seguía leyendo, con la cajita de rapé abierta encima del escritorio y el chaleco y los pliegues de los pantalones espolvoreados de blanco. Frensic alargó distraídamente la mano en busca de la caja, se llevó otro pellizco generoso a la nariz y se limpió con el tercer pañuelo. En el despacho contiguo sonó el teléfono. Se oyó a gente subir por la escalera y llamar a la puerta de Sonia. El ruido atronador del tráfico inundaba la calle. Frensic era totalmente ajeno a todo aquel trajín. Pasó otra página y continuó leyendo.

Eran ya las seis y media cuando Sonia Futtle terminó su jornada laboral y se dispuso a marcharse. La puerta del despacho de Frensic estaba cerrada y no le había oído salir, así que la abrió y se asomó por ella. Frensic estaba sentado detrás del escritorio, con la mirada fija en los oscuros tejados de Covent Garden y una sonrisa apenas esbozada en los labios. Era una actitud que le resultaba muy familiar: la postura ante el hallazgo triunfal.

—No me lo creo —le espetó, de pie en el umbral.

—Léelo. No me creas a mí. Juzga por ti misma —le dijo Frensic señalando el manuscrito con ademán indolente.

—¿Es bueno?

—Un éxito de ventas.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente.

—Y es una novela, por supuesto.

—Eso cabe esperar.

—Un libro indecente —prosiguió Sonia, que reconocía los síntomas.

—Indecente no es en absoluto la palabra adecuada. La mente que ha escrito, suponiendo que las mentes puedan escribir, esta odisea de lujuria es de una lascivia indescriptible. —Frensic se puso en pie y le tendió el manuscrito.

—Me interesa tu opinión —le anunció con el tono del hombre que ha recuperado su autoridad.

Con todo, si bien fue un Frensic despreocupado el que se encaminó a su piso de Hampstead aquella noche, a la mañana siguiente fue un Frensic circunspecto el que regresó y escribió una nota en el bloc de Sonia. «Hablaré de la novela contigo durante el almuerzo. No estoy para nadie.» Se metió en su despacho y cerró la puerta.

Durante el resto de la mañana, apenas hubo indicios que indicaran que Frensic tenía algo más importante en la cabeza que un remoto interés por las travesuras de las palomas de la azotea de enfrente. Permaneció sentado detrás de su escritorio mirando por la ventana. De vez en cuando alargaba el brazo para coger el teléfono o garabateaba algo en un pedacito de papel, pero la mayor parte del tiempo estuvo sentado. Con todo, las apariencias eran engañosas. El cerebro de Frensic estaba en marcha, viajando por aquel paisaje subjetivo que tan bien conocía y en el que cada editorial londinense suponía una parada para el regateo, un cruce en el que se intercambiaban ventajas comerciales, se hacían favores y se saldaban pequeñas deudas. Y la ruta de Frensic era tortuosa. No bastaba con vender un libro. Con el libro adecuado, eso podía hacerlo cualquier zoquete. Lo importante era colocarlo exactamente en el lugar que le correspondía, de modo que las consecuencias

de su venta tuvieran una efectividad máxima y se ramificaran hasta afianzar su reputación y engendrar unas ventajas futuras. Y no sólo para sí, sino también para sus autores.

El tiempo intervenía en sus cálculos, el tiempo y su evaluación intuitiva de libros todavía por escribir, libros de autores establecidos que sabía de antemano que no iban a tener éxito y libros de escritores desconocidos cuyo éxito se iba a ver comprometido debido a su falta de reputación.

Frensic hacía juegos malabares con lo intangible. Era su profesión y se le daba bien.

En ocasiones vendía libros a cambio de anticipos bajos a editoriales pequeñas, aun sabiendo que de haber ofrecido el mismo libro a una de las grandes editoriales el autor habría conseguido un anticipo sustancioso. En esos casos, el presente se sacrificaba en aras del futuro, a sabiendas de que el favor de entonces sería devuelto más adelante, con la publicación de alguna novela de la que nunca se venderían más de quinientos ejemplares pero que Frensic, por razones íntimas, deseaba ver impresa. Frensic era el único que conocía sus intenciones, como también era el único que conocía la identidad de aquellos autores tan reputados que en realidad se ganaban la vida escribiendo noveluchas policíacas o de porno suave bajo seudónimo.

Era todo un misterio, e incluso Frensic —cuya cabeza era un hervidero de abstrusas ecuaciones en las que se barajaban personalidades y gustos, quién compraba qué y por qué, y todos los detalles sobre las deudas que tenía pendientes y las que tenían con él— era consciente de que no conocía al dedillo todos los recovecos de ese misterio. Siempre existía la suerte, y en los últimos tiempos la suerte de Frensic había cambiado. Cuando ocurría algo así, valía la pena andarse con pies de plomo. Y aquella mañana Frensic andaba con pies de plomo a conciencia.

Telefoneó a varios amigos del mundillo de la abogacía y se aseguró de que Cadwalladine & Dimkins, abogados, era un bufete antiguo, bien establecido y de muy buena reputación que se encargaba de casos de lo más respetable. Sólo entonces se decidió a telefonear a Oxford y pedir que le pusieran con el señor Cadwalladine para hablar sobre la novela que le había mandado.

El señor Cadwalladine le pareció chapado a la antigua. No, lo sentía mucho pero el señor Frensic no podría conocer al autor. Según sus instrucciones, el más absoluto de los anonimatos era fundamental, y para cualquier consulta tendría que dirigirse al señor Cadwalladine personalmente. Por supuesto, el libro era pura ficción. Sí, el señor Frensic quedaba autorizado para incluir una cláusula extraordinaria en el contrato que exonerara a la editorial del pago de cualquier compensación económica producto de una demanda por difamación, aunque siempre había dado por sentado que este tipo de cláusulas se incluían automáticamente en todos los contratos entre editoriales y autores. Frensic dijo que así era, pero que quería tener la certeza absoluta, por tratarse de un autor anónimo. El señor Cadwalladine repuso que se hacía perfectamente cargo de ello.

Frensic colgó y, ya más tranquilo, regresó con menor circunspección a su paisaje subjetivo particular, escenario de transacciones imaginarias. Allí volvió sobre sus pasos, se detuvo ante varias editoriales importantes para reflexionar y siguió adelante.

Lo que *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen* necesitaba era un editor de excelente reputación que le diera el imprimátur de respetabilidad.

Frensic fue reduciendo el círculo de candidatos y finalmente tomó una decisión. Se trataba de una apuesta arriesgada, pero era un riesgo que valía la pena correr. Con todo, antes que nada tendría que conocer la opinión de Sonia Futtle.

Sonia se la dio durante el almuerzo, en un pequeño restaurante italiano al que

Frensic solía llevar a los autores de segunda.

—Un libro extraño —le dijo.

—Bastante —corroboró Frensic.

—Pero tiene algo… conmovedor —añadió Sonia, que se iba animando con la tarea.

—Estoy de acuerdo. —Tremendamente perspicaz.

—Desde luego.

—Buena trama argumental.

—Excelente.

—Profundo —dijo Sonia.

Frensic exhaló un suspiro. Era la palabra que estaba esperando.

—¿De verdad lo crees así?

—Sí. De verdad. Estoy convencida de que tiene algo. Es bueno. Te lo digo yo.

—Bueno —dijo Frensic, con poco convencimiento—, puede que sea un anacronismo, pero…

—Ya vuelves a desbarrar. Seamos serios.

—Querida —dijo Frensic—, hablo en serio. Si dices que eso es profundo estoy encantado. Es lo que esperaba que dijeras. Eso significa que gustará a toda esa pandilla de intelectuales masoquistas que son incapaces de disfrutar de un libro a menos que duela. El hecho de que yo sepa que, desde un punto de vista estrictamente literario, ese mamotreto es abominable, puede que no venga al caso, pero tengo derecho a proteger mis principios.

—¿Principios? No conozco a nadie que tenga menos.

—Mis principios literarios —puntualizó Frensic—. Y esos principios me dicen que este libro es malo y pretencioso y que se venderá. Es la combinación de un argumento repugnante con un estilo más repugnante todavía.

—Pues no he notado que el estilo tuviera nada malo replicó Sonia.

—Naturalmente que no. Eres americana, y los americanos no tenéis por qué cargar con nuestra herencia de los clásicos. No os dais cuenta de que media un abismo entre Dreiser y Mencken, o entre Tom Wolfe y Bellow. Esa es la ventaja que tenéis. Esta falta de espíritu discriminador tiene para mí un valor incalculable y un efecto tranquilizador. Si estás dispuesta a aceptar frases rocambolescas hasta la saciedad, salpicadas de comas, enmarañadas con paréntesis, verbos que no concuerdan y calificativos calificados cuya comprensión, para colmo, requiere que se lean por lo menos cuatro veces con la ayuda de un diccionario, ¿quién soy yo para llevarte la contraria? Esos compatriotas tuyos, con esas ansias de superación que nunca me han hecho ninguna gracia, adorarán este libro.

—Puede que el argumento no les vuelva locos. Me refiero a que ya se ha hecho antes, ¿no? Ahí está *Harold y Maude*.

—Pero nunca con un lujo de detalles tan exquisitamente nauseabundo —repuso Frensic, antes de tomar un sorbo de vino—, ni tampoco con visos lawrencianos. Por lo demás, ésta es precisamente la carta que nos hará ganar la partida. Los diecisiete aman a los ochenta. La liberación de los seniles. ¿Qué hay más sugerente que eso? A propósito, ¿cuándo tiene previsto Hutchmeyer dejarse caer por Londres?

—¿Hutchmeyer? Debes de estar como un cencerro —dijo Sonia.

Frensic sostuvo en alto un ravioli en señal de protesta.

—No uses esa expresión. No soy ninguna cabra.

—Ni Hutchmeyer es la Olympia Press. Intelectualmente es bastante mediocre. Nunca tocaría un libro como ése.

—Lo haría si le tendiéramos la trampa adecuada.

—¿Trampa? —repitió Sonia, recelosa—. ¿Qué trampa?

—Estaba pensando en un reputado editor londinense que aceptara el libro en primer lugar… y así luego te podrías encargar ya de vender a Hutchmeyer los derechos para la edición americana.

—¿En quién?

—Corkadale —dijo Frensic. Sonia meneó la cabeza.

—En Corkadale están demasiado chapados a la antigua y son muy pedantes.

—Precisamente. Tienen prestigio y además están arruinados.

—Tendrían que haber renunciado a la mitad de su fondo hace un montón de años.

—Tendrían que haber renunciado a sir Clarence hace ya un montón de años. ¿Has leído su necrológica? —Sonia no la había leído—. De lo más entretenido. Y también instructiva. Un sinfín de alabanzas por los servicios prestados a la literatura, con lo cual venían a decir que había subvencionado a más poetas y novelistas no leídos que ningún otro editor londinense. ¿Resultado?: ahora están arruinados.

—En cuyo caso, lo último que pueden hacer es permitirse el lujo de comprar *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen*.

—Lo que no pueden hacer es permitirse el lujo de no comprarla —le corrigió Frensic—. Durante el funeral, tuve ocasión de intercambiar cuatro palabras con Geoffrey Corkadale. No tiene intención de seguir los pasos de su padre. Corkadale está a punto de resucitar del siglo dieciocho. Geoffrey está buscando un éxito de ventas. Corkadale tendrá *Deteneos* y nosotros tendremos a Hutchmeyer.

—¿Y tú crees que eso va a impresionar a Hutchmeyer? ¿Qué demonios pueden ofrecer los de Corkadale?

—Distinción —repuso Frensic—, un pasado de lo más distinguido. La chimenea en la que se apoyara Shelley, el sillón en el que la señora Gaskell se quedó embarazada, la alfombra en la que vomitara Tennyson. Si bien no los incunables de *La gran tradición*, por lo menos una representación nada desdeñable de la historia de la literatura. Al aceptar gratis esta novela, los de Corkadale le concederán la santidad cultural.

—¿Y tú crees que el autor se contentará con eso? ¿No se te ha ocurrido pensar que querrá también algún dinero?

—El dinero lo conseguirá de Hutchmeyer. Vamos a sacarle un fortunón. Además, este autor es único.

—Eso ya lo he deducido por el libro —dijo Sonia—. ¿Qué más tiene que le haga único?

—En primer lugar, no tiene nombre —le explicó Frensic, y le detalló todas las instrucciones que le había hecho llegar a través del señor Cadwalladine—. Lo cual nos concede una total libertad de acción —concluyó.

—Y en cuanto al problemilla del seudónimo, supongo que podríamos matar dos pájaros de un tiro y decir que es de Peter Piper. De este modo, vería por fin su nombre impreso en la portada de una novela.

—Así es —corroboró Frensic con tristeza—. Mucho me temo que, de no ser de esta forma, el pobre Piper no triunfará nunca.

—Además, con eso nos ahorraríamos los gastos de su almuerzo anual y ya no tendrías que repasar la nueva versión de marras de su *En busca de la infancia perdida*. A propósito, ¿a quién le ha tocado ser modelo este año?

—A Thomas Mann —repuso Frensic—. Sólo de pensar en frases de dos páginas me asusto. Pero ¿estás realmente convencida de que con eso pondríamos punto final a sus

delirios de grandeza literaria?

—Quién sabe, el hecho de ver su nombre en la portada de una novela de verdad y de que le tomen por el autor…

—Es la única oportunidad que tiene de verlo impreso, me apostaría mi buen nombre —dijo Frensic.

—Así que encima le haríamos un favor.

Esa misma tarde, Frensic llevó el manuscrito a Corkadale. En la portada, bajo el título, Sonia había añadido «de Peter Piper». Frensic estuvo hablando largo y tendido con Geoffrey Corkadale y salió por la noche de su despacho plenamente satisfecho de sí mismo.

Al cabo de una semana, los responsables editoriales de Corkadale deliberaban acerca de *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen* en presencia de aquel pasado del que dependían los vestigios de su reputación. Retratos de escritores difuntos revestían las paredes de la sala de juntas, y a pesar de que Shelley no estaba presente, ni tampoco la señora Gaskell, personalidades insignes menores ocupaban su lugar. Librerías con puertas vidrieras albergaban primeras ediciones, y reliquias del ramo ocupaban algunas vitrinas. Plumas de ave, estilográficas Waverley, cortaplumas, un tintero que al parecer Trollope había dejado olvidado en un tren, una salvadera que había utilizado Southey y hasta un pedacito de papel secante que, colocado ante un espejo, revelaba que inexplicablemente Henry James había escrito «cariño» en una ocasión.

Y en el centro de aquel museo, el director literario, señor Wilberforce, y el redactor de más alto rango, señor Tate, sentados alrededor de una mesa de nogal ovalada, cumplían con un rito semanal. Mientras sorbían madeira y mordisqueaban pastelillos, miraban alternativamente, y con igual desaprobación, a Geoffrey Corkadale y el manuscrito que tenían delante. Habría sido difícil determinar cuál de ellos les disgustaba más. No cabía duda de que el traje de ante de Geoffrey y su camisa floreada no casaban con el ambiente. Sir Clarence no les habría dado nunca su aprobación. El señor Wilberforce se sirvió un poco más de madeira y meneó la cabeza.

—No puedo mostrarme conforme —dijo—. Me resulta totalmente incomprensible que nos planteemos siquiera la posibilidad de prestar nuestro nombre, nuestro gran nombre, a la publicación de esta… cosa.

—¿Así que el libro no le ha gustado? —preguntó Geoffrey.

—¿Gustarme? Me costó lo indecible resignarme a terminarlo.

—Bueno, no siempre se puede contentar a todo el mundo.

—Pero es que nunca habíamos tocado un libro como éste. Tenemos que pensar en nuestra reputación.

—Y eso por no hablar de nuestros números rojos —intervino Geoffrey—. Hablando con desagradable franqueza, les diré que hemos de elegir entre nuestra reputación y la bancarrota.

—¿Y tiene que ser forzosamente con este espanto de libro? —se quejó el señor Tate—. Pero bueno, ¿lo ha leído usted?

Geoffrey asintió.

—En realidad sí. Sé que mi padre no tenía por costumbre leer a nadie posterior a Meredith, pero…

—Su pobre padre —se lamentó el señor Wilberforce con ternura— debe de estar removiéndose en su tumba con sólo pensar que…

—Donde, con un poco de suerte, dentro de poco tiempo le hará compañía la llamada heroína de esta repugnante novela —auguró el señor Tate.

Geoffrey se atusó un mechón rizado de pelo.

—Teniendo en cuenta que incineraron a papá, yo diría que la eventualidad de que se remueva o de que le hagan compañía no me parece demasiado probable —murmuró.

El señor Wilberforce y el señor Tate exhibían una expresión ceñuda.

—Deduzco, pues, que sus reparos se basan en el hecho de que el romance de la novela se establece entre un chico de diecisiete años y una mujer de ochenta.

—Sí —confirmó el señor Wilberforce con mayor énfasis del que deseaba—, así es. Aunque no sé cómo tiene el coraje de utilizar la palabra «romance»…

—Relación, entonces. El término carece de importancia.

—No es el término lo que me preocupa —dijo a su vez el señor Tate—, ni siquiera la relación. Si se redujera a eso, la cosa no sería tan terrible. Son los fragmentos de en medio los que me fastidian. No tenía la menor idea de… Oh, bueno, dejémoslo. Todo el asunto es espantoso.

—Pues son precisamente esos fragmentos de en medio —aclaró Geoffrey— los que van a hacer que se venda el libro.

El señor Wilberforce meneó la cabeza.

—A mi juicio —dijo—, tengo motivos para pensar que correríamos el riesgo, un riesgo considerable, de que nos demandaran por obscenidad, y en mi opinión con bastante razón.

—Estoy de acuerdo —le secundó el señor Tate—. Bueno, no hay más que reparar en el episodio en el que usan ese caballito mecedora y la ducha…

—¡Por el amor de Dios! —se quejó el señor Wilberforce con voz chillona—. Tener que leerlo ya fue bastante penoso. ¿Es imprescindible pasar ahora por una autopsia?

—El término es pertinente —prosiguió el señor Tate—. El título, sin ir más lejos…

—De acuerdo —intervino Geoffrey—, admito que resulta de cierto mal gusto, pero…

—¿De mal gusto? ¿Qué me dice de aquel fragmento en el que…?

—Por favor, Tate, déjelo, sea buen chico —le interrumpió el señor Wilberforce, con un hililllo de voz.

—Como les decía —prosiguió Geoffrey—, estoy dispuesto a reconocer que este tipo de libro no es del agrado de todo el mundo…

—Oh, venga, por el amor de Dios, Wilberforce… En cualquier caso, se me ocurren media docena de libros como ése…

—Pues a mí no, gracias a Dios —comentó el señor Tate.—… que en su tiempo se consideraron censurables, pero…

—¡Cite sólo uno! —le retó el señor Wilberforce a voz en cuello—. ¡Cite sólo uno que se pueda comparar con éste! —insistió, señalando el manuscrito.

—Ladi Chatterlej —respondió Geoffrey.

—¡Bah! —soltó el señor Tate—. Al lado de esto, Chatterlej tiene la pureza de la nieve inmaculada.

—Además, Chatterlej está proscrita —dijo el señor Wilberforce.

Geoffrey Corkadale exhaló un suspiro.

—Dios santo —rezongó entre dientes—, que alguien haga el favor de explicarle que la época de los georgianos ya ha pasado.

—Pues es una verdadera lástima —comentó el señor Tate—, porque con algunos nos fue bastante bien. El mal empezó a arraigar con *El pozo de la soledad*.

—Otro libro obsceno —dijo el señor Wilberforce—, pero no lo publicamos.

—La putrefacción empezó a arraigar —atajó Geoffrey— cuando a tío Cuthbert se le metió en su cabeza de chorlito convertir en pasta de papel el *Manual del perfecto bailarín de salón* de Wilkie y publicar en su lugar la *Guía de setas comestibles* de Fashoda.

—Fashoda fue un desacierto —convino el señor Tate—. Recuerdo que el forense fue de lo más ofensivo.

—Pero volvamos a nuestra situación actual —dijo Geoffrey—, que desde el punto de vista económico es tanto o más fúnebre. Vamos a ver, Frensic nos ha ofrecido esta novela y, en mi opinión, deberíamos aceptarla.

—Nunca habíamos tenido tratos con Frensic —objetó el señor Tate—. Según tengo entendido, a la hora de regatear es muy duro de pelar. ¿Cuánto pide esta vez?

—Una cantidad puramente simbólica.

—¿Una cantidad simbólica? ¿Frensic? Eso no va con él. Por lo general pide el oro y el moro.

Aquí tiene que haber gato encerrado.

—El gato encerrado es ese puñetero libro. Cualquier merluzo se daría cuenta de eso —soltó el señor Wilberforce.

—Los planes de Frensic van por otros derroteros —dijo Geoffrey—. Tiene prevista una venta al otro lado del Atlántico.

Los dos ancianos suspiraron a dúo ostensiblemente.

—Ah —soltó el señor Tate—, una venta para América. Eso podría cambiar notablemente las cosas.

—Exactamente —convino Geoffrey—, y Frensic está convencido de que el libro tiene cualidades que pueden resultar muy del agrado de los americanos. Al fin y al cabo, no todo se reduce a sexo, y hasta hay fragmentos con visos lawrencianos. Eso por no hablar de las referencias a numerosas y eminentes personalidades literarias. Ahí están el grupo de Bloomsbury, por ejemplo, Virginia Woolf y Middleton Murry. Y la filosofía.

El señor Tate asintió.

—Cierto, cierto. Es la clase de batiburrillo capaz de volver locos a los americanos, pero lo que no comprendo es qué vamos a sacar nosotros de todo eso.

—El diez por ciento de los derechos de autor para la edición americana —le informó Geoffrey—. Eso es lo que vamos a sacar nosotros.

—¿Y el autor estará de acuerdo?

—Frensic parece estar convencido de que sí, y si el libro entra en la lista de éxitos de ventas de Estados Unidos, aquí se venderá como rosquillas.

—Si… —repitió el señor Tate—. Ese es un «si» con todas las mayúsculas. ¿Y a qué editor norteamericano tiene en mente?

—A Hutchmeyer.

—¡Ah!, ahora empiezo a ver la jugada.

—Hutchmeyer es un ladrón y un bellaco —sentenció el señor Wilberforce.

—Y también uno de los editores norteamericanos de mayor éxito —le corrigió Geoffrey—. Si decide comprar un libro, se vende. Y, además, paga unos anticipos astronómicos.

El señor Tate asintió.

—Tengo que reconocer que nunca he comprendido las leyes del mercado americano, pero lo que sí es cierto es que a menudo pagan unos anticipos astronómicos, en especial Hutchmeyer. Puede que Frensic esté en lo cierto. Supongo que es un riesgo.

—Un riesgo que es lo único que tenemos —puntualizó Geoffrey—. La alternativa

es sacar la empresa a pública subasta.

El señor Wilberforce se sirvió un poco más de madeira.

—Me parece una humillación atroz. Sólo de pensar que nos hemos rebajado hasta el nivel de esta…, de esta pornografía seudointelectual.

—Si eso nos permite continuar siendo económicamente solventes… —repuso el señor Tate—. Y a propósito, ¿quién es ese tal Piper?

—Un pervertido —afirmó el señor Wilberforce sin vacilar.

—Según Frensic es un joven que ya lleva algún tiempo escribiendo —explicó Geoffrey—. Esta es su primera novela.

—Y esperemos que sea la última —insistió el señor Wilberforce—. Aunque supongo que podría haber sido peor. ¿Cómo se llamaba aquella pobre muchacha que se castró y luego escribió un libro para confesarlo públicamente?

—Yo creía que eso era imposible —intervino Geoffrey—, lo de castrarse una mujer, quiero decir. Ahora bien, en el caso de un hombre…

—Seguramente está pensando en ese *A sangre fría* que escribió un tal McCullers —le interrumpió el señor Tate—. Yo, personalmente, nunca lo he leído, pero según me han dicho es abominable.

—Así que estamos de acuerdo —dijo Geoffrey para cambiar de tema y alejarse de aquella discusión que empezaba a parecerle intolerable.

El señor Tate y el señor Wilberforce asintieron con tristeza.

Frensic recibió su decisión sin dar muestras de entusiasmo.

—Todavía no podemos estar seguros de Hutchmeyer —confesó a Geoffrey durante un almuerzo en Wheelers—. Hay que evitar a toda costa que se produzcan filtraciones a la prensa. Si saliera a la luz, Hutchmeyer no picaría, así que propongo que nos refiramos al libro simplemente como a *Deteneos*.

—Me parece muy apropiado —aceptó Geoffrey—. Tardaremos por lo menos tres meses en tener las pruebas a punto.

—Eso nos concederá un margen de tiempo para trabajarnos a Hutchmeyer.

—¿Y estás realmente convencido de que existe la posibilidad de que compre?

—Del todo —repuso Frensic—. Los encantos de la señorita Futtle ejercen una enorme influencia sobre él.

—Extraordinario —dijo Geoffrey con un estremecimiento—. Claro que si hay algo que está claro después de haber leído *Deteneos* es que sobre gustos no hay nada escrito…

—Pero es que Sonia es además una vendedora excelente —aseguró Frensic—. Insiste en pedir anticipos altísimos y esas cosas siempre impresionan a los americanos. Demuestra que tenemos fe en el libro.

—¿Y ese tal Piper está de acuerdo con nuestra tajada del diez por ciento?

Frensic asintió. Ya había hablado de ello con el señor Cadwalladine.

—El autor ha dejado todo lo referente a las negociaciones y condiciones de venta enteramente en nuestras manos —dijo sin faltar a la verdad.

Así que todo el asunto quedó en suspenso hasta que llegó Hutchmeyer a Londres en avión, la primera semana de febrero, acompañado de todo su séquito.

CAPÍTULO III

De Hutchmeyer se decía que era el editor más analfabeto del mundo y que, después de haberse iniciado en la vida como promotor de boxeo, había decidido poner sus dotes pugilísticas al servicio del negocio de la edición y en una ocasión había resistido ocho asaltos con Mailer. Se decía también que no leía nunca los libros que compraba y que las únicas palabras que sabía leer eran las que aparecían en los cheques y en los dólares. Se decía que era propietario de la mitad de la selva del Amazonas y que, al mirar un árbol, lo único que era capaz de ver era la sobrecubierta de un libro.

De Hutchmeyer se decían un montón de cosas, la mayoría de ellas desagradables, y a pesar de que en todas había una pizca de verdad, juntas daban lugar a tamañas incongruencias que Hutchmeyer podía escudar tras ellas el secreto de su éxito. Cuando menos, eso no lo ponía nadie en duda.

Hutchmeyer era un hombre de gran éxito. Leyenda viva de su tiempo, acechaba los pensamientos insomnes de todos aquellos editores que en su día habían rechazado *Love Story*

cuando iba a cuatro cuartos, desdeñado a Frederick Forsyth e incluso a Ian Fleming, y ahora se pasaban las noches en blanco maldiciendo su estupidez.

Hutchmeyer, en cambio, dormía a pierna suelta. Y, tratándose de un hombre enfermo, eso era aún más sorprendente. Y es que Hutchmeyer siempre estaba enfermo.

Mientras que el éxito de Frensic radicaba en dejar a sus competidores fuera de combate a base de comida y bebida, Hutchmeyer lo debía a su hipocondría. Cuando no padecía úlcera o cálculos biliares, sufría algún tipo de trastorno intestinal que le obligaba a observar un régimen estricto. Los editores y agentes que se sentaban a su mesa tenían que habérselas con un desfile de seis platos —a cual más pesado y más alarmantemente indigesto—, mientras Hutchmeyer jugueteaba con una rodaja de pescado hervido, un bollito y un vaso de agua mineral.

Hutchmeyer emergía de dichos encuentros culinarios convertido en un hombre más delgado y más rico, mientras que sus invitados regresaban a sus casas haciendo eses y preguntándose qué demonios acababan de contraer.

Pero es que además tampoco les daba tiempo a recuperarse. El horario peripatético de Hutchmeyer —hoy Londres, mañana Nueva York, pasado Los Angeles— tenía un doble objetivo: por una parte le proporcionaba una excusa para insistir en la celeridad de los trámites y le ahorraba así negociaciones prolongadas, y por otra, mantenía a su departamento de ventas despierto. Más de un autor había firmado un contrato sumido en la agonía de tan tremenda resaca, que apenas podía dar con la pluma en el papel, y mucho menos leer la letra pequeña. Y es que la letra pequeña de los contratos de Hutchmeyer era desmesuradamente pequeña. Pero era comprensible, puesto que contenía cláusulas que invalidaban por completo prácticamente todo cuanto quedaba establecido en negrita.

Y además de los riesgos que entrañaba hacer negocios con Hutchmeyer —legales en su mayoría—, estaban también sus modales. Hutchmeyer era grosero, en parte por naturaleza y en parte como reacción frente al esteticismo literario al que se veía expuesto.

Y ésa era una de las virtudes que más apreciaba en Sonia Futtle. Nadie le había visto nunca esteticismo por ninguna parte.

—Eres como una hija para mí —le confesó, estrechándola entre sus brazos en

cuanto Sonia entró en su suite del Hilton—. ¿Y qué me tiene preparado mi chica favorita esta vez?

—Una maravilla —repuso Sonia, zafándose de él para luego montar en la bicicleta estática que acompañaba a Hutchmeyer a todas partes.

Hutchmeyer eligió la silla más baja de la habitación para sentarse.

—¿No me digas? ¿Una novela?

Sonia asintió pedaleando con ahínco.

—¿Y cómo se titula? —preguntó Hutchmeyer, para quien lo primero era siempre lo primero.

—*Deteneos, oh, hombres, ante la virgen*.

—*Deteneos, oh, hombres, ante* ¿qué?

—La virgen —repitió Sonia, y pedaleó con mayor vigor si cabe.

Hutchmeyer tuvo una visión fugaz de un muslo.

—¿Virgen? ¿Me estás diciendo que tienes una novela religiosa que tira de espaldas?

—Más que el demonio.

—En los tiempos que corren, promete. Gustará a todos esos chiflados por Jesús, Superstar, el Zen y cómo reparar automóviles. Y, además, como es el año de la mujer, ahí tenemos a la Virgen.

Sonia se dejó de rodeos.

—No te dejes llevar por el entusiasmo, Hutch. No se trata de esa clase de virgen.

—¿Ah, no?

—Ni hablar.

—¿De modo que existen distintas clases de vírgenes? Suena interesante. Explícate.

Y Sonia Futtle, sentada en aquel artilugio, se explicó sin dejar de mover las piernas arriba y abajo, con una deliciosa apatía que nublaba las facultades críticas de Hutchmeyer, quien hizo gala de una resistencia puramente simbólica.

—Olvídalo —le dijo en cuanto hubo terminado—. Lo mejor será que entierres esa porquería. A los ochenta y todavía follando. No me hace ninguna falta.

Sonia se apeó de la bicicleta y se quedó de pie frente a él.

—No seas necio, Hutch, y escúchame. No lo vas a rechazar. Ni por encima de mi cadáver. Este libro tiene clase.

Hutchmeyer sonrió divertido. Charlatanería de vendedor. Nada de técnicas de persuasión sutiles.

—Convénceme.

—De acuerdo —replicó Sonia—. ¿Quién lee? No, no digas nada; yo te lo diré: los chavales de quince a veintiún años. Son los únicos que leen. Tienen tiempo. Tienen la educación necesaria. El índice máximo de alfabetización se registra entre los dieciséis y los veinte. ¿Estamos de acuerdo?

—Estamos de acuerdo —convino Hutchmeyer.

—Bien. Así que tenemos a un chaval de diecisiete años en el libro con una crisis de identidad.

—Las crisis de identidad ya no se llevan. Todas esas pamplinas siguieron el mismo camino que Freud.

—Desde luego, pero esto es distinto. Este chico no está enfermo ni nada por el estilo.

—¿Me tomas el pelo? ¿Se tira a su abuela y dices que no está enfermo?

—No es su abuela. Es una mujer…

—Escúchame, bonita. Te voy a decir una cosa. Tiene ochenta años, así que de mujer no tiene nada. ¡Si lo sabré yo! Mi esposa, Baby, tiene cincuenta y ocho y no es más que un esqueleto. Eso es lo que queda de ella después de la cirugía estética. A esa mujer le han extirpado más de lo que podrías imaginarte. Tiene tetas de silicona y muslos liposuccionados. Que yo sepa, le han puesto un himen nuevecito cuatro veces, y le han hecho tantos liftings en la cara que ya he perdido la cuenta.

—¿Y todo eso por qué? —replicó Sonia—. Pues porque quiere seguir siendo toda una mujer.

—Toda una mujer no es. Tiene más de pieza de recambio…

—Pero lee. ¿Me equivoco?

—¿Que si lee? Lee más libros de los que yo vendo en un mes.

—A eso iba. Los jóvenes leen y los viejos leen, y de los de en medio ya puedes despedirte porque no te hacen ninguna falta.

—Si le dices a Baby que es un vejestorio, la que va a tener que despedirse eres tú. Usaría tu trasero de estropajo. Lo digo en serio.

—Lo que quiero decir con todo esto es que el Índice Máximo de Alfabetización va de los dieciséis a los veinte, luego existe una laguna y, a continuación, otro IMA de los sesenta en adelante. Dime que te estoy mintiendo.

Hutchmeyer se encogió de hombros.

—Tienes razón.

—¿Y de qué trata este libro? —prosiguió Sonia—. Trata de…

—De un chaval que está como un cencerro y que vive en concubinato con la abuela Moses. Eso ya se ha hecho antes. Cuéntame algo nuevo. Además, es obsceno.

—Te equivocas, Hutch, estás muy equivocado. Es una historia de amor, y no bromeo. Significan mucho el uno para el otro. Se necesitan mutuamente.

—Pues yo no necesito a ninguno de los dos.

—El uno da al otro todo lo que por sí solo no tendría. A él le entrega la madurez, experiencia, sabiduría, el fruto de toda una vida…

—¿El fruto? ¿El fruto? ¡Jesús! ¿Quieres que vomite o qué?

—…y ella obtiene juventud, vitalidad, la vida —prosiguió Sonia—. ¡Es fantástico! Lo digo en serio. Es un libro profundo y cargado de sentimiento. Es liberacionista. Es existencialista. Es… ¿Recuerdas lo que pasó con *La mujer del teniente francés*? Barrió América entera. Pues *Deteneos* es lo que América estaba esperando. Los diecisiete aman a los ochenta. Aman, Hutch, aman. De modo que todos los jubilados se van a comprar el libro para averiguar lo que se han estado perdiendo, y a los estudiantes les encantará el mensaje seudofilosófico. Lánzalo con gracia y seremos los reyes. Con el contenido nos meteremos en el bolsillo a los chiflados por la cultura, con el porno a los rarillos, y a los blandurrios sentimentaloides con el romance. Es el libro ideal para toda la familia. Vendería…

Hutchmeyer se puso de pie y echó a andar por la habitación.

—¿Sabes una cosa? Quizá tengas algo de razón en todo eso —reconoció—. Me pregunto: ¿Compraría Baby una historia como ésa? Y tengo que admitir que sí. Y siempre que a esa mujer le encanta algo lo compra todo el mundo. ¿Cuánto?

—Dos millones de dólares.

—¿Dos millones…? Debes estar de broma.

Hutchmeyer se quedó boquiabierto. Sonia volvió amontar en la bicicleta.

—Dos millones y no estoy de broma.

—¡Vamos, bonita, vamos! ¿Dos millones? ¿Por una novela? ¡Ni hablar!

—Dos millones o me iré a mover las piernas a Milenberg.

—¿Ese cicatero? Nunca podrías conseguir esos dos millones. Aunque te vendieras por toda la Avenida de las Américas no te serviría de nada.

—Los derechos para América, edición de bolsillo, cine, televisión, serie, clubs de lectores…

Hutchmeyer bostezó.

—Dime algo nuevo. Todo eso ya lo tengo.

—De este libro no.

—Supongamos que Milenberg compra. No conseguís el precio que pedís y me lo quedo yo. ¿Qué saco de todo esto?

—Fama —repuso Sonia, sin más—.Fama, sencillamente. Este libro te situará entre los grandes de todos los tiempos. *Lo que el viento se llevó, Forever Amber*, *El valle de las muñecas*, *El doctor Zhivago, Aeropuerto*, *Los insaciables*. Saldrías en el *Almanaque del Reader's Digest*.

—¿En el *Almanaque del Reader's Digest*? —repitió Hutchmeyer con respeto reverencial—. ¿Tú crees que podría conseguirlo?

—¿Que si lo creo? Lo sé. Se trata de un libro de prestigio sobre el potencial de la vida. Nada de una novelucha pretenciosa y frívola. Con un mensaje como el de Mary Baker Eddy. Una sinfonía de palabras. No hay más que ver quién lo ha comprado en Londres. No se trata de una de esas empresas que se crean de la noche a la mañana…

—¿Quién? —preguntó Hutchmeyer con recelo.

—Corkadale.

—¿Que Corkadale lo ha comprado? La editorial más antigua…

—La más antigua no. Murrays es más antigua —le corrigió Sonia.

—Pues antigua a secas. ¿Por cuánto?

—Cincuenta mil libras —repuso Sonia sin vacilar.

Hutchmeyer se la quedó mirando fijamente.

—¿Que Corkadale ha pagado cincuenta mil libras por este libro? ¿Cincuenta de los grandes?

—Cincuenta de los grandes. A la primera. Sin rechistar.

—Yo tenía entendido que tenían problemas. ¿Los ha comprado un árabe?

—Nada de árabes. Se trata de una empresa familiar, así que Geoffrey Corkadale ha pagado los cincuenta grandes porque sabe perfectamente que este libro les va a sacar del atolladero. ¿O acaso te crees que arriesgarían una cantidad de dinero semejante si pensaran que iban a quebrar?

—¡Mierda! —soltó Hutchmeyer—, alguien tiene que tener fe en este libro de la puñeta…, pero ¡dos millones! Nadie ha pagado jamás dos millones por una novela. Robbins un millón, pero…

—Ahí está, Hutch. ¿O te crees que pido dos millones porque sí? ¿Por qué me chupo el dedo? ¡Son los dos millones los que hacen el libro! Cuando pagas dos millones la gente se entera y tiene que leer el libro para averiguar por qué has pagado ese dinero. Y tú lo sabes perfectamente. Eres único en tu clase. Con diferencia. Y, además, con la película…

—Quiero mi tajada de la película. Y nada de porcentajes de una cifra. A medias.

—Hecho —aceptó Sonia—. Trato hecho. Será a medias con la película.

—Y el autor…, ese tal Piper, también lo quiero —impuso Hutchmeyer.

—¿Que lo quieres? —dijo Sonia, poniendo los pies en el suelo de golpe—. ¿Para

qué lo quieres?

—Para vender el producto. Estará ahí, en primera fila, donde todo el público pueda verle. El tío que se tira a las de geriatría. Apariciones en público por todo el país, firma de ejemplares, tertulias en televisión, entrevistas y todas esas mandangas. Lo vamos a presentar como si se tratara de un genio.

—No creo que le haga ninguna gracia —comentó Sonia, con nerviosismo—. Es una persona tímida y reservada.

—¿Tímida? ¿Lava sus trapos sucios en público y ahora resulta que es tímido? ¡Por dos millones, traseros tendrá que lamer si se lo pido!

—Dudo que esté de acuerdo…

—Estará de acuerdo, si no, no hay trato que valga. Si voy a volcarme con este libro él también tendrá que hacerlo. Es mi última palabra.

—De acuerdo —se resignó Sonia—, si es lo que quieres…

—Eso es lo que quiero —insistió Hutchmeyer—, como te quiero a ti…

Sonia consiguió escabullirse y regresó a toda prisa a Lanyard Lañe contrato en mano.

Se encontró con un Frensic de aspecto decididamente inquieto.

—Lo tengo en el bote —anunció, bailoteando sin gracia por la habitación.

—Maravilloso —exclamó Frensic—. Eres genial. Sonia se dejó de cabriolas.

—Con una condición.

—¿Condición? ¿Qué condición?

—Primero las buenas noticias. El libro le ha encantado. Le gusta con locura.

Frensic la miró con extrañeza.

—¿No es una decisión un tanto prematura? Al fin y al cabo, todavía no ha tenido la oportunidad de leer la cosa ésa.

—Se lo he explicado…, le he hecho una sinopsis y le ha encantado. Lo considera un libro que viene a llenar ese vacío que había que colmar…

—¿Un vacío que había que colmar?

—El vacío generacional. Tiene la sensación…

—Ahórrate lo que siente —la interrumpió Frensic—. Un hombre que es capaz de hablar de colmar vacíos generacionales carece de lo que se entiende por emociones humanas normales.

—Está convencido de que *Deteneos* hará por la juventud y la edad lo que *Lolita* hizo por…

—¿La responsabilidad paterna? —le sugirió Frensic.

—Por el hombre de mediana edad.

—¡Por el amor de Dios! Si éstas son las buenas noticias, la lepra no puede andar muy lejos. Sonia se dejó caer en un sillón y sonrió.

—Espera a que te diga el precio.

Frensic esperó.

—¿Y bien?

—Dos millones.

—¿Dos millones? —repitió Frensic haciendo un esfuerzo para que no le temblara la voz ¿Libras o dólares?

Sonia le dirigió una mirada cargada de reproche.

—Frenzy, eres un cabrón, un cabrón desagradecido. Consigo…

—Querida, estaba tratando únicamente de averiguar el posible alcance de los

horrores que estás a punto de revelarme. Te has referido a una condición. Pero es que si ese amigo tuyo de la Mafia hubiera estado dispuesto a pagar dos millones de libras a cambio de este galimatías de palabras habría pensado de inmediato que había llegado el momento de hacerlas maletas y marcharse de la ciudad. ¿Qué es lo que quiere ese cerdo?

—En primer lugar, quiere ver el contrato con los de Corkadale.

—Me parece bien. No hay nada malo en eso.

—Sólo que no aparece mencionada en ninguna parte la suma de cincuenta mil libras que Corkadale ha pagado por *Deteneos* —objetó Sonia—. Por lo demás, me parece de rechupete.

Frensic la miró boquiabierto.

—¿Cincuenta mil libras? Pero si no han pagado…

—Como había que impresionar a Hutchmeyer, le he dicho…

—Lo que hay que hacer con ése es que le vean la cabeza. ¡Los de Corkadale no tienen ni cincuenta mil peniques, no hablemos ya de libras!

—Cierto, cosa de la que Hutchmeyer estaba perfectamente enterado, de modo que le he dicho que Geoffrey había puesto en juego su fortuna personal. ¿Entiendes ahora por qué quiere ver el contrato?

Frensic se frotó la frente y se puso a pensar.

—Supongo que siempre tendríamos la posibilidad de redactar un nuevo contrato, convencer a Geoffrey de que lo firmara de momento y hacerlo trizas en cuanto Hutchmeyer lo hubiera visto. Seguramente a Geoffrey no le hará ninguna gracia, pero con la tajada que le corresponde de los dos millones… ¿Qué otro problema hay?

Sonia vaciló.

—Este no te va a gustar. Insiste, pero insiste de verdad, en que el autor viaje a Estados Unidos para una gira de promoción. Jubilados, estoy encantado y ese tipo de chorradas para la televisión, y firmas.

Frensic cogió el pañuelo y se lo pasó por la cara.

—¿Insiste? —farfulló—. Pues no puede insistir. Tenemos a un autor que se niega incluso a estampar su firma en un contrato, así que no hablemos de aparecer en público, una especie de chiflado con agorafobia o algo así, ¿y ahora resulta que Hutchmeyer quiere que desfile por América y aparezca en televisión?

—Insiste, Frenzy, insiste; no es que lo quiera. O el autor se aviene o no hay trato.

—Entonces, no hay trato —concluyó Frensic—. Ese hombre no se avendrá. Ya oíste lo que dijo Cadwalladine. Anonimato total.

—¿Ni siquiera por dos millones?

Frensic meneó la cabeza.

—Ya advertí a Cadwalladine que íbamos a pedir una suma considerable y repuso que el dinero no tenía ninguna importancia.

—Pero es que dos millones no es dinero. Es una fortuna.

—Lo sé, pero…

—Intenta hablar con él otra vez —le interrumpió Sonia, tendiéndole el teléfono.

Frensic lo intentó otra vez. Con todas sus fuerzas.

El señor Cadwalladine se mostró categórico: dos millones de dólares eran toda una fortuna, pero, de acuerdo con las instrucciones de su cliente, el anonimato era más importante que meras…

Fue una conversación de lo más desalentador para Frensic.

—¿Qué te había dicho? —le recordó a Sonia en cuanto hubo colgado—. Tenemos

tratos con una especie de lunático. Con dos lunáticos: Hutchmeyer el segundo.

—¿De modo que nos vamos a quedar aquí sentados, viendo tranquilamente cómo el veinte por ciento de dos millones de dólares se va por el desagüe sin hacer nada por impedirlo? —le espetó Sonia.

Frensic desvió sus ojos tristones hacia los tejados de Covent Garden y exhaló un suspiro. El veinte por ciento de dos millones eran cuatrocientos mil dólares, más de doscientas mil libras.

Esa habría sido la comisión que les correspondía por la venta. Además, gracias a la demanda por difamación de James Jamesforth, acababan de perder a otros dos autores buenos.

—Tiene que haber alguna manera de arreglar esto —murmuró—. Hutchmeyer conoce al autor tanto como nosotros.

—En efecto —replicó Sonia—. Es Peter Piper. Su nombre aparece bajo el título.

Frensic la miró con renovado interés.

—Peter Piper —musitó—. Es una buena idea.

Después de cerrar el despacho por lo que quedaba de noche, se dirigieron al pub de enfrente a tomar una copa.

—Si encontráramos la manera de convencer a Piper de que actuara como suplente… —dijo Frensic, después de haberse atizado un buen whisky.

—Al fin y al cabo sería una posibilidad de conseguir ver su nombre impreso repuso Sonia—. Y si el libro se vendiera…

—Oh, se venderá, por eso no te apures. Con Hutchmeyer siempre se vende.

—Bueno, pues entonces, Piper ya tendría un pie en el mundo editorial y puede que hasta pudiéramos encontrarle un negro para *En busca*….

Frensic negó con la cabeza.

—Piper no consentiría nunca una cosa así. Me temo que tiene principios. Pero, por otra parte, si convenciéramos a Geoffrey para que se aviniera a publicar *En busca de la infancia perdida* como parte de este contrato… Le voy a ver esta noche. Celebra una de sus clásicas cenas. Sí, puede que hayamos encontrado algo. Piper haría cualquier cosa por verse publicado, y un viaje a Estados Unidos con todos los gastos pagados…

¡Brindemos por eso!

—Con probarlo no se pierde nada-dijo Sonia.

Esa noche, antes de dirigirse a Corkadale, Frensic pasó por su despacho y redactó dos nuevos contratos: uno por el cual Corkadale se avenía a pagar cincuenta mil por *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen* y otro que garantizaba la publicación de la segunda novela del señor Piper, *En busca de la infancia perdida*. El anticipo por la segunda era de quinientas libras.

—Al fin y al cabo, vale la pena arriesgarse —dijo Frensic a Sonia, mientras cerraban por segunda vez el despacho con llave—. Y hasta estoy dispuesto a poner quinientas libras de nuestro bolsillo si Geoffrey no se compromete a cumplir su parte en el anticipo de Piper. Lo importante es tener la garantía de que publicarán *En busca de*…

—Además, está en juego el diez por ciento de dos millones que se lleva Geoffrey —le recordó Sonia al despedirse—. Supongo que eso puede ser un argumento bastante convincente.

—Haré cuanto esté en mi mano —prometió Frensic mientras paraba un taxi.

Las clásicas cenas de Geoffrey Corkadale eran lo que Frensic había bautizado en un momento de mal humor de gansadas.

Uno tenía que pasarse el rato con una copa en la mano, a la que seguía un plato servido de un bufet frío, y hablar sin profundizar y a través de alusiones sobre libros, obras de teatro y personajes, pocos de los cuales se habían leído, visto o conocido, pero que eran útiles por cuanto actuaban de catalizador en aquellos encuentros epicenos que constituían el verdadero propósito de las pequeñas veladas de Geoffrey.

Por regla general, Frensic tendía a evitarlos por frívolos y un tanto peligrosos.

En realidad, eran demasiado andróginos para que uno se sintiera a gusto, y además le desagradaba correr el riesgo de que le sorprendieran hablando a la ligera sobre un tema que desconocía por completo. Lo había practicado ya con suficiente frecuencia en sus tiempos de estudiante universitario como para que le apeteciera la perspectiva de seguir haciéndolo años más tarde. Por otra parte, el hecho de que nunca hubiera mujeres con pretensiones matrimoniales y que fueran invariablemente o demasiado viejas o difíciles de reconocer (en una ocasión, Frensic había echado los tejos a un crítico teatral eminente con consecuencias espantosas) tendía a quitarle las ganas. Frensic prefería aquellas otras fiestas en las que existían sólo unas mínimas probabilidades de tropezarse con alguien que pudiera convertirse en su esposa, pero en las reuniones de Geoffrey eso podía dejar de ser una probabilidad para convertirse en un hecho. De ahí que Frensic procurara evitarlas y limitara su vida sexual a relaciones esporádicas con mujeres todavía atractivas pero que no se tomaran a mal su falta de pasión y encanto, mientras daba rienda suelta a la pasión por mujeres jóvenes en los vagones de metro, pasión que le resultaba imposible expresar entre Hampstead y Leicester Square.

Sin embargo, aquella noche se había presentado con un propósito concreto y se encontró con que la casa estaba abarrotada.

Frensic se sirvió una copa y se unió a la fiesta con la esperanza de acorralar a Geoffrey.

Pero le costó su tiempo. La escalada de Geoffrey a la cabeza de Corkadale le confería un atractivo del que hasta entonces había carecido, así que Frensic tuvo que soportar estoicamente el examen al que le sometió un poeta de Tobago que quería conocer su opinión sobre *The Prancing Nigger* y que le confesó que Firbank le parecía divino y ofensivo al mismo tiempo. Frensic admitió que compartía sus sentimientos, pero agregó que la labor de Firbank había sido indudablemente puntera, y hasta al cabo de una hora no consiguió —gracias a la estratagema involuntaria de encerrarse en el lavabo— acorralar por fin a Geoffrey.

—Querido, esto está pero que muy mal —protestó Geoffrey cuando Frensic, después de haber aporreado la puerta, consiguió librarse por fin con la ayuda de un frasco de desmaquillador—. Deberías saber ya que la puerta del lavabo de hombres no se cierra nunca con pestillo. Demuestra una gran falta de naturalidad. El encuentro fortuito…

—Este no es un encuentro fortuito —le atajó Frensic, tirando de Geoffrey hacia el interior antes de volver a cerrar la puerta—. Quiero hablar contigo. Es importante.

—Pero no vuelvas a cerrar con pestillo… ¡Oh, Dios santo! Sven es de un celoso obsesivo. Se pone terriblemente frenético. Debe de ser la sangre vikinga.

—Deja eso ahora. Hutchmeyer nos ha hecho una oferta. Una oferta sustanciosa.

—¡Vaya!, negocios —se quejó Geoffrey, desplomándose sobre la taza del inodoro—. ¿Sustanciosa hasta qué punto?

—Dos millones de dólares.

Geoffrey se agarró del rollo de papel higiénico para no caerse.

—¿Dos millones de dólares? —repitió con un hilillo de voz—. ¿Estás seguro de que

son dos millones de dólares? ¿No me estarás tomando el pelo?

—Es la pura verdad —le aseguró Frensic.

—¡Pero eso es magnífico! ¡Qué maravilla! Y tú, cielito…

Frensic le devolvió a la taza del wáter de un empujón.

—Hay un pero. Dos, para ser exactos.

—¿Peros? ¿Por qué tiene que haber siempre peros? ¡Como si la vida no fuera ya bastante complicada!

—Hemos tenido que impresionarle con la cantidad que has pagado por el libro.

—Pero si prácticamente no os he pagado nada. En realidad…

—Precisamente, así que hemos tenido que decirle que nos habías pagado cincuenta mil libras por adelantado, y quiere ver el contrato.

—¿Cincuenta mil libras? Mi querido amigo, no podríamos siquiera…

—Lo sé —le interrumpió Frensic— no hace falta que me expliques vuestra situación económica. Estáis…, tenéis un problema de liquidez.

—Por decirlo de un modo suave —dijo Geoffrey, retorciendo un pedazo de papel higiénico entre los dedos.

—De lo cual Hutchmeyer está al corriente, de ahí que quiera ver el contrato.

—Pero ¿de qué va a servir? Ese contrato dice…

He traído otro —se le anticipó Frensic, rebuscando en el bolsillo— que sí nos servirá y tranquilizará a Hutchmeyer. Según este acuerdo te comprometes a pagar cincuenta mil libras…

—Espera un momento —dijo Geoffrey, poniéndose de pie—, si crees que estoy dispuesto a firmar un contrato en el que se establece que voy a pagarte cincuenta mil libras estás en un tremendo error. Puede que no sea un lince para los negocios, pero por ahí no me la das.

—De acuerdo —se rindió Frensic, resentido mientras doblaba el contrato—. Si es así como lo ves, adiós trato.

—¿Qué trato? Ya has firmado el contrato que nos autoriza a publicar la novela.

—No me refiero a nuestro trato, sino al de Hutchmeyer. Adiós también a nuestro diez por ciento de dos millones de dólares. Ahora bien, si quieres…

Geoffrey volvió a sentarse.

—Lo dices en serio, ¿verdad? —consiguió articular por fin.

—Muy en serio.

—¿Y me prometes que Hutchmeyer está dispuesto a pagar una cantidad tan increíble?

—Te doy mi palabra —repuso Frensic, con toda la solemnidad que le permitía el cuarto de baño.

Geoffrey lo miró con escepticismo.

Si lo que dice James Jamesforth es…

—De acuerdo. Lo siento. Es que esto ha sido un golpe. ¿Qué quieres que haga?

—Limítate a firmar este contrato y yo te extenderé un pagaré personal por cincuenta mil libras. Eso tendría que ser garantía suficiente…

De pronto fueron interrumpidos por alguien que aporreaba la puerta.

—¡Salid de ahí dentro! —chillaba una voz escandinava—. ¡Sé perfectamente lo que estáis haciendo!

—¡Oh, cielos, Sven! —exclamó Geoffrey antes de empezar a forcejear con el pestillo—. Tranquilízate, cariño —le suplicó—, sólo estábamos hablando de negocios.

A su espalda, Frensic tuvo la prudencia de armarse con la escobilla del wáter.

—¡Negocios! —bramó el sueco—.Ya sé qué negocios os traéis…

La puerta se abrió de golpe y los ojos furiosos de Sven recorrieron el lavabo.

—¿Qué está haciendo ése con la escobilla?

—Sven, cariño, sé razonable —le rogó Geoffrey.

Sin embargo, Sven se debatía entre las lágrimas y la violencia.

—¿Cómo has podido, Geoffrey? ¿Cómo has podido?

—No ha podido —intervino Frensic con vehemencia. El sueco le dio un repaso de la cabeza a los pies.

—¡Y encima con un hombrecillo tan repugnante y rechoncho!

Ahora era Frensic el que le miraba con ojos que echaban chispas.

—Puede que esté rechoncho —le espetó—, pero no tengo un pelo de repugnante.

Se produjo un momento de forcejeo y finalmente Geoffrey se llevó como pudo por el pasillo a un Sven lloroso.

Frensic devolvió el arma a su sitio y se sentó en el borde de la bañera.

Cuando Geoffrey volvió, Frensic ya tenía tramada una nueva táctica.

—¿Dónde estábamos? —le preguntó Geoffrey.

—Tu amiguito me tildaba de hombrecillo repugnante y rechoncho.

—Ay, cariño, lo siento, pero la verdad es que has tenido suerte. La semana pasada uno se llevó una auténtica paliza, y lo único que había venido a hacer el pobre hombre era arreglar el bidet.

—Bueno, volvamos al contrato. Estoy dispuesto a hacerte otra concesión. Puedes quedarte con la próxima novela de Piper, *En busca de la infancia perdida*, a cambio de un anticipo de mil libras…

—¿Con su próxima novela? ¿Ya está trabajando en otra?

—Casi la tiene terminada, y es muchísimo mejor que *Deteneos*. Te la cederé prácticamente por nada, siempre que firmes este contrato para Hutchmeyer.

—Muy bien, de acuerdo —aceptó Geoffrey—. No tengo otro remedio que confiar en ti.

—Si dentro de una semana no te lo he devuelto para que lo rompas en pedazos, estás en tu derecho de ir a ver a Hutchmeyer y contarle que todo esto es un fraude. Eso te Cubrirá las espaldas.

Y así fue como se firmaron los dos contratos en el cuarto de baño de Geoffrey Corkadale.

Frensic se encamino a su casa exhausto y dando tumbos y, a la mañana siguiente, Sonia le enseñó a Hutchmeyer el contrato de Corkadale.

El trato se había cerrado.

CAPÍTULO IV

En la casa de huéspedes Gleneagle de Exforth, el plumín de Piper trazaba con esmero rizos y bucles negros en la página cuarenta y cinco de su libreta de notas.

En la habitación contigua, la aspiradora de la señora Oakley iba de aquí para allá con un estruendo atronador que minaba la concentración de Piper en la octava versión de su novela autobiográfica. El hecho de que aquel nuevo intento siguiera las pautas de *La montaña mágica* no facilitaba precisamente las cosas.

La tendencia de Thomas Mann a construir frases complejas y a elaborar sus apreciaciones irónicas mediante la ayuda de un sinfín de precisos detalles, no se ajustaba con facilidad a la descripción de la vida familiar del Finchley de 1953, pero Piper no cejaba en la tarea. Ese no cejar era —y él lo sabía— la marca del genio, y sabía con igual certeza que tenía talento. Un talento no reconocido, sin duda, pero llegaría el día en que, gracias a su capacidad para sobrellevar infinitas penalidades el mundo entero lo aclamaría.

Así pues, a pesar de la aspiradora y del viento gélido marino que se colaba por las rendijas de la ventana, Piper siguió escribiendo.

Esparcidas por la mesa a su alrededor estaban las herramientas propias de su oficio: una libreta de notas en la que dejaba constancia de ideas y frases que podían serle de utilidad más adelante, un diario en el que daba cuenta de sus más profundas y perspicaces opiniones sobre la minimaleza de la existencia, una lista que refería las actividades cotidianas, una bandeja de estilográficas y un tintero de tinta negra a medio evaporar.

Este último era producto de la capacidad de inventiva de Piper. Dado que Escribía para la posteridad, era fundamental que todo cuanto escribiera durara indefinidamente sin perder intensidad de color. Durante una temporada había imitado a Kipling y usado tinta china, pero se le secaba en el plumín antes de que hubiera tenido tiempo de escribir siquiera una palabra.

Sin embargo, tras descubrir, por pura casualidad, que dejando destapado un tintero Waterman negro medianoche en una habitación sin humedad, la tinta adquiría una densidad muy superior a la de la tinta china, conservando, con todo, una fluidez que le permitía escribir una frase entera sin tener que recurrir a la ayuda de un pañuelo, se pasó a la tinta evaporada.

Resplandecía en la página con una pátina que confería cuerpo a sus palabras, y para garantizar una longevidad infinita a su obra se apresuró a comprar libros de contabilidad encuadernados en piel, de los que suelen usarse en los bufetes de abogados y contables chapados a la antigua, y, haciendo caso omiso de sus innumerables líneas verticales, escribía en ellos sus novelas.

El primer libro de contabilidad que llenó de cabo a rabo constituía ya de por sí una obra de arte. La caligrafía de Piper era pequeña y regular, y fluía de una página a otra casi sin tropiezos.

Dado que ninguna de sus novelas contenía mucho diálogo, o sólo esa clase de diálogo profundo y explicativo que requiere frases largas, apenas había páginas con líneas interrumpidas o espacios sin llenar. Y Piper conservaba sus libros de contabilidad como oro en paño.

Un día, tal vez después de su muerte, cuando sin duda su talento tuviera el reconocimiento que merecía, los estudiosos podrían seguir su evolución a través de aquellas

páginas incrustadas. No podía pasar por alto la posteridad.

Por lo demás, tenía que pasar por alto la aspiradora de la habitación contigua y las continuas interrupciones de la patrona y las señoras de la limpieza.

Piper se negaba a que sus mañanas sufrieran interrupciones. Era precisamente entonces cuando escribía. Después del almuerzo, emprendía su caminata de rigor por uno de los paseos que invariablemente se hallaban frente al lugar en que vivía. Después del té volvía a la escritura y, tras la cena, se dedicaba a leer, en primer lugar lo que había escrito durante el día y en segundo lugar la novela que constituía el modelo de la que tenía en curso.

Dado que leía con mayor rapidez de aquella con la que escribía, se sabía prácticamente de memoria *Tiempos difíciles*, *Nostromo*, *Retrato de una dama*, *Middlemarch* y *La montaña mágica*. En el caso de *Hijos y amantes*, al pie de la letra. Al limitar sus lecturas a los grandes maestros de la ficción, evitaba que novelistas menores ejercieran una influencia nefasta sobre su propia obra.

Además de esas pocas obras maestras, Piper debía su inspiración a *La novela moral*. La tenía siempre encima de la mesilla de noche y, antes de apagar la luz, solía leer una página o dos y reflexionaba sobre los mandamientos de la señorita Louth.

La autora era especialmente partidaria de «situar a los personajes dentro de un marco emocional, de una suerte de contexto de madurez y de interrelaciones afectivas que se corresponda con la realidad de la experiencia del novelista dentro de su propio tiempo, con el fin de conferir verosimilitud a sus propias creaciones de ficción».

Teniendo en cuenta que las experiencias de Piper se habían visto limitadas a dieciocho años de vida familiar en Finchley, a la muerte de sus padres en un accidente automovilístico y a diez años de casas de huéspedes, no es de extrañar que encontrara dificultades a la hora de trasladar su obra a un contexto de madurez y de interrelaciones afectivas. Con todo, se esmeraba en hacer cuanto estaba en su mano, y sometía la inaceptable boda de los difuntos señor y señora Piper al más concienzudo de los exámenes, con el fin de estampar en ellos la madurez y perspicacia que exigía la señorita Louth. De ahí que emergieran de aquella especie de exhumación emocional con sentimientos que jamás les habían correspondido y opiniones que nunca habían sustentado.

En la vida real, el señor Piper había sido un fontanero competente; en *En busca* era un fontanero intelectual aquejado de tuberculosis y presa de un sinfín de sentimientos ambiguos por su esposa. La Señora Piper salía, si cabe, peor parada. Creada siguiendo el modelo de Frau Chauchat de Isabel Archer, era aficionada a las disquisiciones filosóficas, a los portazos, a mostrar sus hombros desnudos y abandonarse en secreto a su atracción sexual por su hijo y el vecino, cosas que habrían dejado horrorizada a la verdadera señora Piper.

Por lo demás, lo único que sentía por su marido era una mezcla de desdén y repugnancia.

Y, para terminar, ahí estaba Piper en persona, un prodigio de catorce años abrumado por tal grado de conocimiento de sí mismo y una perspicacia a la hora de analizar los verdaderos sentimientos que sus padres se profesaban el uno al otro, que, de haberlos poseído de verdad, habría hecho su presencia en la casa totalmente insoportable.

Afortunadamente para la salud mental de los difuntos señor y señora Piper y para la seguridad del propio Piper, a los catorce años era un chico particularmente obtuso y carente de todas esas cualidades que más adelante reclamaría como suyas. Sus pocos sentimientos estaban concentrados en la persona de su profesora de inglés, una tal señorita Pears que, en

un momento de despiste, había felicitado al pequeño Peter por una redacción que en realidad había copiado prácticamente de pe a pa de un ejemplar viejo de *Horizon* que había encontrado en un armario de la escuela.

Gracias a aquella esperanza tan temprana habían nacido las ambiciones literarias de Piper…, y gracias al cansancio del conductor de un camión cisterna que, cuatro años más tarde, se quedó dormido al volante y cruzó la carretera a cien kilómetros por hora, llevándose por delante al señor y la señora Piper, que circulaban a cincuenta de vuelta de casa de unos amigos de Amersham, consiguió los medios para llevarlas a buen término.

A los dieciocho heredaba la casa de Finchley, una cuantiosa suma de la compañía de seguros y los ahorros de sus padres.

Piper vendió la casa, metió todo el dinero en el banco y, para tener una razón pecuniaria por la que escribir, vivió de ese dinero desde entonces.

Transcurridos diez años y varios millones de palabras sin vender, estaba prácticamente sin blanca.

De ahí que estuviera encantado al recibir un telegrama de Londres que decía:

URGENTE VERLE VENTA
NOVELA ETC MIL LIBRAS
ANTICIPO POR FAVOR LLAME
INMEDIATAMENTE FRENSIC.

Piper llamó inmediatamente y cogió el tren de mediodía en un estado de expectación eufórica. Por fin había llegado el momento de su reconocimiento.

En Londres, Frensic y Sonia estaban sumidos también en un estado de expectación, aunque menos eufórica y de tintes más sombríos.

—¿Y qué ocurrirá si se niega? —preguntó Sonia mientras Frensic caminaba arriba y abajo por el despacho.

—Eso sólo Dios lo sabe —repuso Frensic—. Ya oíste lo que dijo Cadwalladine: «Haga lo que le plazca pero no involucre a mi cliente de ningún modo». Así que o Piper o la quiebra.

—Por lo menos he conseguido arrancarle otros veinticinco mil dólares a Hutchmeyer por la gira, más gastos. Yo diría que eso es ya incentivo suficiente.

Frensic tenía sus dudas.

—Con cualquier otro quizá —comentó—, pero Piper tiene sus principios. ¡Por el amor de Dios!

¡Haz el favor de no dejar por ahí ningún juego de pruebas de *Deteneos* si no quieres que vea lo que se supone que ha escrito!

—Pero algún día lo tendrá que leer…

—Sí, pero antes quiero verle contratado para la gira y con parte del dinero de Hutchmeyer en el bolsillo. Así luego no podrá desdecirse tan fácilmente.

—¿Y estás seguro de que con la oferta de Corkadale de publicar *En busca de la infancia perdida* lo tendremos bien agarrado?

—Es nuestra mejor baza. Tienes que meterte en la cabeza que, en el caso de Piper, nos enfrentamos a una subespecie de demencia conocida como *dementia novella* o *bibliomanía*. Los síntomas son una necesidad totalmente Irracional de verse editado. Pues bien, yo voy a editar a Piper. Hasta le he conseguido mil libras, lo cual no deja de resultar increíble teniendo en cuenta la sarta de disparates que escribe. Además, le van a pagar veinticinco mil dólares por una gira. Así que lo único que hemos de hacer es jugar bien nuestras cartas, y ten por seguro que irá. El contrato de Corkadale es el as que tenemos en

la manga. Piensa que ése mataría a su propia madre con tal de ver *En busca* publicado.

—Yo creía que me habías dicho que sus padres habían muerto.

—Y así es. Según tengo entendido, ese pobre diablo no tiene un pariente con vida. No me sorprendería en absoluto que fuéramos para él las personas más cercanas y queridas.

—Es increíble lo que una comisión del veinte por ciento sobre dos millones de dólares puede hacer en alguna gente —comentó Sonia—. Nunca te habría imaginado en el papel de padre adoptivo.

Era sorprendente comprobar el efecto que había causado en el ánimo de Piper la perspectiva de ver publicada su novela.

Se presentó en Lanyard Lañe ataviado con el traje azul marino que reservaba para las visitas oficiales a Londres y con una expresión de autocomplacencia que alarmó a Frensic, quien prefería ver a sus autores subyugados y ligeramente deprimidos.

—Me gustaría presentarle a la señorita Futtle, mi socia —le dijo en cuanto entró—. Se encarga de la rama americana del negocio.

—Encantado —dijo Piper, con una ligera inclinación de cabeza, un hábito que debía a Hans Castorp.

—Su libro es sencillamente adorable —le felicitó Sonia—. Me parece maravilloso.

—¿De veras?

—Tan perspicaz —insistió Sonia—, tan profundo…

Frensic se removió, incómodo, en el fondo de la sala. El se habría decantado por una táctica menos descarada, y el acento de Sonia, que sospechaba había tomado prestado de la Georgia de 1861, le sacaba de quicio. Sin embargo, parecía tener una influencia favorable sobre Piper.

Se estaba sonrojando.

—Es muy amable por su parte —murmuró.

Frensic decidió imponerse.

—Vamos a ver, en lo que se refiere al contrato de Corkadale para publicar *En busca* —dijo, consultando su reloj de pulsera—, ¿por qué no bajamos y discutimos el asunto mientras nos tomamos una copa?

Bajaron al pub de enfrente y, mientras Frensic pedía las bebidas, Sonia continuó con la ofensiva.

—Corkadale es una de las editoriales más antiguas de Londres. Tienen un prestigio enorme, pero de todos modos creo que deberíamos hacer cuanto esté a nuestro alcance para que su obra llegue al público más amplio posible.

—Lo importante —intervino Frensic, ya de regreso con un par de gin tonics para Sonia y para él y uno doble para Piper— es que lo conozcan. Corkadale no está mal para empezar, pero su índice de ventas no es ni mucho menos envidiable.

—¿Ah, no? —repuso Piper, que nunca había pensado en asuntos tan materiales como los índices de ventas.

—Están chapados a la antigua, así que, en el caso de que aceptaran *En busca*…, cosa que todavía no es del todo segura, ¿serían los más indicados para promocionarla? Esa es la cuestión.

—Pero yo creía que ya estaban de acuerdo en comprarla… —dijo Piper, un tanto incómodo.

—Nos han hecho una oferta, una buena oferta, ¿pero vamos a aceptarla? —insistió Frensic—. Eso es lo que hay que discutir.

—Sí —repuso Piper—, sí, la vamos a aceptar.

Frensic miró a Sonia con ojos inquisitivos.

—¿Y qué hay del mercado americano? —preguntó.

—Si lo que queremos es venderla a una editorial americana, nos va a hacer falta empezar con alguien más importante que Corkadale, alguien con empuje y ambición, capaz de promocionar el libro a lo grande.

—Eso es exactamente lo que creo yo —dijo Frensic—. Bien es verdad que Corkadale tiene prestigio, pero le podría cortar las alas de cuajo.

—Pero… —dijo Piper, a aquellas alturas ya totalmente al acecho.

—Aupar una primera novela en Estados Unidos no es cosa fácil —le interrumpió Sonia—, y en el caso de un autor británico desconocido es como…

—¿Tratar de vender fuegos artificiales en el infierno? —le sugirió Frensic, haciendo un verdadero esfuerzo por no mencionar ni helados ni esquimales.

—Me quitas las palabras de la boca —dijo Sonia—. No les interesa.

—¿Ah, no? —dijo Piper.

Frensic fue a por otra ronda y, cuando volvió, Sonia había pasado a la ofensiva.

—Un autor británico en Estados Unidos necesita algo especial. Con los de suspense es fácil, y con el romance histórico más fácil todavía. Ahora bien, si *En busca* tratara sobre los petimetres de la Regencia o, mejor aún, sobre María, la reina de los escoceses, no tendríamos ningún problema. Con esa clase de cosas se les cae la baba, pero es que *En busca* es de una profundidad intelectual…

—¿Y qué me dices de *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen*? —intervino Frensic—. Ese libro sí que va a arrasar en América.

—Sin duda —corroboró Sonia—. Bueno, habría arrasado si el autor hubiera podido ir a promocionarlo.

Ambos se sumieron en un lúgubre silencio.

—¿Y por qué no puede ir? —preguntó Piper.

—Está demasiado enfermo —dijo Sonia.

—Es demasiado reservado y tímido —añadió Frensic—. No hay más que ver en cómo insiste en utilizar un seudónimo.

—¿Un seudónimo? —se extrañó Piper, sorprendido de que un autor no quisiera ver su nombre en la portada de un libro.

—Una verdadera tragedia —prosiguió Sonia—. Y como no puede ir, tendrá que renunciar a dos millones de dólares.

—¿Dos millones de dólares? —dijo Piper.

—Y todo porque tiene osteoartritis y el editor americano insiste en que haga una gira de promoción y no la puede hacer.

—¡Pero eso es terrible! —exclamó Piper.

Frensic y Sonia asintieron, más apesadumbrados que Piper, si cabe.

—Y tiene esposa y seis hijos —añadió Sonia.

Frensic dio un respingo. La esposa y los seis hijos no estaban previstos en el guión.

—¡Qué calamidad! —se lamentó Piper.

—Y con una osteoartritis en fase terminal nunca va a tener la oportunidad de escribir otro libro.

Frensic dio otro respingo. Eso tampoco estaba previsto ni el guión.

Pero Sonia no cejaba.

—Y con esos dos millones de dólares tal vez habría podido costearse un nuevo tratamiento…

Frensic se levantó precipitadamente y fue en busca de más copas. Aquello ya era demasiado —Si pudiéramos encontrar a alguien que le sustituyera… dijo Sonia, mirando fijamente a Piper a los ojos con toda Intención—. Como está dispuesto a utilizar un seudónimo y el editor americano no lo conoce… —añadió, dejando en el aire un montón de sobreentendidos.

—¿Y por qué no le cuentan la verdad al editor americano? —preguntó Piper.

Frensic, que regresaba armado con un par de gin tonics y uno triple para Piper, decidió intervenir.

—Porque Hutchmeyer es uno de esos hijos de mala madre que se aprovecharían del autor para bajar el precio —dijo.

—¿Y quién es Hutchmeyer? —quiso saber Piper.

Frensic miró a Sonia.

—Díselo tú.

—Pues resulta que es uno de los editores más importantes de Estados Unidos. Vende más libros que todas las editoriales de Londres juntas y, cuando compra, el éxito está asegurado.

—Y cuando no, pues es cuestión de suerte —dijo con tranquilidad Frensic.

Sonia tomó el relevo.

—Si consiguiéramos que Hutchmeyer comprara *En busca* se le habrían terminado los problemas. Tendría las ventas aseguradas y dinero suficiente para seguir escribiendo toda la vida.

Piper estudió aquella gloriosa perspectiva y bebió unos sorbos de su triple de ginebra. Aquél era el limbo que llevaba tantos años esperando, saber que por fin iba a ver *En busca* impreso. Así que si pudieran convencer a Hutchmeyer de que lo comprara… ¡Ah, qué dicha! Una idea iba tomando cuerpo en su embotada cabeza.

Sonia la vio forjarse y volvió a la carga.

—Si encontráramos el modo de que Hutchmeyer y usted se pusieran en contacto… —dijo—. Vamos a suponer que pensara que usted es el autor de *Deteneos*…

Pero Piper ya estaba al cabo de la calle.

—Entonces compraría *En busca* —repuso, e inmediatamente sintió que las dudas le reconcomían—. Pero ¿no le importaría al autor de ese libro?

—¿Que si le importaría? —intervino Frensic—. Mi querido amigo, lo que le estaría haciendo usted es un favor. Nunca escribirá otro libro, y si Hutchmeyer se niega a cumplir con su parte del trato…

—Y lo único que tendría que hacer usted es sustituirle en la gira de promoción —insistió Sonia—. Así de sencillo.

Frensic metió cuchara en el asunto.

—Y por esa ganga le pagarían veinticinco mil dólares más gastos.

—Sería una publicidad estupenda —siguió arremetiendo Sonia—. Justo la oportunidad que le hace falta.

Piper estaba totalmente de acuerdo. Era justo la oportunidad que le hacía falta.

—Pero ¿no sería ilegal eso de pasearme por ahí fingiendo que he escrito un libro que no es mío? —preguntó.

—Naturalmente, contaría con el consentimiento del verdadero autor. Por escrito. Así no incurriría en ninguna ilegalidad. Hutchmeyer no tendría por qué enterarse, aunque de todos modos nunca lee los libros que compra. No es más que un hombre que negocia con libros. Lo único que quiere es un autor que vaya de gira firmando ejemplares y

haciendo apariciones públicas. Además, tiene una Opción sobre la segunda novela del autor.

—Pero yo creía haber entendido que el autor nunca podría escribir un segundo libro —dijo Piper.

—Exactamente —subrayó Frensic—, así que el segundo libro del mismo autor será para Hutchmeyer *En busca de la infancia perdida*.

—De ese modo ya tendría la partida ganada —dijo Soma—. Con el respaldo de Hutchmeyer nunca le puede salir mal.

Fueron al restaurante italiano que había al doblar la esquina y reanudaron la discusión. Todavía quedaba algo que tenía a Piper inquieto.

—Pero si Corkadale quiere comprar *En busca*, ¿no complicaría eso mucho más las cosas? Al fin y al cabo, conocen al autor del otro libro.

Frensic negó con la cabeza.

—En absoluto. Verá usted, como nos encargamos de su obra y no puede venir a Londres, todo esto quedaría entre nosotros. Nadie se enteraría nunca.

Piper sonrió a sus espaguetis. Era todo tan sencillo… Estaba a punto de obtener el reconocimiento. Alzó los ojos hacia Sonia.

—Está bien. Todo vale en el amor y en la guerra —dijo.

Sonia le devolvió la sonrisa antes de levantar su copa.

—Brindemos por eso —murmuró.

—Por el nacimiento de un autor —la secundó Frensic.

Y bebieron.

Más tarde, aquella misma noche, Piper firmaba dos contratos en el piso de Hampstead de Frensic. El primero arbitraba la venta de *En busca de la infancia perdida* a Corkadale a cambio de un anticipo de mil libras. El segundo establecía que, como autor de *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen*, aceptaba realizar una gira de promoción por Estados Unidos.

—Con una condición —precisó, mientras Frensic se apresuraba a descorchar una botella de champán para celebrar la ocasión.

—¿Cuál?

—Que la señorita Futtle me acompañe.

Resonó un fuerte impacto cuando el corcho fue a estrellarse contra el techo.

En el sofá, Sonia se echó a reír alegremente.

—Secundo la moción —dijo.

Frensic no puso reparos, como tampoco los puso a la hora de cargar con un Piper muy borracho hasta su cuarto de invitados y acostarle.

Piper sonreía feliz mientras dormía.

CAPÍTULO V

A la mañana siguiente, Piper se despertó y se quedó tumbado en la cama vencido por una sensación de júbilo. Le iban a publicar. Iba a ir a América. Estaba enamorado.

De pronto, todos sus sueños se habían convertido milagrosamente en realidad.

Piper no tenía remordimientos de conciencia.

Se levantó, se lavó y se miró en el espejo del cuarto de baño con una nueva opinión de su talento antaño no reconocido. El hecho de que su repentina racha de buena suerte se debiera a la desgracia de un autor aquejado de artrosis en fase terminal no le quitaba el sueño. Su talento se merecía una oportunidad y ya la tenía. Además, aquellos largos años de frustración habían dejado anestesiados todos los principios morales que nutrían sus novelas.

A eso contribuía también la lectura al azar de la autobiografía de Benvenuto Cellini. «Cada cual se debe a su arte», reprochaba Piper a su imagen del espejo mientras se afeitaba, para añadir de inmediato que había una corriente invisible en los asuntos humanos que, si uno la aprovechaba, conducía a la buena fortuna.

Y luego estaba Sonia Futtle.

La dedicación exclusiva de Piper a su arte le había dejado muy poco tiempo para sentimientos verdaderos por gente de carne y hueso, y ese poco tiempo lo había consagrado a zafarse de los requerimientos de amor de un sinfín de patronas y a idolatrar a distancia a las atractivas jovencitas que se alojaban en las casas de huéspedes en las que vivía.

Las pocas chicas a las que había cortejado habían demostrado, ya desde el principio, no sentir interés alguno por la literatura.

Piper se había reservado pues para el gran amor, ese amor que igualaría en intensidad a las relaciones sobre las que había leído en las grandes novelas, el encuentro de dos almas literarias.

Tenía la sensación de haber encontrado en Sonia Futtle a la mujer capaz de apreciar de verdad cuanto podía ofrecerle, un espíritu con el que establecer una relación sincera. Y si se requería algo más para convencerle de que no tenía porqué vacilar en ir a América para promocionar la obra de un desconocido, era precisamente el saber que Sonia iba a acompañarle.

Piper terminó de afeitarse y, al entraren la cocina, encontró una nota de Frensic en la que le decía que se había ido a la oficina y que se sintiera como en casa.

Piper se sintió como en casa. Después de desayunar, se llevó su diario y un tintero de tinta evaporada al estudio de Frensic y se sentó ante el escritorio para dejar constancia en sus páginas de los sentimientos de dicha que le inspiraba Sonia Futtle.

Pero, si bien Piper se sentía dichoso, Frensic no.

—Esto nos podría explotar en la cara —le dijo a Sonia al llegar—. Emborrachamos a ese pobre desgraciado y firmó el contrato, pero ¿qué pasará si cambia de parecer?

—Imposible —repuso Sonia—. Le vamos a pagar algo a cuenta por la gira y tú lo llevarás a Corkadale esta misma tarde para que firme por *En busca*. Así lo tendremos bien atado de pies y manos.

—Me parece estar oyendo la voz de Hutchmeyer. Lo tendremos bien atado de pies y manos. Atado puede que sí, pero sobre eso de que lo tendremos ya no estoy tan seguro.

—Lo hacemos por su bien —le recordó Sonia—. Dime, si no, qué otra posibilidad tendría de ver *En busca* publicado.

Frensic asintió.

—A Geoffrey le va a dar un síncope cuando vea lo que ha aceptado publicar, La montaña mágica en East Finchley. Es algo que repele al sentido común. Tendrías que haber leído la versión de Piper de Nostromo, ambientada para la ocasión en East Finchley.

—Esperaré a las reseñas. Pero, mientras tanto, ya nos hemos embolsado un cuarto de millón como si nada. Y de libras, Frenzy, no de dólares. Piénsalo.

—Ya lo he pensado, y he pensado también en lo que nos pasará si todo esto sale mal. Estaremos fuera del negocio.

—No va a salir mal. Acabo de hablar por teléfono con Eleanor Beazley, la del programa «Los libros que hay que leer». Me debe un favor, así que está dispuesta a hacerle un hueco a Piper en el programa de la semana que viene, que…

—No —se negó Frensic—, de eso ni hablar. No voy a permitir que hagas bailar a Piper a tu antojo…

—¡Escúchame, guapo! —le replicó Sonia—, ¡hay que aprovecharlo mientras dure! Si sacamos a Piper por televisión diciendo que ha escrito *Deteneos* ya no podrá rajarse.

Frensic la miró con asco.

—Ya no podrá rajarse. Encantador. Ahora sí que pisamos de lleno territorio de la mafia. Y ten la amabilidad de no llamarme «guapo». Si hay algo que detesto es que me traten de «guapo». Y en lo que se refiere a poner a ese pobre lunático de Piper ante una cámara, ¿has pensado en el efecto que eso podría tener sobre Cadwalladine y su anónimo cliente?

—En teoría, Cadwalladine acepta la idea de la sustitución. ¿Qué quejas podría tener?

—Existe una diferencia entre «en teoría» y «en la práctica» —puntualizó Frensic—. Lo que dijo textualmente es que lo consultaría con su cliente.

—¿Y te ha dado una respuesta?

—Todavía no, y en cierto modo deseo que la rechace. Por lo menos, eso pondría punto final de una vez para siempre a mi eterna lucha mortal entre la avaricia y los principios.

Pero ni siquiera pudo tener ese alivio.

Media hora después llegaba un telegrama:

CLIENTE ACEPTA SUSTITUCIÓN - STOP
ANONIMATO CONSIDERACIÓN FUNDAMENTAL
CADWALLADINE.

—De modo que ya estamos fuera de peligro —se congratuló Sonia—.Confirmaré la asistencia de Piper para el miércoles y a ver si conseguimos que *The Guardian* le saque un artículo. Tú ocúpate de Geoffrey y encárgate de que Piper y él intercambien contratos firmados de *En busca* esta misma tarde.

—Eso podría provocar algún malentendido, porque resulta que Geoffrey cree que Piper es el autor de *Deteneos*, y como Piper no ha leído y, menos aún, escrito esa cosa…

—Pues entonces te lo llevas a almorzar, le atiborras de alcohol hasta las cejas y…

—¿Has pensado alguna vez en dedicarte a los secuestros?

Llegado el momento, no hubo ninguna necesidad de atiborrar a Piper de alcohol hasta las cejas.

Se presentó completamente eufórico y se instaló en el despacho de Sonia, donde permaneció lanzándole miraditas cargadas de intención mientras ella hablaba por teléfono con los directores literarios de varios periódicos y concertaba entrevistas con el autor y pre

publicaciones de la novela por la que más dinero se había pagado en el mundo, *Deteneos, oh hombres, ante la virgen*.

En el despacho contiguo, Frensic estaba atareado con los quehaceres normales del día.

Telefoneó a Geoffrey Corkadale y consiguió una cita para Piper para aquella misma tarde, escuchó distraídamente los lamentos de un par de autores que tenían problemas con sus argumentos, hizo cuanto pudo por tranquilizarlos asegurándoles que al final todo les saldría bien, y trató de hacer oídos sordos a la vocecita de su instinto que le decía que, con la firma de Piper, la empresa Frensic & Futtle había ido demasiado lejos.

Por fin, aprovechando un momento en que Piper bajó al lavabo, Frensic consiguió intercambiar unas palabras con Sonia.

—¿Y? —preguntó, tomando prestado aquel estilo telegráfico transatlántico que delataba el estado de alteración mental en que se encontraba.

—Los del *Guardian* están de acuerdo en entrevistarlo mañana y los del *Telegraph* me han dicho que ya…

—¿Por qué exhibe Piper esa sonrisita petrificada y esos ojos como platos cuando te ve?

Sonia sonrió.

—¿No se te ha ocurrido pensar que tal vez me encuentre atractiva?

—No —repuso Frensic—. No se me ha ocurrido.

Sonia borró la sonrisa de su cara.

—¡Anda y que te zurzan! —soltó.

Frensic ando a que le zurcieran y sopesó aquella nueva perspectiva tan inesperada e incomprensible.

Uno de los faros inamovibles del mar de opiniones de Frensic era que a nadie en su sano juicio podía resultarle atractiva Sonia Futtle aparte de Hutchmeyer, y era indiscutible que Hutchmeyer tenía gustos de pervertido tanto en lo que se refería a libros como a mujeres. El hecho de que encima Piper se hubiera enamorado de ella y de una manera tan fulminante daba una dimensión totalmente nueva a la situación, que por lo demás ya le parecía bastante complicada.

Frensic se sentó ante su escritorio y pensó en el provecho que se podía sacar de aquel atontamiento de Piper.

—Por lo menos, eso me libra de él —murmuró por fin antes de regresar al despacho contiguo.

Allí Piper ya volvía a estar de vuelta en su sitio y miraba a Sonia con adoración.

Frensic se batió en retirada y la llamó por teléfono.

—De ahora en adelante es todo tuyo —le dijo—. Lo llevas a cenar, a beber y a todo lo que se te antoje. Ese hombre está alelado.

—Con esos celos no llegarás a ningún sitio —dijo Sonia, pero sonriendo a Piper.

—¡Eso es! —repuso Frensic—. No quiero tener nada que ver con esta corrupción de la inocencia.

—¿Escrúpulos? —sugirió Sonia.

—Todos —dijo Frensic antes de colgar.

—¿Quién era? —quiso saber Piper.

—Ah, un editor de Heinemann. Tiene auténtica debilidad por mí.

—Mmm… —musitó un Piper contrariado.

Así que mientras Frensic almorzaba en su club —cosa que se permitía únicamente

cuando su ego, vanidad o virilidad (según fuera el caso) habían sufrido un golpe en el mundo real—, Sonia se llevó al alelado Piper a Wheelers y le atiborró a base de dry Martini, vinos del Rin, filetes de salmón y su marca particular de efusivos encantos.

Cuando volvieron a asomarse a la calle, Piper le había confesado ya con infinidad de palabras que la consideraba la primera mujer que conocía en su vida dotada de los atractivos físicos e intelectuales necesarios para mantener una relación verdadera y, por si fuera poco, capaz de comprender la auténtica naturaleza de todo acto de creación literaria.

Sonia Futtle no estaba acostumbrada a declaraciones tan ardientes. Los pocos tejos que le habían echado en el pasado se habían caracterizado por una verbalización menos fluida y, por lo general, habían consistido en preguntas del tipo quieres o no, así que la técnica de Piper, prácticamente calcada de Hans Castorp de *La montaña mágica*, con una pizca de Lawrence para completar el aderezo, le supuso una agradable sorpresa. Tenía un no sé qué de anticuado, pensó, que resultaba un cambio agradable.

Además, a pesar de sus ambiciones literarias, Piper era bien parecido y tenía cierto encanto anguloso, y Sonia era capaz de complacer cualquier cantidad de encanto anguloso.

Así que fue una Sonia sonrojada y halagada la que se quedó de pie en la acera y paró el taxi que iba a llevarles a Corkadale.

—Usted no hable demasiado —le pidió mientras cruzaban Londres—.Geoffrey Corkadale es marica, así que ya se encargará él de hablar. Lo más probable es que le dedique un sinfín de cumplidos por *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen*, de modo que limítese a asentir con la cabeza.

Piper asintió con la cabeza.

El mundo era alegre, un lugar alegre en el que cualquier cosa era posible y todo estaba permitido. Como autor reconocido que era, le correspondía ser modesto.

Sin embargo, al llegar a Corkadale se excedió.

Inspirado por la visión del tintero de Trollope de la vitrina, se embarcó en la explicación de sus propias técnicas de escritura, con especial referencia al uso de tinta evaporada, intercambió los contratos de *En busca* y, con una adecuada sonrisita irónica, aceptó las alabanzas de Geoffrey por *Deteneos* como una novela de primera fila.

—Me resulta increíble que haya escrito un libro tan obsceno —susurró Geoffrey al oído de Sonia cuando ya se marchaban—. Yo me esperaba a un hippie melenudo, y éste, querida, parece salido del mismísimo siglo pasado.

—Eso demuestra que las apariencias engañan —repuso Sonia—. Por cierto, para *Deteneos*

vas a tener una campaña publicitaria de primera. He conseguido que salga en el programa «Los libros que hay que leer».

—¡Eres un lince! —la felicitó Geoffrey—. Estoy encantado. ¿Y lo del contrato americano es definitivo?

—Definitivo —le confirmó Sonia.

Cogieron otro taxi para regresar a Lanyard Laňe.

—Ha estado maravilloso —dijo Sonia a Piper—. Limítese a hablar de estilográficas, tintas y de cómo escribe sus libros y niéguese rotundamente a comentar su contenido. Así no tendremos problemas.

—De todos modos, nadie parece querer hablar de libros —se lamentó Piper—. Yo me esperaba una conversación completamente distinta. Más literaria.

Piper se apeó del taxi en Charing Cross y dedicó lo que le quedaba de tarde a curiosear libros en Foyle's, mientras Sonia regresaba a la oficina para tranquilizar a Frensic.

—Como una seda —dijo Sonia—. Ha dejado a Geoffrey embobado.

—No me extraña en absoluto —repuso Frensic—. Geoffrey es un bobo. Pero espera a que Eleanor Beazley le empiece a hacer preguntas sobre su retrato de la psicología sexual de una mujer octogenaria. Ahí es donde las cosas van a ponerse feas.

—No lo va a hacer. Ya le he advertido que nunca comenta su obra pasada, así que tendrá que limitarse a datos estrictamente biográficos y a su forma de trabajar. Cuando se pone a hablar sobre tinta y estilográficas resulta realmente convincente. ¿Sabías que escribe con tinta evaporada y que usa libros de contabilidad encuadernados en piel?

¿No te parece curioso?

—Lo que verdaderamente me sorprende es que no use plumas de ave —dijo Frensic—. Le van que ni pintadas.

—Puede salir un buen artículo. La entrevista del *Guardian* con Jim Fossie será mañana por la mañana ya los del Telegraph les tocará por la tarde para el suplemento en color. Esto empieza a funcionar, te lo digo yo.

Aquella noche, mientras Frensic iba camino de su piso acompañado de Piper, quedó bien claro que la cosa empezaba a funcionar de verdad. Los quioscos anunciaban:

NOVELISTA BRITÁNICO CONSIGUE DOS MILLONES EN EL CONTRATO DEL SIGLO.

—¡Qué telaraña más enmarañada hay que tejer cuando se practica el engaño por primera vez! —murmuró Frensic antes de comprar el periódico.

A su lado, Piper acariciaba el enorme ejemplar verde de tapas duras de *El doctor Fausto* de Thomas Mann que se había comprado en Foyle's. Se estaba empezando a plantear el utilizar su mismo enfoque sinfónico en su tercera novela.

CAPITULO VI

A la mañana siguiente la cosa empezó a ponerse en marcha.

Después de haberse pasado la noche entera soñando con Sonia y preparándose para la gran prueba, Piper se presentó en la oficina para hablar de su vida, gustos literarios y métodos de trabajo con Jim Fossie, del *Guardian*.

Frensic y Sonia se mantuvieron en un segundo plano, hechos un manojo de nervios, listos para intervenir en caso de que se fuera de la lengua, pero no fue necesario.

A pesar de las limitaciones de Piper como escritor de novelas, en su papel de novelista putativo estuvo impecable. Habló sobre literatura en abstracto, hizo alguna alusión mordaz a una o dos figuras eminentes de la novelística contemporánea, pero dedicó la mayor parte del tiempo al uso de la tinta evaporada y a las limitaciones de la estilográfica moderna como herramienta de creación literaria.

—Creo fervientemente en el trabajo bien hecho —declaró— y en esas virtudes pasadas de moda como son la claridad y la pulcritud.

Contó una anécdota sobre el empeño de Palmerston por que los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores escribieran con buena letra y desechó el bolígrafo con desdén.

Su preocupación por la caligrafía era tan obsesiva que cuando el señor Fossie cayó en la cuenta de que no se había mencionado siquiera la novela sobre la que había ido a hablar, la entrevista ya había terminado.

—No cabe duda de que no se parece a ninguno de los autores que he conocido —confesó a Sonia cuando ya le acompañaba a la salida—. ¡Y toda esa historia sobre el papel que utilizaba Kipling! ¡Por el amor de Dios!

—¿Y qué esperabas de un genio? —replicó Sonia—. ¿Una perorata sobre lo estupenda que es su última novela, tal vez?

—¿Y es realmente estupenda la novela de ese genio?

—Dos millones de dólares. Ese es valor real.

—Vaya con su valor real —apostilló el señor Fossie, con inconsciente perspicacia.

Incluso Frensic, que estaba preparado para un desastre, se quedó impresionado.

—Si sigue así, iremos por el buen camino —dijo.

—Estamos en el buen camino —le corrigió Sonia.

Después del almuerzo, y a raíz de un comentario al azar de Piper en el que afirmaba haber vivido una vez en Greenwich Park junto al escenario de la explosión de *Agente secreto,* el fotógrafo del *Daily Telegraph* se empeñó en hacerle las fotografías in situ.

—Eso le dará una mayor carga dramática —dijo, sin duda convencido de que esa explosión había tenido lugar realmente.

Y así fue como descendieron río abajo a bordo de una barca desde Charing Cross, mientras Piper confesaba a la señorita Pamela Wildgrove, su entrevistadora, que Conrad había tenido una influencia decisiva sobre su obra.

La señorita Wildgrove tomó buena nota del hecho.

Le confesó también que Dickens había ejercido su influencia.

La señorita Wildgrove volvió a tomar buena nota del hecho.

Cuando llegaron a Greenwich su bloc de notas estaba repleto de influencias, pero apenas se había hecho mención de la obra de Piper.

—Tengo entendido que *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen* trata sobre la relación amorosa entre un chico de diecisiete años y… —consiguió decir la señorita Wildgrove antes de que Sonia le parara los pies.

—El señor Piper no desea hacer ninguna declaración sobre el contenido de su novela —se apresuró a atajarla—. Queremos mantener la trama en secreto.

—Pero seguramente me podrá decir…

—Digamos que es una obra de gran importancia que abre nuevos horizontes dentro del campo de las diferencias de edad —dijo Sonia, y se llevó a Piper a toda prisa para que pudieran cometer la incongruencia de fotografiarle en la cubierta del Cutty Sark, dentro de los límites del Museo Marítimo y junto al Observatorio.

La señorita Wildgrove les siguió desconsolada.

—A la vuelta limítese a la tinta y a los libros de contabilidad —le aconsejó Sonia.

Y Piper siguió su consejo con un talante típicamente náutico mientras Sonia se encargaba de devolver a su pupilo al despacho.

—Lo ha hecho muy bien —le felicitó.

—Sí, pero ¿no sería mejor que leyera ese libro del que se me supone autor? Bueno, no sé ni siquiera de qué trata.

—Ya tendrá tiempo para eso en el barco, camino de los Estados Unidos.

—¿En el barco?

—Es mucho mejor que el avión. Hutchmeyer le tiene preparada una recepción espléndida en Nueva York y el puerto atraerá a un mayor número de gente. De todos modos, ya hemos terminado con las entrevistas y el programa de televisión no se rodará hasta el miércoles que viene, así que lo mejor será que regrese a Exforth y haga las maletas. Vuelva a Londres el martes por la tarde y ya le daré instrucciones para el programa. Zarpamos de Southampton el jueves.

—Es usted maravillosa —dijo Piper con voz ferviente— y quiero que lo sepa.

Piper se marchó del despacho y cogió el tren de la tarde para Exeter.

Sonia permaneció sentada en su despacho pensando en Piper con añoranza. Nadie le había dicho nunca que era maravillosa.

Y Frensic no se lo repitió precisamente a la mañana siguiente.

Llegó a la oficina de un humor de perros con un ejemplar del Guardian.

—Creía que me habías dicho que sólo iba a hablar de tinta y estilográficas —bramó ante una Sonia pasmada.

—Y así es. Estuvo fascinante.

—Pues ten la amabilidad de explicarme eso de que Graham Greene es un ganapán de segunda fila que escribe por encargo —soltó Frensic a voz en cuello, y le metió el artículo bajo la nariz— Palabras textuales. Ganapán por encargo. Graham Greene. Un ganapán por encargo. ¡Ese hombre está mal de la cabeza!

Sonia leyó el artículo y tuvo que reconocer que era un tanto exagerado.

—De todos modos la publicidad nos irá bien —dijo—. Con declaraciones así conseguirá hacerse un nombre entre el público.

—Conseguirá hacerse un nombre ante los tribunales, querrás decir —replicó Frensic—. Y ¿qué me dices de ese comentario sobre *La mujer del teniente francés*…? Piper, que no ha escrito una sola palabra publicable, y ahí le tienes criticando como un bellaco a media docena de novelistas ilustres. Mira lo que dice sobre Waugh. Cito textualmente: «… una imaginación limitada y un estilo sobre valorado», fin de la cita. Y resulta que Waugh es uno de los mayores estilistas de nuestro siglo. Y eso de «imaginación

limitada» viniendo de un idiota redomado que ni siquiera sabe qué es la imaginación… Lo de la caja de Pandora es un guateque comparado con lo que puede ser Piper suelto por ahí.

—Tiene derecho a tener sus opiniones —le defendió Sonia.

—Lo que no tiene derecho es a tener opiniones como éstas —replicó Frensic—. Dios sabe qué dirá el cliente de Cadwalladine cuando se entere de lo que se supone que ha dicho, y no creo que Geoffrey Corkadale se ponga muy contento cuando sepa que uno de sus autores considera a Graham Greene un ganapán de segunda fila que escribe por encargo.

Frensic se metió en su despacho y se sentó apesadumbra preguntándose cuándo iba a desatarse la tormenta. Su olfato se la estaba jugando.

Pero cuando se desató la tormenta lo hizo desde un lugar inesperado:

Piper en persona.

Al regresar a Gleneagle, la casa de huéspedes de Exforth, locamente enamorado de Sonia, la vida, su nueva y sólida reputación como novelista y su felicidad futura, se encontró con que le estaba esperando un paquete.

Contenía un juego de pruebas de *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen* y una carta de Geoffrey Corkadale en la que le pedía si tendría la amabilidad de corregirlas tan pronto como le fuera posible.

Piper subió el paquete a su habitación y se sentó cómodamente para leer.

Empezó a las nueve de la noche. A medianoche había llegado a la mitad y estaba totalmente despierto. A las dos de la madrugada había terminado ya y empezado una carta dirigida a Geoffrey Corkadale en la que aclaraba, con pelos y señales, la opinión que le merecía *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen* como novela, como pornografía, y como ataque contra los valores establecidos, tanto sexuales como humanos.

Era una carta larga.

Hacia las seis de la madrugada ya la había enviado. Sólo entonces se acostó, exhausto por la magnitud de su hastío y abrigando unos sentimientos por la señorita Futtle diametralmente opuestos a los que sentía por ella nueve horas antes. Pero ni siquiera entonces consiguió conciliar el sueño y permaneció tumbado en la cama durante varias horas hasta que le venció el cansancio.

Se levantó después del almuerzo y emprendió una solitaria caminata por la playa en un estado que rozaba el ansia de suicidio. La mujer a la que había amado y en la que había depositado su confianza le había tendido una trampa, engañado, estafado. Le había sobornado con toda la intención para que aceptara la autoría de una novela vil, nauseabunda, pornográfica… Se quedó sin adjetivos. Nunca se lo perdonaría.

Después de pasarse una hora entera contemplando el mar con ojos sombríos, regresó a la casa de huéspedes con aire resuelto.

Redactó un telegrama conciso en el que declaraba que no tenía la más mínima intención de seguir adelante con aquella farsa y que no deseaba volver a ver a la señorita Futtle en su vida.

Hecho esto, confió sus más oscuros sentimientos a su diario, cenó y se acostó.

A la mañana siguiente la tormenta se desataba en Londres.

Frensic llegó a su oficina de buen humor. La ausencia de Piper en su piso le había aliviado de la obligación de oficiar de anfitrión de un hombre cuya conversación giraba exclusivamente en torno a la necesidad de adoptar un enfoque serio en materia de ficción y a los encantos de Sonia Futtle como mujer. Ninguno de los dos temas era especialmente del agrado de Frensic, y la manía de Piper de leer en voz alta durante el desayuno fragmentos

de *El doctor Fausto* para ilustrar lo que quería decir con «contrapunto simbólico como herramienta literaria» había estado ahuyentando a Frensic de su casa más temprano de lo habitual.

Con Piper en Exforth se ahorraba aquel suplicio, pero cuando llegó a su despacho tuvo que hacer frente a nuevas calamidades.

Se encontró a Sonia pálida como la cera y al borde de las lágrimas con un telegrama arrugado en la mano y, cuando iba a preguntarle qué había ocurrido, sonó el teléfono.

Frensic contestó. Era Geoffrey Corkadale.

—Supongo que eso es lo que debes entender tú por chiste —le recriminó enfadado.

—¿Qué? —dijo Frensic, pensando en el artículo del *Guardian* sobre Graham Greene.

—¡Esa dichosa carta! —bramó Geoffrey.

—¿Qué carta?

—¡La de Piper! Supongo que debes de encontrar divertidísimo eso de hacerle escribir esa sarta de inmundas injurias sobre su abominable libro.

Entonces fue Frensic el que gritó.

—¿Qué ocurre con su libro? —le espetó.

—¿Qué quieres decir con eso de que qué ocurre con su libro? ¡Sabes perfectamente a qué me refiero!

—No tengo la menor idea —le aseguró Frensic.

—Dice que lo considera uno de los escritos más repulsivos que ha tenido la desgracia de leer…

—¡Mierda! —soltó Frensic frenético, preguntándose cómo se las habría arreglado Piper para hacerse con un ejemplar de *Deteneos*.

—Sí, eso también lo dice —prosiguió Geoffrey—. ¿Dónde lo he visto…? Ah, sí, aquí está: «Si se imagina usted aunque sólo sea por un momento que por razones de concupiscencia pecuniaria estoy dispuesto a prostituir mi hasta ahora desconocido talento que en mi opinión no deja de ser considerable asumiendo aunque sólo fuera remotamente y en este caso como sustituto la responsabilidad de algo que en mi opinión y en la de cualquier persona en su sano juicio únicamente puede calificarse de retahila pornográfica de excrementos verbales…». ¡Ahí! Sabía que lo había metido en alguna parte. Y, ahora, ¿qué me dices?

Frensic lanzó una mirada a Sonia cargada de rencor y trató de pensar en algo que decir.

—No sé —musitó—. Me parece un poco raro. ¿Cómo consiguió el dichoso libro?

—¿Qué quieres decir con eso de que cómo consiguió el dichoso libro? —bramó Geoffrey—. Lo ha escrito él, ¿no?

—Sí, supongo que sí —dijo Frensic, que se sentía más a salvo al reconocer que no sabía quién lo había escrito dando a entender así con ello que Piper le había engañado.

No parecía una postura muy segura que adoptar.

—¿Cómo que supones que sí? Le envío las pruebas del libro para que las corrija y lo que recibo es esta carta insultante. ¡Cualquiera diría que es la primera vez que lee ese puñetero mamotreto! ¿Está mal de la cabeza o qué?

—Sí —se apresuró a decir Frensic, aceptando la sugerencia como un regalo caído del cielo—, la tensión de estas últimas semanas…, una crisis nerviosa. Es que es bastante neurótico, ¿sabes? Y le da por ahí.

La furia de Geoffrey Corkadale amainó ligeramente.

—No voy a decir que me extrañe-reconoció—. Cualquiera capaz de acostarse con una mujer de ochenta años tiene que estar mal de la azotea. Entonces, ¿qué quieres que haga con esas pruebas?

—Mándamelas y ya me encargaré yo de que las corrija —le indicó Frensic—. Y en el futuro te sugiero que, para cualquier cosa relacionada con Piper, te pongas en contacto conmigo. Creo que le comprendo mejor.

—Me alegro de que alguien le comprenda —dijo Geoffrey— porque no me gustaría recibir más cartas como ésta.

Frensic colgó y se volvió hacia Sonia.

—¡Ya está! —chilló—. ¡Lo sabía! ¡Sabía que ocurriría! ¿Has oído lo que ha dicho?

Sonia asintió compungida.

—Ha sido culpa nuestra —se lamentó—. Tendríamos que haberle advertido que nos mandara las pruebas aquí.

—¡Al cuerno con esas pruebas! —espetó Frensic—. De lo que tenemos la culpa, para empezar, es de haber elegido a Piper. ¿Por qué Piper? El mundo está repleto de escritores normales, cuerdos, económicamente motivados y con sanas aspiraciones comerciales que estarían encantados de estampar su nombre en cualquier porquería, pero tú tuviste que elegir a Piper.

—Ahora no sirve de nada lamentarse —dijo Sonia—. Mira lo que dice en este telegrama. Frensic lo miró y se dejó caer en una silla.

—¿«Ineluctablemente suyo, Piper»? ¿En un telegrama? Nunca me lo habría imaginado… Bueno, por lo menos, se han acabado los sufrimientos; aunque no sé cómo demonios vamos a explicarle a Geoffrey que ya puede olvidarse del trato con Hutchmeyer…

—No hace falta que se olvide —dijo Sonia.

—Pero Piper dice…

—¡Me importa un bledo lo que diga! ¡Ése va a ir a los Estados Unidos aunque tenga que llevarle a rastras! Le hemos pagado una sustanciosa cantidad, hemos vendido su abominable libro y, además, tiene la obligación de ir. ¡No puede ignorar el contrato como si fuera papel mojado! Me voy a Exforth a hablar con él.

—Déjalo en paz —dijo Frensic—, es un consejo. Ese individuo es capaz de…

Pero sonó el teléfono y, tras pasarse diez minutos discutiendo el nuevo final de El último intento con la señorita Gold, se dio cuenta de que Sonia ya se había marchado.

—Que la ira de Dios… —musitó antes de regresar a su despacho.

Piper emprendió su caminata vespertina por el paseo como un ave migratoria tardía con el reloj biológico desajustado. Era verano y tendría que haber iniciado ya su marcha tierra adentro, hacia climas más benignos, pero el ambiente de Exforth le retenía.

El estilo eduardiano de aquel lugar de veraneo era agradable y bastante decoroso y, con su aspecto anticuado, llenaba el vacío entre Davos e East Finchley.

Estaba convencido de que a Thomas Mann le habría gustado Exforth, con su jardín botánico, con su dock golf, su malecón y sus cuartos de baño con mosaicos, su glorieta para las bandas de música y sus hileras de casas de huéspedes con balaustradas orientadas hacia Francia. En el pequeño parque que separaba Gleneagle del paseo descollaban incluso algunas palmeras.

Piper pasó bajo ellas a grandes zancadas y subió las escaleras del edificio justo a tiempo para el té.

Sin embargo, se encontró con que Sonia Futtle le estaba esperando en el vestíbulo.

Había salido de Londres a toda velocidad al volante de su coche y hasta había ensayado una táctica por el camino, pero una corta entrevista con la señora Oakley a propósito del café para los no residentes le había agriado el humor.

Para colmo, Piper no sólo la había rechazado como agente, sino también como mujer, y como mujer no estaba en absoluto dispuesta a que bromearan con eso.

—¡Me va a oír! —bramó a unos decibelios que hacían indudablemente extensiva la petición a todos los huéspedes del inmueble—. No va a desentenderse de esto tan fácilmente. Ha aceptado un dinero y…

—Por el amor de Dios —farfulló Piper—, no grite de ese modo. ¿Qué va a pensar la gente?

Era una pregunta estúpida. Todos los residentes que se encontraban en el salón los miraban y estaba muy claro lo que pensaban.

—¡Pues que es un hombre del que no puede fiarse ninguna mujer! —le espetó Sonia a voz en cuello, aprovechando la ventaja que le llevaba—, ¡que no cumple con su palabra, que…!

Pero Piper había salido huyendo.

Bajó las escaleras de nuevo en dirección a la calle y Sonia le siguió gritando.

—Me ha engañado deliberadamente. Se ha aprovechado de mi inexperiencia para hacerme creer que…

Piper se precipitó a la calle despavorido y se adentró en el parque.

—¿Que yo la he engañado? —contraatacó ya bajo las palmeras—. Usted me dijo que ese libro era…

—¡No es cierto! Yo le dije que sería un éxito de ventas, pero nunca le he dicho que fuera bueno.

—¿Bueno? ¡Pero si es repugnante! Es pornografía pura. Es la degradación…

—¿Pornografía? No me tome el pelo, por favor. Como no ha leído nada posterior a Hemingway se le ha metido en la cabeza que cualquier libro que hable de sexo es pornográfico.

—Eso no es verdad —protestó Piper—. Lo que pienso es que socava los cimientos de la literatura inglesa…

—¡No me venga con tonterías! Lo que pasa es que se aprovechó de la fe que Frenzy tenía en usted como novelista. Lleva diez años intentando que le publiquen y ahora que por fin le ha conseguido este contrato se lo restriega por las narices.

—Eso no es justo. Yo no sabía que era un libro abominable. Tengo que pensar en mi reputación y si mi nombre tiene que…

—¿En su reputación? ¿Y qué me dice de la nuestra? —le echó en cara Sonia, siguiendo con la trifulca mientras pasaban entre la cola de la parada del autobús—. ¿Se le ha ocurrido pensar el daño que le va a causar? —Piper negó con la cabeza—. ¿Y de qué reputación habla? ¿Su reputación como qué?

—Como escritor —repuso Piper.

—¿Y quién ha oído hablar de usted? —soltó Sonia, apelando a la cola de la parada de autobús.

Era evidente que nadie.

Piper bajó a todo correr hasta la playa.

—¡Es más: nadie oirá hablar de usted en su vida! —pregonó Sonia—. ¿O es que se cree que Corkadale va a publicar *En busca* tal como están las cosas? ¡Ni hablar! Lo llevarán ante los tribunales y después de dejarle en la ruina lo pondrán en la lista negra.

—¿Que me pondrán en la lista negra? —se asustó Piper.

—En la lista negra de escritores que no se publicarán jamás.

—Corkadale no es la única editorial del mundo —dijo Piper, a esas alturas ya totalmente desconcertado.

—A los que están en la lista negra no les publica nadie —soltó Sonia ingeniosamente—. Estará acabado como escritor, finito.

Piper se quedó ensimismado mirando el mar y se imaginó lo de estar finito como escritor. Era una perspectiva espantosa.

—¿De verdad cree…? —dijo, pero Sonia ya había vuelto a cambiar de táctica.

—Me dijo que me amaba —gimoteó, dejándose caer en la arena junto a una pareja de mediana edad—. Me dijo que…

—¡Oh, Dios mío! —se crispó Piper—, no se ponga así. Aquí no.

Pero Sonia porfió más y más, combinando una exhibición pública de sus penas personales con la amenaza de represalias legales si Piper se negaba a cumplir con su parte del trato, y la promesa de una fama asegurada como escritor de talento si lo cumplía.

La moral de Piper se fue debilitando gradualmente. Lo de la lista negra le había asestado un duro golpe.

—Supongo que siempre podría seguir escribiendo bajo seudónimo —se le ocurrió, mientras estaban de pie al final del malecón.

Sonia meneó la cabeza.

—Cielito, es usted tan ingenuo —le dijo—. ¿No se da cuenta de que su estilo se reconoce a la legua? Nunca podrá rehuir su carácter único, la originalidad de su genio…

—No, supongo que no —reconoció Piper con modestia—. Supongo que tiene razón.

—¡Claro que tengo razón! No es uno de esos ganapanes de segunda fila que escriben por encargo. Usted es Peter Piper. Frenzy ha dicho siempre que no hay más que uno como usted.

—¿Ah, sí? —dijo Piper.

—Le dedica más tiempo que a ninguno de los autores que llevamos. Tiene fe en usted y ésta es su gran oportunidad de dar el salto a la fama…

—Con un libro horroroso de otro —puntualizó Piper.

—De acuerdo, es el libro de otro, pero podría haber sido perfectamente suyo, como Faulkner con *Santuario y la violación con la mazorca de maíz*.

—¿Insinúa que no lo escribió Faulkner? —dijo Piper boquiabierto.

—Lo que insinúo es que lo escribió. Tuvo que hacerlo para que repararan en su existencia y poder seguir adelante. Aunque nadie compraba sus libros antes de *Santuario* luego se hizo famoso. Además, con *Deteneos* no hará ninguna falta que pase por eso, podrá mantener intacta su integridad artística.

—No se me había ocurrido verlo de ese modo —dijo con seriedad Piper.

—Y más adelante, cuando ya sea un gran novelista reconocido, podrá escribir su autobiografía y dejar claro ante el mundo lo de *Deteneos* —concluyó Sonia.

—Claro —dijo Piper.

—¿Así que irá?

—Sí, sí, iré.

—Oh, cariño.

Se besaron al final del malecón, y la marea, que subía lentamente bajo la luna, chapoteó a sus pies.

CAPÍTULO VII

Dos días más tarde, una Sonia triunfante pero exhausta se presentó en el despacho para anunciar que había convencido a Piper de que cambiara de parecer.

—¿Te lo has traído contigo? —dijo Frensic, incrédulo—. ¿Después de ese telegrama? ¡Dios santo! Para ese pobre memo debes de tener los encantos de Circe. ¿Cómo lo has conseguido?

—Le hice una escena y cité a Faulkner —le aclaró Sonia, sin más.

Frensic se quedó pasmado.

—No, Faulkner otra vez no. Ya le tuvimos el verano pasado. Si hasta Mann es más fácil de trasladar a East Finchley. Desde entonces, cada vez que veo un…

—Esta vez se trataba de *Santuario*.

Frensic suspiró aliviado.

—Supongo que eso está mejor. De todos modos, sólo de pensar en la señora Piper acabando en un burdel cualquiera de Memphis Cum Golders Green… ¿Y estás segura de que está dispuesto a seguir adelante con lo de la gira? Es increíble.

—Olvidas que soy una vendedora nata —le recordó Sonia—. Creo que conseguiría vender lámparas de rayos UVA en el Sahara.

—No me cabe duda. Después de esa carta que le mandó a Geoffrey yo creía que estábamos acabados. ¿Y ya se ha hecho a la idea de que es el autor de lo que calificó como uno de los escritos más repulsivos que había tenido la desgracia de leer?

—Lo considera un paso necesario en su camino hacia el reconocimiento. He conseguido convencerle de que su deber era prescindir de su espíritu crítico con el fin de…

—¡Qué espíritu crítico ni qué ocho cuartos! —saltó Frensic—. Pero si no tiene ni una pizca. Mientras no tenga que volver a dormir en mi casa…

—Se quedará en la mía —dijo Sonia—, y déjate de sonrisitas burlonas. Quiero que esté donde pueda tenerle controlado.

Frensic se dejó de sonrisitas burlonas.

—¿Y cuál es la próxima actividad de la agenda?

—El programa de «Los libros que hay que leer». Eso le ayudará a estar mejor preparado para las apariciones en la televisión norteamericana.

—Cierto —admitió Frensic—. Y no hay que olvidar que, además, tiene la ventaja de obligarlo a aceptar la autoría de *Deteneos* ante una audiencia masiva. Me resulta prácticamente imposible imaginármelo tratando de echarse atrás luego.

—Frenzy, querido —dijo Sonia—, eres un pesimista nato. Todo va a salir estupendamente.

—Espero que tengas razón —dijo Frensic—, pero no me quitaré el peso de encima hasta que os hayáis marchado a los Estados Unidos. Entre dicho y hecho hay mucho trecho y…

—Entre este dicho y este hecho no —dijo Sonia con presunción—, ni hablar. Piper irá a televisión…

—¿Como un pobre cordero al matadero, quizá? —sugirió Frensic.

Era un símil de lo más pertinente que ya había cruzado la mente de Piper, el cual empezaba a sentir remordimientos de conciencia.

«No es que dude de mi amor por ella», confió a su diario, que ahora que se había

mudado al piso de Sonia, había sustituido a *En busca* como vía principal de expresión personal, «pero es indudable que mi honestidad como artista está en juego, diga lo que diga Sonia sobre Villon.»

Y, en cualquier caso, el final de Villon no era del agrado de Piper.

Para tranquilizar su conciencia, retomó la entrevista de Faulkner de *Writers at Work*. La opinión que tenía Faulkner de los artistas le pareció sumamente apaciguadora.

«Son unos seres totalmente amorales», leyó Piper, «capaces de saquear, tomar prestado, mendigar y hasta de robar a diestro y siniestro con tal de ver culminada su obra.»

Piper leyó la entrevista de cabo a rabo y llegó a la conclusión de que era muy posible que hubiera cometido una equivocación al abandonar su versión Yoknapatawpha de *En busca* en favor de *La montaña mágica*.

Frensic le había expresado su desaprobación basándose en que se trataba de una prosa demasiado cuajada para la historia de una adolescencia. Pero Frensic era tan comerciante…

Para Piper había supuesto una tremenda sorpresa enterarse de que Frensic tenía tanta fe en él. En realidad, había empezado a sospechar que con aquellos almuerzos anuales sólo pretendía quitárselo de encima, pero Sonia le había dejado más tranquilo. Su querida Sonia.

Suponía tal consuelo para él, que Piper dejó constancia del hecho a través de una nota cargada de exaltación que estampó en su diario y después encendió el televisor. Ya era hora de que decidiera qué tipo de imagen quería dar en el programa «Los libros que hay que leer».

Sonia insistía en que la imagen era de suma importancia y su natural inclinación por la imitación le llevó a adoptar por fin como modelo a Herbert Herbison.

Aquella noche, al llegar a su casa, Sonia se lo encontró musitando para sí aliterativos lugares comunes frente al espejo de su tocador.

—Tienes que ser tú mismo —le aconsejó—. De nada te servirá tratar de imitar a otros.

—¿Yo mismo? —dijo Piper.

—Sé natural, como eres conmigo.

—¿Y tú crees que así saldrá bien?

—Cariño, saldrá de perlas. Ya he hablado con Eleanor Beazley y te va a tratar divinamente. Podrás contarle todo lo que quieras sobre tus métodos de trabajo, estilográficas y demás.

—Mientras no me pregunte por qué he escrito ese maldito libro… —dijo Piper apesadumbrado.

—Estarás fenomenal —sentenció Sonia con confianza.

Sonia seguía insistiendo en que todo iría estupendamente tres días después, en Shepherd's Bush, mientras acompañaban a Piper a maquillaje antes de la entrevista.

Por una vez estaba equivocada.

Hasta Geoffrey Corkadale, cuyos autores rara vez alcanzaban un índice de ventas lo suficientemente alto como para hacerse un hueco en «Los libros que hay que leer», se dio cuenta enseguida de que, por decirlo suavemente, Piper no era el de siempre. Y así se lo confesó a Frensic, que le había invitado a pasar la tarde con él por si había que salir al paso con una nueva explicación sobre el verdadero autor de *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen*.

—Ahora que lo dices, puede que tengas razón —dijo Frensic, escrutando hecho un

manojo de nervios la imagen que aparecía en pantalla.

No se podía negar que Piper tenía un aspecto un tanto alelado, sentado frente a Eleanor Beazley, cuando el título del programa desapareció.

—Esta noche me acompaña en el estudio el señor Peter Piper —anunció la señorita Beazley, dirigiéndose a la cámara—, autor de una primera novela, *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen*, de aparición inminente a tres libras noventa y cinco en una edición de Corkadale, cuyos derechos ha adquirido ya una editorial norteamericana por la inaudita cantidad de…

De pronto se oyó un golpetazo tremendo cuando Piper propinó un puntapié al micrófono.

—Lo de inaudita es de lo más exacto —comentó Frensic—. Esa información nos habría ido bien para nuestra publicidad.

La señorita Beazley hizo cuanto pudo por poner remedio a la laguna.

—Dos millones de dólares es una suma enorme para una primera novela —dijo, dirigiéndose a Piper—. Debió de ser una tremenda sorpresa para usted encontrarse de pronto…

Se oyó otro golpetazo cuando Piper se cruzó de piernas. En esta ocasión logró propinar un puntapié al micrófono y derramar un vaso de agua que había encima de la mesa, todo al mismo tiempo.

—¡Lo siento! —gritó.

La señorita Beazley siguió esperando la respuesta mientras el agua le chorreaba por las piernas.

—Sí, decía que debió de ser una tremenda sorpresa.

—No —repuso Piper.

—¡Dios santo! Me gustaría que dejara de retorcerse de esa manera. ¡Parece que tenga el baile de San Vito! —dijo Geoffrey.

La señorita Beazley sonrió solícita.

—¿Le importaría a usted explicarnos someramente en primer lugar cómo se le ocurrió escribir el libro? —le preguntó.

La mirada alelada de Piper penetró en un millón de hogares.

—Yo no… —dijo antes de que la pierna sufriera una sacudida galvánica que se llevó por delante el micrófono, que fue a estrellarse contra el suelo.

Frensic cerró los ojos. Se oían voces apagadas procedentes del estudio. Cuando volvió a abrirlos, la sonrisa incombustible de la señorita Beazley llenaba por completo la pantalla.

—*Deteneos* es un libro insólito —estaba diciendo—. Narra la romántica historia de un joven que se enamora de una mujer mucho mayor que él. ¿Se trataba quizá de algo que llevaba ya en mente desde hacía tiempo? Me refiero a si es un tema que atraía su interés.

El rostro de Piper apareció de nuevo.

El sudor le perlaba la frente y los labios le temblaban de modo incontrolable.

—¡Sí! —gritó de nuevo por fin.

—¡Virgen santa! No creo que sea capaz de soportarlo mucho más —dijo Geoffrey—. Si parece que está a punto de estallar en sollozos.

—¿Y tardó mucho en escribirlo? —continuó la señorita Beazley.

Piper tuvo que volver a debatirse por encontrar las palabras y, mientras lo hacía, sus ojos recorrieron el estudio con desesperación. Finalmente, bebió un sorbo de agua y dijo:

—Sí.

Frensic se secó la frente con el pañuelo.

—Cambiando de tema —dijo la infatigable señorita Beazley, cuya sonrisa tenía ya a esas alturas claros tintes de alegría demente—. Tengo entendido que sus métodos de trabajo son muy especiales. Hace apenas un rato me contaba que siempre escribe a mano.

—Sí —repuso Piper.

—Y que se prepara su propia tinta.

Piper hizo rechinar los dientes y asintió.

—¿Es una idea que se le ocurrió a través de Kipling?

—Sí. Algo sobre mí mismo. De ahí —aclaró Piper.

—Por lo menos parece que empieza a animarse —comentó Geoffrey, antes de ver frustradas sus esperanzas ante el total desconocimiento de la señorita Beazley de la autobiografía de Kipling.

—¿Hay algo de sí mismo en su novela? —preguntó esperanzada.

Piper le lanzó una mirada fulminante. Era evidente que la pregunta no era de su agrado.

—La tinta —aclaró—. Está en Algo sobre mí mismo.

La sonrisa de la señorita Beazley denotó cierta perplejidad.

—¿Ah, sí? ¿La tinta?

—Suelo prepararla yo mismo —le explicó Piper—, o, mejor dicho, suele preparármela un sirviente.

—¿Un sirviente? ¡Qué interesante! —comentó la señorita Beazley, tratando de encontrar inútilmente el modo de salir de aquel embrollo.

Piper se negaba a ayudarla.

—Si te preparas la tinta china siempre se obtiene un negro más intenso.

—Sí, claro, supongo que sí. ¿Y quizá el hecho de utilizar tinta china muy negra le ayuda a escribir?

—No —repuso Piper—. Obtura el plumín. Intenté una vez diluirla con tinta corriente, pero no me sirvió de nada. Se metía por los conductos y los atascaba.

Dicho lo cual, se calló y fijó la mirada en la señorita Beazley.

—¿Los conductos? ¿Atasca los conductos? —preguntó ida, sin duda dando por supuesto que Piper se refería a unos misteriosos conductos de la inspiración—. Se refiere a que su… —vaciló, tratando de encontrar otra alternativa menos trillada, pero finalmente tuvo que rendirse a la modernidad—, su musa se resistía…

—¡Demonios! —soltó Piper de pronto, que seguía metido en el papel de Kipling.

La señorita Beazley salvó la expresión sin dificultad aparente.

—Me estaba hablando usted de la tinta —le recordó.

—Le decía que atascaba los conductos de la estilográfica. Me era imposible escribir más de una palabra seguida.

—No me sorprende en absoluto —comentó Geoffrey—. Lo que me habría extrañado es que hubiera podido.

Era evidente que la misma idea cruzó la mente de Piper.

—Me refiero a que tenía que dejarlo y limpiar la plumilla cada dos por tres —aclaró—. Así que, en lugar de eso, lo que suelo hacer ahora es… —Piper vaciló—. Le parecerá una tontería.

—Parecerá demencial —apostilló Geoffrey.

Sin embargo, la señorita Beazley no se dio por vencida.

—Continúe —le pidió, alentadora.

—Bueno, lo que suelo hacer ahora es comprar un tintero de negro medianoche y lo dejo abierto para que se evapore un poquitín y, cuando la tinta empieza a ponerse pegajosa…, ya me entiende usted, mojo el plumín y… —Piper vaciló y se calló.

—¡Qué interesante! —dijo la señorita Beazley.

—Bueno, por lo menos ha conseguido decir algo, aunque no sea muy edificante —dijo Geoffrey.

A su lado, Frensic miraba la pantalla del televisor con desesperación. Ahora se daba cuenta de que no debería haberse dejado convencer para tomar parte en aquel plan. Estaba abocado al desastre. Y el programa también.

La señorita Beazley trató de volver al libro.

—Una de las cosas que más me sorprendió al leer su novela —dijo— es que comprendiera que la sexualidad de una mujer madura necesita expresarse físicamente. ¿Me equivoco quizá al suponer que hay un factor autobiográfico que participa en la narración?

Piper la fulminó con la mirada. Que lo tomaran por el autor de *Deteneos, oh, hombres, ante la* dichosa *virgen* era espantoso, pero que se les pasara por la cabeza que podía ser el protagonista de aquel drama de la perversión era más de lo que estaba dispuesto a tolerar.

Frensic sintió pena por él y se encogió en el sillón.

—¿Qué ha dicho? —le espetó Piper a voz en cuello, retomando su antiguo y explosivo modo de expresión, si bien esta vez le inyectó una mayor soltura—. ¿De verdad cree que apruebo ese asqueroso libro?

—Bueno, como es natural, creía… —intentó disculparse la señorita Beazley, pero Piper barrió sus excusas sin vacilaciones.

—Todo el asunto me parece repugnante. Un chico y una mujer octogenaria. Socava los mismísimos cimientos de la literatura inglesa. Es un libro monstruosamente soez y degenerado y no debería publicarse jamás, así que si cree…

Pero los espectadores de «Los libros que hay que leer» no oirían jamás lo que Piper suponía que creía la señorita Beazley.

Una silueta se interpuso entre la cámara y aquel par de sillones, una silueta voluminosa y presa de una gran alteración que gritaba « ¡Corten! ¡Corten! » mientras hacía aspavientos en el aire.

—¡Madre de Dios! —soltó un Geoffrey boquiabierto—. Pero ¿qué demonios pasa?

Frensic no dijo nada. Cerró los ojos para borrar la imagen de Sonia Futtle, que iba de un lado a otro del estudio como una loca en un intento desesperado por impedir que la terrible confesión de Piper llegara a un público tan amplio.

De pronto se oyó un crujido aún más alarmante procedente del aparato de televisión.

Frensic abrió los ojos justo a tiempo para ver un micrófono volando por los aires y, en el silencio que siguió, el caos resultante.

En la comprensible creencia de que un lunático se las había arreglado de alguna manera para colarse en el estudio y estaba a punto de atacarla, la señorita Beazley se levantó del sillón de un brinco y salió disparada hacia la puerta.

Piper miraba a su alrededor con ojos desquiciados y Sonia, que acababa de tropezar con un cable, aterrizó sobre el tablero de vidrio de la mesa y, tras hacerlo añicos, quedó tendida aparatosamente en el suelo en una postura de lo más revelador.

Por un momento permaneció en el suelo pataleando hasta que la pantalla se quedó en blanco y apareció un cartel.

Decía:

DEBIDO A CIRCUNSTANCIAS ESCAPAN A QUE NUESTRO CONTROL

SE SUSPENDE TEMPORALMENTE LA TRANSMISIÓN.

Frensic se quedó mirando la pantalla con ojos apesadumbrados. Le parecía gratuito.

Era absolutamente evidente que las circunstancias escapaban al control de cualquiera. Gracias a la nobleza de Piper y a la funesta intervención de Sonia Futtle, su carrera como agente literario acababa de tocar fondo. La prensa de la mañana se ocuparía largo y tendido del «Autor que no era». Hutchmeyer les rescindiría el contrato y lo más probable era que les cayera una demanda por daños y perjuicios. Las posibilidades eran infinitas, y a cual peor. Frensic se volvió hacia Geoffrey y se encontró con una mirada llena de curiosidad.

—Esa era la señorita Futtle, ¿no? Frensic asintió sin decir palabra.

—¿Pero qué demonios hacía yendo de un lado a otro como una loca? No había visto en mi vida nada tan increíble. Un autor que se dedica a hundir su propia novela. ¿Cómo ha dicho exactamente? ¡Un libro monstruosamente soez y degenerado que socava los mismísimos cimientos de la literatura inglesa! Y en ésas aparece ni más ni menos que la sombra fantasmagórica y pantagruélica de su propia agente literaria gritando «¡Corten!» y haciendo volar micrófonos por los aires. Ni en una pesadilla.

Frensic se desesperaba tratando de dar con una explicación.

—Supongo que lo podríamos llamar happening —murmuró.

—¿Un happening?

—Ya me entiendes, una especie de incidente fortuito y sin consecuencias — prosiguió Frensic, sin demasiada convicción.

—¿Fortuito y sin consecuencias…? —dijo Geoffrey—. ¿Crees que no tendría consecuencias…?

Frensic trataba de no pensar en ellas.

—De lo que no cabe duda es de que ha sido una entrevista memorable —dijo.

Geoffrey lo miró con ojos como platos.

—¿Memorable, dices? Estoy convencido de que pasará a la historia. —Se calló y miró a Frensic boquiabierto—. ¿Happening? Eso es lo que has dicho ¿no? ¡Dios! ¿Pretendes insinuar que lo tenías todo calculado?

—Que ¿qué? —dijo Frensic.

—Que lo tenías todo calculado. Que has organizado este embrollo con toda premeditación. Le has dicho a Piper que soltara todas esas barbaridades sobre su propia novela para que la señorita Futtle pudiera irrumpir repentinamente y hacer su escena de histérica y aprovechar así el mejor ardid publicitario…

Frensic sopesó aquella explicación y le pareció mucho mejor que la verdad.

—Supongo que la publicidad no ha sido mala del todo —admitió con modestia—. Bueno, hay que reconocer que este tipo de entrevistas suelen ser bastante aburridas.

Geoffrey se sirvió un poco más de whisky.

—Me quito el sombrero —le felicitó—. ¡Ni a soñar cosa semejante me habría atrevido yo! De todos modos, esa tal señorita Beazley se lo tenía merecido desde hacía

años.

Frensic empezó a relajarse. Si por lo menos pudiera ponerse en contacto con Sonia antes de que la detuvieran o de lo que fuera… —pues ignoraba lo que acostumbraba a ocurrirle a la gente que irrumpía en los estudios de televisión y echaba a perder programas— y antes de que Piper pudiera causar estragos mayores con su nobleza literaria, quizá estaría a tiempo todavía de salvar algo de la catástrofe.

Sin embargo, no fue necesario.

Sonia y Piper se habían marchado ya precipitadamente del estudio perseguidos por la voz chillona de la señorita Beazley —que profería amenazas e imprecaciones— y la promesa todavía más chillona del productor de entablar acciones legales.

Se internaron por un pasillo a todo correr, se metieron en el ascensor y cerraron la puerta.

—¿Qué querías decir con eso de…? —preguntó Piper mientras bajaban.

—Será mejor que te calles —le atajó Sonia—. Si no llega a ser por mí, nos cubres de mierda hasta las orejas yéndote de la lengua de esa manera.

—Pero es que ella ha dicho que…

—¡Me importa un bledo lo que haya dicho! ¡Ha sido lo que has dicho tú lo que me ha sacado de mis casillas! No, si me parece estupendo que el mismísimo autor de una novela suelte ante medio millón de espectadores que su libro es una porquería.

—Pero es que no es mi novela —se quejó Piper.

—Oh, claro que lo es. Espera a ver la prensa de mañana. Traerá titulares que te van a hacer famoso.

ESCRITOR MACHACA SU NOVELA EN TELEVISIÓN.

Puede que no hayas escrito *Deteneos*, pero te las vas a ver negras para demostrarlo.

—¡Oh, Dios santo! —se lamentó Piper—. ¿Y ahora qué vamos a hacer?

—Salir de aquí cuanto antes —repuso Sonia en cuanto las puertas del ascensor se abrieron.

Sonia y Piper atravesaron el vestíbulo, corrieron hasta el coche y Sonia se sentó al volante.

Veinte minutos después se encontraban ya de vuelta en su piso.

—¡Haz las maletas! —ordenó a Piper—. Vamos a poner pies en polvorosa antes de que la prensa se nos eche encima.

Piper se dispuso a hacer las maletas, mientras su mente luchaba con sentimientos encontrados. Tenía que cargar con la autoría de un libro espantoso, no tenía escapatoria, se había comprometido a hacer una gira de promoción por Estados Unidos y estaba enamorado de Sonia.

Cuando hubo terminado, intentó resistirse por última vez.

—Mira, francamente, no creo que pueda seguir adelante con esto —confesó mientras Sonia cargaba con su maleta hasta la puerta—. Mis nervios no lo van a resistir.

—¿Y acaso crees que los míos andan mejor? ¿Y qué me dices de Frenzy? ¡Un susto como éste habría podido matarle! Padece del corazón.

—¿Que padece del corazón? —se sorprendió Piper—. No lo sabía.

Ni Frensic tampoco cuando Sonia le telefoneó desde una cabina una hora después.

—¿Que padezco de qué? —le dijo—. ¿Y me despiertas en plena noche sólo para decirme que padezco del corazón?

—Era la única manera de impedir que se echara atrás. Esa Beazley le ha sacado de sus casillas.

—Pues a mí lo que me ha sacado de mis casillas ha sido el programa entero —soltó Frensic—, y para empeorar todavía más las cosas he tenido que soportar a Geoffrey hablando por los codos todo el rato. Es toda una experiencia para un editor respetable eso de oír a uno de sus propios autores calificar su novela de soez y degenerada. De lo más tonificante; sí, señor. Y, para colmo, Geoffrey está convencido de que tenía calculado que saldrías disparada de aquella manera berreando «¡Corten!».

—¿Que lo tenía calculado? —se sorprendió Sonia—. No me quedaba otro remedio si quería impedir que…

—Eso ya lo sé, pero él no. Se lo ha tomado como una especie de truco publicitario.

—Pues eso es estupendo —se felicitó Sonia—. Nos saca del apuro.

—Nos mete en un apuro tremendo, si quieres saber mi opinión —le corrigió Frensic, sombrío—. A propósito, ¿dónde estás? ¿A qué viene esto de llamarme desde una cabina?

—Nos vamos a Southampton —le explicó—, antes de que vuelva a cambiar de parecer. Queda un camarote libre en el *Queen Elisabeth II* que zarpa mañana. No quiero correr más riesgos, de modo que zarparemos a bordo del transatlántico aunque tenga que sobornar a quien sea. Y, si no sale bien, le tendré escondido en un hotel donde la prensa no pueda dar con él hasta que se sepa al pie de la letra lo que tiene que decir sobre *Deteneos*.

—¿Al pie de la letra? Hablas de él como si fuera un lorito de circo…

Pero Sonia ya había colgado y estaba de nuevo al volante de su coche camino de Southampton.

A la mañana siguiente un Piper pensativo y exhausto subía con pasos vacilantes por la escalerilla y bajaba a su camarote.

Sonia pasó primero por el despacho del sobrecargo: tenía que mandar un telegrama a Hutchmeyer.

CAPÍTULO VIII

En Nueva York, MacMordie, la mano derecha de Hutchmeyer, se encargaba de entregarle el telegrama.

—Así que van a llegar antes de lo previsto —dijo Hutchmeyer—. No importa. Lo único que tendremos que hacer es poner el asunto en marcha. Vamos a ver, MacMordie, quiero que me organices la manifestación más grande de la historia. Y cuando digo la más grande quiero decir eso: la más grande. ¿Se te ocurre algo para empezar?

—Con un libro como éste, lo único que se me ocurre es que los jubilados se le echen encima como si se tratara de los Beatles.

—Los jubilados nunca se echarían encima de los Beatles.

—Bueno, pues como si fuera Rodolfo Valentino resucitado o alguien así, una de esas grandes estrellas de los años veinte.

Hutchmeyer asintió.

—Eso ya está mejor —dijo—, enfocarlo hacia el lado nostálgico. Pero no es suficiente. Con los jubilados parece que no conseguiremos nunca el impacto necesario.

—Yo diría que ninguno —admitió MacMordie—. Ahora bien, si ese tal Piper fuera del movimiento de liberación gay, odiara a los judíos y tuviera un novio negro cubano de apellido O'Hara, podríamos reunir a unos cuantos espontáneos. Pero con un producto que se dedica a tirarse a vejestorios, la verdad…

—MacMordie, ¿cuántas veces te tendré que repetir que producto y promoción son dos cosas independientes? No tiene por qué haber ninguna relación entre lo uno y lo otro. Tendrás que conseguir una cobertura sea como sea.

—Sí pero es que un autor británico del que nadie ha oído hablar jamás y, para colmo, primerizo, ¿a quién puede interesarle?

—A mí —replicó Hutchmeyer—. Y, además, quiero que cien millones de telespectadores estén interesados también. Y quiero decir interesados de verdad. Ese tal Piper tiene que ser famoso dentro de una semana y me da igual cómo lo consigas. Tienes carta blanca, siempre que la gente reaccione como si se tratara de Lindbergh de vuelta de su primer vuelo transatlántico en cuanto pise tierra firme. Así que ya puedes empezar a formar una buena cuadrilla: recluta a todos los grupos de presión y todas las influencias que puedas conseguir y empieza a trabajar para que vaya adquiriendo carisma.

—¿Carisma? —dijo MacMordie con incredulidad—. ¿Con la foto que tenemos de él para la solapa del libro quieres que además tenga carisma? Si hasta parece que esté enfermo…

—¡Pues que esté enfermo! ¿A quién le importa la pinta que tiene? Lo único que nos interesa es que de la noche a la mañana todas las solteronas le dediquen sus plegarias. Y consigue la participación del Movimiento de Liberación de la Mujer, esa idea tuya de los maricones es bastante buena.

—Si reunimos en los astilleros a un montón de viejecitas, a la brigada de mujeres y a los gays, puede que corramos el riesgo de que derive en un motín callejero.

—¡Excelente! —dijo Hutchmeyer—, un motín callejero. Échale encima todo el lote. Y si un poli resulta malherido, mejor que mejor. Y si a una viejecita le da un ataque cardíaco, pues estupendo. Y si la abocan a la bebida, mejor todavía. Cuando hayamos terminado con su imagen, el Piper ése va a parecer el flautista.

—¿Flautista? —dijo MacMordie.

—Con las ratas, por el amor de Dios.

—¿Ratas? ¿Así que además quieres ratas?

Hutchmeyer le miró con tristeza.

—A veces, MacMordie, tengo la impresión de que eres un completo ignorante —le espetó—. Cualquiera diría que nunca has oído hablar de Edgar Alan Poe. Y otra cosa más: cuando Piper haya terminado de remover la mierda por aquí lo quiero ver metido en un avión rumbo a Maine. Baby lo quiere conocer.

—¿Que la señora de Hutchmeyer quiere conocer a semejante pelmazo? —se extrañó MacMordie.

Hutchmeyer asintió con aire impotente.

—Eso es, como aquella vez que se volvió loca por que le presentara a ese tío que escribió eso de hacer chasquear el látigo todo el rato. ¿Cómo demonios se llamaba?

—Potnoy —le recordó MacMordie—. Pero no pudimos conseguirlo, no quiso venir.

—¿Y eso qué tiene de raro? Lo que era un milagro era que todavía pudiera andar después de lo que se hizo. Esas cosas te dejan para el arrastre.

—Tampoco le publicamos nosotros —puntualizó MacMordie.

—Bueno, eso es cierto —convino Hutchmeyer—, pero publicamos a este Piper, así que si Baby lo quiere conocer, se lo presentaremos. Y te diré una cosa, MacMordie, cualquiera diría que a su edad, con todas las operaciones que lleva ya y el régimen que hace, tendría que estar un poco más tranquila. En fin, ¿alguien puede hacerlo dos veces al día todos los dichosos días del año…? pues yo tampoco, pero esa mujer es insaciable. Se va a zampar a ese soplapollas vivo.

MacMordie tomó buena nota de que tenía que reservar el avión de la compañía para Piper.

—Es muy posible que no quede de él mucho que zampar cuando el comité de recepción de aquí haya acabado con él —dijo, de mal talante—. Tal como lo quieres, la cosa podría ser movidita.

—Pues cuanto más movidita mejor. Cuando la latosa de mi esposa haya terminado con él se va a enterar de lo moviditas que se pueden poner las cosas. ¿Sabes con qué se ha metido ahora?

—No.

—Con osos.

—¿Osos? —dijo MacMordie—. No puede ser. ¿Y no es un poco peligroso? Tendría que estar desesperadísima para pensar siquiera en ellos. Una vez conocí a una mujer que tenía un pastor alemán, pero…

—No es lo que piensas —le espetó Hutchmeyer—. Jesús, MacMordie, estamos hablando de mi mujer, no de una zorra chalada amante de los perros. Un poco de respeto, por favor.

—Pero si has sido tú el que ha dicho que estaba metida con osos y yo pensaba…

—Lo malo de ti, MacMordie, es que no piensas. Está metida con osos, pero eso no significa que los osos se metan con ella, ¡por el amor de Dios! ¿Dónde se ha visto a una mujer con esa clase de relaciones sexuales? Es imposible.

—Pues no sé. Una vez conocí a una mujer que…

—¿Quieres que te diga una cosa, MacMordie? Conoces a un montón de mujeres horribles, en serio. Tendrías que buscarte una esposa decente.

—Y tengo una esposa decente. Ya no voy de picos pardos. No me quedan fuerzas,

la verdad.

—Tendrías que alimentarte con germen de trigo y vitamina E, como yo. Es lo que más ayuda a que se te levante. ¿Dónde estábamos?

—En los osos —le recordó MacMordie, ansioso.

—A Baby le ha dado por la ecología y la vida salvaje. Ha leído no sé qué sobre que los animales son humanos y demás. Un tal Morris escribió un libro…

—Yo también lo he leído —dijo MacMordie.

—El de ese Morris no. Este Morris trabajaba en un zoo y cuidaba de un mono sin pelo. Debió de afeitar al dichoso animal. Bueno, pues Baby lee el libro de marras y, en cuanto me doy cuenta, compra un lote de osos y los deja sueltos alrededor de la casa. Está todo abarrotado de osos y los vecinos empiezan a quejarse precisamente cuando acabo de presentar la candidatura para el Club de Yates. Te lo aseguro, esa mujer es una verdadera lata con todos los líos que me organiza.

MacMordie lo miraba perplejo.

—Pero si a ese tal Morris le dio por los monos, ¿qué hace la señora Hutchmeyer con osos? —le preguntó.

—¿Y dónde se ha visto un mono sin pelo en los bosques de Maine? Imposible. Moriría congelado a la primera nevada, y tiene que ser todo natural.

—¿Y eso de tener osos en el jardín es natural? A mí no me lo parece.

—Lo primero que le dije a Baby es: ¿quieres un mono? Pues muy bien, mono; pero lo de los osos ya es otra historia. ¿Pues sabes con qué me salió? Me dijo que hacía cuarenta años que tenía un mono pelado suelto por el jardín y que los osos necesitaban protección. ¿Protección?

¿Pesan ciento setenta kilos y necesitan protección? Si hay alguien que necesita protección en ese sitio soy yo.

—¿Y qué hiciste entonces? —le preguntó MacMordie.

—Me compré una ametralladora y le advertí que al primer oso que sorprendiera metiéndose en casa le volaría la sesera. Y en cuanto los osos recibieron el mensaje huyeron al bosque y desde entonces todo anda la mar de tranquilo.

En el transatlántico andaba todo también la mar de tranquilo.

A la mañana siguiente, al despertar, Piper descubrió que se encontraba en un hotel flotante, pero como su vida de adulto había transcurrido de una casa de huéspedes en otra —todas con su vista al Canal de la Mancha—, las circunstancias de su nueva situación no le resultaron especialmente inesperadas. Bien es verdad que el lujo de que disfrutaba ahora era mucho mejor que las comodidades que podía ofrecerle la casa de huéspedes Gleneagle de Exforth, pero el ambiente circundante poco significaba para Piper.

Lo más importante en su vida era escribir, y Piper siguió con su rutina a bordo del barco.

Por las mañanas escribía sentado a la mesa de su camarote y después del almuerzo se tumbaba en la cubierta superior en compañía de Sonia y hablaba con ella de la vida, de literatura y de *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen*, envuelto en un halo de felicidad.

«Por primera vez en mi vida soy verdaderamente feliz», confesó a su diario y a todo aquel hatajo de futuros eruditos que un día estudiarían su vida privada. «Mi relación con Sonia ha dado una nueva dimensión a mi existencia y ha enriquecido también el sentido de lo que significa la madurez. Sólo el tiempo decidirá si a eso se le puede llamar amor, pero ¿acaso no basta con saber que nos interrelacionamos de un modo tan personal? Lo único que lamento es que nos haya unido un libro tan degradante para la naturaleza humana como

Dohal V, pero, como hubiera dicho Thomas Mann con la ironía simbólica que caracteriza su obra: "Todo nubarrón esconde un forro de plata", y uno no puede más que estar de acuerdo con él. ¡Cómo iba a ser de otro modo! Sonia insiste en que relea el libro para poder así imitar el estilo de su autor. Sin embargo, tanto la presunta autoría del libro como la obligación de leer un texto que únicamente puede tener una influencia nefasta sobre mi propia obra, me resultan terriblemente penosos. Con todo, persevero en la tarea y *En busca de la infancia perdida* progresa en la medida en que cabría esperar, teniendo en cuenta las exigencias del trance en que me veo.»

Y en ese mismo estilo continuaba el texto.

Por la noche, Piper insistía en leer en voz alta a Sonia lo que había escrito de *En busca*, cuando ella habría preferido ir a bailar o a jugar a la ruleta. Piper condenaba tales frivolidades. No formaban parte de aquellas experiencias sobre las que se edificaban las relaciones significativas que constituían el fundamento de la literatura con mayúsculas.

—¿No tendría que haber más acción? —se quejó Sonia, cuando Piper terminó de leerle su trabajo del día—. Bueno, es que parece que no pase nada. Todo son descripciones y reflexiones de gente.

—En la novela contemplativa, pensamiento equivale a acción —sentenció Piper, citando textualmente *La novela moral*—. Únicamente los espíritus inmaduros encuentran satisfacción en la acción como actividad externa. Lo que pensamos y sentimos determina cuanto somos, y es precisamente en esta entidad esencial de la naturaleza humana, donde se desarrollan los grandes acontecimientos de la vida.

—¿Entidad existencial? —dijo Sonia, esperanzada.

—Esencial —la corrigió Piper—. E-s-e-n-c-i-a-l. Significa la capacidad esencial de ser, como *Dasein*.

—¿No será «design»? —aventuró Sonia.

—No —insistió Piper, que había leído ya algunas frasecitas de Heidegger—. *D-a-s-e-i-n*.

—Pues ni me habría enterado —dijo Sonia—, pero si tú lo dices…

—Y si la existencia de la novela se justifica como una forma de arte inter comunicativo, debe tratar única y exclusivamente de la realidad vivida. El recurso abusivo a la imaginación, más allá de los parámetros de nuestra experiencia personal, no hace sino poner de manifiesto una superficialidad que sólo puede desembocar en la no realización de nuestro potencial como individuos.

—¿Y no resulta un poco limitado? —dijo Sonia—. Me refiero a que si sólo se puede escribir sobre lo que nos pasa, se acaba irremediablemente describiendo cómo se despierta uno, desayuna y se va al trabajo.

—Claro, es que eso también es importante —insistió Piper, que había dedicado su mañana de escritura a describir cómo se levantaba, desayunaba y se marchaba a la escuela—. El novelista se encarga de dotar a estos actos de su propia interpretación intrínseca.

—Pero a lo mejor a la gente no le apetece leer ese tipo de cosas y quiere romance, sexo y emoción. Les gusta lo extraordinario. Eso es lo que vende.

—Es muy posible que venda —reconoció Piper—, pero ¿es importante?

—Es importante si se quiere seguir escribiendo. Hay que ganarse el pan. *Deteneos*, sin ir más lejos, vende…

—Y no me cabe en la cabeza —la interrumpió Piper—. He leído ese capítulo que me dijiste y, francamente, es repugnante.

—Es que la realidad no resulta siempre agradable —se justificó Sonia, que habría preferido que Piper no fuera tan exigente—. Vivimos en un mundo loco, hay atracos, asesinatos y violencia por todas partes y, en cambio, *Deteneos* se aleja de eso y trata de dos personas que se necesitan mutuamente.

—Las personas así no tendrían que necesitarse mutuamente —dijo Piper—. Es antinatural.

—Lo que es antinatural es ir a la luna, y seguimos yendo. Hay misiles con cabezas nucleares apuntándose mutuamente capaces de hacer estallar el mundo en pedazos y, dirijas la mirada a donde la dirijas, tropiezas con algo antinatural.

—En *En busca* no —la contradijo Piper.

—¿Qué tiene que ver con la realidad entonces?

—La realidad —replicó Piper, volviendo a *La novela moral*— trata de la veracidad de las cosas dentro de un contexto extra efímero. Consiste en un restablecimiento de los valores tradicionales dentro de la conciencia del hombre…

Mientras Piper seguía con sus citas textuales, Sonia exhaló un suspiro y pensó que le habría gustado que Piper restableciera valores tradicionales pidiéndole que se casara con él, por ejemplo, o metiéndose en su cama una noche para hacer el amor de una manera clásica.

Pero en eso, claro está, Piper tenía también sus principios. Sus actividades nocturnas en la cama se limitaban a lo estrictamente literario. Antes de coger *La novela moral* como quien retorna a su Biblia, Piper leía unas cuantas páginas de *El doctor Fausto*, luego apagaba la luz y resistía los encantos de Sonia procurando dormirse lo antes posible.

Sonia, en cambio, no podía pegar ojo pensando si sería rarillo él o carecería ella de encantos, para llegar finalmente a la conclusión de que estaba encadenada a una especie de loco de atar pero afortunadamente genial, y decidir posponer para días futuros cualquier discusión sobre las tendencias sexuales de Piper. Al fin y al cabo, lo más importante era que estuviera tranquilo y sosegado durante la gira de promoción, de modo que si lo que Piper quería era castidad, castidad iba a tener.

En realidad, fue el propio Piper el primero en plantear la cuestión una tarde en la que estaban tumbados en la cubierta superior.

Había estado dándole vueltas a lo que Sonia le había dicho sobre su falta de experiencia y sobre la necesidad que tenía todo escritor de adquirirla.

Para la mentalidad de Piper, experiencia equivalía a observación.

Por esa razón se enderezó en la tumbona y tuvo el tiempo justo para someter a un concienzudo examen a una mujer de mediana edad que salía de la piscina.

Reparó en que tenía los muslos sembrados de hoyuelos.

Piper buscó su libro de contabilidad dedicado a frases y escribió: «Piernas marcadas por la huella ardiente del tiempo» y, como alternativa, «el estigma de pasiones pasadas».

—¿Qué haces? —preguntó Sonia, espiando por encima de su hombro.

—Los hoyuelos que tiene en las piernas esa mujer —le explicó Piper—, la que acaba de sentarse.

Sonia miró a la mujer con ojos críticos.

—¿Te excitan?

—¡Desde luego que no! —negó Piper—. Me limitaba simplemente a tomar nota del hecho. Podría serme de utilidad en algún libro. Me dijiste que necesitaba tener más experiencia, así que la estoy adquiriendo.

—Menuda manera de adquirir experiencia —soltó Sonia—, hacer el *voyeur* con

vejestorios.

—No hacía el *voyeur* en absoluto, me limitaba a observar. Y no hay ninguna implicación sexual en eso.

—Tendría que habérmelo imaginado —repuso Sonia, antes de recostarse de nuevo en la tumbona.

—¿Imaginado el qué?

—Pues que no había ninguna implicación sexual. Contigo nunca la hay.

Piper se reclinó y se quedó pensando en aquel comentario. Había en él una nota de amargura que le inquietaba.

Sexo. Sexo y Sonia. Sexo con Sonia. Sexo y amor. Sexo con amor y sexo sin amor. Sexo en general. Un tema de lo más intrincado que durante dieciséis años había perturbado el apacible curso de sus días, engendrando un sinfín de fantasías que no casaban con sus principios literarios. Las grandes novelas no hablaban de sexo, se limitaban al amor, y Piper había tratado de hacer lo mismo. Se estaba reservando para el gran romance que reuniría amor y sexo en un absoluto de pasión y sensibilidad totalmente gratificadora que todo lo abarcaría, un romance en el que todas las mujeres de sus fantasías —aquellos ensueños de brazos, piernas, senos y nalgas, elementos que habían servido, cada cual a su manera, para espolear sueños distintos— se reunirían para conformar a la esposa perfecta. Con ella porque, con los sentimientos más sublimes, tendría la justificación para entregarse a las mayores bajezas. El abismo que mediaba entre la bestia que anidaba en Piper y el ángel de su verdadera amada se salvaría gracias a la llama pura de su mutua pasión o a algo por el estilo.

Por lo menos, eso decían las grandes novelas.

Desgraciadamente, no explicaban el cómo.

Más allá del amor amalgamado con la pasión había algo: Piper no estaba muy seguro de qué.

Probablemente, la felicidad. En cualquier caso, el matrimonio le absolvería de aquellos intervalos de sus fantasías en los que un Piper convertido en animal de presa merodeaba por oscuras callejuelas en busca de víctimas inocentes con las que saciarse, lo cual, teniendo en cuenta que Piper no se había saciado nunca con nadie y que carecía de los más rudimentarios conocimientos de la anatomía femenina, le habría hecho acabar con los huesos en el hospital o en el juzgado de guardia.

Y ahora creía haber encontrado en Sonia a la mujer que le apreciaba de veras y a la que, por ello, le correspondía ser la mujer perfecta.

Pero estaban los peros.

La mujer perfecta de Piper, creada a imagen y semejanza de las grandes novelas, era una criatura en la que se reunían pureza y deseos profundos. Piper no tenía nada que objetar a los deseos profundos, siempre que permanecieran en lo profundo.

Los de Sonia, sin embargo, no eran de esa naturaleza. Hasta Piper se daba cuenta de ello. Destilaba una disponibilidad para el sexo que complicaba mucho las cosas.

En primer lugar, le privaba de su derecho a comportarse como una bestia de presa. Resultaba un tanto difícil comportarse como un animal si el ángel con el que se suponía debías comportarte como un animal era todavía más animal que tú. Lo de la animalidad era relativo, porque además requería una pasividad que los besos de Sonia delataban que ella no poseía. Las pocas veces que la había estrechado entre sus brazos, Piper se había sentido a merced de una mujer tremendamente poderosa, y a pesar de su escasa imaginación no conseguía imaginarse comportándose como un animal de presa con ella.

Todo resultaba extremadamente difícil y, sentado en la cubierta superior mirando la estela del barco que se iba ensanchando hasta el horizonte, Piper se sorprendió una vez más ante la gran contradicción que existía entre Vida y Arte.

Para desahogarse, abrió de nuevo su libro de contabilidad y escribió: «Toda relación madura exige el sacrificio del Ideal en aras de la Experiencia, pues uno debe enfrentarse a la Realidad».

Esa misma noche, Piper se armó de valor para enfrentarse a la Realidad.

Se atizó dos copas de vodka antes de la cena, una botella entera de Nuits St Georges, cuyo nombre se le antojó muy adecuado para la batalla, durante la cena, remató todo ello con un Benedictine acompañando el café y, a continuación, cogió el ascensor de bajada envolviendo a Sonia en palabras tiernas cargadas de alcohol.

—Mira, no tienes por qué hacer eso —dijo ella mientras bajaban y él la cubría de halagos.

Piper seguía en sus trece.

—Cariño, somos dos personas adultas —mascculló, antes de echar a andar tambaleándose hacia el camarote.

Sonia encendió la luz al entrar. Piper la apagó.

—Te quiero —le confesó.

—Mira, no tienes por qué quedar bien —insistió Sonia—, y además…

Piper respiró profundamente y la cogió entre sus brazos con indudable pasión. En un instante estuvieron encima de la cama.

—Tus senos, tus cabellos, tus labios…

—Mi regla —dijo Sonia.

—Tu regla —murmuró Piper—. Tu piel, tu…

—Regla —repitió Sonia.

Piper se calló de pronto.

—¿Qué quieres decir con eso de tu regla? —le preguntó, porque tenía la vaga impresión de que había algo fuera de lugar.

—Mi regla mensual —le aclaró Sonia—. ¿Captas ya?

Piper ya lo había captado.

El autor sustituto de *Deteneos, oh, hombres, ante la* virgen abandonó la cama de un brinco y se plantó en el cuarto de baño.

Existían muchas más contradicciones entre Vida y Arte de las que había imaginado. Las fisiológicas, por ejemplo.

En la mansión con vistas a la Bahía Freshman de Maine, Baby Hutchmeyer, de soltera Sugg, Miss Penobscot 1935, estaba tendida lánguidamente en su enorme colchón de agua y pensaba en Piper.

Junto a ella tenía un ejemplar de *Deteneos*, una copa de escocés y Vitamina C. A aquellas alturas había leído el libro tres veces y cada nueva lectura le había reafirmado en la creencia de que, por fin, había encontrado a un escritor joven que sabía apreciar de veras todo cuanto una mujer mayor podía ofrecerle.

Y no es que Baby fuera precisamente mayor físicamente.

A los cuarenta —léase cincuenta y ocho—, todavía tenía el cuerpo de una chiquilla de dieciocho años propensa a los accidentes y la cara de una de veinticinco embalsamada.

En pocas palabras, tenía lo que hay que tener: lo que había atendido Hutchmeyer durante sus primeros diez años de vida matrimonial y abandonado los treinta últimos.

Todas las atenciones y pasión bovina que Hutchmeyer era capaz de dar, las

concedía a secretarias, taquígrafas y a alguna que otra cabaretera de Las Vegas, París y Tokio.

A cambio de su tolerancia, Baby obtenía dinero, se le permitían todos los caprichos tanto artísticos como sociales, metafísicos y eco-culturales, y Hutchmeyer se jactaba en público de lo felices que eran en su matrimonio.

Por su parte, Baby se las arreglaba con decoradores jóvenes y bronceados y se encargaba de que le renovaran casa y aspecto físico muchas más veces de lo que era estrictamente necesario. Era clienta asidua de todos los especialistas en cirugía estética y en una ocasión, tras regresar al hogar después de una de sus peripatéticas pasiones, Hutchmeyer no la reconoció. Fue entonces cuando se planteó por primera vez la cuestión del divorcio.

—Puede que ya no te atraiga —dijo Baby—, pero tú tampoco me atraes. La última vez fue en el otoño del cincuenta y cinco y estabas borracho.

—Debía de estarlo —replicó Hutchmeyer, y se arrepintió de inmediato.

Baby fue a por todas.

—Estoy enterada de tus asuntos —le advirtió.

—Pues claro que tengo asuntos. Un hombre de mi posición tiene que demostrar su virilidad de alguna manera. ¿O acaso crees que iba a conseguir el respaldo financiero que necesito si estuviera demasiado viejo para follar?

—No eres demasiado viejo para follar —dijo Baby—, pero no me refiero a esa clase de asuntos. Te estoy hablando de tus asuntos de negocios. Si quieres el divorcio no me opondré.

Iremos al cincuenta por ciento. Así que me tocan veinte kilos.

—¿Te has vuelto loca? —soltó Hutchmeyer—. ¡De eso ni hablar!

—Entonces no hay divorcio. He mandado examinar tus cuentas y ésos son los asuntos a los que me refería precisamente. Ahora bien, si lo que quieres es que los chicos de hacienda, el FBI y los tribunales se enteren de que has estado evadiendo impuestos, aceptando sobornos y que te dedicas a blanquear dinero para el crimen organizado…

Hutchmeyer no quería.

—Tú dedícate a lo tuyo, que ya me encargaré yo de lo mío —la atajó malhumorado.

—Y recuerda que si algo malo me ocurriera —le advirtió Baby—, como por ejemplo una muerte repentina o por causas no naturales, mi abogado tiene una fotocopia de todos tus delitos insignificantes y en la caja de seguridad de un banco hay otra…

Hutchmeyer no lo había olvidado.

En realidad, había mandado instalar un segundo cinturón de seguridad en el Lincoln de Baby y procuraba que no corriera riesgos de ninguna clase.

Así que regresaron los decoradores, los actores, los pintores y todo quisque del que Baby se encaprichaba. Hasta a MacMordie lo obligaron una noche a participar en el asunto, en contra de su voluntad, para ver de inmediato deducidos de su sueldo mil dólares en concepto de lo que Hutchmeyer calificó, encolerizado, de beneficios adicionales.

MacMordie no lo veía del mismo modo, de manera que fue a quejarse a Baby.

Hutchmeyer tuvo que desembolsar dos mil dólares y pedirle disculpas.

Sin embargo, a pesar de todos estos benéficos efectos secundarios, Baby seguía sintiéndose insatisfecha. De ahí que cuando no lograba encontrar algo o a alguien interesante que la mantuviera ocupada, se dedicara a leer.

Al principio, Hutchmeyer vio con buenos ojos aquella conversión a las letras, que interpretó como un síntoma de que Baby empezaba a madurar o a morir.

Como de costumbre, estaba equivocado.

Aquellas ansias de superación, que se habían puesto ya de manifiesto en sus numerosas operaciones de cirugía estética, se amalgamaron con unas aspiraciones intelectuales hasta engendrar un híbrido temible.

De la noche a la mañana, Baby pasó de ser un vejestorio sencillo y sembrado de cicatrices a graduarse en calidad de mujer leída.

Hutchmeyer tuvo conocimiento de aquel giro copernicano al regresar de la Feria del Libro de Frankfurt y encontrársela con *El idiota*.

—¿Que lo encuentras qué? —le preguntó, cuando le dijo que le parecía fascinante y revelador—. ¿Revelador de qué?

—De la crisis espiritual que atraviesa la sociedad contemporánea —repuso Baby—. De nosotros.

—¿Que *El idiota* tiene que ver con nosotros? —dijo Hutchmeyer, escandalizado—. Un tío se cree que es Napoleón, se carga a una vieja dama con el punzón del hielo ¿y a ti te parece que eso tiene que ver con nosotros? Eso es precisamente lo que me haría falta ahora, un buen boquete en la sesera.

—Ya lo tienes. Eso es *Crimen y castigo, Dummkopf*. Para ser editor, no sabes nada de nada.

—Sé vender libros, pero eso no significa que me tenga que tragar esos tochos —se defendió Hutchmeyer—. Los libros son para la gente que no disfruta haciendo cosas. Son como una proyección.

—Pues aprendes mucho —insistió Baby.

—¿Aprendes a qué? ¿A tener ataques de apoplejía? —le espetó Hutchmeyer, que había conseguido por fin localizar *El idiota*.

—De epilepsia. El signo de la genialidad. Mahoma también los tenía.

—Así que ahora tengo a una enciclopedia por esposa —se quejó Hutchmeyer—, y con árabes. ¿Qué piensas hacer? ¿Convertir esta casa en una especie de Meca literaria?

Y después de dejar a Baby con aquella idea en cierne, se apresuró a coger un avión hacia Tokio y los placeres físicos de una mujer que no sabía hablar inglés y menos aún leer.

A su regreso se encontró con que Baby había leído a Dostoievski del derecho y del revés. Demostraba tan poca discriminación al leer libros como sus osos a la hora de devorar sembrados de arándanos.

Atacó Ayn Rand con tanto fervor como Tolstói, se devoró Dos Passos a una velocidad sorprendente, se enjabonó con Lawrence, tomó saunas con Strindberg y se flageló con Céline. La lista era interminable y Hutchmeyer se descubrió de pronto casado con un ratón de biblioteca.

Y para acabarlo de empeorar, Baby empezó a interesarse por los autores. Hutchmeyer los detestaba. Hablaban siempre sobre sus libros, y de repente Hutchmeyer se vio obligado, bajo amenaza de Baby, a tratarlos casi con educación y a demostrar un interés fingido.

Hasta a Baby le parecieron decepcionantes, pero como la presencia de un solo novelista en la casa tenía la virtud de poner la tensión arterial de Hutchmeyer por las nubes, Baby se mostraba pródiga en sus invitaciones y seguía viviendo con la esperanza de encontrar al escritor que en carne y hueso estuviera a la altura de sus palabras impresas.

Y en el caso de Peter Piper y *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen* estaba convencida de haber dado por fin con un hombre y un libro unidos sin fisuras.

Tendida en su colchón de agua, saboreaba ya el futuro. Era una novela tan

romántica… Y además profunda. Y distinta.

Hutchmeyer salió del cuarto de baño con un braguero innecesario.

—Te sienta bien —le felicitó, estudiando el invento desapasionadamente—. Deberías llevarlo más a menudo. Te da cierta dignidad.

Hutchmeyer la fulminó con la mirada.

—No, si lo digo de verdad —insistió Baby—. Te da un aire sufrido.

—Para sufrirte a ti me hace mucha falta —replicó Hutchmeyer.

—Pero si tienes una hernia, lo mejor sería que te operaran.

—Viendo lo que han hecho contigo, no creo que lo necesite —concluyó Hutchmeyer, que echó un vistazo a *Deteneos* antes de meterse en su habitación—. ¿Todavía te gusta ese libro? —le preguntó.

—Es lo primero bueno que publicas desde hace años —repuso Baby—. Es precioso. Un idilio.

—¿Un qué?

—Un idilio. ¿Quieres que te explique qué significa?

—No —dijo Hutchmeyer—, ya me lo imagino.

Hutchmeyer se metió en la cama y se quedó pensativo.

¿Un idilio? Bueno, si ella decía que era un idilio, un idilio iba a ser también para un millón de mujeres más. Baby era infalible; pero de todos modos, ¿un idilio?

CAPITULO IX

Nada idílico había sin embargo en la escena de bienvenida que esperaba a Piper en cuanto el barco atracó en Nueva York.

Ni siquiera la fabulosa vista recortándose en el horizonte ni la Estatua de la Libertad —Sonia le había prometido que le encantaría— hicieron acto de presencia.

Una niebla espesa flotaba suspendida encima del río y los magníficos rascacielos no asomaron la cabeza hasta que pasaron lentamente junto al Battery y siguieron avanzando perezosamente hasta el amarradero.

A aquellas alturas, los ojos de Piper habían abandonado la contemplación de Manhattan por la de una gran aglomeración de gente, de opiniones y extracción ostensiblemente distintas, que se encontraba apiñada en la calzada que quedaba al otro lado del tinglado de aduanas.

—Vaya, menudos honores te ha preparado Hutch —comentó Sonia, mientras bajaban por la pasarela.

Se oían gritos procedentes de la calle y hasta se divisaban algunas pancartas que rezaban, crípticas:

«¡Bienvenido a Gay City!», y otras más inquietantes en las que se leía: «¡Vete a tu país, Peipmann!».

—¿Quién es ese tal Peipmann? —preguntó Piper.

—No tengo ni idea —repuso Sonia.

—¿Peipmann? —repitió a su vez el funcionario de aduanas, que ni siquiera se molestó en registrarles el equipaje—. Pues no sabría decirles, pero ahí fuera hay por lo menos un millón de maricones y vejestorios que lo están esperando. Hay unos que lo quieren linchar, pero al parecer otros le tienen preparado algo mucho peor todavía. Que tengan una feliz estancia.

Sonia empujó a Piper para que se apresurara con el equipaje y traspasaron la barrera al otro lado de la cual MacMordie los estaba esperando con un enjambre de periodistas.

—Encantado de conocerle, señor Piper —le saludó—. Y ahora, si no le importa colocarse aquí…

Piper se colocó allí y se encontró inmediatamente rodeado de cámaras de televisión y reporteros que le ametrallaban al unísono con preguntas incomprensibles.

—¡Usted limítese a decir «sin comentarios»! —le aconsejó MacMordie a voz en cuello, al ver que Piper trataba de esforzarse por aclarar que nunca había pisado Rusia—. Así no habrá malentendidos.

—Ya es un poco tarde para eso, ¿no te parece? —intervino Sonia—, Pero ¿quién les habrá contado a este hatajo de merluzos que era del KGB?

MacMordie le lanzó una sonrisita cómplice y todo el batallón, con Piper en el centro, se desplazó hasta desembocar en el vestíbulo de la entrada.

Una cuadrilla de policías se abrió paso a empujones entre los periodistas y escoltó a Piper hasta un ascensor. Sonia y MacMordie bajaron por las escaleras.

—¿Pero qué demonios es todo esto? —le preguntó Sonia.

—Ordenes del señor Hutchmeyer —repuso MacMordie—. Me pidió un motín callejero y ahí está el motín callejero.

—Pero no hacía ninguna falta sacarse de la manga que era el carnicero de Idi Amín —dijo Sonia, malhumorada—. ¡Jesús!

Cuando salieron a la calle quedó claro que MacMordie se había sacado de la manga muchas otras cosas acerca de Piper, todas incompatibles entre sí.

Un contingente de Supervivientes de Siberia bloqueaba la puerta de salida y gritaba a coro «Solzhenitsyn sí, Piperovski no».

A sus espaldas, un grupo de árabes proPalestina —que había acudido en la certeza de que Piper era un ministro israelí que viajaba de incógnito con objeto de comprar armas— se peleaban con unos sionistas, a los que MacMordie se había encargado de avisar de la llegada de Piparfat, del Movimiento Septiembre Negro.

Más allá, un grupo ya más reducido de judíos ancianos alzaba pancartas que denunciaban a Piepmann, pero les doblaban en número la cuadrilla de irlandeses, que habían recibido la información de que O'Piper era un miembro destacado del IRA.

—Los polis son todos irlandeses —explicó MacMordie a Sonia—, así que es mejor que estén de nuestra parte.

—¿Y qué puñetera parte es ésa? —quiso saber Sonia.

En aquel preciso instante se abrieron las puertas del ascensor y un Piper de rostro ceniciento surgió ante los ojos del público, prácticamente empujado por la escolta policial.

Mientras la multitud que se agolpaba en el exterior se abalanzaba sobre él, los periodistas perseveraban en su infatigable búsqueda de la verdad.

—Señor Piper, ¿le importaría aclararnos quién y qué demonios es usted? —soltó uno a voz en cuello imponiéndose al alboroto reinante.

Piper se había quedado sin habla.

Tenía los ojos a punto de salírsele de las órbitas y la tez grisácea.

—¿Es cierto que mató personalmente de un disparo…?

—¿Nos equivocamos al suponer que su gobierno no está negociando la compra de misiles Minutemen?

—¿Cuánta gente se encuentra todavía en psiquiatr…?

—Sé de uno que va a tener que ingresar ahí a toda prisa si no haces algo inmediatamente —le advirtió Sonia a MacMordie propinándole un empujón.

MacMordie tuvo que meterse en el ajo.

—El señor Piper no desea hacer ningún tipo de declaración —se desgañitó inútilmente, antes de verse barrido por un policía que acababa de recibir un botellazo de SevenUp en la cabeza de manos de un militante Anti-Apartheid, para el que Van Piper era un racista blanco sudafricano.

Sonia Futtle se abrió paso a codazos.

—El señor Piper es un célebre novelista británico —bramó, pero el momento para las declaraciones sinceras ya había pasado.

Una lluvia de misiles se estrelló contra las paredes del edificio, las pancartas desgarradas se convirtieron en armas y, a rastras, consiguieron que Piper entrara de nuevo en el vestíbulo.

—Yo no he matado a nadie —se quejaba—. Nunca he estado en Polonia.

Sin embargo, ya nadie le oía.

Se escuchó un crepitar de walkie-talkies seguido de una petición urgente de refuerzos.

Fuera, los Supervivientes de Siberia acababan de ser derrotados por los de la Liberación Gay, que luchaban en solitario.

Varios individuos de mediana edad ataviados de jovencitas rompieron el cordón policial y se abatieron sobre Piper.

—No, que no soy de los vuestros —chillaba mientras trataban de rescatarle de la policía—. Soy normal…

Entonces Sonia se armo con una estaca, al extremo de la cual había ondeado la leyenda «La tercera edad está contigo», y repelió las tetas postizas de uno de los salvadores de Piper.

—¡No, no, él no lo es! —bramó—. ¡Es mío! —Y dejó a otro sin peluca.

Blandiendo la estaca en todas direcciones consiguió hacer retroceder a los de la Liberación Gay fuera de la sala. Piper y los agentes de policía estaban agazapados a su espalda, mientras MacMordie gritaba que no desfallecieran.

En medio del alboroto que reinaba en el exterior, árabes pro palestinos y sionistas pro israelíes habían decidido unir sus fuerzas momentáneamente para machacar a los de la Liberación Gay antes de reanudar la batalla.

Sonia ya había conseguido arrastrar a Piper hasta el ascensor.

MacMordie se reunió con ellos y presionó un botón.

Durante los veinte minutos siguientes subieron y bajaron sin pausa mientras en la calle la lucha por Piparfat, O'Piper y Peipmann seguía causando estragos.

—¡Vaya si has metido la pata hasta el fondo! —recriminó Sonia a MacMordie—. Con lo que me ha costado convencer a este pobre desgraciado de que venga y vas tú y le organizas una bienvenida como la última batalla del general Custer.

El pobre desgraciado en cuestión estaba acurrucado en el suelo en un rincón. MacMordie ni siquiera reparaba en él.

—Había que dar a conocer el producto y no hay duda de que lo estamos consiguiendo. Vamos a ser noticia en la tele. No me sorprendería que en este preciso instante estuvieran transmitiendo ya alguna primicia.

—Estupendo —dijo Sonia— ¿y qué nos tienes preparado ahora? ¿El desastre del Hindenburg quizá?

—Así que esto va a alcanzar los titulares… —insistía MacMordie, pero se calló de pronto al oír un lamento procedente del rincón.

A Piper le habían alcanzado también. Le sangraba la mano. Sonia se arrodilló junto a él.

—¿Qué te pasa, cielo? —le preguntó.

Piper le señaló con lánguido ademán un frisbee que llevaba pintadas las palabras «Gulag, ahí va». Tenía cuchillas de afeitar incrustadas en los bordes.

Sonia se volvió hacia MacMordie.

—Supongo que esto también debe de haber sido idea tuya —le espetó—. Frisbees con cuchillas de afeitar. ¡Si hasta se podría guillotinar a alguien con una cosa así!

—¿Mía? Yo no tengo nada… —se apresuró a defenderse MacMordie.

Sonia detuvo el ascensor.

—¡Ambulancia! ¡Ambulancia! —se desgañitó.

Transcurrió una hora entera hasta que la policía consiguió sacar a Piper del edificio.

A aquellas alturas las instrucciones de Hutchmeyer podían darse ya por llevadas a cabo, del mismo modo que se habían llevado también, pero a toda prisa y al hospital, a un gran número de alborotadores.

Las calles estaban sembradas de cristales rotos, pancartas destrozadas y latas de gases lacrimógenos.

Cuando ayudaron a Piper a subir a la ambulancia lloraba ya a lágrima viva.

Se sentó, acariciándose la mano herida, convencido de que acababa de meterse en un manicomio.

—Pero ¿qué he hecho de malo? —se quejó a Sonia.

—Nada, nada en absoluto.

—¡Has estado fantástica, realmente fantástica! —la felicitó MacMordie con agradecimiento, y luego examinó la herida de Piper—. Lástima que no haya más sangre.

—Pero ¿qué más quieres? —refunfuñó Sonia—. ¿Un kilo de carne fresca? ¿Es que no tienes suficiente todavía?

—Sangre —insistía MacMordie—. Con la televisión en color se nota enseguida cuando es salsa de tomate. Tiene que ser auténtico. —Y se volvió hacia la enfermera para preguntarle—: ¿Tiene sangre?

—¿Sangre? ¿Con un rasguño como éste y me pide sangre? —le dijo.

—Escúcheme bien —la advirtió—, este hombre es hemofílico. ¿Le va a dejar morir desangrado?

—¡Yo no soy hemofílico! —protestó Piper, pero su voz se ahogó en el lamento de la sirena.

—¡Necesita una transfusión! —insistió MacMordie a gritos—. Deme esa sangre.

—¿Has perdido la chaveta o qué? intervino Sonia chillando, mientras MacMordie forcejeaba con la enfermera—. ¡Ya ha pasado por un calvario suficiente como para que ahora tenga que soportar una transfusión!

—¡No quiero ninguna transfusión! —berreó Piper fuera de sí—. No me hace ninguna falta.

—Sí, pero a las cámaras de televisión les hace mucha —replicó MacMordie-y en tecnicolor.

—Me niego a suministrar a este paciente… —objetó la enfermera antes de que MacMordie le arrebatara la botella y empezara a forcejear para destaparla.

—¡Pero si ni siquiera sabe cuál es su grupo sanguíneo! —le recordó escandalizada al ver que había logrado ya abrirla.

—No hace falta —dijo MacMordie, mientras vaciaba prácticamente todo el contenido de la botella sobre la cabeza de Piper.

—¡Mira lo que has conseguido! —le espetó Sonia. Piper acababa de desmayarse.

—Muy bien, pues ahora habrá que resucitarlo —dijo MacMordie—. Al lado de esto, lo de Kildare parecen chiquilladas —soltó, antes de incrustar la mascarilla de oxígeno en la cara de Piper.

Cuando sacaron a Piper de la ambulancia tumbado en una camilla parecía la muerte personificada. Ba jola mascarilla de oxígeno, su cara había evolucionado hasta el morado. Con los nervios, nadie se había acordado de abrir la espita.

—¿Sigue con vida? —quiso saber un periodista que había seguido a la ambulancia.

—¡Quién sabe! —dijo MacMordie, con entusiasmo. Mientras se llevaban a Piper a Urgencias.

Sonia manchada de sangre de arriba abajo trataba de tranquilizar a la enfermera, que estaba presa de un ataque de histeria.

—¡Ha sido espantoso! No me había ocurrido una cosa así en mi vida, ¡y nada menos que en mi ambulancia! —gritó ante cámaras de televisión y periodistas, antes de desaparecer por el mismo camino que el paciente.

Al ver que colocaban la camilla carmesí de Piper sobre un armazón con ruedas y se

lo llevaban, MacMordie se frotó las manos con satisfacción.

A su alrededor se oía el ronronear de las cámaras. Ya había dado a conocer el producto. El señor Hutchmeyer estaría contento.

Y el señor Hutchmeyer lo estaba.

Seguía el motín callejero por televisión con aparente satisfacción y todo el fervor de un entusiasta aficionado a los combates.

—¡Ese es mi MacMordie! —exclamó, al ver que un joven sionista aplastaba a un inocente pasajero japonés del transatlántico con una pancarta en la que se leía «Acordaos de Lod».

Entonces un agente de policía trató de intervenir pero fue derribado por algo vestido de mujer. La imagen pareció zozobrar violentamente cuando el cámara fue víctima de un tremendo golpe por la espalda.

En cuanto volvió a normalizarse, apareció ante el objetivo una anciana que yacía en el suelo sangrando.

—¡Estupendo! —se congratuló Hutchmeyer—. MacMordie ha hecho un trabajo estupendo. Ese chaval tiene verdadero talento para la acción.

—Eso es lo que tú te crees —dijo Baby, que estaba mucho mejor enterada.

—¿Qué demonios quieres decir con eso? —preguntó Hutchmeyer, desviando su atención del televisor momentáneamente.

Baby se encogió de hombros.

—No me gusta la violencia. Eso es todo.

—¿La violencia? Pues bien violenta que es la vida. Competitiva. Así es como son las cosas.

Baby escudriñó la imagen de la pantalla.

—Pues ahí ya hay dos que han dejado de ser— dijo. —Eso es la naturaleza humana— se justificó Hutchmeyer—. Y la naturaleza humana no la he inventado yo.

—Sólo te aprovechas de ella.

—Para vivir.

—Para matar, diría yo —le echó encara Baby—. Esa mujer no va a salir de ésta.

—¡Mierda! —soltó Hutchmeyer.

—Me has quitado la palabra de la boca —dijo Baby.

Hutchmeyer se concentró de nuevo en la pantalla y trató de hacer caso omiso de Baby.

Un destacamento de policías salía de Aduanas con Piper.

—¡Ese es! —exclamó Hutchmeyer—. ¡El muy gilipollas parece que se esté meando encima!

Baby lo miró y exhaló un suspiro.

Aquel Piper perseguido era tal y como ella esperaba: joven, pálido, sensible y sumamente vulnerable. Como Keats en Waterloo, pensó.

—Y ¿quién es esa gordinflona que está con MacMordie? —preguntó, al ver a Sonia propinando un rodillazo aun ucraniano que le acababa de echar un escupitajo al vestido.

—¡Esa es mi amiguita! —gritó Hutchmeyer con entusiasmo.

Baby le miró incrédula.

—Debes de estar bromeando. Un solo bote con esa especie de lanzadora de peso rusa y se te revienta el braguero.

—¡Deja en paz el dichoso braguero! Lo único que te puedo decir es que esa chávala de ahí es la vendedorcita más grande del mundo.

—La más grande puede que sí —le replicó Baby—, porque pequeña no es. Ese moscovita de la tele plegado en dos con los huevos hechos papilla se ha enterado perfectamente. ¿Cómo se llama?

—Sonia Futtle —dijo Hutchmeyer con ojos soñadores.

—Me lo tendría que haber imaginado —dijo Baby—. Ahora mismo acaba de dejar a un irlandés hecho una momia. No podrá volver a montar en su vida.

—¡Jesús! —soltó Hutchmeyer, y se apresuró a retirarse a su estudio para huir de los comentarios sarcásticos de Baby.

Llamó a la oficina de Nueva York para pedir un estudio por computadora de los nuevos pronósticos de ventas de *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen* teniendo en cuenta el impacto de aquella gran campaña publicitaria. Acto seguido, pidió que le pusieran con Producción y encargó otro medio millón de ejemplares. Para terminar, hizo una última llamada a Hollywood y exigió otro cinco por ciento sobre las ganancias de la serie televisiva.

Y durante todo ese tiempo su mente adujo ajetreadísima pensando con lascivia en Sonia y en una manera de eliminar de muerte natural lo que quedaba de Miss Penobscot 1935, para no tener que desprenderse de veinte millones de dólares antes de acceder al divorcio. Puede que a MacMordie se le ocurriera algo. Como que alguien la jodiera hasta el infarto. Eso sería por causas naturales.

Y a ese Piper le pirraban las viejas. Siempre era una posibilidad…

En el quirófano de urgencias del Hospital Roosevelt, médicos y cirujanos hacían lo imposible por salvarle la vida a Piper.

El hecho de que las apariencias indicaran que estaba a punto de morir desangrado por una herida sufrida en la cabeza, mientras que los síntomas apuntaban hacia un estado de asfixia, complicaba tremendamente la tarea.

Por lo demás, la enfermera histérica no les resultaba de ninguna ayuda.

—Me ha dicho que tendría una hemorragia —explicó al jefe de cirujanos, que ya se había dado perfecta cuenta de ello—. Y entonces ha dicho que le tendría que hacer una transfusión. Yo no quería hacérsela y él ha dicho que tampoco la quería y ella le ha pedido que no lo hiciera y él ha ido al banco de sangre y entonces él se ha desmayado y lo han reanimado y…

—¡Que le den un sedante! —ordenó el cirujano a gritos mientras se llevaban a rastras a la enfermera, que no dejaba de gritar.

Un Piper calvo estaba tendido encima de la mesa de operaciones.

En un intento desesperado por encontrar la herida le habían rapado la cabeza.

—¿Dónde está la hemorragia? —exclamó el cirujano, iluminando la oreja izquierda de Piper con la esperanza de encontrar la fuente de aquella horrible pérdida de sangre.

Cuando Piper volvió en sí, no habían avanzado mucho.

Le habían desinfectado el rasguño de la mano y hasta puesto una tirita, mientras una aguja clavada en la muñeca derecha hacía que le llegara la transfusión que tanto había temido.

Por fin, interrumpieron el suministro y Piper se puso en pie.

—Ha tenido usted mucha suerte de salir con vida —le explicó el cirujano—. No sabemos qué le ocurre exactamente, pero tendrá que hacer reposo durante una buena temporada. Puede que los de la Mayo se lo puedan solucionar, pero desde luego nosotros no podemos.

Piper salió al pasillo tambaleándose, más calvo que una bola de billar.

Sonia se echó a llorar.
—¡Oh, Dios mío! ¿Qué te han hecho, dulzura? —se lamentaba.
MacMordie observaba pensativo el cráneo rapado de Piper.
—Eso no tiene muy buen aspecto —se pronunció por fin antes de meterse en el quirófano—. Tenemos un problema —confesó a los cirujanos.
—¡Y que lo diga! A la hora de hacer un diagnóstico no sabría qué decir.
—Sí, claro —reconoció MacMordie—. Ahora lo que necesita es que le venden la cabeza. Tiene que comprender que es famoso y, con todos esos tíos de la tele ahí fuera, no puede salir hecho un Kojak, siendo escritor como es. Podría perjudicar su imagen.
—Su imagen es cosa suya —le replicó el cirujano—. Yo me limito a su enfermedad.
—Pero es usted el que le ha dejado sin pelo —se quejó MacMordie—, así que ¿qué me dice de hacerle un buen vendaje? Cara incluida. Ese hombre va a necesitar mantenerse en el anonimato hasta que le haya crecido el pelo.
—No insista —se negó el cirujano, fiel a sus principios médicos.
—Mil dólares —pujó MacMordie, y salió a buscar a Piper.
Piper entró de mala gana agarrado patéticamente del brazo de Sonia.
Cuando volvió a salir y se marchó del hospital, flanqueado por Sonia y una enfermera, apenas se alcanzaban a distinguir un par de ojos asustados y las ventanas de la nariz.
—El señor Piper no tiene nada que decir —reiteró MacMordie.
Varios millones de telespectadores ya se habían dado cuenta.
La cara vendada de Piper carecía de boca. Para ellos, bien podría haberse tratado del hombre invisible.
Todos los zooms de las cámaras se activaron para los primeros planos y MacMordie arrancó a hablar.
—Cuento con la autorización del señor Piper para comunicarles que el interesado no tenía ni la menor idea de que su magnífica novela *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen* fuera a levantar el grado de controversia pública que ha caracterizado el inicio de su gira de promoción por este país…
—¿Su qué? —preguntó un periodista.
—El señor Piper es el más importante escritor británico. Y su novela, titulada *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen*, que va a publicar próximamente Hutchmeyer Press y que se lanzará al mercado al precio de siete dólares con noventa…
—¿Insinúa usted que todo esto lo ha provocado una novela? —le interrumpió uno de los entrevistadores.
MacMordie asintió.
—*Deteneos, oh, hombres, ante la virgen* es la novela más controvertida de este siglo. Léanla y descubrirán el porqué del tremendo sacrificio que ha supuesto por parte del señor Piper…
A su lado, un Piper grogui se ladeaba y tuvo que ser ayudado a bajar las escaleras hasta el coche que les estaba esperando.
—¿Y adonde lo llevan ahora?
—Lo van a llevar en avión a una clínica privada en la que ingresará para someterse a un tratamiento diagnóstico —dijo MacMordie, y el automóvil arrancó.
En el asiento trasero, Piper gimoteaba entre vendajes.
—¿Qué te pasa, cariño? —le preguntó Sonia.
Pero los balbuceos de Piper eran incomprensibles.

—¿Y qué es toda esa historia del tratamiento diagnóstico? —preguntó Sonia a MacMordie-No le hace ninguna falta…

—Eso sólo lo he dicho para despistar a los medios de comunicación. El señor Hutchmeyer quiere que te hospedes con él en su residencia de Maine. Ahora nos dirigimos al aeropuerto. La avioneta privada del señor Hutchmeyer nos está esperando.

—En cuanto vea al señor Malaspulgas Hutchmeyer le diré un par de cosillas —dijo Sonia—. Me parece un milagro que no nos hayan matado a todos por su culpa.

MacMordie se volvió hacia ella desde su asiento.

—Vamos a ver —le dijo—, supón que tienes que promocionar a un escritor extranjero. Tiene que tener algo especial, como por ejemplo haber ganado el Premio Nobel o haber sufrido tortura en Lubianka o algo por el estilo. En una palabra: carisma. ¿Y qué tiene este Piper? Nada, así que selo fabricamos nosotros. Organizamos un motín callejero, lo combinamos con una pizca de sangre y, de la noche a la mañana, se convierte en un personaje carismático. Además, con un vendaje como ése va a aparecer en las pantallas de televisión de todos los hogares. Vamos a vender un millón de ejemplares sólo gracias a esa cara.

Llegaron al aeropuerto y Sonia subió a bordo del Sello editorial número I.

Sonia esperó a que despegaran para retirar los vendajes de la cara a Piper.

—Tendremos que dejar el resto tal cual hasta que te vuelva a crecer el pelo —le dijo.

Piper asintió con la cabeza vendada.

Hutchmeyer telefoneó desde Maine para felicitar a MacMordie.

—La escena del hospital no ha tenido desperdicio —le dijo—. Vamos a dejar a un millón de telespectadores con la boca abierta. Le hemos convertido en mártir. En un cordero sacrificado en el altar de la gran literatura. Por ésta te llevas una gratificación, MacMordie, te lo prometo.

—No ha sido nada —dijo MacMordie con modestia.

—Y ¿cómo se lo ha tomado? —se interesó Hutchmeyer.

—Parecía un poco aturdido, pero eso es todo —dijo MacMordie—. Ya se repondrá.

—Todos los escritores tienen el cerebro aturdido —comentó Hutchmeyer—. Es algo inherente a su naturaleza.

CAPITULO X

Y Piper se pasó todo el vuelo sumido en un estado de aturdimiento.

Seguía sin saber a ciencia cierta qué le había golpeado y por qué, y, al embarullado recibimiento como O'Piper, Piparfat, Peipmann, Piperovski y demás, venían a unirse los problemas a los que debía enfrentarse ya como presunto autor de *Deteneos*.

En cualquier caso, como genio putativo, Piper había asumido ya tantas identidades distintas que los personajes del pasado se mezclaban con los del presente. Y también la conmoción, la ducha de sangre de MacMordie, la asfixia, la reanimación y el hecho de que un turbante de vendas le coronara la cabeza indemne.

Mientras miraba por la ventanilla se preguntó qué habrían hecho Conrad, Lawrence o George Eliot en su situación. Aparte de tener la certeza de que ninguno de ellos se había encontrado nunca en situación semejante, no se le ocurría nada.

Y Sonia no le resultada de mucha ayuda. Parecía estar empeñada en sacar el máximo provecho económico de su calvario.

—De todos modos, lo tenemos con el agua al cuello —dijo, cuando el avión empezaba a descender ya sobre Bangor—. Te encuentras demasiado débil para seguir adelante con la gira.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo Piper.

Sonia estaba a punto de dar al traste con sus esperanzas.

—Pero eso no le va a parar los pies —prosiguió—. Con Hutchmeyer, lo único que cuenta es el contrato. Aunque estuvieras con el gota a gota, te obligaría a cumplir con tus apariciones en público. Tendremos que arrancarle una compensación, otros veinticinco mil dólares, por ejemplo.

—Creo que preferiría regresar a casa —confesó Piper.

—Tal como lo tengo planeado, vas a regresar a casa con cincuenta de los grandes.

Piper planteó sus peros.

—Pero no se enfadará muchísimo ese señor Hutchmeyer.

—¿Enfadarse? Se va a dar de cabeza contra las paredes.

Piper consideró la perspectiva de ver al señor Hutchmeyer dándose de cabeza contra las paredes y no le gustó. Suponía un nuevo y espantoso elemento en una situación que resultaba ya de por sí lo suficientemente alarmante.

Cuando el avión aterrizó, Piper se encontraba sumido en estado de ansiedad agudo y Sonia tuvo que recurrir a su poder de coacción para obligarle a bajar por la escalerilla y a subir al coche que les estaba esperando.

Avanzaban a toda velocidad entre bosques de pinos hacia el hombre al que, en un momento de despiste, Frensic calificado del Al Capone del mundo editorial.

—Y ahora deja que yo me encargue de hablar —le advirtió—. Lo único que tienes que recordar es que eres un escritor introvertido y tímido. La modestia será tu mejor arma.

El automóvil se desvió por un camino hacia la casa que se había presentado ya junto a la verja de la entrada como Residencia Hutchmeyer.

—Pues nadie se atrevería a calificar esto de modesto comentó Piper mirando la casa.

Se alzaba en medio de doscientas hectáreas de parque y jardín, abedul y pino, un monumento sobrecargado al estilo tejas de madera, dedicado al eclecticismo romántico de

finales del siglo XIX e inmortalizado en madera por Peabody y Stearns, arquitectos. Con sus torres descollantes, troneras, torretas con palomares, galerías con ventanas ovaladas practicadas en celosías, chimeneas con volutas y contravolutas y balcones esquinados. La Residencia inspiraba pavor.

Atravesaron una verja, desembocaron en un patio abarrotado de coches y se apearon.

Instantes después, la enorme puerta principal se abría y un hombre corpulento de tez rubicunda bajaba los escalones de la entrada a pequeños brincos.

—¡Sonia, bonita! —exclamó, y se la incrustó contra la camisa hawaiana—, y éste debe de ser el señor Piper —adivinó, antes de estrujarle la mano entre las suyas mirándole fijamente a los ojos con firmeza—. Es un gran honor, señor Piper, un grandísimo honor tenerlo entre nosotros.

Y, sin soltarle la mano, lo remolcó escaleras arriba con fuerza y le hizo traspasar el umbral.

El interior de la casi era tan llamativo como el exterior.

En un espacioso vestíbulo se hallaban una chimenea del siglo XIII, una escalera renacentista, una galería medieval, un retrato de Hutchmeyer —con un aspecto terriblemente feroz y en la misma postura que J. P. Morgan fotografiado por Steichner— y un mosaico en el suelo en el que aparecían representadas las diversas etapas de la manufactura del papel.

Piper avanzó con precaución por encima de árboles talados, dejó atrás una maraña de troncos y una tina con pulpa de papel hirviendo y, tras subir unos cuantos escalones más, descubrió en lo alto a una mujer con unas formas que cortaban el aliento.

—Baby —dijo Hutchmeyer—, quiero que conozcas al señor Peter Piper. Señor Piper, mi esposa Baby.

—Mi querido señor Piper —murmuró Baby con voz ronca estrechando su mano y sonriendo tanto como le habían permitido los cirujanos— me moría de ganas de conocerlo. Creo que su novela es el libro más encantador que he tenido el privilegio de leer.

La mirada de Piper se quedó prendida del límpido azul celeste de las lentes de contacto de Miss Penobscot.

Sonrió como un bobo.

—Es usted muy amable —murmuró.

Baby le colocó la mano bajo el brazo y juntos entraron en el salón de la galería.

—¿Siempre lleva turbante? —preguntó Hutchmeyer a Sonia mientras echaban a andar tras ellos.

—¡Solo cuando le golpean con un frisbee! —repuso Sonia con frialdad.

—Solo cuando le golpean con un frisbee —repitió Hutchmeyer, riendo a carcajadas—. ¿Has oído eso, Baby?, Piper sólo lleva turbante cuando le golpean con un frisbee. ¿No te parece genial?

—¡Con incrustaciones de cuchillas de afeitar, Hutch! ¡De espantosas cuchillas de afeitar! precisó Sonia.

—Sí, bueno, claro, eso es otra cosa —reconoció Hutchmeyer deshinchándose— Con cuchillas de afeitar ya es otra cosa.

En la galería había cien personas. Todos agarraban una y hablaban a voz en cuello.

—Amigos —se desgañitó Hutchmeyer, para apaciguar el griterío-Quiero presentarles a todos ustedes al señor Piper, el mejor novelista que ha producido Inglaterra desde Frederick Forsyth.

Piper sonrió bobalicón y meneó la cabeza con sincera modestia. No era el mejor novelista que había producido Inglaterra. Todavía no. Su grandeza planeaba aún en el horizonte, y precisamente estaba a punto de hacer una declaración clara al respecto, cuando le rodeó una multitud impaciente por conocerlo.

Baby había seleccionado a sus invitados con mucho tino: sobre el telón de fondo de geriátrico, sus encantos reconstruidos resaltaban con todo su poder de seducción. Las cataratas y las cejas caídas abundaban. No faltaban tampoco pechos que ya nada tenían que ver con senos, dentaduras postizas, fajas, medias ortopédicas en las que se adivinaba el trazado protuberante de las varices. Y alrededor de todos los cuellos arrugados y muñecas sembradas de manchas lucían las joyas, corazas de perlas y diamantes y oro que pendían, tintineaban y resplandecían para distraer la mirada de aquella batalla perdida contra el tiempo.

—Oh, señor Piper, sólo quiero que sepa el placer que me supone…

—No puedo expresar con palabras lo mucho que significa para mí…

—Es sencillamente fascinante conocer a un auténtico…

—Si pudiera usted dedicarme el libro…

—Ha hecho usted tanto para unir a la gente…

Aquella multitud de aduladores se tragó a Piper con Baby colgada del brazo.

—¡Caramba, menudo exitazo! —se congratuló Hutchmeyer—, y esto sólo es Maine. Imagínate la que se va a armar en las ciudades.

—No quiero ni pensarlo —dijo Sonia, que no perdía de vista el turbante de Piper asomando y desapareciendo entre peinados de peluquería.

—Los va a dejar embelesados, va a arrasar. A juzgar por esto, vamos a vender dos millones de ejemplares. Después del recibimiento que le han hecho en Nueva York, he pedido un nuevo estudio de mercado…

—¿Recibimiento? ¿Te atreves a llamar recibimiento a ese motín? —le interrumpió Sonia hecha una furia— Nos podrían haber matado.

—Una publicidad soberbia —le recordó Hutchmeyer—. MacMordie se ha ganado una prima. Ese chaval tiene talento. Aprovechando que hablamos de esto, permíteme que te diga que tengo una proposición que hacerte.

—Sí, me conozco tus proposiciones, Hutch, y la respuesta sigue siendo no.

—Muy bien, pero ésta es diferente —precisó, llevándose a Sonia hacia el bar.

Tras firmar cincuenta ejemplares de *Deteneos, oh, hombres ante la virgen* y meterse entre pecho y espalda cuatro martinis sin percatarse, los antiguos temores de Piper se desvanecieron por completo.

El entusiasmo con el que le acogían tenía la virtud de no exigir ninguna palabra de su parte. Le bombardeaban desde todos los flancos con cumplidos y opiniones.

Las había fundamentalmente de dos tamaños: las mujeres delgadas se mostraban intensas, mientras las que tenían problemas de obesidad le arrullaban.

Nadie pretendía que Piper participara más allá de dedicarles su sonrisa.

Únicamente una mujer se atrevió a abordar por primera vez el argumento de su novela y Baby tuvo que intervenir de inmediato.

—¿Dejarte preñada, Chloe? —dijo—. ¿Y qué te hace pensar que al señor Piper le apetecería hacer tal cosa? Tiene un programa muy apretado.

—No todo el mundo tiene la suerte de que le recompongan el conejo —le soltó Chloe, guiñándole el ojo a Piper de un modo repugnante—. Vamos a ver, si no lo he entendí mal, el libro del señor Piper trata sobre mantenerse natural al máximo…

Pero Baby se llevó a Piper a rastras antes de que pudiera enterarse de lo que Chloe tenía que decir sobre mantenerse natural al máximo.

—¿Qué es eso de recomponer conejos? —quiso saber.

—Esa Chloe es una bruja —dijo Baby por toda respuesta, dejando a Piper con la alegre impresión de que había brujas que se dedicaban a recomponer conejos.

Terminada la fiesta, Piper estaba para el arrastre.

—Le he instalado en el *boudoir* —le explicó Baby, mientras, junto con Sonia, le escoltaba por la escalera renacentista—. Se disfruta de una vista maravillosa de la bahía.

Piper entró en el *boudoir* y miró a su alrededor.

A pesar de que la concepción original pretendía amalgamar comodidad y sencillez medieval, Baby se había encargado de retocarla para darle una nota supuestamente sensual, su cama en forma de corazón destacaba encima de una alfombra con un estampado de arco iris entrelazados, que rivalizaba en destellos con un taburete adornado con volantes en los bajos y un tocador art-déco. Para completar el conjunto, una gitana española, enorme y a todas luces demente, sostenía una pantalla de lámpara adornada con borlas colocada encima de la mesita de noche y una cómoda de cristal ahumado resplandecía con brillos oscuros que contrastaban con las paredes azul Wedgwood.

Piper se sentó en la cama y alzó los ojos hacia las enormes vigas de madera del techo. Destilaban una solidez de acabados que no casaba con el brillo efímero de la decoración.

Se desnudó, se lavó los dientes y se metió en la cama. Al cabo de cinco minutos ya se había dormido.

Una hora después volvía a estar totalmente despierto.

A través de la pared contra la que se apoyaba la cabecera acolchada de la cama se filtraban unas voces. Por un momento Piper se preguntó dónde demonios se encontraba, pero las voces se lo aclararon enseguida. Era evidente que el dormitorio de los Hutchmeyer era el contiguo al suyo y tenían un cuarto de baño común.

Durante la media hora que siguió, Piper se enteró con asco de que Hutchmeyer llevaba braguero, que Baby no estaba de acuerdo con que utilizara el lavabo como si fuera un orinal, que a Hutchmeyer le importaba un rábano que no estuviera de acuerdo, que la difunta pero nunca llorada señora Sugg —La madre de Baby— habría hecho un tremendo favor al mundo abortando antes de que Baby naciera y, para terminar, que en una traumática ocasión Baby se había tomado un somnífero con el Dentaclene del vaso que Hutchmeyer usaba para su dentadura postiza, así que le agradecería que tuviera la amabilidad de no dejarlo en el botiquín.

Y de estos penosos detalles domésticos la conversación derivó a cuestiones personales. Hutchmeyer tenía a Sonia por una mujer tremendamente atractiva. Baby no. Lo único que tenía Sonia Futtle eran las garras clavadas en una criatura inocente y encantadora.

Piper tardó un momento en reconocerse en aquella descripción, y precisamente se estaba preguntando si le gustaba que le llamaran pequeña criatura inocente y encantadora cuando Hutchmeyer replicó que no era más que un inglesito hijo de puta y gilipollas que había escrito un libro que daba la casualidad que se iba a vender bien.

Esto ya no fue del agrado de Piper en absoluto. Se incorporó, manoseó la anatomía de la gitana española y por fin dio con el interruptor de la luz.

Sin embargo, los Hutchmeyer habían acabado por dormirse de cansancio.

Piper se levantó de la cama y avanzó tropezando con la alfombra hasta ventana. En la oscuridad del exterior solo alcanzaba a distinguir la silueta de un yate y la de un crucero de tamaño respetable que estaba amarrado al final de un embarcadero largo y estrecho.

Más allá, al otro lado de la bahía, una sombra de una montaña se recortaba contra el cielo estrellado y las luces de un pueblecito resplandecían con brillo apagado.

Las olas se estrellaban contra la playa rocosa que se extendía al pie de la casa.

En otras circunstancias, Piper no habría podido sustraerse a la necesitar de meditar acerca de la belleza de la naturaleza y de su posible inclusión en una futura novela; sin embargo, la opinión que Hutchmeyer había emitido sobre él había barrido esos pensamientos de su mente. Así pues, cogió el diario y consignó por escrito sus observaciones, a saber, que Hutchmeyer era el epítome de la vulgaridad, la degradación, la estupidez y el espíritu burdo del mercantilismo de la América moderna, mientras que Baby Hutchmeyer era una mujer bella y sensible que se merecía un destino mucho mejor que el de estar casada con un bruto grosero.

Hecho esto, volvió a acostarse, leyó un capítulo de *La novela moral* para recuperar la fe en la naturaleza humana y se durmió.

El desayuno del día siguiente resultó otro calvario.

Sonia no se había levantado todavía y Hutchmeyer estaba de un humor excelente.

—Lo que me gusta de usted es que contagia a sus lectores una gran fantasía para el sexo —comentó a Piper, que estaba tratando de decidir qué tipo de cereal tomar.

—El germen de trigo es estupendo para la vitamina E —le explicó Baby.

—Es para la potencia —dijo Hutchmeyer—, pero Piper ya tiene, ¿verdad, Piper? Lo que necesita es algo mucho más fuerte.

—Estoy segura de que todo lo fuerte que le hace falta se lo vas a proporcionar tú —replicó Baby.

Piper se llenó el plato hasta los topes de germen de trigo.

—Como iba diciendo —prosiguió Hutchmeyer—, lo que quieren los lectores…

—Estoy segura de que el señor Piper sabe perfectamente qué quieren los lectores —le interrumpió Baby—, así que no hace falta que se lo expliques durante el desayuno.

Hutchmeyer no le hizo ningún caso.

—Vamos a ver, cuando un tío llega a casa después del trabajo, ¿qué hace? Pues se toma una cerveza, enciende la televisión, come y se va a la cama, y como está demasiado cansado para tirarse a su mujer, lee un rato…

—Si está tan cansado, ¿por qué tiene que leer un rato? —replicó Baby.

—Si está demasiado cansado para conciliar el sueño necesita algo que le ayude, así que coge un libro y se imagina no estar en el Bronx, sino en…, ¿dónde está ambientado el libro?

—En East Finchley —repuso Piper, con la boca tan llena de germen de trigo que casi no podía hablar.

—En Devon —le corrigió Baby—, la novela está ambientada en Devon.

—¿En Devon? —dijo Hutchmeyer—. Pues él dice que en East Finchley, y lo debe de saber mejor que tú, ¡qué coño!, ¿no el autor de ese libraco?

—Está ambientado en Devon y Oxford —insistió Baby, tozuda—. Ella tiene una casa enorme y él…

—Sí, claro, en Devon —convino Piper—. Es que estaba pensando en mi segunda novela.

Hutchmeyer frunció el ceño.

—Bueno, pues donde sea. La cuestión es que este tío del Bronx se imagina que está en Devon con el vejestorio ése que está loca por él y cuando se da cuenta ya se ha quedado dormido.

—¡Menudo elogio! —dijo Baby—, pero en cualquier caso no creo que el señor Piper tenga en mente a insomnes del Bronx cuando escribe sus libros. Describe una relación que va creciendo.

—Sí, claro, claro, pero…

—Las dudas y vacilaciones de un joven cuyos sentimientos y respuestas emocionales se apartan de los convencionalismos de la categoría socio-sexual que le corresponde por edad.

—Cierto —dijo Hutchmeyer—, de eso no me cabe ninguna duda. Es una aberración y…

—¡No es ninguna aberración! —le contradijo Baby— Es un adolescente con mucho talento, pero atraviesa una crisis de identidad y Gwendolen…

Mientras Piper masticaba su germen de trigo, la batalla sobre sus intenciones al escribir *Deteneos* siguió causando estragos.

Dado que Piper no había escrito el libro y que Hutchmeyer no lo había leído, Baby resultó vencedora. Hutchmeyer se retiró pues a su estudio y Piper se encontró de pronto a solas con una mujer que, por razón, distintas de las suyas, lo consideraba también un gran escritor. Y, además, encantador. Piper no podía sino aceptar con reservas que le llamara encantador una mujer cuyos atractivos eran lo suficientemente ambiguos compara resultar, cuando menos, inquietantes.

En la tenue iluminación de la fiesta de la noche anterior le hábil echado treinta y cinco años. Pero ahora ya no estaba tan seguro. Los senos sin sujetador que se adivinaban bajo la blusa apuntaban hacia los veinte recién cumplidos. Sus manos, en cambio, no. Y luego estaba la cara. Tenía algo de máscara, una falta absoluta de individualidad en los rasgos, no había nada irregular o carente de armonía como, sin embargo había apreciado en los rostros de aquellas mujeres bidimensionales que le miraban con tanta fijeza desde las páginas de revistas femeninas como el *Vogue*. Aquella tez lisa, impersonal y sin carácter ejercía una extraña fascinación sobre él, y luego aquellos ojos de un límpido azul celeste…

De pronto Piper cayó en la cuenta de que estaba pensando en *Navegando hacia Bizancio* de Yeats y en el recurso de aquellos pájaros engalanados de piedras preciosas que trinaban.

Para recuperar la calma, se puso a leer la etiqueta del tarro de germen de trigo y descubrió que acababa de consumir 740 miligramos de fósforo y 550 de potasio, acompañados de ingentes cantidades de otros minerales esenciales y toda la vitamina B del mundo.

—Al parecer, contiene muchísima vitamina B —comentó, evitando la atracción de aquellos ojos.

—La B da energía —murmuró Baby.

—¿Y la A? —preguntó Piper.

—La vitamina A suaviza las membranas mucosas —le explicó Baby.

Y una vez más, Piper tuvo la vaga sensación de que lujo aquel comentario sobre dietética le acechaba un mar de peligrosas proposiciones.

Piper apartó la mirada de la etiqueta del germen de trigo y se sintió cautivado de nuevo por aquella máscara de ojos de un límpido azul celeste.

CAPÍTULO XI

Sonia Futtle se levantó tarde.

Nunca había sido madrugadora, pero durmió más profundamente que de costumbre. La tensión del día anterior había hecho mella en su cuerpo.

Al bajar de su habitación se encontró con que no había nadie en la casa, salvo Hutchmeyer, que refunfuñaba pegado al auricular del teléfono de su estudio. Antes de interrumpirle, se preparó un café.

—¿Has visto a Peter? —le preguntó.

—Baby se lo ha llevado a no sé dónde. Deben de estar a punto de llegar —dijo Hutchmeyer—. Y, a propósito, acerca de la propuesta que te hice…

—No insistas. F & F es una buena agencia. Nos va muy bien, así que ¿para qué iba a querer cambiar?

—Te estoy ofreciendo la vicepresidencia —le recordó Hutchmeyer—, y la oferta sigue en pie.

—La única oferta que me interesa en este momento —dijo Sonia— es la que vas a hacerle a mi cliente por las heridas físicas, el agravio moral y el ridículo público que sufrió como consecuencia del motín callejero que te encargaste de organizarle en el muelle.

—¿Heridas físicas? ¿Agravio moral? —repitió Hutchmeyer, incrédulo—. ¡Pero si ha sido la mejor campaña publicitaria jamás vista! ¿Y tú me pides que encima le haga una oferta?

Sonia asintió.

—Como compensación. Algo así como veinticinco mil.

—¿Veinticinco…? ¿Te has vuelto loca? ¿He soltado ya millones por el libro y ahora pretendes darme un sablazo de veinticinco de los grandes?

—Sí —dijo Sonia—. Y en el contrato no se especifica en ninguna parte que mi cliente tenga que someterse a violencias, agresiones, ni a los cuidados de frisbees asesinos. Dado que esa juerga la organizaste tú…

—¡Venga ya! —la atajó Hutchmeyer.

—En ese caso no me queda otra alternativa que aconsejar al señor Piper que dé la gira por cancelada.

—Si te atreves a hacerme eso —le advirtió Hutchmeyer— os demandaré por incumplimiento de contrato! ¡Lo dejaré sin blanca! ¡Le…!

—Págale —dijo Sonia, que acababa de sentarse y cruzaba las piernas provocativamente.

—¡Jesús! —exclamó Hutchmeyer con admiración—. Tengo que reconocer que tienes agallas.

—Y no es lo único que tengo —insinuó Sonia, dejando al descubierto un poquitín más—, porque además tengo la segunda novela de Piper.

—Y yo tengo una opción sobre ella.

—Si la termina, Hutch, si la termina. Si sigues presionándolo de ese modo te va a hacer una Scott Fitzgeralada. Es una persona sensible y…

—Eso lo he oído yo en alguna parte. En boca e Baby. Tímido, sensible ¡Qué cojones! Con la clase de cosas que escribe no puede ser sensible. ¡O lo debe de llevar escondido como un armadillo!

—Pero como tú no le has leído… —dijo Sonia.

—Ni tengo por qué. MacMordie lo leyó y me dijo que casi le hace vomitar, y MacMordie no es de los que vomitan fácilmente.

Y siguieron con la pelotera hasta la hora del almuerzo felices de soltar amenazas y contraamenazas y de participar en aquella partida de póquer económica en la que eran verdaderos expertos. Y no se trataba de que Hutchmeyer se aviniera a soltar un céntimo. Sonia en ningún momento había esperado que lo hiciera, pero por lo menos había conseguido apartarle a Piper del pensamiento.

Sin embargo, no podía decirse lo mismo de Baby.

Su paseo hasta el estudio a lo largo de la playa después del desayuno le había confirmado la impresión de que por fin acababa de encontrar a un escritor de talento.

Piper había hablado por los codos sobre literatura y la mayor parte del tiempo de un modo tan incomprensible, que dejó a Baby impresionada hasta el punto de que llegó a casa con la sensación de haber vivido una profunda experiencia cultural.

Las impresiones de Piper eran bastante distintas: una mezcla de placer por contar con un público tan interesado y atento, y de extrañeza por el hecho de que a una mujer tan perspicaz no le resultara cuando menos repugnante el libro que presuntamente había escrito.

Piper se retiró a su habitación y estaba a punto de sacar su diario cuando Sonia se presentó.

—Espero que hayas sido discreto —le dijo—. Esa Baby es un demonio.

—¿Un demonio? —dijo Piper—. Es sumamente sensible…

—Un demonio con pantalones dorados de lamé. ¿Dónde te ha tenido toda la mañana?

—Hemos ido a dar un paseo y me ha estado hablando de su interés por la preservación…

—Pues no hacía ninguna falta. No hay más que verla para darse cuenta de que ha hecho un trabajo estupendo. En la cara, por ejemplo.

—Es que le gustan mucho los productos naturales —dijo.

—Y el papel de lija también —insistió Sonia—. La próxima vez que sonría le miras el cogote.

—¿El cogote? ¿Y para qué?

—Para ver cómo le tira la piel. Si esa mujer se echara a reír se desgarraría el cuero cabelludo.

—Bueno, lo único que puedo decir es que me parece mucho mejor que Hutchmeyer concluyó Piper, que no había olvidado lo que le había llamado la noche anterior.

—A Hutch le puedo manejar —dijo Sonia—, por ahí no hay ningún problema. Le tengo comiendo de mi mano, así que no vayas a liarlo todo mirando a su esposa con ojos tiernos y a ponerte hecho un gallito hablando de literatura.

—No miro en absoluto a la señora Hutchmeyer con ojos tiernos —dijo Piper indignado—. Nunca se me ocurriría hacer tal cosa.

—Pues a ella sí —le advirtió Sonia—. Y otra cosa: no te quites el turbante. Te sienta muy bien.

—Puede que me siente bien, pero resulta muy incómodo.

—Mucho más incómodo va a resultar si Hutch descubre que no te dieron con un frisbee —dijo Sonia.

Bajaron a comer.

Gracias a una llamada de Hollywood que mantuvo a Hutchmeyer alejado del salón prácticamente durante toda la comida, el almuerzo resultó mucho mejor que el desayuno. Regresó cuando ya estaban con el café y miró a Piper con recelo.

—¿Ha oído hablar de un libro que se titula *Harold y Maude*? —le preguntó.

—No —repuso Piper.

—¿Oír qué? —preguntó Sonia.— Hutchmeyer la fulminó con la mirada.

—¿Que por qué? Ya te diré yo por qué —dijo—: porque resulta que *Harold y Maude* trata de un tipo de dieciocho años que se enamora de una de ochenta, y hasta existe una versión cinematográfica. Ahí tienes el porqué. Y lo que me gustaría saber es cómo demonios nadie me ha dicho que estaba comprando una novela que ya había escrito otro y…

—¿No estarás acusando a Piper de plagio? —dijo Sonia—, Porque si es eso permíteme que…

—¿Plagio? —chilló Hutchmeyer—. ¿Qué plagio ni qué ocho cuartos? Lo único que digo es que ha birlado el argumento de las narices y a mí me han tomado el pelo como a un perfecto imbécil un par de aficionados…

Hutchmeyer ya estaba de color morado, así que Baby decidió intervenir.

—No estoy dispuesta a quedarme cruzada de brazos escuchando cómo insultas al señor Piper —le advirtió—. Venga, señor Piper, vamos a dejar a estos dos…

—¡Alto ahí! —bramó Hutchmeyer—. He pagado dos millones de dólares y quiero saber lo que el señor Piper tiene que decir al respecto. Por ejemplo…

—Le aseguro que no he leído en mi vida *Harold y Maude* —reiteró Piper—. Ni siquiera había oído hablar de ese libro.

—Eso te lo puedo garantizar —le aseguró Sonia—. Además, es muy distinto. No tiene nada que ver…

—Venga, señor Piper —dijo Baby, acompañándolo fuera como un ángel de la guarda.

A su espalda se oían todavía los gritos de Hutchmeyer y Sonia.

Piper entró haciendo eses en el salón de la galería y se desplomó en una silla más blanco que la cera.

—Sabía que saldría mal —dijo en un murmullo.

Baby le miró con curiosidad.

—¿Que saldría mal el qué, cariño? —le preguntó.

Piper meneó la cabeza con aire abatido.

—¿No habrá copiado ese libro, verdad?

—No —Le aseguró Piper—. Ni siquiera había oído hablar.

—Entonces no tiene de qué preocuparse. La señorita Futtle se encargará de aclarar las cosas. Son tal para cual. Y ahora ¿por qué no sube a descansar un rato?

Piper echó a andar afligido escaleras arriba en compañía Baby v se metió en su habitación. Baby entró en su dormitorio muy pensativa y cerró la puerta. Su intuición trabajaba a toda máquina. Se sentó encima de la cama y se puso a pensar en sus palabras:

«Sabía que saldría mal». Extraño ¿Que saldría mal el qué? De una cosa estaba segura: nunca había oído hablar de *Harold y Maude*. Lo había dicho con toda sinceridad. Y Baby llevaba viviendo mentiras el tiempo suficiente como para reconocer la verdad en cuanto la oía.

Esperó un rato antes de salir al pasillo y abrió la puerta de la habitación de Piper sin hacer ruido.

Estaba sentado ante la mesa que había junto a la mesa que había ante la ventana y le daba la espalda. Tenía un tintero junto al codo y ante sí un enorme libro de contabilidad encuadernado en piel. Estaba escribiendo.

Baby permaneció observando un momento y, tras cerrar la puerta con mucho cuidado y regresó a su colchón de agua.

¡Acababa de ver a un genio de verdad trabajando! ¡Como Balzac!

De la planta de abajo llegaba el fragor de la batalla entre Hutchmeyer y Sonia.

Baby se tendió en la cama y se quedó ensimismada mirando la nada, vencida por una espantosa sensación de inutilidad. En la habitación contigua, un escritor solitario porfiaba por transmitirle —a ella y a millones de seres como ella— la importancia de cuanto pensaba y sentía, por crear un mundo forjado por su imaginación y que en el futuro se convertiría en una pieza bellísima y en perenne alegría.

En la planta baja, aquel par de mercaderes de palabras regatearían y se pelearían y, por fin, venderían su obra. Y ella sin hacer nada. Era una criatura estéril, sin ninguna utilidad ni propósito, indulgente consigo misma e insignificante.

Volvió la cabeza hacia Tretchikoff y se quedó dormida.

Al cabo de una hora la despertaron voces en la habitación contigua. Le llegaban apagadas y confusas. Sonia y Piper estaban hablando. Baby se tumbó y trató de aguzar el oído pero no logró entender nada. Al rato, oyó cerrarse la puerta de la habitación de Piper y las voces que se alejaban por el pasillo.

Baby se levantó de la cama, se metió en el cuarto de baño y descorrió el pestillo de la puerta.

Apenas un instante más tarde se encontraba en la habitación de Piper. El libro encuadernado en piel seguía encima de la mesa. Baby cruzó toda la habitación y se sentó. Cuando volvió a levantarse al cabo de media hora, Baby Hutchmeyer era ya otra mujer.

Volvió sobre sus pasos por el cuarto de baño, cerrando de nuevo la puerta con pestillo, y se sentó ante el espejo con un terrible propósito en mente.

Los propósitos de Hutchmeyer eran también bastante terribles.

Tras la pelea con Sonia, había ido a refugiarse a su estudio para cantarle las cuarenta a MacMordie por no haberle dicho nada de *Harold y Maude*. Sin embargo, era sábado y MacMordie no estaba disponible para que le cantaran las cuarenta.

Hutchmeyer le llamó a su casa pero no le contestó nadie, así que se reclinó en su silla echando humo y pensando en Piper.

Había algo que chirriaba en aquel tío, algo que era incapaz de definir, algo que no encajaba con la idea que se había hecho del escritor que escribe sobre tirarse a viejas, algo muy raro.

Hutchmeyer empezaba a sospechar.

Había conocido a montones escritores y ninguno se parecía a Piper. Ni por el forro.

Se pasaban el rato hablando de sus libros mientras que, ese Piper… Le habría encantado tener una charla con él, sorprenderlo a solas e invitarle a una copa o dos hasta que soltara la melena un poquitín.

Pero, al salir de su estudio, se encontró con Piper escudado por dos mujeres.

Baby lucía nueva capa todavía fresca de pintura de guerra y Sonia le tendía un libro.

—¿Qué es eso? —le preguntó Hutchmeyer, retrocediendo.

—*Harold y Maude* —dijo Sonia—. Peter y yo te lo hemos comprado en Bellsworth.

Léelo y comprobarás por ti mismo…

Baby estalló en carcajadas con su risa chillona.

—Eso sí que no me lo pierdo. ¡Éste leyendo!

—¡Cállate! —le espetó Hutchmeyer, y preparó un generoso highball que ofreció a Piper—. Tómese un highball, Piper.

—Si no le importa, preferiría abstenerme —dijo Piper— Por lo menos esta noche.

—¡El primer escritor que conozco que no bebe! —exclamó Hutchmeyer.

—El primer escritor de verdad que conoces y punto —le contradijo Baby—. ¿O acaso crees que Tolstói también bebía?

—¡Virgen santa! —se quejó Hutchmeyer—. ¿Y cómo quieres que lo sepa?

—¡Qué yate tan bonito tienen ahí fuera! —comentó Sonia para cambiar de tema—. No sabía que te dedicabas a navegar, Hutch.

—No lo hace —replicó Baby, antes de que Hutchmeyer tuviera la oportunidad de recalcar que aquel barco suyo era el más soberbio y el más rápido de los océanos que se podía comprar con dinero y que estaba dispuesto a retar a cualquiera que sostuviera lo contrario—. Forma parte del decorado, junto con la casa, los vecinos y…

—¡Cállate! —la interrumpió Hutchmeyer.

Piper se marchó del salón y se encerró en el *boudoir* para confiar a su diario nuevos pensamientos lóbregos sobre Hutchmeyer.

Cuando volvió a bajar a la hora de la cena, Hutchmeyer tenía la cara más encendida que de costumbre y el índice de agresividad había aumentado en varios puntos.

Le había resultado especialmente desagradable tener que escuchar una conferencia sobre su vida matrimonial en boca de Baby, que se había puesto a hablar con Sonia, de mujer a mujer, sobre las implicaciones simbólicas del uso de bragueros por parte de esposos de mediana edad y su relación con la menopausia masculina.

Y, por una vez, su famoso «¡Cállate!» no había surtido efecto.

Baby no se había callado, sino que había pasado a la descripción de otros detalles íntimos que ilustraban sus costumbres, de ahí que Hutchmeyer estuviera a punto de mandarla a freír espárragos cuando Piper entró de nuevo en la habitación.

Piper no estaba de humor para aguantar la falta de caballerosidad de Hutchmeyer.

Sus largos años de celibato dedicados al estudio de las grandes novelas le habían imbuido un gran sentimiento de reverencia para con la Mujer, así como opiniones muy firmes sobre la actitud que los maridos debían adoptar frente a sus esposas, actitud que no incluía mandarlas a freír espárragos. Además, el burdo sentido comercial de Hutchmeyer y su credo, según el cual lo único que los lectores esperaban de un libro era una buena dosis de fantasía sexual, le había tenido preocupado todo el día.

En opinión de Piper, lo que los lectores esperaban era ver florecer su sensibilidad, y las fantasías sexuales no formaban parte de la categoría de cosas que hacían florecer la sensibilidad.

Se presento a la cena decidido a hacer valer su opinión y la oportunidad se le presentó casi al principio, cuando Sonia, para cambiar de tema, citó *Valle de muñecas*.

Hutchmeyer, feliz de huir de penosas revelaciones sobre su vida privada, se apresuró a decir que era un gran libro.

—Estoy en absoluto desacuerdo con usted —dijo Piper— Se limita a satisfacer el gusto del público por la pornografía.

A Hutchmeyer se le atragantó un pedazo de langosta fría.

—¿Qué qué? —logró decir cuando se hubo repuesto.

—Que satisface el gusto del público por la pornografía —Repitió Piper, que no había leído el libro pero había visto la portada.

—Con que sí, ¿eh? —dijo Hutchmeyer.

—Sí.

—¿Y qué tiene de malo satisfacer el gusto del público?

—Es degradante —sentenció Piper.

—¿Degradante? —dijo Hutchmeyer, mirándole con furia galopante.

—Totalmente.

—¿Y qué clase de libro opina que va a leer el público si no se le da lo que quiere?

—Bueno, creo que… —dijo Piper, antes de que un puntapié de Sonia por debajo de la mesa le hiciera callar de golpe.

—Yo creo que lo que cree el señor Piper… —dijo Baby.

—¡Me importa un rábano lo que tú creas que cree! —Rezongó Hutchmeyer—. ¡Lo que quiero oír bien claro que es lo Piper cree que cree! —Y miró a Piper expectante.

—Lo que yo creo es que no se debería exponer a los lectores a libros que carecen de todo contenido intelectual —Se definió Piper— y que están deliberadamente concebidos para enardecer la imaginación con fantasías sexuales que…

—¿Enardecer las fantasías sexuales? —se enfureció Hutchmeyer, interrumpiéndole en plena cita de *La novela moral*—. Éste se atreve a soltar que no aprueba los libros que enardecen las fantasías sexuales de los lectores ahí sentado, como si nada, cuando es el autor del libro más asqueroso que se ha escrito desde *Última salida*.

Piper hizo de tripas corazón.

—Pues sí, en realidad así es. Y además…

Pero Sonia ya había oído suficiente.

Con una súbita presencia de ánimo, trató de alcanzar el salero y volcó la jarra de agua sobre las rodillas de Piper.

—¿Habías oído en tu vida algo semejante? —se maravillaba Hutchmeyer, mientras Baby iba a por un trapo y Piper subía a su habitación a cambiarse de pantalón— ¡El tío tiene las narices de decirme que no tengo derecho a publicar…!

—No le hagas caso —le tranquilizó Sonia—, todavía no se ha recuperado. Está trastornado por lo del lío de ayer. Ese golpe que se llevó en la cabeza le ha afectado.

—¿Qué le ha afectado? Ya lo creo que le ha afectado, pero ya le afectaré yo también un poco. ¡Decirme que soy un editor de pornografía de mierda! ¡Ya le enseñaré yo…!

—¿Por qué no me enseñas tu yate? —le propuso Sonia, al tiempo que le rodeaba el cuello con los brazos, un gesto destinado al doble propósito de impedir que Hutchmeyer se levantara de su silla de un brinco para lanzarse a la persecución de un Piper en retirada y a indicar una nueva voluntad por su parte de prestar oídos a proposiciones de todo tipo—. ¿Por qué no salimos a dar una vueltecita por la bahía?

Hutchmeyer sucumbió a su sedante influencia.

—Además, ¿quién demonios se cree que es? —insistió con una clarividencia totalmente inconsciente.

Sonia no respondió, sino que se le colgó del brazo y le dirigió una seductora sonrisa.

Y así fue como salieron a la terraza y bajaron por el camino hasta el embarcadero.

A su espalda, Baby los estaba observando meditabunda desde el salón de la galería.

Ahora ya sabía que acababa de encontrar en Piper al hombre que llevaba esperando tanto tiempo, un escritor de verdadero mérito y, además, capaz de hacer frente a

Hutchmeyer, sin una sola copa en el estómago y de soltarle en la cara lo que pensaba de él y de sus libros.

Alguien, además, que la consideraba una mujer sensible, inteligente y observadora. De eso se había enterado gracias al diario.

Piper se había explayado a gusto sobre la cuestión, del mismo modo en que había dado rienda suelta a la opinión que le merecía Hutchmeyer, un bruto, basto y estúpido que sólo estaba interesado en el dinero.

Estaban, por otra parte, todas aquellas referencias a *Deteneos* que tanto le habían extrañado, especialmente cuando decía que se trataba de un libro repugnante.

Se le antojó que era una crítica de una objetividad poco común en un novelista que valoraba su propia obra y, a pesar de no compartir su opinión, con eso se ganó toda su estima. Demostraba que nunca se daba por satisfecho. Era un escritor verdaderamente dedicado a su trabajo.

Y fue así como, de pie en la galería, observando a través de lentes de contacto de un límpido azul celeste cómo el yate se iba alejando lentamente del embarcadero, a Baby le invadió un afán de volcarse, de volcarse un mudo maternal que la llenó de euforia.

Los días de inútil inactividad habían terminado: de ahora en adelante se interpondría entre Piper y la tosca insensibilidad de Hutchmeyer y del mundo entero.

Era feliz.

En el piso de arriba, eso era precisamente lo único que no era Piper.

Aquel primer arranque de valor que le había llevado a plantar cara a Hutchmeyer se había ido diluyendo hasta dejarle con la horrible certeza de que se encontraba en un lío desesperante. Después de quitarse los pantalones mojados, se sentó en la cama y se puso a pensar en qué demonios hacer.

Nunca tendría que haber salido de la casa de huéspedes Gleneagle de Exforth.

Nunca tendría que haber prestado oídos ni a Frensic ni a Sonia.

Nunca tendría que haber venido a América.

Nunca tendría que haber traicionado sus principios literarios.

Y mientras la puesta de sol tocaba a su fin y Piper se ponía en pie dispuesto a buscar otro par de pantalones que ponerse, llamaron a la puerta y Baby entró en su dormitorio.

—Ha estado maravilloso —le dijo—, sencillamente maravilloso.

—Es muy amable por su parte —repuso Piper, interponiendo el taburete de volantes entre su ser desprovisto de pantalones y la señora Hutchmeyer, consciente de que, si algo iba a conseguir enfurecer todavía más al señor Hutchmeyer, era encontrarlos a los dos en aquella situación tan comprometida.

—Y quiero que sepa también que aprecio lo que ha escrito sobre mí —añadió Baby.

—¿Lo que he escrito sobre usted? —dijo Piper, que buscaba a tientas en el armario.

—En su diario —le aclaró Baby—.Ya sé que no debería…

—¿Qué? —gritó Piper desde las profundidades del armario.

Por fin encontró un par de pantalones y se los puso como pudo.

—No he podido resistir la tentación —se excusó Baby— Lo he encontrado abierto encima de la mesa y…

—Entonces ya lo sabe —dijo Piper, asomándose por el armario.

—Sí —dijo Baby.

—¡Dios santo! —dijo Piper, y se dejó caer encima del taburete— ¿Y va a decírselo?

—Baby negó con la cabeza. —Que quede entre nosotros.

Piper consideró la propuesta y sólo le resultó vagamente tranquilizadora.

—Ha sido muy duro —dijo por fin—, me refiero a eso de no poder comentarlo con nadie. Salvo con Sonia Futtle, naturalmente, pero no me ha resultado de mucha ayuda.

—Me lo figuro —convino Baby, que se imaginaba sin sombra de duda que a la señorita Futtle no le habría hecho ninguna gracia que le confesaran lo sumamente sensible, inteligente y observadora que era otra mujer.

—Claro que ¿cómo iba a serlo? —insistió Piper—. Al fin y al cabo ha sido idea suya.

—¿Ah, sí? —dijo Baby.

—Me aseguró que todo saldría bien, pero ya sabía yo que no iba a poder seguir adelante con la farsa hasta el final. —Continuó Piper.

—Pues yo creo que eso dice mucho en su favor —le animó Baby tratando desesperadamente de imaginarse para que clase de farsa tenía planeado la señorita Futtle convencer a Piper… Había algo que no encajaba en todo aquello.

—Vamos a ver, ¿por qué no bajamos, y me lo cuenta todo mientras nos tomamos una copa? —Tengo que hablar con alguien —se rindió Piper— ¿pero no nos los encontraremos abajo?

—Han salido en yate, así que tendremos toda la intimidad del mundo.

Baby y Piper bajaron y entraron en una pequeña habitación que quedaba en un rincón, con un balcón suspendido sobre las rocas y el agua lamiendo la playa.

—Es mi escondite secreto —le confesó Baby, señalando las hileras de libros que tapizaban las paredes—. Aquí puedo ser yo misma.

Mientras Baby servía un par de copas, un Piper desanimado echó un vistazo a los títulos. Eran tan desconcertantes como la situación en que se encontraba, y parecían destilar un eclecticismo que le resultó sorprendente.

Maupassant se apoyaba en Hailey, que a su vez sostenía a Tolkien y a Piper, cuyo espíritu se apuntalaba en un reducido círculo de grandes escritores elegidos; no le cabía en la cabeza que alguien consiguiera ser uno mismo en medio de aquel ambiente. Por si fuera poco, había varias novelas policíacas y de suspense y Piper tenía una opinión muy concreta sobre aquellos libros tan banales.

—Y, ahora, cuéntemelo todo —le animó Baby con ternura, acomodándose en el sofá.

Piper bebió un sorbo de su copa y trató de decidir por dónde empezar.

—Bueno, llevo ya diez años escribiendo —arrancó al fin— y…

Fuera, el crepúsculo se fue tiñendo de noche mientras Piper iba desgranando su historia. Baby estaba sentada a su lado, totalmente subyugada. Aquello era mucho mejor que los libros. Era la vida misma, pero no como la había visto hasta entonces, sino como siempre la había soñado, emocionante y misteriosa, cuajada de peligros insólitos y extraordinarios que avivaban su imaginación.

Baby volvió a llenar las copas y Piper, embriagado por su comprensión, siguió hablando con una fluidez mucho mayor de lo que había demostrado nunca al escribir.

Le contó la historia de su vida solitaria de genio por descubrir en una buhardilla, en infinidad de buhardillas, todas aquellas orientadas hacia un mar azotado por el viento, luchando durante meses y años por expresar con tinta, pluma y aquellos deliciosos bucles —que tanto había admirado en sus blocs de notas— el sentido de la vida y su más profunda esencia.

Baby quedó mirando aquel rostro ensimismada y lo imbuyó de una nueva fantasía. Las nieblas espesas volvieron a cernirse sobre Londres. Las farolas de gas resplandecían en

la costa mientras Piper emprendía su caminata nocturna por el paseo. Baby rebuscó en su arca de novelas medio olvidadas hasta completarlo con todos aquellos detalles. Y luego estaban los villanos, bribones de mala vida salidos de Dickens, Fagins del mundo literario con el aspecto de Frensic & Futtle de Lanyard Lañe, que arrancaban al genio de la buhardilla con falsas promesas de reconocimiento. ¡Lanyard Lañe! El nombre por sí solo evocaba para Baby un Londres legendario. ¡Y Covent Garden! Pero mejor de todo era Piper, allí de pie, solo en lo alto del rompeolas, con la mirada perdida al otro lado del Canal de la Mancha, mientras las olas se estrellaban a sus pies y el viento le alborotaba los cabellos.

Y allí mismo, ante ella, tenía al hombre en carne y hueso, con aquel rostro de expresión ansiosa y ojos torturados, la personificación viviente del genio por descubrir, tal como se lo había imaginado con Keats y Shelley y todos aquellos que habían muerto tan jóvenes.

Y entre él y aquella realidad implacable y cruel de Hutchmeyers, Frensics y Futtles estaba sólo ella, Baby.

Por primera vez se sintió necesaria. Sin ella sufriría el acecho y la persecución y se vería abocado al…, Baby le profetizaba el suicidio o la locura y un futuro ineludible y obsesivo de fugitivo, en el que Piper sucumbiría presa de la rapacidad comercial y de todas aquellas fuerzas que habían conspirado contra él para comprometerle. La imaginación de Baby se adentraba en el melodrama a marchas forzadas.

—No demos permitir que eso ocurra —dijo, impetuosa.

Piper dejó de auto compadecerse.

Él la miró desconsolado.

—¿Y qué puedo hacer? —dijo.

—Tendrás que huir —le tuteó Baby y, dirigiéndose a la puerta del balcón, la abrió de par en par.

Piper escrutó la noche con incertidumbre.

Se había levantado el viento y la naturaleza —imitando al arte o, por lo menos, al poco arte que tenía Piper— se ha había desatado en olas que se estrellaban contra las rocas que había bajo la casa. Una ráfaga de viento enmararañó las cortinas y las hizo ondear en la habitación. Baby estaba de pie entre ellas, con la mirada prendida del horizonte. Su cabeza era un hervidero de imágenes novelescas. La huida nocturna. Un bote a merced de las olas. Una mansión en llamas recortándose en la oscuridad y dos amantes abrazados.

Se descubría con un nuevo aspecto, no ya como la esposa abandonada de un rico editor, una criatura toda ella rutina y artificios de la cirugía, sino como la heroína de una gran novela: *Rebecca*, *Jane Eyre*, *Lo que el viento se llevó*.

Volvió la vista hacia el interior de la habitación y Piper se quedó estupefacto ante la intensidad de su expresión. Los ojos le resplandecían y en su boca se dibújalo un firme propósito.

—Nos marcharemos juntos —le propuso, tendiéndole la mano.

Piper la aceptó con prudencia.

—¿Juntos? —dijo—. Quiere decir…

—Juntos —repitió Baby—. Tú y yo. Esta noche.

Y, cogida de la mano de Piper, le guió hasta la galería.

CAPÍTULO XII

En medio de la bahía, Hutchmeyer luchaba con el timón.

Aquella tarde no había sido precisamente un éxito. Había tenido que aguantar los insultos de uno de sus autores —una experiencia única, para la que no le habían preparado en absoluto veinticinco años de dedicación al negocio del libro—, y ahora, lo cual era todavía peor, estaba a bordo de un yate aguantando los coletazos de un tifón, en una noche oscura como boca de lobo, con una tripulación que consistía en una mujer borracha empeñada en divertirse.

—¡Esto es fantástico! —gritaba, mientras el yate se ladeaba y una ola rompía en cubierta—. ¡Inglaterra, ahí vamos!

—¡Oh, no, nada de eso! —dijo Hutchmeyer, dando un golpe de timón para evitar la posibilidad de salir a mar abierto.

Hutchmeyer escrutó la oscuridad de la noche y luego echó un vistazo a la bitácora.

En ese preciso instante, Komain du Roy dio un bandazo, el agua corrió por la barandilla y se metió en la cabina de popa.

Hutchmeyer se aferró al timón y empezó a soltar imprecaciones. A su lado, invisible en la oscuridad, Sonia gritaba, si de miedo o de emoción era algo que Hutchmeyer no sabía ni le importaba. Se estaba enfrentando a problemas de náutica que superaban con creces sus escasos conocimientos.

Enterrado en un recodo de su memoria, algo le decía que no había que dejar las velas izadas en caso de tormenta. Había que vencer el temporal.

—Sujeta esto —pidió a Sonia agritos, y avanzó vadeando hacia el camarote en busca de un cuchillo.

En el momento en que asomaba la cabeza al salir, una ola rompió encima de la cabina y le abofeteó la cara.

—¿Qué haces con eso? —le preguntó Sonia.

Hutchmeyer blandió el cuchillo y se agarró a la barandilla.

—¡Asegurarme de que no nos vamos a pique! —bramó, mientras el yate se deslizaba viento en popa de una manera alarmante.

Hutchmeyer echó a andar a gatas pegado al suelo de cubierta y segó todos los cabos con que se tropezó. De pronto se encontró envuelto en una maraña de lonas y, cuando consiguió salir del enredo, descubrió que habían dejado de avanzar. El yate se mecía en el agua.

—No deberías haberlo hecho —le dijo Sonia—. Empezaba a cogerle el tranquillo al viajecito.

—Pues yo no —dijo Hutchmeyer, oteando la noche.

Era imposible saber dónde se encontraban. El manto negrísimo del cielo se cernía sobre sus cabezas y las luces, a ambos lados de la costa, parecían haberse esfumado. O quizá se habían esfumado ellos. En alta mar.

—¡Dios santo! —se lamentó Hutchmeyer, desconsolado.

A su lado, Sonia jugueteaba alegremente con el timón.

En el hecho de encontrarse en medio de una tormenta en noche cerrada había algo estimulante que cautivaba su talante aventurero. Despertaba su instinto combativo: era algo tangible contra lo que emplearse a fondo. Por otra parte, el desaliento de Hutchmeyer le

resultaba tranquilizador. Por lo menos, había apartado a Piper de su pensamiento, y a ella también. Una tormenta en medio del mar no era el escenario idóneo para seducciones. Todos los esfuerzos de Hutchmeyer en ese sentido habían sido definitivamente torpes y Sonia había buscado refugio en el whisky. Y ahora, mientras se mecían subiendo y bajando a merced de las olas, se sentía felizmente embriagada.

—Bueno, tendremos que quedarnos de brazos cruzados hasta que la tormenta amaine —concluyó Hutchmeyer.

Pero Sonia quería acción.

—Pon en marcha el motor —le pidió.

—¿Y para qué? No sabemos dónde estamos. Podríamos encallar.

—¡Quiero sentir el viento en mi cabello y la espuma en la cara! —proclamó Sonia a los cuatro vientos.

—¿Espuma? —dijo Hutchmeyer con voz ronca.

—Y un hombre al timón con mano firme…

—Ya tienes un hombre al timón —dijo Hutchmeyer, dándole la réplica.

El yate dio unos bandazos al viento y las olas alcanzaron la vela mayor que arrastraban. Sonia se echó a reír.

—Un hombre de verdad, de pelo en pecho, un marinero. Un hombre con sal en las venas y una vela en el corazón. Alguien que me haga hervir la sangre.

—Hervir la sangre… —rezongó Hutchmeyer—. Si encallamos en una roca verás cómo te hierve la sangre…No tendría que haberte escuchado. Salir en una noche como ésta…

—Lo que tendrías que haber escuchado es el parte meteorológico —dijo Sonia—. Yo lo único que te he dicho…

—Recuerdo perfectamente lo que has dicho. «¿Por qué no salimos a dar una vueltecita por la bahía?» Eso es lo que has dicho.

—Pues eso: estamos dando una vueltecita. El reto de los elementos… A mí me parece maravilloso.

A Hutchmeyer no se lo parecía.

Calado, aterido y hecho un verdadero asco, se aferraba al timón y escrutaba la oscuridad en busca de alguna señal de la costa. No se veía ni rastro de ella.

«¡Qué cojones de reto de los elementos!», pensó malhumorado y se preguntó por qué las mujeres tendrían tan poco sentido de la realidad.

Se trataba de un pensamiento que habría encontrado su eco en el corazón de Piper.

Baby había cambiado. La mujer sumamente inteligente y sensible que había descrito en su diario se había convertido en una criatura extraordinariamente apremiante, empeñada en arrancarle de aquella casa en una noche de tormenta absolutamente desaconsejable.

Para empeorar todavía más las cosas, parecía decidida a acompañarle, proceder que, en opinión de Piper, estaba destinado a poner a prueba unas relaciones ya tensas con el señor Hutchmeyer que una huida a duras penas podría suavizar.

Eso fue lo que le hizo saber a Baby mientras le acompañaba fuera de la galería y le guiaba hasta el gran vestíbulo.

—Bueno, no podemos marcharnos así, juntos, en plena noche —objetó, de pie encima del mosaico de una cuba con pasta de papel hirviendo.— Hutchmeyer lo miraba con expresión ceñuda desde el retrato que colgaba de la pared—.

—¿Por qué no? —preguntó Baby, cuyo sentido del melodrama tendía a exacerbarse en la suntuosidad de aquel marco.

Piper trató de pensar en una respuesta convincente, pero la única que se le ocurrió fue la muy trillada de que a Hutchmeyer no iba a gustarle.

Baby soltó una risotada espeluznante.

—¡Que apechuge! —dijo Baby, y antes de que Piper tuviera tiempo de recordarle que ese apechugar de Hutchmeyer se podía volver en su contra y que, en cualquier caso, prefería los peligros que entrañaba quitarle la venda de los ojos a Hutchmeyer en lo referente a la autoría de *Deteneos* que los ya directamente atroces que podía acarrearle fugarse con su esposa, Baby le había vuelto a coger de la mano y se lo llevaba por la escalera renacentista.

—Haz las maletas lo más rápidamente que puedas —le pidió en un susurro, parados ante la puerta de su dormitorio boudoir.

—Sí, pero… —susurró Piper a su vez sin darse cuenta.

Sin embargo, Baby ya no estaba.

Piper entró en su habitación y encendió la luz. La maleta apoyada contra la pared se le antojó poco sugerente. Cerró la puerta y se preguntó qué demonios iba a hacer. Aquella mujer debía de haber perdido el juicio si de verdad creía que estaba dispuesto a…

Piper se encaminó hacia la ventana haciendo eses y tratando de librarse de la sensación de que todo aquello le estaba pasando de verdad. Aquella experiencia tenía algo de la irrealidad espantosa de una alucinación que encajaba con cuanto había sucedido desde que había pisado tierra firme en Nueva York.

Todo el mundo estaba como un cencerro. Es más, se dejaban arrastrar por su locura sin el menor pestañeo. «Donde pongo el ojo pongo la bala», fue la primera expresión que le vino a la cabeza.

Y sin duda le volvió a venir a la cabeza al cabo de cinco minutos cuando, todavía con la maleta sin hacer, Piper abrió la puerta de su dormitorio boudoir y se asomó al pasillo. Baby se le acercaba empuñando un revólver enorme.

Piper se volvió a meter en el dormitorio, acobardado.

—Será mejor que metas esto también en la maleta —le pidió.

—¿En la maleta? —dijo Piper, que seguía mirando el artilugio con el ceño fruncido.

—Por si acaso —le explicó Baby—, nunca se sabe.

Piper sí lo sabía. Esquivó la cama y meneó la cabeza.

—Tienes que comprender… —trató de explicarle, pero Baby ya se había precipitado sobre los cajones de la cómoda y estaba amontonando su ropa interior encima de la cama.

—No pierdas el tiempo charlando y coge esa maleta. El viento está amainando, así que los tendremos de vuelta de un momento a otro.

Piper miró esperanzado hacia la ventana. Si por lo menos regresaran antes de que fuera demasiado tarde…

—Creo firmemente que deberíamos reconsiderar todo esto —dijo.

Baby dejó de vaciar cajones de pronto y se volvió hacia él. Su rostro sin arrugas parecía encendido de sueños nunca imaginados. Era todas las heroínas que había conocido a través de los libros, todas las mujeres que habían huido, felices, a Siberia o habían seguido al hombre de sus sueños por un Sur arrasado por Sherman.

Pero es que era todavía más: la inspiración y el amparo de aquel joven desdichado. Aquélla era su única oportunidad de realizarse y no estaba dispuesta a dejarla escapar.

Atrás quedarían Hutchmeyer y aquellos años dedicados al aburrimiento y a la frivolidad, a la cirugía estética y a la diversión programada; ante sí estaba Piper, el saberse

necesitada, una nueva vida henchida de profundidad y de sentido al servicio de aquel joven genio. Y precisamente en aquel momento de supremo sacrificio, culminación de tantos y tantos años de espera, él vacilaba.

Los ojos de Baby se anegaron de lágrimas y alzó los brazos en un gesto de súplica.

—¿No entiendes lo que significa todo esto? —le preguntó.

Piper se la quedó mirando con la boca abierta. Lo que pasaba es que entendía perfectamente lo que significaba. Se encontraba en un caserón enorme, a solas con la esposa demente del editor más rico y más poderoso de América, que le estaba proponiendo que se fugaran juntos. Y si no aceptaba, lo más probable era que contara a Hutchmeyer toda la verdad sobre *Deteneos* o que le fuera con el cuento, tanto o más espantoso todavía, de que había tratado de seducirla.

Y luego estaba la pistola.

Seguía encima de la cama donde ella la había dejado. Piper la miró de reojo y, en ese preciso instante, Baby dio un paso al frente y las lágrimas que le rebasaban ya los ojos bajaron como un torrente por sus mejillas arrastrando con ellas una lentilla.

Baby empezó a buscarla a tientas por el cubrecama y tropezó con la pistola.

Piper no lo dudó un momento más: agarró la maleta, la dejó caer encima de la cama y la llenó con camisas y pantalones a toda prisa. No paró hasta que lo hubo metido todo, incluidos sus libros de contabilidad, plumas estilográficas y tintero Waterman negro medianoche.

En cuanto hubo terminado, se sentó encima y la cerró.

Baby seguía buscando a tientas encima de la cama.

—No la encuentro —decía—. No la encuentro.

—Déjalo, no la vamos a necesitar-dijo Piper, ansioso por evitar cualquier tipo de relación más cercana con armas de fuego.

—Pero es que la necesito —insistía Baby—, no puedo pasar sin ella.

Piper cargó con la maleta y, en ese momento, Baby encontró la lentilla. Y la pistola.

Cogiendo la pistola con una mano y tratando de colocarse la lentilla con la otra, Baby se apresuró a seguir a Piper por el pasillo.

—Baja tu maleta y luego vuelve a por la mía —le pidió, antes de meterse en su dormitorio.

Piper bajó, se tropezó con el retrato ceñudo de Hutchmeyer y volvió a subir.

Baby le estaba esperando de pie, junto al colchón de agua, con un abrigo de visón. A su lado había seis bolsas de viaje enormes.

—Bueno —dijo Piper—, ¿estás segura de que quieres…? —Sí, claro —dijo Baby—, es lo que había soñado toda mi vida. Abandonar todo esto…, esta falsedad, y empezar de nuevo.

—¿Pero no crees…? —intentó decir Piper de nuevo, pero Baby no creía nada.

Con un gesto solemne y definitivo, cogió la pistola y descargó varios balazos contra el colchón. Mientras unos chorrillos de agua se elevaban en el aire, las paredes de la habitación les devolvieron el eco ensordecedor de los balazos.

—¡Es un gesto simbólico! —exclamó arrojando el revólver al otro extremo de la habitación.

Sin embargo, Piper no la oyó.

Con tres bolsas de viaje en cada mano, salió del dormitorio tambaleándose y arrastró el equipaje por el pasillo con los disparos silbándole todavía en los oídos. Ahora ya sabía que estaba loca de atar, pero la visión de la agonía del colchón de agua le había

afectado como una espantosa premonición de su propia muerte.

Llegó sin resuello al pie de las escaleras.

Baby iba tras él, como un fantasma con visón.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Cogeremos el yate de crucero —le dijo.

—¿El yate de crucero?

Baby asintió. Un sinfín de imágenes de novelas habían vuelto a encender su imaginación. La huida nocturna a través del agua era fundamental.

—¿Pero ellos no…? —dijo Piper.

—Así no sabrán nunca dónde estamos —le atajó Baby—. Desembarcaremos en la costa y compraremos un coche.

—¿Que compraremos un coche? —dijo Piper—. Pero es que no tengo dinero…

—Yo sí —dijo Baby.

Y con Piper cargando con las bolsas de viaje a su espalda, atravesaron el salón y bajaron por el camino que conducía al embarcadero.

A pesar de que el viento había bajado, el mar seguía picado y, al golpear los pilotes de madera y las rocas, levantaba un rocío salado que azotó la cara de Piper hasta dejarla empapada.

—Deja las maletas a bordo —le pidió Baby—. Yo tengo que ir a buscar una cosa.

Piper vaciló un instante y se quedó ensimismado mirando la bahía indeciso. Ahora ya no estaba tan seguro de si quería ver aparecer a Sonia y a Hutchmeyer, pero en cualquier caso no se veía ni rastro de ellos. Por fin se decidió a dejar las bolsas en la embarcación y se dispuso a esperar. Baby regresó con un maletín.

—Mi pensión de divorcio —le explicó—, de la caja fuerte.

Apretando el visón contra su cuerpo, bajó al crucero y se dirigió al tablero de mandos. Piper la seguía con pasos vacilantes.

—Falta combustible —dijo—, necesitaremos más.

Así que Piper tuvo que empezar a hacer viajes, cargado como una muía, del barco al depósito de combustible, que quedaba al fondo del patio, en la parte trasera de la casa.

Como era de noche, de vez en cuando tropezaba.

—¿Todavía no basta? —preguntó después del quinto viaje.

—No podemos permitirnos el lujo de cometer errores. ¿No querrás que nos quedemos sin combustible en medio de la bahía?

Piper salió de nuevo hacia el depósito. No le cabía ninguna duda ya de que había cometido un error imperdonable. Tendría que haber escuchado a Sonia. Le había dicho que aquella mujer era un demonio y tenía toda la razón. Un demonio desquiciado. Y, además, ¿qué diantre estaba haciendo llenando el depósito de un yate con bidones de combustible en plena noche? No se trataba de una actividad ni siquiera remotamente relacionada con la del novelista. Thomas Mann no lo habría hecho ni borracho. Ni D. H. Lawrence tampoco. Conrad tal vez, aunque le parecía poco probable. Piper consultó Lord Jim y no logró encontrar en él nada que le apaciguara, nada que justificara aquella actividad delirante.

Sí, delirante era la palabra. De pie en el depósito de combustible con un nuevo par de bidones, Piper vacilaba. Ni un solo novelista de mérito se habría avenido a hacer lo que él estaba haciendo. Todos se habrían negado rotundamente a tomar parte en semejante plan. Lo cual estaba muy bien pero, claro, ninguno de ellos se había encontrado nunca en un aprieto tan mayúsculo como el suyo. Bien es verdad que D. H. Lawrence se había fugado con la esposa de no sabía quién, Frieda, pero seguramente por propia decisión y porque

estaba enamorado de aquella mujer. Y Piper no estaba en absoluto enamorado de Baby, ni estaba haciendo todo aquello por iniciativa propia. En absoluto.

Tras haber consultado todos aquellos precedentes, Piper trató de encontrar un medio de mantenerse a la altura de las circunstancias. Al fin y al cabo no había consagrado los últimos diez años de su vida a ser un gran novelista para nada. Se decantaría por el criterio moral. Aunque eso era más fácil decirlo que hacerlo. Baby Hutchmeyer no era precisamente la clase de mujer capaz de comprender que se adoptaran criterios morales. Además, tampoco había tiempo para explicaciones. Lo mejor sería quedarse donde estaba y no regresar al barco. Eso le colocaría en una delicada situación cuando Hutchmeyer y Sonia regresaran.

Se las vería negras tratando de justificar su presencia a bordo del yate, con su equipaje y diez bidones de veinte litros de gasolina almacenados en la cabina. Por lo menos no podría escudarse diciendo que la había obligado a fugarse con él —si es que fugarse era la palabra adecuada para describir el hecho de huir con la esposa de otro—. Si él no estaba allí, no podría. Claro que su maleta también estaba a bordo… Tendría que sacarla de allí. Pero ¿cómo? Estaba claro que si no regresaba ella acudiría en su busca y entonces… Piper se asomó por la puerta del depósito y, al ver que el patio seguía desierto, lo cruzó sin ser visto hasta la puerta principal y entró en la casa. Entonces se puso a observar el barco a través de la celosía del salón de la galería. Oía crujir a su alrededor todo aquel caserón de madera.

Piper echó un vistazo a su reloj: era la una de la madrugada. ¿Dónde se habían metido Sonia y Hutchmeyer? Hacía horas que debían estar de vuelta.

A bordo del yate de crucero, Baby se estaba haciendo la misma pregunta a propósito de Piper. ¿Qué le habría entretenido? Había puesto en marcha el motor, comprobado el indicador de gasolina y, ahora que ya estaba todo listo para la partida, Piper retrasaba las cosas.

Al cabo de diez minutos, empezaba a estar preocupada de verdad. Y a cada minuto que pasaba su preocupación iba en aumento. El mar estaba en calma, y si no se daba prisa en llegar…

—Estos genios son imprevisibles-refunfuñó por fin, y volvió a subir al embarcadero.

Baby dio un rodeo a la casa, cruzó el patio en dirección al depósito de combustible y encendió la luz al entrar. Nadie. Dos bidones abandonados en el suelo eran el testigo mudo del cambio de actitud de Piper. Baby se encaminó hacia la puerta.

—¡Peteeer! —le llamó, pero su vocecilla se perdió en la noche.

Tres veces le llamó y tres veces se quedó sin respuesta.

—¡Oh, jovenzuelo desalmado! —se lamentó, y esta vez sí le pareció oír una respuesta.

Bajo la forma de un estrépito seguido de un grito ahogado muy débil procedente de la casa, para ser exactos. Piper acababa de tropezar con un jarrón ornamental. Baby echó a andar por el patio con paso decidido, subió las escaleras y cruzó el umbral. Una vez en el interior volvió a llamarle. Inútil. De pie en el centro de aquel inmenso vestíbulo, Baby alzó la vista hacia el retrato de su odioso marido y le pareció advertir una sonrisita burlona asomando en aquellos labios vulgares y arrogantes. La había vuelto a vencer. Vencería siempre y ella seguiría siendo por siempre jamás su juguete de las horas de tedio.

—¡Eso nunca! —gritó en respuesta a todos aquellos clichés que revoloteaban histéricos por su mente y a la insolencia muda del retrato.

No había ido tan lejos para que un genio pusilánime de la literatura le privara de su derecho a la libertad, al romance y a la profundidad. Tendría que hacer algo, un gesto simbólico que se erigiera en justo testimonio de su independencia. Renacería de las cenizas del pasado cual ave fénix salvaje de las… ¿Llamas? ¿Cenizas? El simbolismo se apoderó de ella. Sería un gesto que no admitiría vuelta atrás. Quemaría las naves. Empujada por las heroínas de varios centenares de novelas, Baby recorrió el patio como una exhalación, destapó uno de los bidones y, al cabo de u momento, ya había dejado un rastro de gasolina que llegaba hasta la casa.

La derramó por las escaleras, salpicó el umbral, bañó las múltiples actividades del suelo de mosaico y siguió por las escaleras que conducían a la galería para dejar luego empapada la alfombra hasta el estudio. Una vez allí, con un atolondramiento temerario que no era sino Baby interpretando un nuevo papel, cogió un encendedor de la mesa del escritorio y lo prendió. Una cortina de llamas se alzó por toda la habitación, se propagó hasta el salón, se precipitó al vestíbulo y se adentró en la noche. Entonces y sólo entonces, Baby se permitió darse la vuelta y abrir la puerta de la terraza.

Piper, mientras tanto, tras el pequeño contratiempo con el jarrón ornamental, andaba muy ajetreado en el barco. La había oído llamarle y había aprovechado la oportunidad para recuperar la maleta.

Tras bajar por el sendero a todo correr había subido a bordo.

En lo alto, aquel caserón enorme se recortaba oscuro en la noche como una sombra cargada de amenazas. Las torres y torrecillas seleccionadas en Ruskin y Morris, que Peabody y Stearns se habían encargado de alambicar con su tejado de ripias guiados por sus extravagantes criterios arquitectónicos, descollaban en aquel cielo encapotado. Detrás de la celosía de la galería se apreciaba una tenue luz. Igual que en el interior del yate.

Piper buscaba a tientas su maleta entre bolsas de viaje y bidones de combustible. ¿Dónde diantres había ido a parar? Por fin dio con ella debajo del abrigo de visón, y precisamente la estaba desenterrando cuando le detuvo un estruendo repentino procedente de la casa y el vacilar de las llamas. Piper soltó el abrigo, llegó a la puerta de la cabina tropezando y miró fuera, completamente atónito.

La Residencia Hutchmeyer estaba ardiendo. Las llamas salían apuntando hacia el cielo desde las ventanas del estudio de Hutchmeyer. Más llamas parecían bailotear tras la celosía de la galería. De pronto se oyó un estallido de cristales rotos, las ventanas saltaron en pedazos debido al calor y, casi al mismo tiempo, un hongo flamígero empezó a crecer detrás de la casa lamiendo el cielo, seguido de una explosión asombrosa.

Piper se quedó mirándolo con la boca abierta, paralizado ante la magnitud de cuanto estaba ocurriendo. Y mientras lo miraba con la boca abierta, una silueta delgada surgió de las tinieblas de la casa y atravesó la terraza corriendo hacia él. Era Baby.

Aquella puñetera mujer debía de…, pero Piper no tuvo tiempo de seguir el hilo de sus pensamientos hasta una conclusión más que evidente.

Mientras Baby corría hacia él otro hilo apareció rodeando la casa, un hilo de llamas que saltaban y brincaban, se detenían un momento para reanudar su marcha flameante siguiendo el rastro de gasolina que Piper había ido dejando en sus viajes al depósito de combustible. Piper vio cómo se le iba acercando y, de pronto, con una presencia de ánimo totalmente propia y que nada debía a *La novela moral*, se plantó en el embarcadero de un salto y empezó a forcejear con los cabos que mantenían amarrado el yate.

—¡Tenemos que marcharnos antes de que el fuego…! —gritó a Baby, que perseveraba en su carrera por el embarcadero.

Baby se volvió a mirar por encima del hombro aquel reguero de llamas.

—¡Oh, Dios santo! —gritó asustada.

Aquellas llamas oscilantes estaban cada vez más cerca. Baby bajó al barco de un salto y se metió en la cabina.

—¡Demasiado tarde! —le advirtió Piper.

Las llamas empezaban a lamer el embarcadero. Alcanzarían el barco cargado con aquella provisión de combustible y entonces… Piper soltó el cabo y echó a correr.

Mientras tanto, en la cabina del crucero, Baby se desesperaba buscando su pensión, cogió el abrigo de visón, lo dejó de nuevo y por fin dio con el maletín deseado. Sin embargo, cuando se volvió hacia la puerta, vio que las llamas habían alcanzado ya el final del embarcadero y estaban salvando la separación de un salto. No tenía salida. Baby se precipitó sobre los mandos, puso el motor a toda máquina y, al ver que el yate salía disparado hacia adelante, salió de la cabina como pudo y, aferrada al maletín, se tiró al agua por la borda.

A su espalda, el crucero iba ganando velocidad. Las llamas seguían parpadeando en algún punto del interior dando buena muestra de su avance, hasta que de pronto se extinguieron. Por fin el crucero desapareció en la oscuridad de la bahía y el ronroneo de su motor se perdió en aquel poderoso crepitar procedente de la casa, pasto de las llamas.

Baby alcanzó la costa a nado y trepó por la playa rocosa dando traspiés.

Piper estaba de pie en medio del césped y miraba la casa horrorizado.

El fuego se acababa de propagar a la última planta y, apenas resplandecieron las llamas tras las ventanas, se oyó un nuevo estallido de cristales rotos cuando varias ventanas quedaron reducidas a astillas y un gran torrente de luz se asomó al exterior y empezó a subir por los costados de aquel tejado con ripias. Al cabo de unos minutos, la fachada entera estaba cubierta por las llamas. Baby se detuvo junto a Piper con orgullo.

—Ahí va mi pasado —murmuró.

Piper se volvió a mirarla. El cabello le caía sobre una cara desprovista de aquella máscara espesa. Lo único que parecía real eran los ojos, y en aquel reflejo incandescente Piper advirtió que brillaban con una alegría demente.

—Has perdido la poca cabeza que tienes —le dijo con una franqueza poco habitual en él.

Los dedos de Baby se aferraron a su brazo.

—Todo esto lo he hecho por ti —le dijo—. Lo entiendes, ¿verdad? Hay que zambullirse en el futuro libres de ataduras del pasado. Hay que comprometerse de un modo irrevocable con un acto gratuito y hacer una elección existencial.

—¿Una elección existencial? —se escandalizó Piper. Las llamas habían alcanzado ya los palomares ornamentales y el calor empezaba a ser muy intenso—. ¿Llamas elección existencial a prender fuego a tu propia casa? Eso no tiene nada de elección existencial, es un delito y punto.

Baby le miró con una sonrisa de felicidad.

—Tienes que leer a Genet, cariño-murmuró y, sin soltarlo del brazo, tiró de él para alejarlo del césped y guarecerse entre los árboles.

A lo lejos se oía ya el lamento de las sirenas. Piper apresuró el paso. Acababan apenas de franquear el límite del bosque cuando una nueva serie de explosiones quebró el aire de la noche. El crucero había estallado allá a lo lejos, en la bahía. Dos veces. Y recortado en la segunda bola de fuego, a Piper le pareció entrever el mástil de un yate.

—¡Oh, Dios santo! —murmuró.

—Oh, cariño mío —musitó Baby a modo de respuesta, volviendo la cara hacia la suya.

CAPÍTULO XIII

Hutchmeyer estaba de un humor de perros.

Un autor le había insultado, había demostrado ser un patrón de yate inepto, había perdido las velas y, encima, la negativa de Sonia Futtle a tomarse sus proposiciones en serio había puesto su virilidad en entredicho.

—¡Oh, vamos, Hutch! —le había dicho—. ¡Déjalo ya! Éste no es momento para demostrar tu hombría. De acuerdo, eres un hombre y yo una mujer. Ya te he oído. Y no lo dudo. De verdad que no. Tienes que creerme, lo digo en serio. Así que vístete…

—Es que tengo la ropa mojada —objetó Hutchmeyer—. Empapada. ¿Quieres que me muera de neumonía o qué?

Sonia meneó la cabeza.

—Lo único que hay que hacer es regresar a casa y así podrás cambiarte y secarte en un santiamén.

—Sí, ya me dirás cómo vamos a regresar a casa con la vela mayor en el agua. Lo único que se puede hacer es navegar en círculo y eso es lo que estamos haciendo. Así que venga, cariño…

Pero Sonia nada. Subió a cubierta y oteó el horizonte.

Hutchmeyer, desnudo y sonrosado, le lanzó una última súplica tiritando desde el umbral del camarote.

—Eres toda una mujer —la piropeó—, y lo sabes perfectamente. Toda una mujer. Siento un gran respeto por ti. Bueno, tenemos…

—Una esposa —soltó Sonia, a quemarropa—; eso es lo que tienes tú. Y yo, novio.

—¿Que tienes qué? —preguntó Hutchmeyer.

—Me has oído perfectamente: novio. Se llama Peter Piper.

—¡Ese renacuajo…!

Hutchmeyer no pudo ir más lejos. El perfil de la costa acaparaba toda su atención. Lo distinguía con bastante claridad gracias al resplandor de una casa en llamas.

—¡Mira eso! —le indicó Sonia—. Alguien se está calentando a base de bien.

Hutchmeyer cogió los prismáticos y enfocó.

—¿Qué quieres decir con eso de «alguien»? —gritó enfurecido al cabo de un momento—. No es alguien. Es mi casa.

—Era tu casa —le corrigió Sonia con pragmatismo, antes de caer en la cuenta de las verdaderas implicaciones de aquella hoguera—, ¡Oh, Dios mío!

—Tienes toda la razón —refunfuñó Hutchmeyer, y se abalanzó sobre el arranque.

El motor se puso en marcha y el yate empezó a moverse.

Hutchmeyer luchaba con el timón a brazo partido, procurando mantener el rumbo hacia el holocausto que había sido su casa.

Por encima de la borda, a babor, la vela mayor actuaba de jábega y el *Komain du Roy* empezó a virar hacia babor. Desnudo y sin resuello, Hutchmeyer hacía lo imposible por compensar, pero era inútil.

—¡Tendré que deshacerme de la vela! —dijo a voz en grito, y en ese preciso instante una silueta oscura apareció dibujada sobre el fondo en llamas. Se trataba del crucero. Se les venía encima a toda máquina y estaba ardiendo.

—¡Dios santo, ese hijo de puta nos va a embestir! —gritó.

Sin embargo, al poco, el crucero le demostraría que estaba equivocado: explotó.

En primer lugar estallaron los bidones que había en la cabina y empezaron a volar por los aires pedazos de la embarcación, y, seguidamente, lo que quedaba del casco siguió avanzando hacia ellos con ímpetu hasta que el depósito principal de combustible reventó.

Se hinchó una bola de fuego como un globo y de ella surgió una masa oblonga y oscura que describió un semicírculo en el aire antes de incrustarse en la cubierta de proa del yate con gran estrépito. La popa del *Romain du Roy* se levantó totalmente del agua, volvió a caer pesadamente y finalmente la embarcación se estabilizó.

Aferrada a la barandilla, Sonia miró en derredor.

El casco del crucero se estaba hundiendo con un silbido de agua. Hutchmeyer había desaparecido y, apenas un segundo más tarde, Sonia se vio lanzada al océano cuando el yate volcó, se balanceó y acabó por hundirse.

Sonia se alejó del naufragio a nado. Cincuenta metros más allá, el mar aparecía iluminado por el resplandor de las llamas del combustible del crucero y fue precisamente bajo aquella luz espectral como descubrió a Hutchmeyer a su espalda. Se agarraba a un tablón de madera.

—¿Estás bien? —le gritó.

Hutchmeyer gimoteaba. Era evidente que no estaba bien. Sonia fue nadando hasta él y se detuvo sin dejar de mover los pies para mantenerse a flote.

—¡Socorro! ¡Auxilio! —graznaba Hutchmeyer.

—Tranquilízate —le consoló Sonia—. No te dejes vencer por el pánico. Sabes nadar, ¿no?

Hutchmeyer la miró con ojos desorbitados.

—¿Nadar? ¿Qué quieres decir con eso de «nadar»? ¡Naturalmente que sé nadar! ¿Qué crees que estoy haciendo?

—Pues entonces estás bien —sentenció Sonia—. Ahora lo único que hay que hacer es ir hasta la costa…

Pero Hutchmeyer había vuelto a las gárgaras.

—¿Nadar hasta la costa? No puedo nadar hasta tan lejos. ¡Me ahogaré! ¡Nunca lo conseguiré!

Me…

Sonia le dejó solo y se acercó a los restos del naufragio. Tal vez pudiera encontrar algún chaleco salvavidas…Pero lo que encontró fueron varios bidones vacíos.

Se acercó a Hutchmeyer con uno.

—Agárrate a esto —le dijo.

Hutchmeyer cambió el pedazo de tablón de madera por el bidón y se aferró a él. Sonia volvió a alejarse a nado y recogió un par de bidones más y un pedazo de cabo que encontró.

Después de atar los bidones entre sí, rodeó a Hutchmeyer con el cabo y se lo ató a la cintura.

—Así ya no te puedes ahogar —le dijo—. Y, ahora, no te muevas de donde estás y todo saldrá bien.

Hutchmeyer la miró con ojos de maníaco meciéndose en aquella balsa de bidones.

—¿Bien? —chilló—. ¿Bien? Mi casa está ardiendo, un asqueroso demente acaba de intentar asesinarme con un barco en llamas, lo que queda de mi precioso yate está bajo mis pies, ¿y dices que todo va a salir bien?

Pero Sonia ya no podía oírle, puesto que se dirigía hacia la costa con una brazada de

lado constante, para no cansarse. Todos sus pensamientos se centraban en Piper. Lo había dejado en casa al marcharse y, ahora, lo único que quedaba de la casa…

Sonia se dio la vuelta para escudriñar la línea del horizonte. La casa ocupaba todavía un gran espacio y de aquella masa amarilla y roja incandescente escapaban chispas sin parar. Mientras miraba, una llamarada se elevó en el cielo: era evidente que el tejado acababa de desmoronarse.

Sonia volvió a colocarse de lado y reanudó la marcha.

Tenía que llegar cuanto antes y averiguar qué había ocurrido. Era posible que el pobre cielito de Piper hubiese sufrido otro de sus accidentes. Se mentalizó para lo peor y, con un característico sentimiento maternal, lo achacó todo a que Piper era propenso a los accidentes, pero enseguida cayó en la cuenta de que los «accidentes» que había sufrido al fin y al cabo no los había provocado él. MacMordie se había encargado de organizar todo aquel alboroto a su llegada a Nueva York. Difícilmente podía echarle la culpa a Piper… Si había que señalar a un culpable ése era…

Sonia enterró el pensamiento de su propia culpabilidad preguntándose por el barco que, tras surgir de la oscuridad, se les había venido encima a toda máquina para luego estallar en mil pedazos.

Hutchmeyer decía que habían intentado asesinarle. Se le antojaba inaudito, pero también era inaudito que su casa estuviera en llamas. Aquellos dos incidentes juntos parecían apuntar hacia un acto premeditado y organizado, en cuyo caso Piper no era responsable de nada. Nada de lo que había hecho hasta entonces había tenido un carácter organizado y premeditado. Era una persona proclive a los accidentes, sencillamente.

Con este pensamiento tan apaciguador, Sonia alcanzó la playa y gateó hasta salir del agua. Se tendió unos minutos para recuperar fuerzas y, mientras estaba allí tumbada, otra espantosa posibilidad asaltó sus pensamientos: si Hutchmeyer estaba en lo cierto y era verdad que habían tratado de asesinarle, era más que probable que al encontrar a Piper y a Baby solos en la casa hubieran…

Sonia se puso en pie tambaleándose y echó a andar entre los árboles hacia el fuego. Tenía que averiguar qué había sucedido. Aun suponiendo que no hubiera sido más que un accidente, todavía cabía dentro de lo posible que el sobresalto que se llevara cuando el fuego caló en el caserón hubiera empujado a Piper a soltarle a cualquiera que no era el verdadero autor de *Deteneos*. En cuyo caso la situación sería crítica. Eso si quedaba alguna situación…

Fue lo primero que preguntó a un bombero que encontró en el jardín sofocando el fuego de un arbusto en llamas.

—Bueno, si estaba ahí dentro, se habrá asado hasta convertirse en cenizas —le dijo—. Cuando hemos llegado hemos oído a un chalado descargando disparos, pero entonces el tejado se ha desplomado y desde entonces ya no ha vuelto a disparar.

—¿Disparos? —dijo Sonia—. ¿Ha dicho disparos?

—De metralleta —puntualizó el bombero—, y desde el sótano. Pero, como le he dicho, entonces se ha desplomado el tejado y ya no ha vuelto a disparar.

Sonia dirigió la mirada hacia aquella masa incandescente. Las ráfagas de calor le llegaban hasta la cara. ¿Alguien que disparaba desde el sótano con una metralleta? No tenía sentido. Nada lo tenía… A no ser, claro está, que se diera por válida la teoría de Hutchmeyer según la cual alguien había tratado de asesinarle deliberadamente.

—¿Y está seguro de que nadie ha conseguido escapar? —le preguntó.

El bombero meneó la cabeza.

—Nadie —dijo—. He llegado con el primer coche y, salvo los disparos, de ahí dentro no ha salido nada. Y el tío de la metralleta debía de estar mal.

A Sonia le ocurría lo mismo. Por un momento consiguió mantenerse en pie, pero acabó desmayándose. El bombero se la cargó al hombro y la llevó hasta una ambulancia. Media hora después, Sonia Futtle se quedaba profundamente dormida en un hospital. Le habían administrado varios sedantes.

Hutchmeyer, en cambio, estaba totalmente despierto. Sentado en la parte trasera de la lancha del guardacostas que le había rescatado con los bidones de combustible por única vestimenta, trataba de explicar qué estaba haciendo en medio de la bahía a las dos de la madrugada. El guardacostas no parecía dar demasiado crédito a sus palabras.

—De acuerdo, señor Hutchmeyer, de modo que no se encontraba a bordo de su crucero cuando ha estallado…

—¿Mi crucero? —dijo Hutchmeyer a gritos—, ¡Ese no era mi crucero! Yo iba a bordo del yate.

El guardacostas lo miró con escepticismo y le señaló uno de los restos del naufragio que había en cubierta. Hutchmeyer lo miró fijamente. Las palabras Folio 3 resultaban perfectamente legibles, pintadas en aquel pedazo de madera.

—Folio 3 es mío —musitó.

—Eso es lo que creía yo —dijo el guardacostas—. De todos modos, si insiste usted en que no iba a bordo…

—¿A bordo? ¿A bordo? ¡A estas alturas el desgraciado que iba a bordo debe de parecer un pato asado! ¿Tengo yo el aspecto…?

Pero nadie añadió nada más. La lancha encalló en la orilla, al pie de lo que quedaba de la Residencia Hutchmeyer, y ayudaron a su propietario a bajar a tierra envuelto en una manta. En fila india, emprendieron la marcha a través del bosque hasta llegar al camino que conducía a la casa, en el que estaban estacionados una docena de coches patrulla, camiones de bomberos y ambulancias.

—Hemos encontrado al señor Hutchmeyer flotando por ahí con esto —informó el guardacostas al jefe de policía, al tiempo que señalaba los bidones—. He pensado que podría interesarle.

El jefe de policía Greensleeves miró alternativamente a Hutchmeyer y los bidones. Saltaba a la vista que estaba muy interesado.

—Y luego esto —añadió el guardacostas, mostrándole el pedazo de madera en el que aparecía escrito Folio 3.

El jefe de policía Greensleeves estudió el nombre.

—Folio 3, ¿eh? ¿Significa algo para usted, señor Hutchmeyer?

Acurrucado bajo la manta, Hutchmeyer miraba ensimismado las ruinas incandescentes de su casa.

—Le preguntaba si Folio 3 significa algo para usted, señor Hutchmeyer —repitió el jefe de policía, siguiendo la mirada de Hutchmeyer con ojos inquisitivos.

—Naturalmente —repuso Hutchmeyer—. Es mi crucero.

—¿Le importaría decirnos qué hacía usted a bordo de su crucero a estas horas de la madrugada?

—No estaba a bordo de mi crucero. Estaba en mi yate.

—Folio 3 es un crucero —insistió el guardacostas, solícito.

—¡Ya sé que es un crucero! —masculló Hutchmeyer—. Lo que he dicho es que no iba a bordo cuando ha ocurrido la explosión.

—¿Qué explosión, señor Hutchmeyer? —preguntó Greensleeves.

—¿Qué quiere decir con «qué explosión»? ¿Cuántas explosiones ha habido esta noche?

El jefe de policía miró de nuevo hacia la casa.

—¡Buena pregunta! —dijo—, pero que muy buena. Es la misma pregunta que me hago yo. Y me pregunto también cómo es que nadie ha avisado a los bomberos para advertirles que la casa estaba ardiendo antes de que fuera demasiado tarde. Y por qué, cuando hemos llegado, había alguien tan interesado en que no sofocáramos el fuego que se ha puesto a disparar con una metralleta desde el sótano y ha destrozado un camión de bomberos.

—¿Que alguien ha disparado desde el sótano? —dijo Hutchmeyer, incrédulo.

—Eso es lo que he dicho: con una metralleta, y de gran calibre además.

Hutchmeyer bajó la mirada, incómodo.

—Bueno, eso lo puedo explicar —dijo, pero se calló.

—¿Que lo puede explicar? Pues me encantaría oír esa explicación, señor Hutchmeyer.

—Tengo siempre una metralleta en el cuarto de juegos.

—¿Que tiene usted siempre una ametralladora en el cuarto de juegos? ¿Le importaría decirme por qué guarda usted una ametralladora en el cuarto de juegos?

Hutchmeyer tragó saliva, incómodo. Le importaba muchísimo.

—Para protegerme —musitó por fin.

—¿Para protegerse? ¿De qué?

—De los osos —repuso Hutchmeyer.

—¿De los osos, señor Hutchmeyer? ¿He oído bien cuando ha dicho usted «osos»?

Hutchmeyer miró a su alrededor desesperado, tratando de dar con una respuesta que resultara plausible. Al final, confesó la verdad.

—Verá usted, durante una época a mi esposa le dio por liarse con osos… —empezó el pobre infeliz.

El jefe de policía Greensleeves lo estudió de arriba abajo con mayor interés.

—¿Que a la señora Hutchmeyer le dio por liarse con osos? ¿He oído bien cuando ha dicho usted que a la señora Hutchmeyer le dio por liarse con osos?

Hutchmeyer tenía más que suficiente.

—¡Deje de preguntarme si ha oído bien! —le espetó—. ¡Si digo que a la señora Hutchmeyer le dio por liarse con osos es que le dio por liarse con osos, coño! Pregunte a los vecinos. Ellos se lo confirmarán.

—Pierda cuidado —dijo el jefe de policía Greensleeves—. ¿De modo que va usted y se procura artillería? ¿Para disparar contra los osos?

—No disparé contra ningún oso. Sólo la compré por si surgía la necesidad.

—¿Y supongo que tampoco ha disparado usted contra los camiones de bomberos?

—¡Naturalmente que no! ¿Por qué demonios iba a querer disparar contra algo así?

—Eso ya no sabría decírselo, señor Hutchmeyer, como tampoco sabría decirle qué hacía usted en cueros, en medio de la bahía, con un montón de bidones de gasolina vacíos atados a la cintura mientras su casa ardía sin que nadie llamara a los bomberos.

—No ha llamado nadie… ¿Quiere decir que mi esposa no ha llamado…?

Hutchmeyer se quedó mirando a Greensleeves con la boca abierta.

—¿Su esposa? ¿Quiere decir que su esposa no se encontraba con usted en la bahía a bordo del crucero?

—¡Desde luego que no! —negó Hutchmeyer—. Ya le he dicho que yo no me encontraba a bordo del crucero. El crucero me ha embestido cuando estaba en el yate y ha estallado y…

—Entonces, ¿dónde está la señora Hutchmeyer? Hutchmeyer miró de nuevo a su alrededor, desesperado.

—No tengo la menor idea —tuvo que admitir.

—De acuerdo, llévenselo a comisaría —ordenó el jefe de policía—. Allí hablaremos del asunto con mayor detenimiento.

Y así fue como cargaron a Hutchmeyer en la parte trasera del coche patrulla y se dirigieron a Bellsworth.

Cuando llegaron a comisaría, Hutchmeyer se encontraba en un profundo estado de conmoción.

Lo mismo que Piper. El fuego, el crucero volando en pedazos, la llegada de los bomberos y de los coches patrulla con las sirenas en marcha y, para terminar, la ráfaga de metralleta procedente del cuarto de juegos, habían contribuido a minar la poca seguridad que había poseído jamás.

Mientras los bomberos huían para ponerse a cubierto y los agentes de policía se pegaban al suelo, Piper se dejó guiar por Baby a través del bosque. Echaron a correr por un sendero y desembocaron en el jardín de otra mansión. Había gente fuera, frente a la puerta, mirando el humo y las llamas que se alzaban crepitando en el aire por encima de los árboles.

Baby vaciló un momento y, aprovechando el parapeto que le proporcionaban unos arbustos, tiró de Piper y siguieron adelante a lo largo de la casa antes de adentrarse de nuevo en el bosque, ya al otro lado.

—¿A dónde vamos? —preguntó Piper al cabo de un kilómetro—.Bueno, no podemos marcharnos así, andando, como si no hubiera pasado nada.

—¿Quieres regresar? —le espetó Baby. Piper dijo que no.

—Muy bien, pues en ese caso habrá que recorrer unos kilómetros —le advirtió.

Y así, reemprendieron la marcha hasta dejar atrás otras tres mansiones.

Tres kilómetros más allá, Piper volvió a quejarse.

—Pero es que van a empezar a preguntarse qué nos ha pasado —dijo.

—Pues que se lo vayan preguntando —repuso Baby.

—Y además no veo cómo nos va a ayudar todo esto —dijo—. Descubrirán que has incendiado la casa intencionadamente y luego está lo del crucero. Tengo todas mis cosas allí.

—Tenías todas tus cosas allí. Ahora mismo ya no están. Deben de estar en el fondo de la bahía o flotando por ahí en compañía de mi visón. Y cuando encuentren todo eso, ¿sabes qué van a pensar?

—No —dijo Piper.

Baby soltó una risita nerviosa.

—Pues van a pensar que hemos desaparecido con todo lo demás.

—¿Desaparecido con todo lo demás?

—Que estamos muertos —le aclaró Baby, con otra de sus siniestras risitas.

A Piper no le parecía que hubiera nada de que reírse. La muerte, aunque fuera por sustitución, no era ninguna tontería, y además se había quedado sin pasaporte. Lo había guardado en la maleta junto con sus preciados libros de contabilidad.

—Perfecto. Así sabrán que estás muerto —se le ocurrió a Baby cuando le llamó la atención sobre ese hecho—. Como ya te he dicho, hay que romper con el pasado y nosotros lo hemos conseguido. Por completo. Somos libres. ¡Libres! Podemos ir a donde se nos antoje y hacer lo que nos apetezca. Acabamos de romper las ataduras con las circunstancias.

—Es muy posible que lo veas de ese modo —dijo Piper—, pero yo no puedo decir lo mismo. En lo que a mí concierne, resulta que las ataduras con las circunstancias son mucho más fuertes de lo que lo fueron jamás antes de que ocurriera todo esto.

—¡Oh, eres un pesimista sin remedio! —se lamentó Baby—. Bueno, ¿por qué no miras el lado alegre de las cosas?

Piper lo estaba haciendo. Hasta la bahía entera aparecía iluminada ante aquella conflagración y varias embarcaciones se habían reunido frente a la costa para contemplar la hoguera.

—¿Y cómo piensas aclarar todo esto? —le preguntó, olvidando por un momento que era libre y que no había vuelta atrás.

Baby se volvió contra él hecha una furia.

—¿Y a quién se lo voy a aclarar? —le preguntó—. Estamos muertos. A ver si lo entiendes de una vez: muertos. Hemos dejado de existir en el mundo en el que ha pasado todo esto. Es agua pasada. Ya no tiene nada que ver con nosotros. Pertenecemos al futuro.

—Bueno, pues alguien lo va a tener que aclarar —insistía Piper. Lo que quiero decir es que no se puede ir por ahí prendiendo fuego a casas y haciendo estallar barcos y esperar que la gente no haga preguntas. ¿Qué va a pasar cuando no encuentren nuestros cadáveres en el fondo de la bahía?

—Creerán que la corriente nos ha arrastrado mar adentro, que se nos han zampado los tiburones o algo así. Además, lo que piensen no es asunto nuestro. Tenemos una nueva vida que vivir.

—¡Ni lo sueñes! —replicó Piper, que no se consolaba ni a tiros.

Pero Baby no se daba por vencida y, cogiendo a Piper de la mano, le siguió guiando a través del bosque.

—¡Ahí vamos, destino común! —anunció, alegre.

A su espalda, Piper refunfuñaba. Un destino común con aquella mujer alelada era lo último que deseaba en el mundo. En cuanto volvieron a emerger del bosque vieron alzarse ante sí otra gran mansión. No había ventanas iluminadas ni señales de vida.

—Nos esconderemos aquí hasta que se haya enfriado el asunto —propuso Baby en un lenguaje callejero que Piper conocía únicamente a través de las películas de serie B.

—¿Y qué me dices de la gente que vive ahí? —le preguntó—. ¿No les importará que nos instalemos en su casa?

—No van a enterarse. Es de los Van der Hoogen y están fuera dando la vuelta al mundo. Estaremos más seguros que en casa.

Piper volvió a refunfuñar. Teniendo en cuenta lo que acababa de ocurrir en la casa de Hutchmeyer, la expresión se le antojaba especialmente poco afortunada.

Cruzaron la extensión de césped y siguieron por un camino de grava que terminaba en la puerta de servicio.

—Siempre dejan la llave en el invernadero —le explicó Baby—. No te muevas de aquí que voy a buscarla.

Baby se marchó y Piper se quedó vacilando junto a la puerta. O aprovechaba la oportunidad para huir o la dejaba escapar para siempre. Pero Piper no la aprovechó.

Llevaba ya demasiado tiempo viviendo en la sombra de la identidad de otros autores como para ser capaz de actuar por propia iniciativa.

Cuando Baby regresó lo encontró temblando de pies a cabeza. Era una reacción ante la gravedad de su situación. Piper la siguió al interior de la casa titubeando y Baby cerró la puerta con llave a su espalda.

Entretanto en Hampstead, Frensic se levantaba temprano. Era domingo y faltaba sólo un día para que saliera *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen*, así que los periódicos debían de llevar ya las reseñas.

Echó a andar cuesta arriba hasta el vendedor de periódicos y los compró todos, incluso el *News of the World*, que no llevaba crítica literaria pero podía resultarle una lectura consoladora si las reseñas que aparecían publicadas en los otros eran negativas o, peor aún, inexistentes.

A continuación, y saboreando su capacidad de sacrificio, se fue paseando hasta su apartamento sin caer en la tentación de echar ni un vistazo a ninguno de ellos por el camino. Al llegar, puso agua a calentar para el desayuno: se prepararía unas tostadas con mermelada y repasaría todos los periódicos mientras desayunaba. Pero precisamente estaba haciendo café cuando sonó el teléfono. Era Geoffrey Corkadale.

—¿Has visto las reseñas? —le preguntó, impaciente. Frensic le dijo que no.

—Me acabo de levantar —le mintió, disgustado de que Geoffrey le hubiera arrebatado el placer de leer una cobertura sin duda excelente—. Por el tono deduzco que son buenas.

—¿Buenas? ¡Son apologías! ¡Verdaderos ditirambos! Escucha lo que dice Frieda Gormley en el *Times*: «La primera novela seria que se atreve a desenmarañar toda la confabulación social que rodea el tabú del sexo y que, durante tanto tiempo, ha trazado una división entre la juventud y la madurez. Dentro de su género, *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen* es una obra maestra».

—¡Papanatas frígida! —mascculló Frensic.

—¿No te parece divina? —le preguntó Geoffrey.

—Me parece absurda —dijo Frensic—. Si *Deteneos* es la primera novela que se atreve a desenmarañar una confabulación, ¡y sólo Dios sabe cómo se hace eso!, no puede ser «dentro de su género». No forma parte de ningún género: el libro es único.

—Eso está en el *Observer* —dijo Geoffrey, que no estaba dispuesto a descorazonarse—. Sheila Shelmerdine dice: «Deteneos, oh, hombres bla, bla, bla, conmueve por sus grandes virtudes literarias y, al mismo tiempo, demuestra un interés humanitario por las personas ancianas y socialmente marginadas. Esta novela única trata de sondear esos aspectos de la vida que durante demasiado tiempo han ignorado sistemáticamente todos aquellos a quienes corresponde la tarea de progresar en los frentes de la sensibilidad social. Un libro encantador que merece el más nutrido de los públicos lectores». ¿Qué me dices de esto?

—Francamente —dijo Frensic—, lo considero una absoluta idiotez, pero de todos modos estoy encantado de que la señorita Shelmerdine lo haya dicho. Aunque yo ya sabía que sería una máquina de hacer dinero.

—Eso es cierto, muy cierto; sí, señor —convino Geoffrey—. Tengo que reconocer que tenías toda la razón.

—Bueno, eso todavía hay que verlo-insinuó Frensic antes de que Geoffrey se entusiasmara demasiado—. No todo se acaba en las reseñas. La gente todavía tiene que comprar el libro, pero no deja de ser un buen augurio para las ventas americanas. ¿Hay algo

más?

—Un artículo bastante desagradable de Octavian Dorr.

—¡Estupendo! —se animó Frensic—. Suele ser bastante perspicaz y su estilo me gusta.

—Pues a mí no —disentía Geoffrey—. Para mi gusto entra demasiado en cuestiones personales, cuando lo que debería hacer es centrarse en el libro. Para eso le pagan. Pero, claro, se ha permitido unas comparaciones bastante odiosas. En fin, supongo que también nos ha proporcionado unas cuantas citas para las solapas de la próxima novela de Piper y eso es lo importante.

—Desde luego —corroboró Frensic, y se volvió con fruición hacia la columna de Octavian Dorr del *Sunday Telegraph*—, Sólo cabe esperar que nos vaya igual de bien con los semanarios.

Frensic colgó, se preparó unas tostadas y se instaló con Octavian Dorr, cuyo artículo se titulaba «*Senilidad permisiva*».

Empezaba como sigue: «Los editores de *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen*, de Peter Piper, deberían haber publicado su primera novela bajo el reinado de Catalina, La Grande. La heroína —por así decirlo— de esta novela de inminente aparición comparte muchos de los rasgos menos atractivos de la que fuera emperatriz de Rusia, en particular una inclinación, rayana en la manía sexual por conquistar los favores de jóvenes mozos y una predisposición por la indiscreción, que resulta, cuando menos lamentable. Lo mismo puede decirse de los editores, Corkadale…».

Frensic comprendía perfectamente que Geoffrey hubiera encontrado la reseña detestable.

A él, en cambio, le resultaba sumamente agradable. Era un artículo largo y a pesar de que criticaba despiadadamente al autor, al editor y al público —cuyo apetito por el erotismo perverso convertía la venta de este tipo de novelas en un negocio provechoso— y culpaba a la sociedad en general del deterioro de los valores literarios, no se podía negar que era una buena publicidad para el libro. Era muy posible que el señor Dorr abominara el erotismo perverso, pero contribuía a venderlo.

Frensic terminó la reseña con un suspiro de alivio y luego pasó a las demás. Aquellos elogios y la verborrea presuntuosa cargada de opiniones progresistas sería, carente de gracia y asquerosamente sincera había dado a *Deteneos* el imprimátur de respetabilidad que Frensic tanto deseaba. Se tomaban la novela en serio y, si los semanarios seguían el ejemplo, no tendrían de qué preocuparse.

—La profundidad es lo esencial —murmuró Frensic, antes de tomar otro pellizco de rapé—.Hay que engrasar la maquinaria con un buen montón de memeces lúcidas.

Frensic se recostó en el sillón y se puso a pensar si no se podría hacer algo que garantizara un máximo de publicidad a *Deteneos*. Algún notición sensacionalista para la prensa diaria…

CAPÍTULO XIV

Frensic no tenía que preocuparse por eso.

A cinco franjas horarias hacia el oeste, el notición sensacionalista de la muerte de Piper en alta mar estaba a punto de estallar.

Y así estaba Hutchmeyer: sentado en el despacho del jefe de policía, al que miraba fijamente, contaba la historia de marras por décima vez ante un público incrédulo.

Eran los bidones vacíos de gasolina lo que le estaba complicando las cosas.

—Como ya le he dicho, la señorita Futtle me los ató a la cintura para que me mantuviera a flote mientras ella trataba de conseguir ayuda.

—¿Mientras ella trataba de conseguir ayuda, señor Hutchmeyer? De modo que permite usted que una pobre señorita vaya sola en busca de ayuda…

—De pobre señorita no tiene nada —le cortó Hutchmeyer—. Es enorme.

El jefe de policía Greensleeves meneó la cabeza, apenado ante tamaña falta de caballerosidad.

—Así que se encontraba usted en medio de la bahía con esa tal señorita Futtle. ¿Y qué hacía la señora Hutchmeyer mientras tanto?

—¿Y cómo demonios quiere usted que lo sepa? Pegar fuego a mi ca…

Hutchmeyer se contuvo.

—Eso es muy interesante —dijo Greensleeves—. Así que dice usted que la señora Hutchmeyer es pirómana.

—¡No, yo no he dicho eso! —protestó Hutchmeyer—. Lo único que sé es…

Pero se vio interrumpido por la llegada de un teniente, que acababa de presentarse con una maleta y varias prendas de vestir, todo ello empapado.

—Los guardacostas han encontrado esto en el lugar del naufragio —informó, y mostró un abrigo para que lo examinaran.

Hutchmeyer se lo quedó mirando horrorizado.

—¡Es de Baby! —dijo—. ¡El visón! Vale una fortuna.

—¿Y esto? —preguntó el teniente, señalando la maleta.

Al ver que Hutchmeyer se encogía de hombros, el teniente abrió la maleta y retiró un pasaporte.

Greensleeves lo cogió.

—Británico —constató—. Un pasaporte británico a nombre de Piper, de Peter Piper. ¿Le dice algo ese nombre?

Hutchmeyer asintió.

—Es un escritor.

—¿Amigo suyo?

—Uno de mis autores, pero yo no le llamaría amigo.

—¿Amigo de la señora Hutchmeyer, quizá?

A Hutchmeyer le rechinaron los dientes.

—No le he oído, señor Hutchmeyer. ¿Ha dicho usted algo?

—No —repuso Hutchmeyer.

El comisario Greensleeves se rascó la cabeza pensativo.

—Al parecer, tenemos otro pequeño problema —dijo por fin—. Su crucero salta por los aires como si lo hubieran dinamitado, y cuando vamos a inspeccionar el lugar, ¿qué

encontramos? Un abrigo de visón propiedad de la señora Hutchmeyer y una maleta que pertenece al señor Piper, que da la casualidad que es amigo suyo. ¿Cree usted que puede existir alguna relación?

—¿Qué quiere decir con eso de «alguna relación»? —preguntó Hutchmeyer.

—Pues, por ejemplo, que ambos se encontraran a bordo del crucero cuando se produjo la explosión.

—¿Y cómo puñetas voy a saber yo dónde estaban? Lo único que sé es que el que iba en ese crucero ha intentado asesinarme.

—Interesante, lo que acaba de decir —comentó el jefe de policía Greensleeves—, muy interesante.

—Pues no veo yo qué tiene de interesante.

—Podría ser también al revés, ¿no le parece?

—¿Qué podría ser al revés? —saltó Hutchmeyer.

—Que los haya matado usted.

—Que yo he hecho ¿qué? —se enfureció Hutchmeyer, soltando la manta—. ¿Me está acusando usted de…?

—Me limito a hacerle unas preguntas, señor Hutchmeyer. No hay ninguna necesidad de perder los estribos.

Sin embargo, Hutchmeyer ya se había levantado de la silla.

—Mi casa se incendia, mi crucero vuela en pedazos, mi yate se hunde bajo mis pies, casi me ahogo en el mar y usted insinúa que he matado a mi…¡Pues se va a enterar, hijo de puta gordinflón, cuando mis abogados le demanden y le dejen sin un céntimo! Voy a…

—¡Siéntese y cállese! —le atajó Greensleeves de un grito—. Y ahora me va a escuchar: puede que sea un hijo de puta gordinflón, pero no voy a tolerar que me lo llame un gangster neoyorquino. Estamos perfectamente al corriente de usted, señor Hutchmeyer. Y no vaya a creer que nos quedamos de brazos cruzados con el culo pegado a la silla mientras usted acapara propiedades espléndidas con dinero que seguramente blanquea para la mafia. Esto no es un pueblucho de paletos ni tampoco es Nueva York. Esto es Maine, y aquí usted no pinta nada. Y, además, no nos gusta que se venga aquí a comprarnos a todos. Puede que seamos un Estado pobre, pero no nos chupamos el dedo. Así que ¿va a decirnos ahora lo que le ha pasado a su esposa y a su amiguito o vamos a tener que dragar la bahía y tamizar las cenizas de su casa hasta que demos con ellos?

Hutchmeyer se desplomó desnudo en la silla, consternado ante el fugaz retrato que acababan de hacerle de su posición social en Frenchman's Bay. Al igual que Piper, ahora se daba cuenta de que nunca tendría que haber ido a Maine y estaba más convencido que nunca de su error cuando el teniente se presentó con las bolsas de viaje de Baby y la cartera.

—Hay un montón de dinero ahí dentro —informó a Greensleeves.

El jefe de policía revolvió el interior y retiró un fajo de billetes empapados.

—Parece ser que la señora Hutchmeyer se dirigía a algún lugar cargada con un montón de dólares cuando murió —dijo—. Y ahora sí que nos enfrentamos con un verdadero rompecabezas. La señora Hutchmeyer a bordo del crucero con su amigo, el señor Piper. Ambos llevaban equipaje y dinero y, de pronto, «bam» «bam» y el crucero vuela por los aires sin causa aparente. Creo que vamos a tener que mandar submarinistas a ver si encuentran los cadáveres.

—Pues habrá que darse prisa —apuntó el teniente— porque, tal como está la marea, no me sorprendería que ya les hubiera arrastrado a mar abierto.

—En marcha entonces —propuso Greensleeves, antes de salir al pasillo donde esperaban algunos periodistas.

—¿Tienen alguna teoría? —le preguntaron.

Greensleeves negó con la cabeza.

—Tenemos a dos personas desaparecidas, presuntamente ahogadas: la señora Baby Hutchmeyer y un tal señor Piper, un escritor británico. Eso es todo por el momento.

—¿Y qué hay de esa tal señorita Futtle?

—También se encuentra en paradero desconocido.

—¿Y qué puede decirnos sobre la casa incendiada?

—Estamos esperando un informe al respecto —repuso Greensleeves.

—Pero ¿sospechan que podría tratarse de un incendio provocado?

Greensleeves se encogió de hombros.

—Traten de hacer encajar todas estas piezas y decidan hacia dónde apuntan mis sospechas —declaró Greensleeves, apurando el paso.

Cinco minutos después, las líneas telegráficas hervían con la noticia de que Peter Piper, el célebre escritor, había muerto en extrañas circunstancias.

En la mansión de los Van der Hoogen, las víctimas de la tragedia escuchaban por un transistor la noticia de su muerte en la penumbra de un dormitorio del ático. Una parte de la penumbra se debía a las contraventanas y la otra al sombrío punto de vista de Piper ante la perspectiva que su muerte abría ante él. Ser escritor por sustitución era ya poco afortunado, pero ser cadáver por sustitución era espantoso más allá de lo imaginable.

Baby, en cambio, acogió la noticia con optimismo.

—Lo hemos conseguido —se felicitó—. Ni siquiera van a venir a buscarnos. Ya has oído lo que han dicho: con la marea baja los submarinistas no tienen esperanzas de dar con los cadáveres.

Los ojos de Piper se pasearon por el dormitorio con abatimiento.

—Todo eso que dices está muy bien —se quejó—, pero lo que no pareces comprender es que me he quedado sin identidad: he perdido el pasaporte y todo mi trabajo. ¿Cómo voy a regresar ahora a Inglaterra? No puedo presentarme en la embajada y pedirles un pasaporte nuevo. En cuanto aparezca en público me van a detener por pirómano, por quemar barcos y por intento de asesinato. Por tu culpa nos hemos metido en un lío mayúsculo.

—Te he liberado del pasado. Ahora puedes ser quien te venga en gana.

—Lo único que quiero es ser yo mismo —dijo Piper.

Baby le miró con ojos incrédulos.

—Por lo que me dijiste anoche, antes no eras tú mismo —le recordó—. ¿Qué clase de persona eras? ¿El autor de un libro que no habías escrito?

—Por lo menos sabía que no lo era; ahora no sé ni siquiera eso.

—Pero no eres ningún cadáver y eso ya es algo.

—Ojalá lo fuera —se lamentó Piper, mirando con ojos lúgubres las siluetas enfundadas de los muebles, como si fueran otras tantas mortajas que cubrieran a todos los escritores que con tanto afán había aspirado ser.

La tenue luz que se filtraba a través de las contraventanas avivaba la sensación de encontrarse sentado en una tumba, en el sepulcro de sus ambiciones literarias.

Una profunda melancolía se apoderó de él y con ella la leyenda del Holandés errante, condenado a surcar los mares hasta el día del…, pero para Piper no habría respiro. Había sido cómplice de un delito, de toda una serie de delitos, y aunque acudiera a la

policía, ya no le creerían. ¿Por qué iban a creerle? ¿Acaso era verosímil que una mujer rica como Baby prendiera fuego a su propia casa, hiciera estallar un crucero carísimo y hundiera el yate de su marido? Y aun en el caso de que ella se confesara culpable de todo, habría de celebrarse un juicio y los abogados de Hutchmeyer querrían saber qué hacía su maleta a bordo del barco. Y luego saldría a la luz que no había escrito *Deteneos* y todos sospecharían…, no ya sospecharían, sino que estarían seguros de que era un impostor que andaba tras la fortuna de Hutchmeyer. Además, Baby había robado un cuarto de millón de dólares de la caja fuerte del estudio de Hutchmeyer.

Piper meneó la cabeza desconsolado y, al alzar los ojos, se encontró con que Baby le miraba con curiosidad.

—Ni lo sueñes, cielo —le dijo, leyendo sin duda sus pensamientos—.Estamos unidos por el destino. En cuanto intentes algo, me entregaré y diré que tú me obligaste.

Pero Piper ya había descartado el intentar nada.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó—. Bueno, no podemos quedarnos aquí sentados de brazos cruzados, en una casa ajena, de por vida.

—Dentro de dos días, tal vez tres —dijo Baby—, seguiremos adelante.

—¿Cómo? ¿Cómo vamos a seguir adelante?

—Muy fácil —dijo Baby—: pediré un taxi por teléfono y cogeremos un avión desde Bangor. Así de sencillo. No nos estarán buscando por tierra firme…

Se calló al oír un crujido en el camino del garaje.

Piper se acercó a las contraventanas y miró abajo. Un coche patrulla acababa de detenerse frente a la casa.

—La poli —dijo Piper en un susurro—. ¿No decías que aquí no nos iban a buscar?

Baby se acercó también a la ventana.

Dos plantas más abajo, un timbre acababa de sonar con ecos espectrales.

—Sólo vienen a comprobar si los Van der Hoogen oyeron algo sospechoso anoche —le tranquilizó—. Se marcharán enseguida.

Piper miraba fijamente a los dos agentes de policía. Lo único que tenía que hacer era gritar y…, pero los dedos de Baby se incrustaron en su brazo y Piper no dijo ni pío.

Después de dar toda una vuelta alrededor de la casa, los dos agentes regresaron al coche y se alejaron.

—¿Qué te decía yo? —dijo Baby—. Nada de nada. Voy a bajar a la cocina y prepararé algo que comer.

Una vez a solas, Piper empezó a andar arriba y abajo por aquel dormitorio en penumbra, preguntándose por qué no había llamado a aquellos policías. Las razones más obvias y sencillas ya no bastaban. De haberles llamado, en cierto modo habría quedado demostrado que no había tenido nada que ver con el incendio…, cuando menos habría sido una prueba de su inocencia. Pero no había movido un dedo. ¿Por qué? Se le acababa de presentar la oportunidad de salir de todo aquel lío y no la había aprovechado. Y no sólo por miedo, no, sino más bien por unas inquietantes ganas, casi un deseo, de permanecer a solas en aquella casa vacía con una mujer extraordinaria. ¿Qué clase de espantosa complicidad se había establecido entre ellos para impedírselo?

Baby estaba loca. No le cabía la menor duda de ello, y a pesar de todo ejercía una extraña fascinación sobre él. Baby era ajena a las convenciones naturales que regían la vida de la gente y era capaz de mirar a la policía sin perder la calma y decir: «Se marcharán enseguida», como si no fueran más que unos vecinos que les venían a hacer una visita de cortesía.

Y eso es lo que había ocurrido. Y él había hecho exactamente lo que ella esperaba que hiciera y así seguiría siendo, hasta el punto de convertirse en la persona que le viniera en gana en aquella libertad limitada que ella había conseguido crear a su alrededor gracias a sus actos. ¿La persona que le viniera en gana? Sólo le venían a la cabeza otros escritores, pero ninguno de ellos se había encontrado nunca en su situación, sin un modelo que le sirviera de guía, Piper quedaba abandonado a la limitación de sus propios recursos. Y de los de Baby.

Se convertiría en lo que ella quisiera. Ésa era la pura verdad de todo el asunto. Piper entrevió la atracción que ejercía sobre él: sabía quién era. Se lo había dicho la noche antes de que todo empezara a salir mal. Había dicho que era un genio de la literatura y lo había dicho en serio. Por primera vez en su vida había encontrado a alguien que sabía quién era en realidad así que, después de haberla conocido, no podía dejarla escapar.

Exhausto tras aquella aterradora constatación, Piper se tendió en la cama y cerró los ojos.

Cuando Baby estuvo de vuelta con una bandeja lo encontró profundamente dormido, le miró con ternura y, tras dejar la bandeja, cogió la funda de una silla y le cubrió con ella.

Piper siguió durmiendo bajo aquella mortaja.

En comisaría, Hutchmeyer habría hecho otro tanto si se lo hubieran permitido.

Sin embargo, desnudo bajo la manta, seguía sometido a un interminable interrogatorio acerca de sus relaciones con su esposa y con la señorita Futtle, de lo que Piper significaba para la señora Hutchmeyer y, para terminar, de por qué había elegido una noche particularmente tormentosa para salir a navegar a la bahía.

—¿Suele usted salir a navegar sin tener en cuenta el parte meteorológico?

—Mire, ya le he dicho que salimos a navegar, sencillamente. Ni se nos pasó por la cabeza que fuera a salir mal. Nos levantamos de la mesa después de cenar y dijimos: «¿Por qué no vamos…?».— Fue la señorita Futtle la que lo propuso —puntualizó Hutchmeyer.

—¿No me diga? ¿Y la señora Hutchmeyer no tenía nada que objetar a que saliera usted a navegar con otra mujer?

—La señorita Futtle no es otra mujer, por lo menos no esa clase de otra mujer. Es una agente literaria. Tenemos tratos de negocios.

—¿Desnudos a bordo de un yate y en pleno mini huracán y estaban ustedes en tratos de negocios? ¿De qué clase de negocios?

—No estábamos hablando de negocios en el yate. Era un encuentro social.

—Ya me lo parecía. Bueno, quiero decir, desnudos y demás…

—No estaba desnudo, eso para empezar. Lo que pasa es que me quedé empapado y me quité la ropa.

—¿Que lo que pasa es que se quedó empapado y se quitó la ropa? ¿Está seguro de que ésa es la única razón por la que estaba desnudo?

—Desde luego que lo estoy. Mire, nada más salir se desató un viento…

—Y un incendio en la casa, y una explosión en el crucero, y la señora Hutchmeyer y ese tal señor Piper…

La ira de Hutchmeyer se desató también.

—De acuerdo, señor Hutchmeyer, si es así como lo quiere —dijo Greensleeves, mientras obligaban a Hutchmeyer a sentarse de nuevo en la silla—. Ahora las cosas se van a poner desagradables de verdad.

Sin embargo, se vio interrumpido por un sargento que le susurró algo al oído.

Greensleeves suspiró.
—¿Está seguro?
—Al menos eso es lo que dice. Se ha pasado el día entero en el hospital.
Greensleeves salió a echar un vistazo a Sonia.
—¿Señorita Futtle? ¿Dice usted que es la señorita Futtle?
Sonia asintió.
—Sí —repuso.
El comisario de policía pudo comprobar por sí mismo que, al fin y al cabo, Hutchmeyer le había dicho la verdad: la señorita Futtle no era una pobre mujer. En absoluto.
—De acuerdo, pues le tomaremos declaración aquí mismo —dijo, y se la llevó a otro despacho.
Sonia se pasó dos horas enteras declarando y, cuando Greensleeves volvió a salir, tenía una nueva teoría: la señorita Futtle había demostrado tener un espíritu francamente cooperador.
—Muy bien —dijo a Hutchmeyer—, nos gustaría que nos explicara qué ocurrió en Nueva York a la llegada de Piper. Tenemos entendido que le organizó una especie de motín callejero.
Hutchmeyer miró en derredor echando chispas por los ojos.
—Vamos a ver, espere un momento. Eso fue un montaje publicitario, nada más. Me refiero a que…
—Y a lo que me refiero yo es a que convirtió a ese tal señor Piper en blanco de todos los grupos de presión de desquiciados habidos y por haber —le reprochó Greensleeves—: árabes, judíos, homosexuales, el IRA, negros, viejas, lo que quiera. ¿Se los echa encima al pobre tipo y lo llama montaje publicitario?
Hutchmeyer trató de poner en orden sus pensamientos.
—¿Insinúa usted que uno de esos grupos es el responsable de esto?
—No insinúo nada, señor Hutchmeyer. Le pregunto.
—¿Qué me pregunta?
—Le pregunto si considera usted tan inteligente eso de convertir al señor Piper en blanco cuando lo único que había hecho ese pobre desgraciado era escribir un libro para usted. Tal como han salido las cosas, no parece que le haya hecho ningún favor, ni a él ni a usted, ¿no es así?
—No creo que una cosa así…
Greensleeves se echó hacia adelante.
—Permítame que le diga algo por su propio bien, señor Hutchmeyer. Márchese pitando y no vuelva a poner los pies aquí nunca más. Eso si es que sabe lo que le conviene. Y la próxima vez que se le ocurra sacarse de la manga un montaje publicitario para otro de sus autores, más vale que le consiga primero un guardaespaldas.
Hutchmeyer salió del despacho tambaleándose.
—Voy a necesitar algo de ropa —dijo.
—Pues no creo que vaya a encontrarla en su casa. Han ardido hasta los mismísimos cimientos.
Sonia Futtle sollozaba sentada en un banco.
—¿Qué le pasa? —preguntó Hutchmeyer.
—Que está destrozada por la muerte de ese Piper —le explicó Greensleeves—, y no deja de sorprenderme que no esté usted afligido por la difunta señora Hutchmeyer.

—Lo estoy —le aseguró Hutchmeyer—, lo que pasa es que no soy de los que muestran los sentimientos. Eso es todo.

—Ya me lo parecía —dijo Greensleeves—. Bueno, será mejor que vaya usted a consolar a su coartada. Ya me encargaré de que le hagan llegar algo de ropa.

Hutchmeyer se acercó al banco envuelto en la manta.

—Lo siento… —dijo, pero Sonia se puso en pie de inmediato.

—¿Que lo sientes? —le espetó—. Has asesinado a mi pobre Peter ¿y ahora dices que lo sientes?

—¿Asesinado? —se escandalizó Hutchmeyer—, Lo único que he hecho ha sido…

Greensleeves les dejó y ordenó que buscaran algo de ropa.

—Ya podemos archivar este caso —comentó al teniente—. Esto es asunto de los Federales. Terroristas en Maine. Bueno, ¿quién demonios se lo iba a creer?

—Entonces, ¿no cree que ha sido cosa de la mafia?

—¿Y qué más da quién haya sido? Tampoco vamos a llegar a ninguna parte tratando de resolverlo. Eso es lo único que sé. El FBI se puede encargar del caso. Me doy perfecta cuenta cuando estoy fuera de mi terreno.

Por fin, un Hutchmeyer con un traje oscuro que no era de su talla y una Sonia todavía inconsolable llegaron al aeropuerto en coche y cogieron el avión de la compañía con destino a Nueva York.

Al aterrizar se encontraron con que MacMordie había puesto sobre aviso a los medios de comunicación.

Hutchmeyer bajó por la escalerilla del avión con paso apesadumbrado y se dispuso a hacer una declaración.

—Señores —dijo, con voz entrecortada—, esto ha supuesto una doble tragedia para mí. He perdido a la esposa más maravillosa y de buen corazón que un hombre haya tenido jamás. Cuarenta felices años de matrimonio quedan… —Hutchmeyer interrumpió su discurso para sonarse—. Es terrible. Me resulta imposible expresar lo que siento. Peter Piper era un novelista de una brillantez sin igual. Su muerte ha supuesto un duro golpe para el mundo de las letras.

Hutchmeyer hizo de nuevo el numerito del pañuelo y MacMordie lo aprovechó para apuntarle algo.

—Di algo sobre la novela —le susurró.

Hutchmeyer dejó de sonarse la nariz para decir algo sobre *Deteneos, oh hombres, ante la virgen*, publicada por Hutchmeyer Press en una edición de siete dólares con noventa disponible en todas las…

A su espalda, Sonia lloraba a moco tendido y tuvieron que acompañarla hasta el automóvil que los estaba esperando.

Sollozaba todavía cuando arrancaron.

—Una tragedia espantosa —dijo Hutchmeyer, que seguía bajo el influjo de su propia oratoria—, realmente espantosa.

Pero fue interrumpido por Sonia, que le daba puñetazos a MacMordie.

—¡Asesino! —le acusaba—. ¡Y todo por tu culpa! ¡Dijiste a todos esos terroristas alelados que era del KGB y del IRA y homosexual y mira lo que has conseguido!

—Pero ¿qué demonios pasa? —gritaba MacMordie—. Yo no…

—La poli de Maine cree que ha sido el Ejército de Liberación simio no sé qué o los milicianos de la guerra de la independencia o algo así —dijo Hutchmeyer—, así que nos

enfrentamos a un problema de aúpa.

—De eso ya me había dado cuenta-dijo MacMordie, mientras Sonia le ponía un ojo a la funerala.

Sonia rechazó la hospitalidad de Hutchmeyer e insistió en que la llevaran al Gramercy Park Hotel.

—No te preocupes —le dijo Hutchmeyer cuando se apeaba—. Me encargaré de que Baby y Piper se reúnan con Dios nuestro señor con todos los honores. Habrá flores, cortejo fúnebre, ataúd de bronce…

—Ataúdes —precisó MacMordie—. Bueno, tampoco iban a caber…

Sonia se volvió hacia ellos.

—¡Están muertos! —les chilló—, ¡Muertos! ¿Acaso no significa eso nada para vosotros? ¿No tenéis consideración? Eran personas de verdad, personas de carne y hueso, y ahora que están muertos de lo único que se os ocurre hablar es de funerales y ataúdes y…

—Bueno, en primer lugar habrá que recuperar los cadáveres —dijo MacMordie con sentido práctico—, porque, claro, es inútil hablar de ataúdes si todavía no tenemos los cadáveres.

—¿Por qué no cierras el pico? —le espetó Hutchmeyer, pero Sonia ya había corrido a refugiarse al hotel.

Y así siguieron el trayecto en silencio.

Por un momento, Hutchmeyer se planteó la posibilidad de despedir a MacMordie, pero enseguida cambió de opinión. Al fin y al cabo, nunca le había gustado aquel caserón de madera de Maine y ahora que Baby estaba muerta…

—Ha sido una experiencia terrible —dijo—, una tremenda pérdida.

—Ya me lo imagino —dijo MacMordie—. Tanto encanto desperdiciado.

—Era un monumento de casa, parte del patrimonio americano. La gente solía venir de Boston sólo para verla.

—Me refería a la señora Hutchmeyer —dijo MacMordie.

Hutchmeyer lo miró con asco.

—Era de esperar en ti, MacMordie. En un momento como éste y tienes que pensar en el sexo.

—No pensaba en el sexo —se defendió MacMordie—. Era una mujer con una personalidad extraordinaria.

—¡Y que lo digas! —recordó Hutchmeyer—. Quiero que su memoria quede preservada en los libros. Era una gran amante de la literatura, ¿sabes? Así que quiero una edición encuadernada en piel de *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen,* impresa en caracteres dorados. La llamaremos Edición Conmemorativa Baby Hutchmeyer.

—Déjalo en mis manos —dijo MacMordie.

Y así, mientras Hutchmeyer volvía a su papel de editor, Sonia Futtle lloraba tendida en su cama del Gramercy Park.

La pena y un sentimiento de culpabilidad la consumían. El único hombre que jamás la había amado estaba muerto y todo había sido por su culpa. Miró el teléfono y pensó en llamar a Frensic, pero en Inglaterra debía de ser ya de noche, así que mandó un telegrama.

PETER PRESUNTAMENTE MUERTO AHOGADO SRA HUTCHMEYER ÍDEM POLICÍA INVESTIGA CRIMEN LLAMARÉ CUANDO PUEDA SONIA.

CAPÍTULO XV

A la mañana siguiente, Frensic llegó a Lanyard Lañe de buen talante.

El mundo era un lugar espléndido, lucía un sol maravilloso, la gente acudiría en breve a las tiendas para comprar *Deteneos* y, lo mejor de todo, el cheque de Hutchmeyer por el importe de dos millones de dólares anidaba feliz en la cuenta bancaria F & F.

Había llegado la semana anterior y lo único que quedaba por hacer era restarle la comisión de cuatrocientos mil dólares y transferir el resto al señor Cadwalladine y a su extraño cliente.

Después de recoger el correo del buzón subió a su despacho con andar pesado, se acomodó ante el escritorio y empezó a repasar las cartas que tenía ante sí.

Ya casi al final del montón se encontró con el telegrama.

—¡Pero bueno! ¡Hasta telegramas! —murmuró para sí, censurando la prisa desmedida de un autor ansioso antes de abrirlo.

Un momento más tarde, la visión optimista que Frensic tenía del mundo se había desintegrado para dar lugar a una serie de imágenes fragmentarias y espantosas producto de las palabras crípticas del impreso. ¿Piper muerto? ¿Presuntamente ahogado? ¿La señora Hutchmeyer ídem? Cada mensaje entrecortado se convertía en un interrogante en su mente mientras se esforzaba por asimilar la información.

Tuvo que pasar un minuto entero antes de que Frensic llegara a hacerse cargo de la verdadera magnitud del asunto, y aun entonces lo dudó y se refugió en el descreimiento.

Piper no podía estar muerto. En el mundo pequeño y acogedor de Frensic la muerte era algo sobre lo que los autores sólo escribían. Era algo irreal e inverosímil, una invención, pero nunca algo que ocurría sin más. Sin embargo, entre aquellas escasas palabras —libres de los adornos de signos de puntuación y mecanografiadas en tiras de papel torcidas— la muerte había conseguido asomarse.

Piper estaba muerto. Y la señora Hutchmeyer también, aunque a esto Frensic no le concedía ningún interés. Al fin y al cabo, no era responsabilidad suya. Piper sí lo era. Frensic le había convencido para que fuera derecho a la muerte. Además, lo de POLICÍA INVESTIGA CRIMEN le arrebataba incluso el consuelo de que se hubiera tratado de un accidente. Crimen y muerte sugerían asesinato, y el hecho de tener que enfrentarse al asesinato de Piper agravaba aún más el horror que sentía.

Frensic se hundió en la silla descompuesto por el golpe.

Pasó un buen rato antes de que se sintiera con ánimos de volver a leer el telegrama. Sin embargo, seguía diciendo lo mismo. Piper muerto.

Frensic se secó la cara con el pañuelo y trató de imaginarse lo que había ocurrido, y fue entonces cuando lo de PRESUNTAMENTE AHOGADO le llamó la atención.

Si Piper estaba muerto, ¿por qué se suponía que se había ahogado? Sin duda debían de saber cómo había muerto. ¿Y por qué no llamaba Sonia? Lo de LLAMARÉ CUANDO PUEDA agregaba una nueva dimensión al misterio del mensaje. ¿Dónde estaría para no poder llamar inmediatamente? Frensic se la imaginó herida, tendida en la cama de un hospital, aunque, de haber sido así, se lo habría hecho saber.

Alargó la mano hacia el teléfono para llamar a Hutchmeyer Press, pero entonces cayó en la cuenta de que en Nueva York era cinco horas más temprano, así que todavía no habría nadie en el despacho. Tendría que esperar hasta las dos.

Frensic permaneció sentado mirando fijamente el telegrama y trató de pensar con sentido práctico. Si la policía estaba investigando el crimen, lo más seguro era que escarbaran en el pasado de Piper. Frensic se los imaginaba ya descubriendo que Piper no había escrito *Deteneos*. Y de ahí…

¡Dios mío, Hutchmeyer se enteraría y habría que pagar a diestro y siniestro! Mejor dicho, a Hutchmeyer. El hombre les exigiría que le devolvieran sus dos millones de dólares. Y puede que hasta les demandara por incumplimiento de contrato o fraude. Gracias a Dios que el dinero seguía en el banco…

Frensic exhaló un suspiro de alivio.

Para alejar sus pensamientos de las espantosas eventualidades inherentes al telegrama, se dirigió al despacho de Sonia y buscó en los archivos la carta del señor Cadwalladine por la que se autorizaba a Piper a representar al autor en la gira norteamericana.

Cuando la hubo encontrado, la estudió con detenimiento antes de volver a dejarla en su sitio. Por lo menos, ahí se había cubierto las espaldas. Si surgía algún problema con Hutchmeyer, el señor Cadwalladine y su cliente también estarían involucrados en el engaño. Y si había que devolver los dos millones, no estarían en situación de quejarse.

Concentrándose en dichas contingencias, Frensic logró mantener a raya su sentimiento de culpabilidad y traspasárselo a aquel autor anónimo.

La muerte de Piper era culpa suya. Si aquel sinvergüenza no se hubiera escudado tras un *nom de plume*, Piper seguiría con vida.

A medida que la mañana iba avanzando y permanecía sentado incapaz de concentrarse en el trabajo, Frensic sintió que el dolor iba ganando terreno en su interior.

Piper le había inspirado un curioso afecto. Y ahora estaba muerto.

Frensic se sentó apesadumbrado ante su escritorio y, con la mirada perdida entre los tejados de Covent Garden, lloró el fallecimiento de Piper. Aquel pobre hombre había sido una de las víctimas de la naturaleza o, mejor dicho, una de las víctimas de la literatura.

Patético. Un hombre que había sido incapaz de salvar su vida escribiendo…

La frase devolvió a Frensic a la realidad con un respingo. Era la cruda verdad: Piper estaba muerto, pero, en realidad, nunca había vivido. Toda su existencia había sido una larga batalla por verse publicado y la había perdido. ¿Qué era lo que empujaba a hombres como él a tratar de escribir? ¿Qué clase de fijación con la palabra impresa los mantenía pegados al escritorio año tras año? En aquel preciso instante, había miles de Pipers repartidos por todo el mundo sentados ante páginas en blanco que estarían llenando con palabras que nadie iba a leer jamás, pero que según su ingenua manera de ver las cosas tenían un significado profundo. Aquel pensamiento acentuó la melancolía de Frensic. Todo había sido por su culpa. Tendría que haber tenido la valentía y el buen sentido de advertir a Piper que nunca sería un novelista. Y, en cambio, le había dado ánimos.

De habérselo confesado, Piper seguiría con vida y puede que hasta hubiera descubierto su verdadera vocación como empleado de banca o fontanero, se habría casado y habría sentado la cabeza, aunque no supiera muy bien qué significaba eso.

En cualquier caso, no se habría pasado todos aquellos infelices años en infelices casas de huéspedes de infelices pueblos costeros turísticos viviendo, por sustitución, las vidas de Conrad, Lawrence y Henry James, convertido en la sombra fantasmal de todos aquellos escritores ya difuntos a los que tanto había venerado.

Hasta la muerte de Piper había sido una muerte por sustitución como autor de una novela que no había escrito. Y, en algún lugar, el hombre que tendría que haber muerto

seguía con vida como si nada.

Frensic alargó la mano hacia el teléfono.

Aquel hijo de mala madre no iba a seguir con vida como si nada. El señor Cadwalladine le podía hacer llegar un mensaje.

Frensic marcó el prefijo de Oxford.

—Me temo que tengo malas noticias para usted —dijo cuando le pusieron con el señor Cadwalladine.

—¿Malas noticias? No le comprendo —dijo el señor Cadwalladine.

—Relacionadas con el joven que viajó a América como presunto autor de la novela que me mandó —le aclaró Frensic.

El señor Cadwalladine tosió, incómodo.

—¿Ha cometido… quizá… alguna indiscreción? —preguntó.

—Algo así —dijo Frensic—. Lo cierto de todo el asunto es que tenemos muchas probabilidades de tener tropiezos con la policía.

El señor Cadwalladine soltó otros tantos ruiditos embarazosos que Frensic paladeó con fruición.

—Sí, con la policía —repitió—. Puede que en un plazo muy corto de tiempo se abra una investigación.

—¿Una investigación? —dijo el señor Cadwalladine, definitivamente alarmado—. ¿Qué clase de investigación?

—De momento, no puedo adelantarle nada con certeza, pero me ha parecido que lo más indicado era hacerle saber, a usted y a su cliente, que ha muerto —concluyó Frensic.

—¿Muerto? —graznó el señor Cadwalladine.

—Muerto —corroboró Frensic.

—Dios santo. Qué mala suerte.

—Sí —prosiguió Frensic—, claro que desde el punto de vista de Piper «mala suerte» resulta una expresión poco afortunada, especialmente teniendo en cuenta que, al parecer, ha sido asesinado.

Esta vez no le cupo ninguna duda de que el señor Cadwalladine estaba alarmado de verdad.

—¿Asesinado? —dijo con un hilo de voz—. ¿Ha dicho usted «asesinado»?

—Eso es exactamente lo que he dicho: asesinado.

—Dios nos ampare —se asustó el señor Cadwalladine—. Qué espanto.

Frensic prefirió no decir nada y dejar que el señor Cadwalladine asimilara sólito el espanto de todo el asunto.

—No sabría qué decirle —dijo el señor Cadwalladine por fin.

Frensic se apresuró a aprovechar la ventaja que le ofrecía.

—En ese caso, si pudiera usted facilitarme el nombre y dirección de su cliente, yo me encargaría de hacerle llegar la noticia personalmente.

El señor Cadwalladine soltó unos ruiditos de negativa.

—No será necesario. Yo se lo comunicaré.

—Como quiera —se rindió Frensic—. Y ya que estamos en ello, podría aprovechar para decirle que tendrá que esperar para el anticipo americano.

—¿Esperar para el anticipo americano? No estará insinuando usted…

—Yo no insinúo nada en absoluto. Me limito a recordarle que el señor Hutchmeyer no estaba informado de la sustitución de su anónimo cliente por parte del señor Piper, así que, si la policía pusiera al descubierto nuestro pequeño engaño durante el transcurso de sus

investigaciones…, ¿me sigue?

El señor Cadwalladine le seguía.

—¿Cree usted entonces que el señor…, ehhhh…, Hutchmeyer… podría…, eh…, exigir una indemnización?

—O demandarnos —le soltó Frensic sin ambages—, en cuyo caso estaría en perfecta situación de recuperar el importe.

—Oh, desde luego —dijo el señor Cadwalladine, para quien la perspectiva de verse demandado tenía sin duda pocos atractivos—. Dejo el asunto enteramente en sus manos.

Frensic terminó la conversación con un suspiro.

Ahora que acababa de pasar parte de la responsabilidad al señor Cadwalladine y a su dichoso cliente se sentía un poco mejor. Hasta se permitió otro pellizco de rapé, y precisamente lo estaba saboreando cuando sonó el teléfono. Era Sonia Futtle y llamaba desde Nueva York.

Parecía sumamente acongojada.

—Oh, Frenzy, lo siento —se lamentó—. Todo ha sido por mi culpa. Si no llega a ser por mí nunca habría ocurrido nada de esto.

—¿Qué quieres decir con que ha sido culpa tuya? —se extrañó Frensic—. ¿No me estarás diciendo…?

—No tendría que haberle traído. Estaba tan contento… —Sonia se quedó callada y se oyeron gemidos.

Frensic tragó saliva.

—¡Por el amor de Dios! ¿Quieres hacer el favor de decirme qué ha ocurrido?

—La policía cree que se trata de un asesinato —soltó Sonia, antes de prorrumpir de nuevo en sollozos.

—De eso ya me he enterado por el telegrama, pero lo que sigo sin saber es cómo ocurrió. Bueno, me refiero a cómo murió.

—Eso nadie lo sabe —le dijo Sonia—, por eso es tan espantoso. Están dragando la bahía y examinando las cenizas de la casa…

—¿Las cenizas de la casa? —se extrañó Frensic, que trataba desesperadamente de hacer encajar una casa quemada con la muerte de Piper, presuntamente ahogado.

—Bueno, es que Hutch y yo salimos en yate y se desató una tormenta y entonces la casa se incendió y alguien disparó contra los bomberos y el crucero de Hutch trató de embestirnos y estalló y casi nos matamos y…

Se trataba de un relato inconexo y confuso y Frensic, sentado con el auricular pegado a la oreja, trataba en vano de hacerse una idea coherente de los hechos.

Al final, lo único que consiguió sacar en claro fue una serie de imágenes caóticas, un rompecabezas imposible en el que, a pesar de que todas las piezas parecían encajar, el resultado final no tenía ningún sentido.

Una enorme mansión de madera que ardía recortada en la noche. Alguien en medio de aquel infierno que se dedicaba a repeler a los bomberos con una ametralladora. Osos. Hutchmeyer y Sonia a bordo de un yate en pleno huracán. Cruceros que navegaban a toda velocidad por la bahía y, para terminar, lo más extraño de todo: Piper que se elevaba hasta el otro mundo en compañía de la señora Hutchmeyer enfundada en un abrigo de visón. Era como una visión fugaz de los infiernos.

—¿Y no tienen idea de quién lo hizo?

—Sólo saben que fue un grupo terrorista.

Frensic tragó saliva.

—¿Un grupo terrorista? ¿Y por qué iba un grupo terrorista a querer matar al pobre Piper?

—Pues por la publicidad que le dieron en aquel motín callejero de Nueva York —prosiguió Sonia—. Es que verás, cuando pisamos…

Frensic escuchó horrorizado el relato de la historia de su llegada.

—¿Me estás diciendo que Hutchmeyer organizó un motín deliberadamente? Ese hombre está loco de atar.

—Quería que tuviera la máxima cobertura publicitaria —le explicó Sonia.

—Bueno, pues no cabe duda de que lo consiguió —dijo Frensic.

Pero Sonia había vuelto a los sollozos.

—Eres una persona insensible —le reprochó—. Parece que no te des cuenta de lo que significa…

—Sí me doy cuenta —la contradijo—: significa que la policía va a empezar a investigar el pasado de Piper y…

—Nosotros tenemos toda la culpa —se empeñaba Sonia entre lágrimas—. Somos nosotros los que le mandamos allí y…

—Espera un momento —objetó Frensic—. De haber sabido que Hutchmeyer iba a organizar un motín callejero para darle la bienvenida nunca habría consentido que fuera. Y en cuanto a los terroristas…

—La policía no está todavía segura de que fueran terroristas. Al principio pensaron que había sido Hutchmeyer.

—Eso ya está mejor —dijo Frensic—. Por lo que me has dicho, parece la pura verdad. Es cómplice como instigador del delito. Si no hubiera…

—Pero es que luego se decantaron por que la mafia podía estar involucrada…

Frensic volvió a tragar saliva. Aquello era todavía peor.

—¿La mafia? ¿Y para qué iba a querer la mafia matar a Piper? Ese pobre desgraciado no…

—A Piper no. A Hutchmeyer.

—¿Insinúas que la mafia quería matar a Hutchmeyer? —preguntó Frensic, esperanzado.

—Ya no sé qué insinúo —dijo Sonia—. Me limito a repetirte lo que oí decir a la policía, y hasta mencionaron que Hutchmeyer había tenido tratos con el crimen organizado.

—Pero si a quien quería matar la mafia era a Hutchmeyer, ¿por qué la tomaron entonces con Piper?

—Porque Hutch y yo habíamos salido en el yate y Peter y Baby…

—¿Qué baby? —preguntó Frensic, apresurándose a incorporar con desespero aquel nuevo y espeluznante ingrediente en un escenario del crimen que se le antojaba ya hecho un embrollo.

—Baby Hutchmeyer.

—¿Baby Hutchmeyer? No sabía que el cerdo ése tenía…

—No se trata de esa clase de baby. La señora Hutchmeyer se llamaba Baby.

—¡Santo Dios! —exclamó Frensic.

—No comprendo cómo puedes ser tan desalmado. Cualquiera diría que no te importa.

—¿Que no me importa? —dijo Frensic—. ¡Naturalmente que me importa! Es espeluznante, sencillamente. ¿Y dices que la mafia…?

—No, yo no. Lo que he dicho es lo que dijo la policía. Pensaban que podía tratarse

de una especie de atentado con el fin de intimidar a Hutchmeyer…

—¿Y lo han conseguido? —preguntó Frensic, que quería obtener algún consuelo de la situación.

—No —repuso Sonia—, quiere cortar cabezas. Dice que les va a demandar.

Frensic estaba horrorizado.

—¿A demandar? ¿Qué quieres decir con «demandar»? No se puede demandar a la mafia, y además…

—A ellos, no. A la policía.

—¿Que Hutchmeyer va a demandar a la policía? —repitió Frensic, que ya no comprendía nada de nada.

—Bueno, para empezar le acusaron de haberlo hecho. Luego le tuvieron retenido durante horas y horas y le sometieron a un tercer grado. No se creían la historia de que estaba a bordo del yate conmigo y, por si fuera poco, lo de los bidones de gasolina no le ayudó precisamente.

—¿Bidones de gasolina? ¿Qué bidones de gasolina?

—Los que le até a la cintura.

—¿Que ataste a la cintura de Hutchmeyer bidones de gasolina? —se extrañó Frensic.

—No tuve otro remedio. Si no, se habría ahogado.

Frensic reflexionó sobre la lógica de aquel comentario y no la encontró por ninguna parte.

—Pues yo habría preferido… —soltó, pero enseguida pensó que no iba a ganar nada lamentando que Sonia no hubiera dejado que Hutchmeyer se ahogara. Con ello se habrían ahorrado un montón de problemas.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —le preguntó por fin.

—No lo sé —dijo Sonia—. Tendré que quedarme aquí. La policía sigue investigando, y además he perdido toda la ropa… ¡Y, oh, Frenzy, todo esto es tan horrible! —Y volvió a derrumbarse y a llorar a lágrima viva.

Frensic trató de pensar en algo que pudiera animarla.

—Te interesará saber que todas las reseñas de la prensa del domingo han sido buenas —le adelantó.

Sin embargo, la pena de Sonia no tenía consuelo.

—¿Cómo puedes hablar de reseñas en un momento como éste? —le espetó—. No te importa nada.

—Claro que sí, querida. Desde luego que me importa —le aseguró Frensic—. Ha sido una tragedia para todos nosotros. Precisamente acabo de hablar con el señor Cadwalladine y ya le he advertido que, en vista de lo ocurrido, su cliente tendrá que esperar para el dinero.

—¿Dinero? ¿Dinero? ¿Es eso lo único en que piensas?, ¿el dinero? Mi querido Peter está muerto y…

Frensic tuvo que soportar toda una diatriba contra él, Hutchmeyer, y un tal MacMordie porque, en opinión de Sonia, todos sin excepción pensaban sólo en el dinero.

—Comprendo lo que sientes —logró decir aprovechando una pausa de Sonia para recobrar el aliento—, pero el dinero tiene mucho que ver con este asunto, y si Hutchmeyer se enterara de que Piper no era el autor de *Deteneos*…

Pero la línea se había cortado.

Frensic miró contrariado el teléfono y colgó el auricular. Lo único que cabía esperar

era que Sonia no perdiera el norte y que la policía no escarbara demasiado en el pasado de Piper en sus investigaciones.

Mientras tanto, en Nueva York, Hutchmeyer pensaba todo lo contrario.

En su opinión, el cuerpo de policía estaba formado por un hatajo de mentecatos incapaces de investigar nada como era debido.

Ya se había puesto en contacto con sus abogados, que le habían advertido que no podía demandar al jefe de policía Greensleeves por arresto indebido, puesto que no le habían arrestado.

—¡Ese hijo de puta me tuvo retenido durante horas y horas sin otra cosa encima que una manta! —se quejó Hutchmeyer—. Me sometieron a un tercer grado con lámpara incluida, ¿y ahora me dicen que no voy a poder replicar? Tendría que haber una ley que protegiera a los ciudadanos inocentes de esta clase de abusos.

—Claro que si pudiera demostrar que le han dado una paliza quizá se podría hacer algo, pero como…

Tras el fracaso en el intento de obtener una satisfacción por medio de sus abogados, Hutchmeyer desvió su atención hacia la compañía de seguros, pero encontró menor consuelo todavía.

En el curso de la visita que le hizo, el señor Synstrom, del departamento de reclamaciones, le hizo partícipe de sus dudas.

—¿Qué quiere decir con eso de que no están exactamente de acuerdo con la teoría de la policía que apunta hacia unos terroristas psicópatas? —le exigió Hutchmeyer.

Los ojos del señor Synstrom echaron chispas tras los cristales de las gafas con montura de plata.

—Tres millones y medio de dólares es mucho dinero —dijo.

—Desde luego —admitió Hutchmeyer—, y las primas que he estado pagando también ascienden a mucho dinero. Así que ¿qué me dice?

El señor Synstrom consultó su maletín.

—Punto número uno: El guardacostas recuperó seis maletas de la señora Hutchmeyer.

Punto número dos: Las maletas contenían todas sus joyas y sus mejores ropas.

Y el punto número tres es que la maleta del señor Piper se encontraba también a bordo del barco y contenía toda su ropa.

—¿Y qué? —replicó Hutchmeyer.

—Pues que, para tratarse de un asesinato por razones políticas, resulta cuando menos curioso que los terroristas les obligaran a hacer primero las maletas y a dejarlas a bordo del barco antes de prender fuego a la embarcación y de incendiar la casa. No acaba de encajar con el perfil de los atentados terroristas habituales. Más bien parece apuntar hacia otra cosa.

Hutchmeyer le miró furioso.

—Si insinúa usted que hice volar en pedazos mi propio yate encontrándome a bordo y que me cargué a mi esposa y a mi autor más prometedor…

—Yo no insinúo nada —le interrumpió el señor Synstrom—. Lo único que le he dicho es que tendremos que investigar este asunto con mayor detenimiento.

—Sí, me parece muy bien —celebró Hutchmeyer—, y cuando hayan terminado, quiero que me devuelvan mi dinero.

—No se preocupe —le tranquilizó el señor Synstrom—, llegaremos hasta el fondo

de este asunto. Con tres millones y medio en juego tenemos un buen incentivo.

El señor Synstrom se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Ah, a propósito, puede que le interese saber que el responsable del incendio de su casa sabía perfectamente dónde estaba cada cosa. Como por ejemplo el depósito de combustible. Podría tratarse de un asunto interno.

El señor Synstrom dejó a Hutchmeyer con la desagradable sensación de que, aunque el cuerpo de policía estuviera formado por un hatajo de retrasados mentales, el señor Synstrom y sus investigadores no lo eran en absoluto. ¿Un asunto interno? Hutchmeyer meditó aquellas palabras. Y todas las joyas de Baby a bordo. Quizá…, era un suponer, tenía la intención de fugarse con aquel imbécil de Piper.

Hutchmeyer se permitió el lujo de sonreír. Si había sido así, aquella desgraciada había tenido su merecido. Mientras aquellos documentos que le incriminaban y que ella había dejado en manos de sus abogados no salieran de pronto a la luz…

No era precisamente una perspectiva agradable. ¿Por qué no podía haber desaparecido de una manera más sencilla? ¿De un ataque cardíaco, por ejemplo?

CAPÍTULO XVI

En Maine, la mansión de los Van der Hoogen volvía a estar cerrada a cal y canto, con los muebles enfundados y vacía.

Tal como Baby le había prometido, su partida había pasado totalmente inadvertida.

Tras dejar a Piper solo en la tenue penumbra de la casa, Baby se había marchado a pie hasta Bellsworth como si tal cosa para comprar un coche de segunda mano.

—En cuanto lleguemos a Nueva York lo abandonaremos por ahí y compraremos otro —le dijo, mientras se dirigían hacia el sur—. No hay que dejar ningún rastro.

Piper, que estaba tendido en el suelo de la parte trasera, no compartía su esperanza.

—Sí, todo esto me parece muy bien —rezongó—, pero como no encontrarán nuestros cadáveres en la bahía seguirán con la búsqueda. Vaya, es de pura lógica.

Baby siguió conduciendo sin inmutarse.

—Creerán que la marea nos ha arrastrado hacia mar abierto —le dijo—. Eso es lo que habría ocurrido si nos hubiésemos ahogado de verdad. Además, en Bellsworth me he enterado de que han encontrado tu pasaporte y mis joyas en las maletas que han recuperado. Deben de creer que estamos muertos. Una mujer como yo no se separa de sus perlas y diamantes hasta que el buen Señor la llama.

Tendido en el suelo, Piper no pudo por menos de encontrar lógica aquella argumentación. Era indudable que Frensic & Futtle iban a pensar que estaba muerto, sin su pasaporte y sus libros de contabilidad…

—¿Han encontrado mis cuadernos de notas? —le preguntó.

—De eso no han dicho nada, pero si encontraron tu pasaporte, que lo encontraron, es seguro que los cuadernos de notas también debían de estar ahí.

—Pues no sé qué voy a hacer sin mis cuadernos de notas… —suspiró Piper—. Eran el trabajo de toda una vida.

Tendido en el suelo, Piper observó las copas de los árboles desfilando fugaces, y más allá el cielo azul, y pensó en el trabajo de su vida. Ahora ya no terminaría nunca *En busca de la infancia perdida.* Nunca le reconocerían como genio literario. Todas sus esperanzas se habían desvanecido con el incendio y sus consecuencias. Viviría lo que le quedaba de existencia en la tierra como autor póstumamente famoso de *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen*. Era un pensamiento intolerable que despertaba en él un empeño creciente de dejar las cosas claras. Tenía que existir una manera de retractarse. Claro que eso de retractarse desde el otro barrio no resultaba sencillo. Difícilmente se podía plantear escribir al suplemento literario del *Times* para declarar que no había escrito *Deteneos*, sino que Frensic & Futtle se la habían atribuido falsamente con fines más que dudosos. Cartas firmadas «el difunto Peter Piper»… No, eso quedaba totalmente descartado. Por otra parte, le resultaba insufrible pasar a la historia de la literatura como pornógrafo.

Piper se debatió con el problema y finalmente se durmió.

Cuando despertó ya habían cruzado la frontera del estado y se encontraban en Vermont.

Esa noche se alojaron en un pequeño motel a orillas del lago Champlain como señor y señora Castorp. Baby se encargó de firmar en el libro de registro mientras Piper llevaba a su habitación dos maletas vacías que habían tomado prestadas de la mansión de los Van der Hoogen.

—Mañana habrá que comprar ropa y alguna que otra cosilla —dijo Baby.

Sin embargo, a Piper no le interesaban aquellas nimiedades materiales.

Mirando hacia el exterior, de pie junto a la ventana, trataba de hacerse a la increíble idea de que, a fin de cuentas, estaba prácticamente casado con aquella cabeza de chorlito.

—Te habrás dado cuenta de que nunca vamos a poder separarnos —dijo por fin.

—No veo por qué —repuso Baby desde las profundidades de la ducha.

—Pues por la sencilla razón de que no tengo identidad y no podré conseguir ningún trabajo —le aclaró Piper—. Además, tú tienes todo el dinero y, si la policía atrapara a alguno de los dos, nos pasaríamos el resto de nuestras vidas en la cárcel.

—Te preocupas demasiado —le dijo Baby—. Esta es la tierra de las oportunidades. Iremos a un lugar en el que a nadie se le ocurrirá buscarnos y empezaremos de nuevo.

—¿Como por ejemplo?

Baby surgió de la ducha.

—Como por ejemplo el Sur. El profundo Sur —repuso—. Ese es uno de los sitios al que Hutchmeyer no irá nunca a buscarnos. Está obsesionado con el Ku Klux Klan. Nunca ha puesto los pies al otro lado de la frontera Mason-Dixon.

—¿Y qué demonios voy a hacer yo en el profundo Sur? —preguntó Piper.

—Siempre podrías probar cómo se te da escribir novelas sureñas. Puede que Hutch no haya pisado el Sur en su vida, pero publica un montón de novelas sobre él. Son esas en las que suele aparecer un hombre con un látigo en la portada y una chica acurrucada en un rincón. Éxitos de ventas seguros.

—Suena exactamente a mi tipo de libro —refunfuñó Piper desconsolado, antes de meterse en la ducha.

—Siempre te quedaría la posibilidad de escribir bajo seudónimo.

—Gracias a ti no voy a tener otro remedio.

Y mientras anochecía fuera de la habitación, Piper se metió en la cama y siguió meditando sobre su futuro.

Baby exhaló un suspiro desde la otra cama individual que había junto a la suya.

—Es fantástico eso de estar con un hombre que no mea en el lavabo —murmuró.

Piper resistió la invitación sin dificultad.

A la mañana siguiente siguieron adelante por carreteras secundarias y, mientras avanzaban lentamente en dirección sur, la mente de Piper seguía lidiando con el problema de cómo reanudar su interrumpida carrera.

En Scranton, Baby dio la camioneta como entrada para un Ford nuevo y Piper aprovechó la ocasión para comprarse un par de libros de contabilidad, un tintero de Higgins Ink y una pluma Esterbrook.

—Si no otra cosa, siempre podré escribir un diario —explicó a Baby.

—¿Un diario? Si nunca contemplas el paisaje y comemos siempre en McDonalds, no sé qué vas a poner ahí.

—Pensaba escribirlo de una manera retrospectiva. A modo de reivindicación. Haría…

—¿Reivindicación? ¿Y cómo piensas escribir un diario de una manera retrospectiva?

—Bueno, empezaría explicando la propuesta que me hizo Frensic de venir a los Estados Unidos y luego seguiría el relato día tras día, con mi viaje hasta aquí y todo lo demás. Eso le daría autenticidad.

Baby aminoró la marcha y se detuvo en un área de descanso.

—Vamos a dejar esto bien claro: escribes el diario hacia atrás…

—Sí, creo que Frensic me mandó el telegrama el 10 de abril…

—Sigue. Empiezas por el 10 de abril, ¿y luego qué?

—Bueno, pues luego cuento que yo no quería, pero que ellos me convencieron prometiéndome que a cambio publicarían *En busca* y todo lo demás.

—¿Y dónde terminaría?

—¿Terminar? —dijo Piper—. Yo no pensaba en terminarlo. Iría escribiendo y…

—¿Y qué me dices del incendio y todo eso? —le preguntó Baby.

—Bueno, eso también lo pondría. No me quedaría otro remedio.

—Y también que empezó por accidente, supongo.

—Bueno, no, eso no lo diría. Porque no fue así, ¿no?

Baby le miró y meneó la cabeza.

—De modo que contarías cómo provoqué el incendio y luego mandé el crucero disparado para que hiciera saltar por los aires a Hutchmeyer y a Futtle, ¿no es eso?

—Supongo que sí —admitió Piper—. Yo creo que eso es lo que pasó y…

—Y eso es a lo que tú llamas reivindicación. Bueno, pues olvídalo. De eso ni hablar. Si quieres reivindicarte me parece muy bien, pero a mí no me impliques. Dije unidos por el destino y eso es exactamente lo que quería decir.

—Para ti es muy fácil decir eso —replicó Piper, displicente—, porque no tienes que llevar la carga que supone la reputación de haber escrito esa asquerosa novela, y además soy…

—Sí, claro, a mí sólo me toca cargar con un genio —soltó Baby antes de volver a poner el motor en marcha.

Piper se repantigó en el asiento, enfurruñado.

—Lo único que sé hacer es escribir —refunfuñó—, y tú no me dejas.

—Yo no he dicho eso —protestó Baby—. Sólo he dicho que nada de diarios retrospectivos. Los muertos no cuentan historias y menos aún a través de diarios, y además no comprendo por qué te tomas tan a pecho lo de *Deteneos*. A mí me pareció un libro estupendo.

—Sí, claro —suspiró Piper.— Lo que más me pica la curiosidad es quién lo escribió.

—Bueno, está claro que debían de tener una razón de peso para no dar a conocer su nombre.

—No hay más que leer esa porquería para darse cuenta de eso dijo Piper ofendido—. Para empezar, todo ese sexo…, y ahora todo el mundo convencido de que lo he escrito yo.

—¿Así que de haberlo escrito habrías suprimido todo ese sexo? —preguntó Baby.

—Desde luego. Eso habría sido lo primero y luego…

—Sin sexo no se habría vendido. Por lo menos eso sí que lo he aprendido del negocio editorial.

—Pues mejor que mejor —replicó Piper—. Socava los valores humanos, eso es lo que hace.

—En ese caso deberías reescribirlo tal como consideras que tendría que ser…

Y sorprendida ante aquel súbito ramalazo de inspiración se quedó sumida en un silencio meditabundo.

Tras recorrer treinta kilómetros, pasaron por un pueblecito y Baby aparcó el coche para entrar en un supermercado.

Al regresar, llevaba en la mano un ejemplar de *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen*.

—Se vende como rosquillas —le dijo al tendérselo.

Piper miró la fotografía que aparecía reproducida en la contraportada. Se la habían hecho en aquellos días felices de Londres en que bebía los vientos por Sonia, y aquel rostro anodino que le sonreía se le antojó el de un desconocido.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer con esto? —le preguntó.

Baby sonrió.

—Escribirlo.

—¿Escribirlo? —dijo Piper—. Pero si ya está…

—No como lo habrías escrito tú, y tú eres el autor.

—Eso sí que no.

—Cariño, en algún lugar de este ancho mundo se encuentra el hombre que escribió este libro. Ahora bien, él lo sabe, Frensic lo sabe, esa zorra de la Futtle lo sabe y nosotros lo sabemos también. Pero eso es todo. Hutch no.

—Gracias a Dios —se alegró Piper.

—Exactamente. Y si tú lo ves así, imagínate cómo lo deben de ver Frensic & Futtle en este momento. Hutch pagó dos millones por esta novela y eso es mucho dinero.

—Una cantidad absurda —la corrigió Piper—. ¿Sabías que a Conrad sólo le…?

—No, ni me interesa. Lo único que me interesa ahora mismo es qué pasaría si reescribieras esta novela con esa preciosa caligrafía tuya y Frensic recibiera el manuscrito.

—¿Que Frensic recibiera…? —saltó Piper, pero Baby le hizo callar.

—Tu manuscrito —le recalcó—, de ultratumba.

—¿Mi manuscrito de ultratumba? Se volvería loco.

—Eso para empezar, luego lo remataríamos con una petición de anticipo por los derechos de autor —le explicó Baby.

—Pero es que entonces sabría que estoy vivo —se quejó Piper— y se iría derecho a la policía y…

—Si hace eso va a tener que dar un montón de explicaciones a Hutch y a todo el mundo, y Hutch le echaría encima a sus abogados sabuesos. Sí, señor, tenemos a los señores Frensic & Futtle en un puño.

—Estás loca —dijo Piper—, loca de atar. Si de verdad crees que estoy dispuesto a reescribir ese espanto…

—¿Pero no eras tú el que quería recuperar tu reputación intachable? —le recordó Baby cuando ya salían del pueblo—. Pues ésta es la única manera de conseguirlo.

—Me gustaría saber cómo hacerlo.

—Ya te lo enseñaré yo —le tranquilizó Baby—. Eso déjalo en manos de mamaíta.

Aquella misma noche, Piper abrió su primer libro de contabilidad en otra habitación de motel, preparó pluma y tintero tan metódicamente como lo había hecho en otras ocasiones en la casa de huéspedes Gleneagle y, con un ejemplar de *Deteneos* dispuesto en vertical ante sus ojos, empezó a escribir.

En el encabezamiento de la primera página escribió «Capítulo primero» y a continuación: «La casa se alzaba en lo alto de una loma, rodeada de tres olmos, un haya y un cedro de la India cuyas ramas horizontales le daban un aire…».

A su espalda, Baby descansaba en una cama y sonreía satisfecha.

—No incluyas demasiados cambios en este primer borrador —le advirtió—. Tenemos que procurar que parezca lo más auténtico posible.

Piper dejó de escribir.

—Pero yo pensaba que lo más importante de toda esta maniobra era recuperar mi reputación perdida a través de la reescritura de este…

—Eso ya lo harás en el segundo borrador —le explicó Baby—. Con éste sólo vamos a arrancarles unas chispas a Frensic & Futtle, así que procura no alejarte del texto.

Piper volvió a coger la pluma y procuró no alejarse del texto.

Introdujo varios cambios por página, pero luego los tachó y restituyó las palabras originales. De vez en cuando, Baby se levantaba y parecía satisfecha después de leer por encima de su hombro.

—Esto va a sacar de quicio a Frensic —dijo.

Sin embargo, Piper apenas la oía. Acababa de recuperar su antigua existencia, y con ella, su identidad. Escribía empujado por la obsesión, perdido una vez más en un mundo imaginado por otro, y mientras escribía, pensaba ya en los cambios que iba a introducir en el segundo borrador, el borrador con el que iba a salvar su reputación.

Cuando Baby se acostó a medianoche Piper seguía copiando y así siguió hasta que a la una, por fin, cansado pero satisfecho, se cepilló los dientes y se metió en la cama. Seguiría por la mañana.

Con todo, a la mañana siguiente volvían a estar de nuevo en la carretera y tuvo que esperar hasta media tarde, cuando Baby se detuvo en un Howard Johnson de Beanville, Carolina del Sur, para poder ponerse de nuevo manos a la obra.

Y mientras Piper reanudaba su vida como novelista peripatético y derivativo, Sonia Futtle lloraba su muerte con una pasión que decía mucho en su favor y que tenía desconcertado a Hutchmeyer.

—¿Qué es eso de que no va a asistir al funeral? —reprendió a MacMordie, en cuanto se enteró de que la señorita Futtle había presentado sus excusas, alegando que no estaba dispuesta a tomar parte en aquella farsa sólo para fomentar las ventas de *Deteneos*.

—Dice que sin cadáveres en los ataúdes… —intentó explicarle MacMordie antes de que un Hutchmeyer apoplético le hiciera callar de golpe.

—¿Y de dónde demonios espera que saque los cadáveres? La poli no los ha encontrado. Los investigadores de la compañía de seguros tampoco los han encontrado. Los submarinistas del cuerpo de guardacostas tampoco los han encontrado, ¿y espera que yo encuentre esos chismes? A estas alturas ya deben de estar en el Atlántico o se los habrán zampado los tiburones.

—¿Pero no habías dicho que les habían atado un peso, como de hormigón? —se extrañó MacMordie—. Porque si es así…

—Ahora ya no importa lo que haya dicho o dejado de decir, MacMordie. Lo que te digo ahora es que tenemos que ser prácticos con lo de Baby y Piper.

—¿Y no va a resultar difícil? Bueno, como están muertos en paradero desconocido y todo eso… Me refiero a que…

—Y yo me refiero a que tenemos una campaña de promoción capaz de colocar *Deteneos* en lo más alto de las listas.

—La computadora dice que las ventas van muy bien.

—¿Bien? ¡Bien no es suficiente! Tendrán que ser bárbaras. Tal como lo veo yo, tenemos la oportunidad de construirle una reputación a ese Piper como la de… ¿Cómo se llamaba ese hijo de puta que se mató en un accidente de coche?

—Es que hay tantos que es dificililllo…

—En Hollywood. Un tío famoso.

—James Dean —dijo MacMordie.

—No, ése no. Un escritor. Escribió un libro estupendo sobre insectos.

—¿Insectos? —se extrañó MacMordie—. Serán hormigas. Una vez leí un libro estupendo sobre hormigas…

—Hormigas no, ¡por el amor de Dios! Esas cosas que tienen unas patas muy largas, como los saltamontes, y se zampan todo lo que encuentran a su paso a lo largo de kilómetros y kilómetros.

—Ah, langostas. *El día de la langosta*. Todo un peliculón. Recuerdo aquella escena en la que un tío se ponía a saltar encima de un chiquillo y…

—De la película no quiero saber nada, MacMordie. ¿Cómo se llamaba el tío que escribió el libro?

—West —repuso MacMordie—, Nathanael West. Aunque en realidad se llamaba Weinstein.

—¿Y a quién le importa su verdadero nombre? Nadie había oído hablar de él, pero se mata en uno de esos accidentes y de pronto salta a la fama. Lo bueno es que con Piper todavía lo tenemos mejor, porque hay misterio y puede que hasta algún gángster. Una casa que arde, barcos que vuelan en pedazos, un tío que está enamorado de una vieja y de pronto le ocurre lo mismo a él.

—En pasado —le recordó MacMordie.

—Eso es, eso es exactamente lo que quiero: su pasado. Un informe completo: dónde vivía, qué hacía, las mujeres a las que amaba…

—¿Como la señorita Futtle? —dijo MacMordie con flagrante falta de tacto.

—¡No! —le espetó Hutchmeyer—, como la señorita Futtle no. Ni siquiera piensa asistir al funeral de ese pobre desgraciado. Las otras. Con lo que llegó a escribir en ese libro tiene que haberlas.

—Con lo que llegó a escribir en ese libro es muy posible que a estas alturas ya estén muertas. Bueno, la heroína tenía ochenta años y él diecisiete. Ese Piper rondaría ahora los veintiocho, treinta a lo sumo, de modo que tuvo que ocurrir hace once años, lo cual la dejaría con noventa, alrededor de esa edad en la que se tiene tendencia a olvidar las cosas.

—¡Jesús! ¿Es que se te tiene que dar todo masticado? ¡Inventa, MacMordie, inventa! Llama a Londres y habla con Frensic para que te mande los recortes de prensa. Seguro que encuentras algo que nos pueda ser de utilidad.

MacMordie salió de la habitación y pidió que le pusieran con Londres, para regresar a los veinte minutos con la noticia de que Frensic se había mostrado poco cooperador.

—Dice que no sabe nada de nada informó a un Hutchmeyer ceñudo—. Al parecer, ese tal Piper le mandó el libro, Frensic lo leyó, lo mandó a Corkadale, les gustó y lo compraron, y eso es prácticamente todo. Nada de su pasado. Nada de nada.

—Pero tiene que haber algo… Por lo menos nació en alguna parte, ¿o no? Y su madre…

—No tenía parientes. Sus padres murieron en un accidente de automóvil. Vaya, que prácticamente viene a ser como si no hubiera existido.

—Mierda —se quejó Hutchmeyer.

Que fue más o menos la palabra que asaltó los pensamientos de Frensic al colgar el teléfono tras la llamada de MacMordie. Perder a un autor que no había escrito un libro ya era lo suficientemente espantoso como para que encima tuviera que aguantar que le pidieran material con detalles sobre su vida pasada. Luego le tocaría a la prensa, a una de esas reporteras entrometidas sobre la pista de la trágica infancia de Piper.

Frensic se dirigió al despacho de Sonia y revolvió en el archivo buscando la correspondencia de Piper. Tal como esperaba, era abultada.

Se llevó el expediente al despacho y se sentó preguntándose qué iba a hacer con aquello. El primer impulso de quemarla se le pasó en cuanto cayó en la cuenta de que del mismo modo que Piper, con los años, le había escrito infinidad de cartas desde diversas casas de huéspedes, él le había respondido con la misma frecuencia. Las copias de las respuestas de Frensic estaban en el expediente, pero los originales debían de seguir probablemente a buen recaudo en algún lugar seguro. ¿En manos de una tía, quizá? ¿O acaso de una espantosa patrona de casa de huéspedes?

Frensic seguía sentado y sudaba. Había dicho a MacMordie que Piper no tenía parientes, pero ¿qué ocurriría si luego resultaba que tenía toda una retahíla de tías, tíos y primos avariciosos, impacientes por beneficiarse de los derechos de autor? ¿Y el testamento qué? Conociendo a Piper tan bien como lo conocía, Frensic pensó que era muy poco probable que hubiera redactado uno, en cuyo caso el asunto de su legado podía muy bien terminar en los tribunales y entonces…

Frensic preveía unas consecuencias que le dejaban helado. Por un lado estaba el autor anónimo que exigía su anticipo y por otro… Y en medio del follón la empresa Frensic & Futtle arrastrada por el fango, desenmascarada como responsable del fraude, demandada por Hutchmeyer, por los parientes de Piper, obligada a pagar sumas astronómicas por daños y perjuicios y unas costas altísimas antes de terminar en la bancarrota. Y todo eso sólo porque un cliente demente de Cadwalladine se había empeñado en proteger el secreto de su identidad.

Tras haber llegado a esta horripilante conclusión, Frensic volvió a dejar el expediente en el archivador-previo reetiquetado con el nombre de Sr. Smith como precaución mínima contra ojos fisgones— y trató de pensar en alguna estrategia para defenderse. La única justificación que se le ocurrió era que se había limitado a actuar siguiendo las instrucciones del señor Cadwalladine y, dado que Cadwalladine & Dimkins era un bufete de abogados sumamente respetable, estarían tan deseosos como él de evitar cualquier tipo de escándalo legal. Y lo mismo podía decirse seguramente del verdadero autor. Un consuelo mísero. Si Hutchmeyer llegaba a olerse siquiera el engaño se armaría la gorda. Y luego estaba Sonia, que, a juzgar por la actitud que había demostrado por teléfono, estaba sumamente afectada y, por lo tanto, en un estado óptimo para cometer imprudencias.

Frensic alargó la mano hacia el teléfono y marcó el prefijo de internacional con el fin de ponerse en contacto con el Gramercy Park Hotel. Había llegado el momento de que Sonia Futtle regresara a Inglaterra.

Cuando logró establecer comunicación fue para enterarse de que la señorita Futtle se había marchado ya y, según el empleado de recepción, debía de encontrarse «en mitad del Atlántico».

—Se encuentra «sobre» —corrigió Frensic, antes de lamentar lo mucho que había que objetar sobre el uso del inglés por parte de los norteamericanos.

Esa misma tarde, Sonia aterrizó en Heathrow y cogió un taxi directo a Lanyard Lañe para encontrarse a Frensic en un estado aparente de luto riguroso.

—Yo tengo la culpa —se acusó Frensic, anticipándose a sus quejas—. No tendría que haber permitido nunca que el pobre Piper pusiera en peligro su carrera con ese viaje. Nuestro único consuelo es que se ha labrado un nombre como novelista. Dudo que de haber vivido lo suficiente hubiese conseguido escribir un libro mejor.

—Pero es que ése no es suyo —se lamentó Sonia.

Frensic asintió.

—Ya lo sé, ya lo sé —murmuró—, pero por lo menos se ha ganado una reputación. Y habría sabido apreciar la ironía del asunto. Era un gran admirador de Thomas Mann, ¿sabes? El mejor homenaje que podemos rendirle es nuestro silencio.

Y después de haberse apropiado de las recriminaciones de Sonia, Frensic dejó que se desahogara contándole la historia de la noche de la tragedia y la consiguiente reacción de Hutchmeyer.

Al final se quedó sin saber más que al principio.

—Se me antoja curiosísimo —comentó cuando hubo terminado—. Lo único que se me ocurre es que, fuera quien fuera, cometió un tremendo error equivocándose de personas. Ahora bien, si hubieran asesinado a Hutchmeyer…

—Me habrían asesinado a mí también —concluyó Sonia entre lágrimas.

—Hay que agradecer la más insignificante de las clemencias —dijo Frensic.

A la mañana siguiente, Sonia Futtle reanudó sus actividades en el despacho.

Durante su ausencia, se había recibido un nuevo lote de historias de animales, así que mientras Frensic se felicitaba por su gran sentido de la táctica y rezaba en silencio sentado frente a su escritorio para que aquello no tuviera mayores repercusiones, Sonia estaba atareada con Bernie el castor.

Necesitaba una pequeña revisión, pero la historia prometía.

CAPÍTULO XVII

En una habitación de Smoky Mountains, Piper empezaba a pensar lo mismo de *Deteneos*. Sentado en el porche frente al lago en el que Baby se estaba bañando, tenía que reconocer que su primera impresión de la novela había sido errónea. Se había dejado engañar por los fragmentos en los que se hablaba explícitamente de sexo.

Sin embargo, ahora que la había copiado palabra por palabra, se daba perfecta cuenta de que la estructura fundamental de la historia era muy correcta. En realidad, había incluso largos pasajes del libro que trataban con gran profundidad cuestiones importantes.

Prescindiendo de la diferencia de edad entre Gwendolen y Anthony, el narrador, y suprimiendo la pornografía, *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen* tenía todos los ingredientes de la literatura con mayúsculas. Desentrañaba con considerable seriedad el sentido de la vida, el papel del escritor en la sociedad contemporánea, el anonimato del individuo dentro de la colectividad urbana y la necesidad de volver a los valores tradicionales, aquellos de tiempos más civilizados. Era especialmente certera al hablar de las miserias de la adolescencia y de las satisfacciones que puede procurar el oficio de la ebanistería.

«Gwendolen deslizó los dedos por las nudosidades y relieves del roble con una sensualidad que parecía negar sus años. "La dureza del tiempo ha domado la fiereza de la madera", dijo."Y tú esculpirás en el grano y darás forma a la que era antes informe e insensible."»

Piper asintió con aprobación. Los fragmentos como aquél tenían verdadero mérito y, lo que era aún mejor, le servían de inspiración. Él también esculpiría en el grano de su novela y le daría forma, de modo que en la versión revisada no quedara ni rastro de la grosería de aquel éxito de ventas y, tras ser eliminada la carga sexual que mancillaba la mismísima esencia del libro, se erigiera como monumento a su gloria literaria. Una gloria póstuma, quizá, pero cuando menos recobraría su buen nombre.

En los años futuros, los críticos compararían ambas versiones y, gracias a sus supresiones, se darían cuenta de que en su forma original y no comercial las intenciones del autor eran de una calidad literaria excelsa y que, si la novela había sufrido algunos cambios con posterioridad, sólo había sido para ajustarse a las exigencias de Frensic y Hutchmeyer y a su depravada visión de los gustos del público. De este modo recaería sobre ellos la responsabilidad de aquel éxito de ventas y él se vería exonerado. Es más, le aclamarían.

Piper cerró el libro de contabilidad y se puso de pie cuando Baby salió del agua y echó a andar por la playa en dirección a su caseta.

—¿Ya has terminado? —le preguntó.

Piper asintió.

—Mañana empezaré la segunda versión —le dijo.

—Mientras tú te ocupas de eso me encargaré de llevarme la primera versión a Ashville para que hagan una fotocopia. Cuanto antes la reciba Frensic, antes atizaremos el fuego.

—Te agradecería que no utilizaras esa expresión —dijo Piper—: «atizar el fuego». Y, además, ¿desde dónde lo vas a mandar? Podrían localizarnos por el matasellos.

—Pasado mañana ya no estaremos aquí. Tenemos alquilado esto para una semana, así que mañana me acercaré en coche hasta Charlotte, cogeré un avión para Nueva York y

lo mandaré desde allí. Estaré de vuelta mañana por la noche y pasado nos pondremos en marcha.

—Me gustaría tanto no tener que ir de aquí para allá continuamente… —se quejó Piper—. Esto me gusta. No ha venido nadie a molestarnos, y además he tenido tiempo para escribir. ¿Por qué no podemos quedarnos?

—Porque esto no es el profundo Sur —repuso Baby—, y cuando dije profundo, quería decir profundo. En Alabama y Mississippi hay lugares de los que nadie ha oído hablar jamás y yo quiero verlos.

—Pues por lo que he oído de Mississippi, no es que tengan debilidad por los forasteros —dijo Piper—. Nos van a hacer muchas preguntas.

—Has leído demasiados Faulkners —replicó Baby—, y además, en el lugar al que vamos, con un cuarto de millón de dólares se pueden comprar muchas respuestas.

Baby entró a cambiarse y, después del almuerzo, Piper se fue a nadar al lago y paseó por la orilla sin poder alejar sus pensamientos de los cambios que iba a realizar en *Deteneos Dos*.

Por lo pronto, ya había decidido cambiarle el título: lo llamaría *Obra en regresión*. Tenía un toque *Finnegans Wake* que satisfacía su sentido literario. Y, al fin y al cabo, Joyce también había reescrito sus novelas una y otra vez sin tener en cuenta en absoluto sus posibilidades comerciales. Y exiliado de su tierra, además.

Por un momento, Piper se imaginó siguiendo los pasos de Joyce, de incógnito y eternamente revisando el mismo libro, con la salvedad de que, en su caso, nunca le estaría permitido saltar en vida de la oscuridad a la fama. A no ser, claro está, que su obra pusiera de manifiesto un genio tan indiscutible que la nimiedad del incendio, de las embarcaciones en llamas y hasta de su presunta muerte entraran a formar parte del aura que rodea invariablemente a los grandes autores. Sí, la grandeza le absolvería.

Piper se dio media vuelta y apuró el paso siguiendo la orilla hasta la casa. Se pondría a trabajar en *Obra en regresión* de inmediato.

Sin embargo, al llegar se encontró con que Baby ya se había llevado el coche y su primer manuscrito a Ashville.

Le había dejado una nota encima de la mesa.

Decía sin más: «Me he marchado hoy. Volveré mañana. Sigue con ello, Baby».

Piper siguió con ello.

Se pasó la tarde entera pluma en ristre revisando *Deteneos* y alterando cualquier referencia a la edad. Gwendolen perdió cincuenta y cinco años y se convirtió en una chica de veinticinco, y Anthony ganó diez, con lo que pasó a tener veintisiete. Además, aprovechó los intervalos para eliminar todas las referencias a aquellas actividades sexuales singulares que habían garantizado el éxito popular del libro.

Se entregó a dicha tarea con especial ahínco y, cuando hubo terminado, se sintió henchido de un sentimiento de rectitud tal que decidió dar cuenta de él en su cuaderno de Ideas.

«La comercialización del sexo como algo susceptible de ser comprado y vendido es la mismísima raíz de la degradación de la civilización actual. A lo largo de mis escritos, he batallado por erradicar el sexo con el fin de plasmar únicamente la esencia de las relaciones humanas.»

A la mañana siguiente, madrugó y se instaló en la mesa del porche.

Ante él se extendía la primera página en blanco de su libro de contabilidad a la espera de su impronta. Piper mojó la pluma en el tintero y empezó a escribir.

«La casa se alzaba en lo alto de una loma, rodeada de tres olmos, un haya y un…»

Se quedó atascado. No estaba muy seguro de cómo era un cedro de la India y no tenía ningún diccionario donde consultarlo, así que lo cambió por «roble», pero se volvió a quedar atascado. ¿Los robles tenían ramas horizontales? Seguramente, algunos sí. Sin embargo, aquel tipo de detalles no tenían importancia. Lo esencial era analizar la relación entre Gwendolen y el narrador. Los grandes libros no prestaban atención a los árboles. Trataban sobre gente, sobre lo que una gente sentía por otra y lo que pensaba de ella. Lo realmente importante era la perspicacia, y los árboles no tenían nada que ver con ella, así que el cedro de la India podía quedarse tal cual. Piper tachó «roble», restituyó «cedro de la India» y prosiguió con la descripción durante media página más antes de tropezarse de nuevo con un problema.

¿Cómo iba a estar Anthony, el narrador, de vacaciones escolares si tenía veintisiete años? A menos, claro está, que fuera profesor, en cuyo caso debía enseñar algo, lo cual presuponía saber. Piper hizo un esfuerzo por recordar sus días de colegio para encontrar un modelo que le sirviera para Anthony, pero todos los profesores de su escuela habían sido hombres indescriptibles que habían hecho poca mella en él. Sólo le quedaba la señorita Pears, pero ella era profesora.

Piper dejó la pluma y se puso a pensar en la señorita Pears.

De haber sido un hombre…, o si fuera Gwendolen y él fuera Anthony…, y, si en lugar de veintisiete, Anthony tuviera catorce años…, o, mejor aún, si sus padres hubiesen vivido en una casa en lo alto de una loma, rodeada de tres olmos, un haya y un…

Piper se puso de pie y empezó a andar por el porche, con la mente espoleada por un nuevo ramalazo de inspiración. De pronto acababa de caer en la cuenta de que el material en bruto de *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen* podía servirle para destilar la esencia de *En busca de la infancia perdida*. Y si no alcanzaba a destilarla, cuando menos podía amalgamar las dos. Tendría que realizar cambios considerables. Al fin y al cabo, los fontaneros tuberculosos no vivían en lo alto de lomas. Claro que su padre nunca había padecido tuberculosis. Eso lo había sacado de Lawrence y de Thomas Mann. Por lo demás, la idea de una relación sentimental entre un colegial y su profesora era un motivo natural, siempre que no se llegara al plano físico, desde luego.

Sí, ya lo tenía: iba a escribir *Obra en regresión* como *En busca*.

Una vez decidido esto, se sentó a la mesa, cogió la pluma y empezó a copiar. No tenía por qué molestarse en cambiar la estructura fundamental de la historia: el cedro de la India, la casa sobre la loma y todas las demás descripciones de casas y lugares se podían dejar tal cual. El único ingrediente novedoso radicaría en el añadido de una adolescencia problemática y en la presencia de sus atormentados padres.

Y luego estaría la señorita Pears en el papel de Gwendolen, su mentora, consejera y profesora, con la que entablaría una importantísima relación, profundamente sexual y sin sexo.

Y, una vez más, las palabras volvieron a surgir indeleblemente negras en la página con la misma elegancia que tantas satisfacciones le había procurado antaño.

A sus pies, el lago resplandecía bajo el sol de verano y la brisa despeinaba las copas de los árboles que rodeaban su caseta, pero Piper era totalmente ajeno al paisaje.

Acababa de retomar el hilo de su existencia en el punto donde se había interrumpido en la casa de huéspedes Gleneagle de Exforth y volvía a sumergirse en *En busca*.

Aquella noche, cuando Baby regresó de su vuelo a Nueva York tras haber mandado el primer manuscrito de Piper a Frensic & Futtle, Lanyard Lañe, Londres, con todas las

precauciones debidas, se encontró con que Piper volvía a ser el de siempre. El trauma del incendio y de su huida ya era agua pasada.

—Verás, lo que estoy haciendo es combinar mi novela con *Deteneos* —le explicó mientras se servía una copa—. Gwendolen, en lugar de…

—Ya me lo contarás por la mañana —le interrumpió Baby—. He tenido un día agotador y mañana tenemos que ponernos de nuevo en camino.

—Ya veo que has comprado otro coche —comentó Piper, mirando el Pontiac rojo.

—Con aire acondicionado y matrícula de Carolina del Sur. Al que se le ocurra salir en nuestra búsqueda lo va a pasar mal. Esta vez ni siquiera he dejado el Ford como pago inicial: lo he vendido en Beanville, he cogido un autocar hasta Charlotte y me he comprado éste en Ashville en el camino de vuelta. Ya lo cambiaremos por otro más al sur. Así no dejaremos huellas.

—Pues mandando manuscritos de *Deteneos* a Frensic no creo que lo consigamos —dijo Piper—. Se va a enterar enseguida de que no estoy muerto.

—Eso me recuerda que le he enviado un telegrama en tu nombre.

—¿Que has hecho qué? —graznó Piper.

—Enviarle un telegrama.

—¿Diciéndole qué?

—Sólo «transfieran anticipo derechos autor First National Bank Nueva York número cuenta 478776 abrazos Piper».

—Pero si yo no tengo ninguna cuenta…

—Pues ahora ya la tienes, cielito. He abierto una a tu nombre y he hecho un primer ingreso. Mil dólares. De modo que cuando Frensic reciba esa felicitación de cumpleaños…

—¿Felicitación de cumpleaños? ¿Le mandas un telegrama exigiéndole dinero y lo llamas felicitación de cumpleaños?

—Tenía que retrasarlo como fuera para que tuviera tiempo de leer el original de *Deteneos* —se excusó Baby—, así que les he dicho que su cumpleaños era el 19 y van a aplazar la transmisión.

—¡Por Dios santo! —exclamó Piper—. ¡Menuda felicitación de cumpleaños! Supongo que ya estarás enterada de que padece del corazón. Un susto así podría matarle.

—Así ya seréis dos —dijo Baby—. En realidad, él te ha matado…

—¡De eso nada! ¡Has sido tú la que ha firmado mi certificado de defunción y ha puesto fin a mi carrera como novelista!

Baby apuró la copa y exhaló un suspiro.

—Y así es como me lo pagas… Tu carrera como novelista está a punto de empezar.

—A título póstumo —puntualizó Piper con amargura.

—Bueno, siempre es mejor tarde que nunca —le recordó Baby antes de acostarse.

A la mañana siguiente, el Pontiac rojo dejó atrás el motel y enfiló la serpenteante carretera de montaña en dirección a Tennessee.

—Nos adentraremos en el oeste hasta Memphis —le explicó Baby—, dejaremos el coche abandonado y volveremos sobre nuestros pasos en autocar hasta Chattanooga. Siempre he querido ver el Choo Choo.

Piper no dijo palabra. Y es que acababa de recordar cómo había conocido a la señorita Pears Gwendolen: había ocurrido durante las vacaciones de verano en que sus padres se lo llevaron a Exforth y, en lugar de ir a la playa con ellos, había preferido ir a la biblioteca pública, donde… La casa ya no se alzaba en lo alto de una loma. Se levantaba en la cima de una colina junto a los acantilados, con las ventanas mirando al mar.

Claro que tal vez no fuera una buena idea. Por lo menos, no para la segunda versión. No, la dejaría como estaba y se concentraría en las relaciones. De este modo lograría una mayor coherencia entre *Deteneos* y *Obra en regresión*, mayor autenticidad. Sin embargo, en la tercera revisión trabajaría en el paisaje y la casa se levantaría en los acantilados, dominando Exforth. Y con cada nueva versión se iría aproximando más y más a aquella gran novela en la que llevaba trabajando diez años.

Piper se sonrió al caer en la cuenta de ello. Como autor de *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen* había conseguido la fama que siempre había anhelado, se la habían endilgado a la fuerza, así que ahora reescribiría sin prisa pero sin pausa aquel mismo libro y reproduciría la obra maestra literaria a la que había dedicado su vida. Y Frensic no iba a poder hacer nada por impedírselo.

Aquella noche se alojaron por separado en dos moteles distintos de Memphis y, a la mañana siguiente, se encontraron en la terminal de autobuses y compraron un billete para Nashville.

El Pontiac rojo había desaparecido, pero Piper ni siquiera se tomó la molestia de preguntar a Baby qué había hecho con él.

Tenía cosas más importantes en que pensar. ¿Qué ocurriría, por ejemplo, si Frensic sacaba a la luz el auténtico manuscrito original de *Deteneos* y reconocía haber enviado a Piper a América en calidad de sustituto del verdadero autor?

—Dos millones de dólares —dijo Baby sucintamente cuando le planteó aquella posibilidad.

—No veo qué tienen que ver con esto —confesó Piper.

—Es el precio del riesgo que corrió jugando al póquer con Hutch. Si apuestas dos millones por un farol tienes que tener tus buenas razones para hacerlo.

—Pues no se me ocurre cuáles pueden ser. Baby sonrió.

—Por ejemplo la identidad del verdadero autor. Y ahora no me salgas con todas esas majaderías sobre ese tío que tiene seis hijos y una artritis terminal, porque eso no se lo traga nadie.

—¿Ah, no? —se sorprendió Piper.

—De ninguna manera. Así que lo que tenemos es a Frensic dispuesto a poner en peligro su reputación como agente literario por su porcentaje de dos millones y a un autor que se pone de acuerdo con él porque quiere proteger a toda costa su precioso anonimato de cualquier filtración. Un conjunto de circunstancias de lo más raro. Si Hutch llegara a enterarse de esto les mataría.

—Pues si Hutchmeyer se entera de lo que hemos estado haciendo no se pondrá muy contento que digamos —dijo Piper, abatido.

—Sí, pero nosotros no vamos a estar en Lanyard Lañe y Frensic sí, y a estas alturas ya debe de estar sudando la gota gorda.

Y Frensic estaba sudando la gota gorda.

La llegada de un paquete enorme expedido desde Nueva York y dirigido «personalmente» a Frederick Frensic apenas había despertado su curiosidad. Como llegó temprano a la oficina lo subió a su despacho, pero había abierto varias cartas antes de prestarle atención. Sin embargo a partir de aquel momento se quedó petrificado en su silla con los ojos clavados en su contenido.

Ante él tenía, pulcramente fotocopiadas, hojas y hojas de la inconfundible caligrafía de Piper del igualmente inconfundible manuscrito original de *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen*. Y eso era imposible. Piper no había escrito aquel dichoso libro.

¡Cómo iba a escribirlo! Eso quedaba totalmente descartado.

Pero, por otra parte, ¿para qué le enviaban aquellas fotocopias de un manuscrito?

Frensic lo hojeó y advirtió las correcciones: se trataba del auténtico manuscrito de *Deteneos* y estaba en la caligrafía de Piper.

Frensic se levantó de la silla y revolvió en el archivador hasta dar con el expediente etiquetado «Señor Smith» para comparar la letra de las cartas de Piper con la del manuscrito. No había duda.

Hasta cogió una lupa y estudió la caligrafía letra por letra. Idéntica. ¡Dios santo! ¿Qué demonios estaba pasando?

Frensic se encontraba sumido en un estado indescriptible. Una especie de pesadilla en estado de vigilia se había apoderado de él. ¿Piper había escrito *Deteneos*? Los obstáculos que se interponían ante la suposición se le antojaban insalvables.

Aquel pobre desgraciado era incapaz de escribir y si había…, aunque hubiera logrado hacerlo de puro milagro, ¿cómo se explicaba lo del señor Cadwalladine y su anónimo cliente? ¿Por qué había tenido Piper que hacerle llegar una copia mecanografiada del libro a través de un abogado de Oxford? Y es que, para colmo, aquel estúpido estaba muerto.

¿Lo estaba de verdad? Claro, estaba requetemuerto, ahogado, asesinado…

El pesar de Sonia era demasiado genuino como para ponerlo en duda. Piper estaba muerto.

Lo cual le llevaba de nuevo a la pregunta inicial: entonces, ¿quién le había mandado aquel manuscrito *postmortem*? ¿Y desde Nueva York?

Frensic examinó el matasellos: Nueva York.

¿Y por qué fotocopiado? Tenía que haber alguna razón.

Frensic cogió de nuevo el paquete y revolvió en el interior con la esperanza de encontrar alguna pista, algo así como una carta explicativa. Sin embargo, estaba vacío.

Examinó el envoltorio: su dirección aparecía mecanografiada.

Frensic dio la vuelta al paquete buscando una dirección para su devolución, pero no encontró nada, así que volvió a concentrarse en las páginas y leyó unas cuantas más.

La autenticidad de la caligrafía no le planteaba dudas. Hasta las correcciones eran concluyentes, pues eran exactamente iguales a las que aparecían en cada versión anual de *En busca de la infancia perdida*: una frase tachada con pulcritud y la nueva escrita justo encima. Pero lo peor de todo era que incurría en las mismas faltas de ortografía.

Piper escribía siempre exuberante con «h» y vacío con «b», y ahí estaban una vez más como prueba irrefutable de que aquel maníaco había escrito el libro que se había impreso con su nombre bajo el título.

Claro que la decisión de utilizar el nombre de Piper no había salido de él. Se habían limitado a consultárselo cuando el libro ya estaba vendido…

Los pensamientos de Frensic giraban y giraban en círculo. Hizo un esfuerzo por recordar a quién se le había ocurrido el nombre de Piper. ¿A Sonia o a él…?

No conseguía acordarse y Sonia tampoco estaba ahí para echarle una mano. En realidad, se había marchado a Somerset para entrevistarse con el autor de *Bernie el* (asqueroso) *castor* y consultarle algunas correcciones de su obra.

Los castores, por muy locuaces que fueran, no soltaban nunca «Dios santo» ni «Qué demonios», y menos aún si pretendían convertirse en éxitos de literatura infantil.

Pero Frensic sí lo soltó, y varias veces además, mientras miraba fijamente las páginas que tenía ante sí.

Con todo, hizo un esfuerzo por no perder la calma y alargó la mano hacia el teléfono. Esta vez el señor Cadwalladine le iba a confesar quién era su cliente.

Sin embargo, el teléfono se le adelantó. Estaba sonando.

Frensic soltó un improperio y descolgó el auricular.

—Frensic & Futtle, agentes literarios, dígame… —soltó de un tirón antes de que la operadora le interrumpiera.

—¿Es usted el señor Frensic, el señor Frederick Frensic?

—Sí —repuso Frensic, de mal humor. Nunca le había gustado su nombre de pila.

—Tengo una felicitación de cumpleaños para usted —le anunció la operadora.

—¿Para mí? —balbuceó Frensic—. Pero si no es mi cumpleaños…

Sin embargo, una grabación canturreaba ya «Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos todos, cumpleaños feliz».

Frensic se apartó el auricular del oído.

—¡Ya le he dicho que hoy no es mi cumpleaños! —berreó a la grabación.

La operadora volvió a ponerse en línea.

—El telegrama de felicitación dice:

TRANSFIERAN ANTICIPO DERECHOS AUTOR FIRST NATIONAL BANK NUEVA YORK

NÚMERO CUENTA CUATRO SIETE OCHO SIETE SIETE SEIS ABRAZOS PIPER.

Repito: TRANSFIERAN…

Frensic permaneció sentado a la escucha. Empezaba a temblar.

—¿Quiere usted que le repita el número de cuenta? —se ofreció la operadora.

—No —dijo Frensic—… Sí.

Y cogiendo un lápiz con mano vacilante escribió el mensaje.

—Gracias —dijo inconscientemente cuando terminó.

—De nada —repuso la operadora, y la línea se cortó.

—¡Qué de nada ni qué puñetas! —se enfadó antes de colgar el teléfono.

Por un momento se quedó ensimismado ante la palabra «Piper» y luego atravesó el despacho con paso vacilante antes de meterse en el cuartucho en el que Sonia preparaba el café y lavaba las tazas.

Allí tenían guardada una botella de coñac para los casos de emergencia en que había que reanimar a autores rechazados.

—¿Rechazados? —murmuró Frensic mientras se servía un chupito—, ¡más bien resucitados!

Frensic apuró la mitad de la copa y regresó al escritorio sin sentir apenas alivio.

La pesadilla que suponía el manuscrito se había redoblado si cabe con el telegrama, pero ya no le resultaba incomprensible. Le estaban haciendo chantaje.

«Transfieran anticipo derechos de autor…»

De pronto, Frensic se sintió al borde del desmayo, así que se levantó de la silla y se tendió en el suelo con los ojos cerrados.

Al cabo de veinte minutos se puso en pie. El señor Cadwalladine se iba a enterar de una vez por todas de que no valía la pena andarse con jueguecitos con Frensic & Futtle.

Era inútil volver a telefonear a aquel desgraciado detestable: había llegado la hora de tomar medidas drásticas. Conseguiría que aquel hijo de mala madre confesara entre gritos el nombre de su cliente y así se terminarían de una vez aquellas pamplinas del secreto profesional.

La situación era desesperada y requería soluciones desesperadas.

Frensic salió del despacho y bajó a la calle.

Media hora después regresaba al despacho armado con un paquete que contenía un par de sandalias, gafas de sol, un traje de verano tropical y un panamá.

Lo único que le faltaba era dar con un picapleitos especializado en casos de libelo.

Frensic se pasó el resto de la mañana releyendo *Deteneos* buscando el personaje adecuado y luego llamó a Ridley, Coverup, Makeweight & Jones, Abogados de Ponsett House.

Su reputación de carroñeros en casos de difamación no tenía parangón.

El señor Makeweight atendería al profesor Facit a las cuatro.

A las cuatro menos cinco, con un ejemplar de *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen* bajo el brazo y sin distinguir nada a través de los cristales oscuros, Frensic estaba sentado en la sala de espera con los ojos clavados en las sandalias. Se sentía bastante orgulloso de ellas. Tenía la impresión de que, si algo le distinguía de Frensic, agente literario, eran precisamente aquellas sandalias horribles.

—El señor Makeweight le recibirá enseguida —anunció la recepcionista.

Frensic se levantó y se encaminó por un pasillo hasta la puerta en la que se leía señor Makeweight y entró.

Un aire rancio de respetabilidad legal impregnaba todo el despacho. Aunque no al señor Makeweight.

Bajito, moreno y expansivo, resultaba quizá excesivamente llamativo para el mobiliario.

Frensic le dio la mano y tomó asiento. El señor Makeweight le miraba expectante.

—Presumo que está usted preocupado por un fragmento de una novela —dijo.

Frensic colocó un ejemplar de *Deteneos* encima del escritorio.

—Bueno, bastante a decir verdad —confesó, vacilante—. Verá usted…, ha llegado a mi conocimiento a través de algunos de mis colegas aficionados a la lectura de novelas, —pues yo no soy un lector de ficción como comprenderá, pero ellos me han hecho notar… Bueno, estoy seguro de que debe de tratarse de una coincidencia…, pero les ha sorprendido que…

—¿Que un personaje de esta novela se parezca en cierto modo a usted? —le interrumpió el señor Makeweight, poniendo fin a los titubeos de Frensic.

—Bueno, no querría decir que se me parece… con la de delitos que comete…

—¿Delitos? —dijo el señor Makeweight mordiendo el anzuelo—. ¿Un personaje que se le parece y que comete delitos? ¿En esta novela?

—Se trata del nombre, ¿sabe usted?, Facit —dijo Frensic, echándose hacia adelante para abrir *Deteneos* por la página que había señalado—. Si tiene usted la bondad de leer el párrafo en cuestión comprenderá a qué me refiero.

El señor Makeweight leyó tres páginas y alzó los ojos empañados de una preocupación fingida con la que trataba de disimular su entusiasmo.

—¡Vaya por Dios! —dijo—. Le comprendo perfectamente. Se trata de afirmaciones sumamente graves.

—Eso me ha parecido a mí —dijo Frensic compungido—. Mi nombramiento como profesor de Ciencias Morales en la Universidad de Wabash está a punto de confirmarse y, francamente, si se llegara a pensar, aunque sólo fuera por un momento…

—Le comprendo —dijo el señor Makeweight—. Su carrera se vería comprometida.

—Arruinada —puntualizó Frensic.

El señor Makeweight eligió un cigarro con alegría.

—Y presumo que debemos dar por supuesto que usted nunca…, que esas afirmaciones no tienen fundamento alguno. Que, por poner un ejemplo, nunca ha seducido usted a ninguno de sus estudiantes del sexo masculino.

—¡Señor Makeweight! —replicó Frensic indignado.

—Desde luego. ¿Y que tampoco ha tenido usted nunca relaciones sexuales con ninguna chica de catorce años, después de haberle administrado barbitúricos disueltos en limonada?

—¡Naturalmente que no! Sólo de pensarlo se me revuelve el estómago. Y, además, no creo que hubiera sabido cómo hacerlo.

El señor Makeweight le observó con ojos críticos.

—No, yo diría que no —concluyó por fin—. ¿Y tampoco hay ni pizca de verdad en la acusación según la cual suspende usted sistemáticamente a todos los estudiantes que rechazan sus insinuaciones sexuales?

—Yo no me dedico a hacer insinuaciones sexuales a mis estudiantes, señor Makeweight. En realidad, no formo parte de los tribunales de examen ni imparto clases. No pertenezco a la universidad. He venido aquí aprovechando mi año sabático para realizar algunas investigaciones a título privado.

—Ya entiendo —dijo el señor Makeweight, tomando buena nota de ello en un cuaderno.

—Pero lo que hace que el asunto resulte todavía más embarazoso —prosiguió Frensic— es que en una ocasión estuve viviendo en la Avenida De Frytvüle.

El señor Makeweight volvió a tomar buena nota de ello.

—Extraordinario —dijo—, realmente extraordinario. El parecido resulta asombroso. Creo, profesor Facit, es más, estoy seguro…, siempre, claro está, que no haya incurrido usted en ninguno de esos actos antinaturales…, ¿supongo que no habrá tenido usted nunca un pequinés?… No. Bueno, como le decía, siempre que no haya incurrido usted en nada de eso, y aun en el caso de que fuera cierto, puede usted presentar una demanda contra el autor y editores de esta desafortunada novela. Me atrevería a decir que la indemnización por daños podría rondar las…, bueno, si quiere que le sea franco, no me sorprendería que constituyera un récord en la historia de los casos de difamación.

—Vaya por Dios —dijo Frensic, fingiendo una mezcla de ansiedad y avaricia—. Tenía la esperanza de que pudiera evitarse llegar a los tribunales. La publicidad, ya me entiende usted…

El señor Makeweight le entendía perfectamente.

—Habrá que esperar y ver cómo reaccionan los editores —dijo—. Corkadale no es una empresa precisamente boyante, pero estarán asegurados contra estas eventualidades.

—Espero que eso no signifique que el autor no tendrá que…

—Oh, pagará, profesor Facit, no se apure. Durante años y años. La compañía de seguros se encargará de ello. Nunca me había tropezado con un caso de difamación intencionada tan flagrante como éste.

—Tengo entendido que el autor, el señor Piper, ha amasado una fortuna con el libro en América —comentó Frensic.

—En ese caso, mucho me temo que tendrá que desprenderse de ella —concluyó el señor Makeweight.

—Pues si pudiera encargarse del caso le estaría eternamente agradecido. Ni nombramiento en Wabash…

El señor Makeweight le aseguró que pondría el asunto en marcha de inmediato y Frensic, tras dejar su dirección de Randolph Hotel, Oxford, salió del bufete muy satisfecho.

El señor Cadwalladine estaba a punto de llevarse el mayor susto de su vida.

Al igual que Geoffrey Corkadale.

Frensic acababa de regresar a Lanyard Lañe y se estaba despojando del repugnante par de sandalias y del traje tropical cuando sonó el teléfono.

Geoffrey se encontraba en un estado rayano en la histeria. Frensic sostuvo el auricular alejado de la oreja y aguantó un torrente de injurias.

—Mi querido Geoffrey —le dijo, cuando el editor se quedó sin epítetos—, ¿qué he hecho yo para merecer un arranque como éste?

—¿Hecho? —se desgañitó Corkadale—. ¿Hecho? ¡Has hecho trizas esta empresa, para empezar! ¡Tú y ese maldito Piper…!

—De mortuis nil nisi… —dijo Frensic.

—¿Y qué me dices de los vivos? —le espetó Geoffrey—. Y ahora no me vengas con que no habló mal de ese tal profesor Facit a sabiendas de que ese cerdo estaba vivito y coleando porque…

—¿Qué cerdo? —preguntó Frensic.

—El profesor Facit. Ese que hacía todas esas cosas horrorosas en el libro…

—¿No era el personaje con satiriasis que…?

—¿Era? —bramó Geoffrey—. ¿Era, dices? Es un puñetero maníaco.

—¿Es qué? —preguntó Frensic.

—¡Es! ¡Es! Ese hombre está vivo y ha interpuesto una demanda por difamación contra nosotros.

—Dios santo. Ya es mala pata.

—¿Mala pata? Es la catástrofe. Ha recurrido a Ridley, Coverup, Makeweight y…

—¡No! —exageró Frensic—, ¡pero si son unos bribones!

—¿Bribones? ¡Unas sanguijuelas! ¡Parásitos! Son capaces de chuparle la sangre a una piedra, y con las obscenidades que se dicen en el libro sobre el profesor Facit el caso está cantado. ¡Nos van a exigir millones! ¡Estamos acabados! Nunca más…

—El hombre con quien tienes que hablar es un tal señor Cadwalladine —le aconsejó Frensic—. Representaba a Piper. Te voy a dar su número de teléfono.

—¿Y de qué me va a servir? Se trata de difamación intencionada…

Sin embargo, Frensic ya le estaba dictando el teléfono del señor Cadwalladine y, excusándose porque tenía a un cliente esperándole en el despacho contiguo, colgó el teléfono a los desvaríos de Geoffrey.

A continuación se quitó el traje tropical, llamó al Randolph y reservó una habitación a nombre de profesor Facit y esperó.

El señor Cadwalladine debía de estar a punto de llamar y, cuando lo hiciera, Frensic estaría preparado y alerta. Mientras tanto, buscaría inspiración estudiando el telegrama de Piper. «Transfieran anticipo derechos autor First National Bank Nueva York número cuenta 478776.»

Y se suponía que el hijo de mala madre estaba muerto.

¿Qué demonios estaba pasando? ¿Y qué demonios iba a decirle a Sonia? ¿Y dónde encajaba Hutchmeyer en todo aquel lío?

Según Sonia, la policía le había sometido a un interrogatorio despiadado durante horas del que Hutchmeyer había salido escaldado, tanto que hasta había amenazado con demandar a la policía. No parecía una conducta propia de un hombre que…

Frensic descartó la posibilidad de que Hutchmeyer hubiera secuestrado a Piper para luego exigir que le devolvieran su dinero. De haber sabido que Piper no era el autor de *Deteneos*, Hutchmeyer se habría contentado con demandarlos. Pero es que todo parecía indicar que sí lo había escrito. La prueba era que ante él tenía una copia del manuscrito. No tendría más remedio que arrancarle la verdad a Cadwalladine y, con el señor Makeweight entre bastidores exigiendo una indemnización astronómica por daños, el señor Cadpuñeterowalladine tendría que confesarlo todo.

Y así lo hizo.

—No sé quién es el autor de ese bodrio —reconoció con voz quebrada en cuanto le llamó media hora más tarde.

—¿Que no lo sabe? —dijo a su vez Frensic incrédulo con voz quebrada—. Pues tiene que saberlo. En primer lugar, fue usted quien me envió el libro y hasta me dio su autorización para que mandara a Piper a los Estados Unidos. Si no sabía quién era no tenía ningún derecho…

El señor Cadwalladine soltó unos ruiditos a la manera de negación.

—Pues yo tengo aquí una carta suya en la que dice… —insistió Frensic.

—Lo sé —admitió el señor Cadwalladine con un hilillo de voz—. El autor dio su consentimiento y…

—¡Pero si me acaba de decir que no sabe quién es el puñetero autor! —le espetó Frensic—, y ahora me dice que dio su consentimiento. ¿Su consentimiento por escrito?

—Sí —repuso el señor Cadwalladine.

—En ese caso, tiene que saber de quién se trata.

—Pues no lo sé —repitió el señor Cadwalladine—. Siempre he tratado con él a través del Lloyds Bank.

Frensic empezaba a marearse.

—¿Del Lloyds Bank? —musitó—. ¿Ha dicho usted Lloyds Bank?

—Eso es. Del director. Se trata de un banco tan respetable que ni por asomo se me pasó por la cabeza…

El señor Cadwalladine dejó la frase en el aire. No hacía falta terminarla.

Frensic ya le había tomado la delantera.

—De modo que lo que intenta decirme es que el que escribió esta maldita novela se la manda a través del Lloyds Bank de Oxford y que cada vez que ha querido hacerle llegar un escrito ha tenido que hacerlo por mediación del banco. ¿Es eso?

—Exactamente —corroboró el señor Cadwalladine—, y ahora que ha surgido este espantoso caso de difamación empiezo a imaginarme el porqué. Me pone en una situación terrible. Mi reputación…

—¡Qué reputación ni qué ocho cuartos! —le gritó Frensic—. ¿Y qué me dice de la mía? He actuado de buena fe en nombre de un cliente que no existe siguiendo sus instrucciones y ahora me encuentro con un asesinato encima…

—Y esta demanda por difamación tan espantosa —repitió el señor Cadwalladine—. El señor Corkadale ya me ha advertido que la indemnización por daños puede alcanzar una cantidad astronómica.

Pero Frensic no le escuchaba.

Si el cliente del señor Cadwalladine se comunicaba con él por escrito a través del Lloyds Bank es que el muy hijo de mala madre tenía algo que ocultar. A menos, claro está, que se tratara de Piper. Frensic buscaba una pista a tientas.

—Cuando recibió la novela bien debía de llevar una carta explicativa…

—El manuscrito me llegó a través de una agencia de mecanografía —le explicó el señor Cadwalladine—. La carta explicativa me había llegado ya con algunos días de anterioridad por mediación del Lloyds Bank.

—¿Firmada? —preguntó Frensic.

—Firmada por el director de la sucursal —le aclaró el señor Cadwalladine.

—Con eso me basta —dijo Frensic—. ¿Cómo se llama?

El señor Cadwalladine titubeaba.

—No sé si… —dijo.

Pero Frensic perdió la paciencia.

—¡Déjese de escrúpulos, hombre! —le soltó—. ¡Quiero el nombre de ese director y deprisita!

—El difunto señor Bygraves —repuso el señor Cadwalladine abatido.

—¿Quién?

—El difunto señor Bygraves. Murió de un ataque cardíaco en Semana Santa mientras escalaba Snowdown.

Frensic se desplomó en la silla.

—Sufrió un ataque cardíaco mientras escalaba Snowdown… —musitó.

—De modo que no creo que pueda sernos de mucha ayuda —prosiguió el señor Cadwalladine—, y además los bancos suelen mostrar cierta reticencia cuando se trata de revelar los nombres de sus clientes. Se necesita una orden judicial, ¿sabe usted?

Frensic lo sabía. Era uno de los pocos detalles de los bancos que había agradecido hasta entonces. Pero había algo que le había dicho también el señor Cadwalladine…, algo sobre una agencia de mecanografía.

—¿Ha dicho usted que el manuscrito le llegó a través de una agencia de mecanografía? —le dijo—. ¿Tiene idea de cuál?

—Pues no. Pero supongo que podría averiguarlo si se espera usted un momento.

Frensic se quedó sentado sosteniendo el auricular mientras el señor Cadwalladine iba a averiguarlo.

—Se trata del Servicio de Mecanografía de Cynthia Bogden —dijo por fin a Frensic. No cabía duda de que estaba alicaído.

—Bueno, parece que vamos progresando —dijo Frensic—. Llámela y pregúntele dónde…

—Preferiría no hacerlo —le atajó el señor Cadwalladine.

—¿Que preferiría no hacerlo? ¡Está a punto de caernos encima una demanda por difamación que lo más probable es que le cueste su reputación y…!

—No se trata de eso —le interrumpió el señor Cadwalladine—. Verá, es que me encargué de su caso de divorcio…

—Bueno, me parece muy bien…

—Representando a su ex marido —le aclaró el señor Cadwalladine—, y no creo que aprecie…

—Muy bien, de acuerdo —cedió Frensic—. Ya me encargaré yo. Deme su número.

Frensic tomó nota y colgó antes de marcar de nuevo.

—Servicio de Mecanografía de Cynthia Bogden —dijo una voz de profesionalidad afectada.

—Estoy tratando de localizar al autor de un manuscrito que se mecanografió en la agencia de ustedes… —empezó a explicar Frensic, pero la voz le paró los pies en seco.

—Tenemos por norma no divulgar el nombre de nuestros clientes —le soltó.

—Pero es que sólo lo pregunto porque un amigo mío…

—No revelamos información confidencial de esa clase bajo ninguna circunstancia…

—Si pudiera hablar con la señora Bogden —dijo Frensic.

—Lo está haciendo —dijo la voz, y colgó.

Frensic se quedó sentado ante su escritorio maldiciendo.

—¡Información confidencial y una mierda! —soltó, y colgó bruscamente.

Permaneció un rato sentado mientras por su cabeza rondaban pensamientos turbios sobre la señora Bogden, y luego volvió a llamar al señor Cadwalladine.

—Y esa tal Bogden —le preguntó—, ¿cuántos años tiene?

—Unos cuarenta y cinco —repuso el señor Cadwalladine—. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada —repuso Frensic.

Aquella misma noche, después de haber dejado sobre el escritorio una nota para Sonia Futtle en la que decía que un asunto urgente le iba a retener fuera de la ciudad durante un par de días, Frensic cogió el tren para Oxford.

Llevaba un traje de verano tropical, gafas oscuras y un panamá. Las sandalias se habían quedado en el cubo de la basura de su casa. Además, guardaba en un maletín la fotocopia del manuscrito de *Deteneos*, una carta escrita por Piper de su puño y letra y un par de pijamas listados.

Y, ataviado con uno de estos últimos, se acostó a las once en el Randolph Hotel.

Su habitación había sido reservada a nombre del profesor Facit.

CAPÍTULO XVIII

En Chattanooga, Baby acababa de ver cumplido su sueño: había visto el Choo Choo.

Instalada en el coche-cama número nueve, tumbada en la cama de latón, admiraba a través de la ventanilla la fuente iluminada que borboteaba cantarina al otro lado de los raíles. Coronando el edificio principal de la estación, un tubo de neón inscribía luminosas en el cielo de la noche las palabras «Hilton Choo Choo» y, debajo, en lo que antaño fuera la sala de espera, se estaba sirviendo la cena.

Junto al restaurante había una tienda de artesanía, y frente a ambos se alzaban las enormes locomotoras de una época ya pasada, con los guardaraíles recién pintados y las chimeneas relucientes como si estuvieran a punto de emprender un gran viaje.

En realidad, no iban a ninguna parte. Las calderas estaban frías y vacías y los pistones ya no volverían a ponerse en marcha jamás. Únicamente en la imaginación de aquellos que se hospedaban por una noche en los decorados compartimientos de los coches-cama, convertidos en habitaciones de motel, se podía creer en la ilusión de que estaban a punto de salir de la estación para iniciar un largo recorrido hacia el norte o hacia el oeste.

El lugar en sí era en parte museo y en parte fantasía, pero comercial de arriba abajo.

A la entrada del aparcamiento de automóviles, había guardas uniformados que, sentados en sus cabinas, observaban las pantallas de televisión en las que aparecían todos los andenes y rincones oscuros de la estación para la seguridad de los huéspedes. Fuera del perímetro de la estación, se extendía una Chattanooga oscura y destartalada, con sus ventanas de hotel tapiadas con maderos y sus edificios abandonados, víctima de los centros comerciales de las afueras.

Con todo, Baby no pensaba en Chattanooga, ni siquiera en el Choo Choo. Ambos habían ido a reunirse ya con las ilusiones de su juventud pendiente. Los años le habían dado alcance y se sentía sin fuerzas y sin esperanzas. El encanto de la vida se había esfumado.

Piper se había encargado de ello. Después de viajar día tras día con alguien que se confesaba un genio y cuyos pensamientos se centraban en la inmoralidad de la literatura con exclusión de todo lo demás, Baby tenía una nueva visión de la monotonía de la mente de Piper.

Comparado con él, la obsesión de Hutchmeyer con el dinero, el poder, las discusiones y los negocios se le antojaba hasta saludable.

Piper no mostraba ningún interés por el paisaje ni por las poblaciones que dejaban atrás, y ni siquiera el hecho de que en ese momento se encontraran en el Sur Profundo o, cuando menos, en la frontera de aquellas tierras que se pintaban salvajes en la imaginación delirante de Baby, parecía conmover a Piper lo más mínimo.

Apenas había echado un vistazo a las locomotoras detenidas en la estación y lo único que parecía sorprenderle es que ya no se utilizaran para viajar a ninguna parte.

Pero en cuanto le hubieron aclarado este extremo se retiró a su compartimiento privado para ponerse a trabajar de nuevo en su segunda versión de *Deteneos*.

—Para ser un gran novelista, debes de ser el menos observador —le reprochó Baby cuando se reunieron en el restaurante para la cena—. Bueno, ¿no se te ha ocurrido mirar a tu alrededor y preguntarte de qué va todo esto?

Piper miró a su alrededor.

—Me parece un lugar curioso para un restaurante —dijo—. Pero, de todos modos, es agradable y fresco.

—Es que resulta que tienen aire acondicionado —le replicó Baby, irritada.

—Ah, conque era eso —dijo Piper—. ¡Ya decía yo!

—Ya decía yo… ¿Y qué me dices de toda la gente que estuvo sentada precisamente aquí, esperando el tren del norte hacia Nueva York, Detroit y Chicago para intentar hacer fortuna en lugar de seguir malviviendo de un pobre pedazo de tierra? ¿No significa eso nada para ti?

—No parece que haya mucha de esa gente por aquí —dijo Piper, mirando con indolencia a una mujer con problemas de obesidad y pantalones cortos de cuadros escoceses—. Además, yo creía haber comprendido que estos trenes ya no estaban en funcionamiento.

—¡Dios mío! —exclamó Baby—. A veces me pregunto en qué siglo vives. ¿Y supongo que tampoco te dice nada que aquí mismo tuviera lugar una batalla durante la guerra civil?

—Pues no —repuso Piper—. Las batallas no figuran en la literatura en mayúsculas.

—¿Ah, no? ¿Y Lo que el viento se llevó? ¿Y Guerra y paz? Supongo que no deben formar parte de la literatura con mayúsculas.

—No de la literatura inglesa —puntualizó Piper—. Lo más importante en la literatura inglesa son las relaciones que se establecen entre la gente.

Baby atacó el filete.

—¿Y la gente no se relaciona entre sí en las batallas? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

Piper asintió.

—¿De modo que cuando una persona mata a otra no se está relacionando con ella de una manera importante?

—Únicamente de un modo transitorio —precisó Piper.

—¿Y cuando las tropas de Sherman saquearon, violaron y prendieron fuego a todo cuanto encontraron a su paso desde Atlanta hasta el mar, dejando tras de sí familias sin hogar y mansiones en llamas, tampoco alteraron las relaciones humanas y por eso no escribes sobre ello?

—Los mejores novelistas no lo habrían hecho —dijo Piper—. Fue algo que no les ocurrió directamente y, por consiguiente, no podían.

—¿No podían hacer qué?

—Escribir sobre ello.

—¿Me estás diciendo que un escritor puede escribir únicamente sobre lo que ha vivido en carne propia? ¿Es eso lo que pretendes decirme? —le echó en cara con la lengua más afilada.

—Sí —le confirmó Piper—. Verás, quedaría fuera del campo de su experiencia personal y por consiguiente…

Piper habló largo y tendido sobre *La novela moral* mientras Baby iba masticando lentamente su filete y le venían a la cabeza malos pensamientos acerca de la teoría de Piper.

—En ese caso, lo único que puedo decirte es que te va a hacer falta mucha más experiencia.

Piper aguzó el oído.

—Espera un momento —le advirtió—. Si crees que quiero verme involucrado en más incendios de casas, explosiones de barcos y ese tipo de cosas…

—No me refería a ese tipo de experiencia. Además, quemar casas no cuenta, ¿no es eso? Lo que importa son las relaciones, y lo que tú necesitas es experiencia en relacionarte.

Piper empezó a sentirse incómodo mientras comía. La conversación había tomado un giro desagradable, así que terminaron la cena en silencio.

Después de comer, Piper se encerró en su compartimiento privado y escribió otras quinientas palabras acerca de su torturada adolescencia y sus sentimientos por Gwendolen/señorita Pears. Cuando terminó, apagó la lámpara eléctrica de aceite que pendía encima de la cama de latón y se desnudó.

Mientras tanto, en la habitación contigua Baby se preparaba para la primera lección sobre relaciones de Piper.

Después de ponerse un camisón exiguo y un montón de perfume, abrió la puerta del compartimiento de Piper.

—¡Por el amor de Dios! —chilló, al ver que se metía en su cama.

—Aquí es donde empieza todo, chiquillo —le dijo—, en lo que a relaciones se refiere.

—¡No, no es verdad! —se defendió Piper—. ¡Es…!

Pero Baby le había sellado los labios con la mano y le estaba susurrando al oído:

—Y no creas que te vas a poder escabullir tan fácilmente. Hay cámaras de televisión en todos los andenes, así que si sales ahí fuera tambaleándote y en cueros los guardas van a querer saber qué ha ocurrido.

—¡Pero si no estoy en cueros! —protestó Piper, cuando la mano de Baby dejó de taparle la boca.

—Pues pronto lo estarás, cielito —le advirtió Baby en un susurro mientras sus manos expertas le desabotonaban el pijama.

—Por favor —rogó Piper, con voz lastimera.

—Eso es lo que te voy a hacer, cariño, eso es lo que te voy a hacer —contestó Baby.

Se levantó el camisón y sus enormes senos se incrustaron en el pecho de Piper.

Durante las dos horas que siguieron, la estructura de latón de la cama no dejó de chirriar y de dar sacudidas mientras Baby Hutchmeyer, de soltera Sugg, Miss Penobscot 1935, ponía la experiencia de todos aquellos años al servicio de Piper.

Muy en contra suya y a pesar de la invocación de los preceptos de *La novela moral*, por primera vez Piper se sintió perdido para el mundo de las letras y empujado por una pasión incipiente.

Se retorcía bajo ella, galopaba encima, sus labios le lamían los pechos de silicona y recorrían las cicatrices apenas visibles del estómago.

Y, durante todo ese tiempo, los dedos de Baby no cesaron de acariciar, clavarse, arañar y estrujar a Piper hasta que la espalda le quedó lacerada y las nalgas señaladas con la curva de sus uñas, y durante todo ese tiempo también, Baby estuvo con la mirada perdida en la oscuridad del compartimiento, desapasionada y sorprendida ante su propio aburrimiento.

«La juventud tiene que echar sus canas al aire», se decía al tiempo que Piper arremetía contra ella una y otra vez.

Pero es que no era ninguna jovencita y echar canas al aire sin sentimiento ya no era lo suyo. Debía de haber algo más en la vida que joder. Mucho más, y estaba dispuesta a averiguarlo.

En Oxford, Frensic estaba ya levantado, yendo de un lado a otro con sus

averiguaciones, cuando Baby regresó a su compartimiento dejando a Piper en el suyo dormido de puro agotamiento.

Se había despertado temprano y hasta había desayunado antes de las ocho.

Hacia la media ya tenía localizado el Servicio de Mecanografía Cynthia Bogden en Fenet Street. Con lo que confiaba se interpretara como el aspecto de un turista americano que espera a alguien, empezó a rondar por la iglesia que quedaba enfrente y se sentó en uno de los bancos, volviendo los ojos atrás para no perder de vista la entrada a las oficinas Bogden.

Si algo sabía sobre mujeres divorciadas de mediana edad con negocio propio, la señorita Bogden iba a ser la primera en llegar por la mañana y la última en marcharse por la noche.

Hacia las nueve y cuarto ésas eran sin duda las esperanzas de Frensic. El pelotón de mujeres al que había visto entrar en el edificio no era en absoluto de su gusto, pero la primera en llegar se le antojó la más presentable.

Era una mujer corpulenta, pero bastó una rápida ojeada para que Frensic supiera que tenía las piernas bonitas y que, presuponiendo que el señor Cadwalladine no se hubiese equivocado en lo de la edad, no aparentaba cuarenta y cinco años.

Frensic salió de la iglesia y reflexionó sobre el paso siguiente. De nada iba a servirle presentarse en la agencia y preguntar a la señorita Bogden a bocajarro quién le había mandado *Deteneos*. El tono que había empleado el día anterior le había hecho comprender que aquello requería una táctica más sutil.

Frensic dio el paso siguiente. Encontró una floristería y entró.

Veinte minutos más tarde entregaban dos docenas de rosas rojas en el Servicio de Mecanografía Bogden acompañadas de una nota que decía sin más: «Para la señorita Bogden, de un admirador».

Frensic había considerado la posibilidad de añadir «ferviente», pero al final decidió contenerse. Un par de docenas de rosas rojas carísimas deletreaban «ferviente» por sí solas. Lo de señorita Bogden, en lugar del más apropiado señora Bogden —cambio que imprimía ya un carácter romántico a los pensamientos sobre aquella dama—, se encargaría de suplir la falta del adjetivo.

Frensic paseó sin rumbo fijo por Oxford, se tomó un café en el Ship y almorzó de vuelta en el Randolph. Una vez hecho esto, y estimando que ya había transcurrido el tiempo suficiente como para que la señorita Bogden hubiera asimilado todo lo que había de implícito en las rosas, Frensic se dirigió a la habitación del profesor Facit y telefoneó a la agencia.

Al igual que la primera vez, le respondió la señorita Bogden.

Frensic respiró profundamente, tragó saliva y hasta oyó su propia voz al preguntar, con la angustia de una timidez no fingida, si podría concederle el honor y el privilegio de cenar con él en el Elisabeth.

Hubo un silencio preñado de silbidos antes de que la señorita Bogden respondiera.

—¿Le conozco? —le preguntó con voz socarrona.

Frensic lo estaba pasando mal.

—Soy un admirador —musitó.

—Ooooh —dijo la señorita Bogden. Y se produjo otro silencio con el que cumplió con los buenos modales del titubeo.

—Las rosas —dijo Frensic, como si le estuvieran ahorcando.

—¿Está usted realmente seguro? Bueno, es que no es muy corriente…

Frensic reconoció en silencio que no lo era.

—Es que… —dijo, pero luego decidió lanzarse—: Hasta ahora no me había atrevido…

La soga pareció ceñirle el cuello con más fuerza. Sin embargo, la señorita Bogden se mostró compasiva.

—Más vale tarde que nunca —le animó, amable.

—Eso me he dicho yo —repuso Frensic, que no se había dicho nada de nada.

—¿Y ha dicho usted en el Elisabeth?

—Sí —le confirmó Frensic—. ¿Digamos a las ocho en el bar?

—¿Y cómo le voy a reconocer?

—Yo ya la conozco —le confesó Frensic con una risita involuntaria.

La señorita Bogden se lo tomó como un cumplido.

—No me ha dicho cómo se llama.

Frensic vaciló. No podía utilizar su nombre y el de Facit aparecía en *Deteneos*. Tendría que buscarse otro.

—Corkadale —musitó—, Geoffrey Corkadale.

—¿No será el Geoffrey Corkadale…? —preguntó la señorita Bogden.

—Pues sí —balbució Frensic, que deseaba con toda su alma que la reputación epicena de Geoffrey no hubiera llegado a sus oídos.

Y no lo había hecho. La señorita Bogden ronroneaba.

—Bueno, en ese caso… —Y dejó la frase en el aire.

—Hasta las ocho —dijo Frensic.

—Hasta las ocho —repitió la señorita Bogden como un eco.

Frensic colgó y se quedó sentado en la cama, y como sentía flojera, se tumbó y echó una buena siesta.

Se despertó a las cuatro y salió. Sólo le quedaba una última cosa que hacer: todavía no conocía a la señorita Bogden y no estaba para equivocaciones. Así pues, se encaminó a Fenet Street y permaneció apostado en la iglesia.

Se encontraba ya allí a las cinco y media cuando un pelotón de mujeres espantosas salió de la oficina. Frensic suspiró aliviado: ninguna llevaba un ramo de rosas rojas. Por fin vio aparecer a una mujer corpulenta que cerró la puerta con llave. Apretando las rosas contra su pecho generoso, desapareció calle abajo con paso apresurado. Frensic salió de la iglesia y observó cómo se alejaba. No cabía duda de que la señorita Bogden se conservaba muy bien. Desde el cabello permanentado hasta los zapatos de color rosa, pasando por un traje turquesa, emanaba un mal gusto casi inspirado.

Frensic regresó al hotel y se tomó una generosa copa de ginebra. A continuación, se tomó una segunda, luego un baño, y ensayó diversas tácticas que podían servirle para obtener de la señorita Bogden el nombre del autor de *Deteneos*.

En la otra punta de Oxford, Cynthia Bogden se preparaba para la velada con la misma minuciosidad con que solía hacerlo todo.

Habían pasado ya algunos años desde su divorcio y el hecho de que un editor la invitara a cenar al Elisabeth se anunciaba prometedor.

Lo mismo podía decirse de las rosas —cuidadosamente dispuestas en un jarrón— y de los nervios de su admirador.

No había ni pizca de insolencia en la voz que le había hablado por teléfono, era una voz educada, y además Corkadale era una editorial muy respetable. En cualquier caso, Cynthia Bogden estaba necesitada de admiradores.

Eligió su traje más seductor, se roció diversas partes del cuerpo con aerosoles varios, se recompuso la cara y salió dispuesta a que la invitaran a beber vino, a cenar y —por decirlo sin mayores rodeos— a joder.

Entró en el vestíbulo del Elisabeth con cierta arrogancia y se quedó un tanto sorprendida al ver que un hombrecito rechoncho se le acercaba con indecisión y tomaba su mano entre las suyas.

—Señorita Bogden —murmuró—, su entusiasta admirador.

La señorita Bogden bajó la mirada para fijarse en su entusiasta admirador.

Y seguía con la mirada baja media hora y tres pink gins después, cuando se dirigieron a la mesa que Frensic había reservado en el rincón más íntimo del restaurante.

Le retiró la silla para que tomara asiento y, consciente de que quizá no había estado a la altura de lo que ella esperaba, se lanzó a la interpretación del papel de ferviente admirador con una inventiva y galantería tan temerarias que ambos se quedaron sorprendidos.

—La vi por primera vez hace un año, cuando vine para una conferencia —le explicó, después de haber pedido una botella de champán que no fuera excesivamente seco—. La vi por la calle y la seguí hasta su despacho.

—Tendría que haberse presentado —le reprochó la señorita Bogden.

Frensic se sonrojó de un modo muy convincente.

—Era demasiado tímido —musitó— y, además, pensé que estaba usted…

—¿Casada? —aventuró la señorita Bogden, servicial.

—Exactamente —dijo Frensic— o, digamos mejor, comprometida. Una mujer tan…, ejem…, guapa…, ejem…

Entonces le tocó el turno de sonrojarse a la señorita Bogden.

Frensic arremetió de nuevo.

—Me dejó apabullado. Su encanto, ese aire reservado y discreto, ese…¿cómo lo diría yo…?

No había ninguna necesidad de decirlo. Mientras Frensic ahondaba en el aguacate, Cynthia Bogden saboreaba una gamba.

Por muy rechoncho que fuera aquel hombrecito, no cabía ninguna duda de que era todo un caballero y un hombre de mundo. El champán de a doce libras la botella era prueba suficiente de lo honorable de sus intenciones.

Cuando Frensic pidió una segunda, la señora Bogden se quejó pero sólo un poco.

—Se trata de una ocasión especial —dijo Frensic, preguntándose si no estaría exagerando un poco la cosa—, y además tenemos algo que celebrar.

—¿Ah, sí?

—Primero, que nos hemos conocido —dijo Frensic— y, segundo, el éxito de una empresa común.

—¿De una empresa común? —preguntó la señorita Bogden, cuyos pensamientos se dirigían ya viento en popa hacia el altar.

—Una empresa en la que hemos participado los dos —prosiguió Frensic—. Bueno, no tenemos por costumbre publicar este tipo de libro, pero tengo que admitir que ha tenido un gran éxito.

Los pensamientos de la señorita Bogden se alejaron del altar.

Frensic se sirvió un poco más de champán.

—Somos una editorial muy tradicional —continuó—, pero *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen* es la clase de libro que el público quiere actualmente.

—Era bastante horroroso, ¿no le parece? —suspiró la señorita Bogden—. En realidad, lo mecanografié yo misma.

—¿En serio? —dijo Frensic.

—Bueno, en realidad no me gustaba la idea de dejarlo en manos de mis chicas y el autor era tan excéntrico…

—¡No!

—Tenía que telefonearle cada dos por tres —se quejó la señorita Bogden—. Pero no creo que le apetezca oír estas cosas.

A Frensic sí le apetecía, pero la señorita Bogden se mostró inflexible.

—No vamos a estropear nuestra primera velada hablando de negocios —dijo.

Y, a pesar del champán a discreción y de un copazo de Cointreau, todos los intentos de Frensic por desviar la conversación hacia ese tema fracasaron estrepitosamente.

La señorita Bogden quería que le hablara de Corkadale. El nombre parecía gustarle.

—¿Por qué no viene a mi casa? —le pidió, mientras paseaban junto al río después de la cena—. Será la última copa.

—Es muy amable por su parte —aceptó Frensic, dispuesto a perseguir a su presa hasta sus más amargas consecuencias—. Pero ¿está segura de que no sería abusar de usted?

—Eso me encantaría —soltó con una risita la señorita Bogden, cogiéndolo del brazo—, que abusara de mí.

Lo llevó hasta el aparcamiento, donde esperaba un MG azul claro.

Frensic se quedó boquiabierto. Aquel automóvil no encajaba con su idea sobre lo que debía conducir una directora de cuarenta y cinco años de una agencia de mecanografía, y además no estaba acostumbrado a los asientos bajos de los deportivos.

Frensic se metió dentro como pudo y tuvo que permitir que la señorita Bogden le ajustara el cinturón de seguridad.

Salieron a toda velocidad, excesiva para su gusto, por Banbury Road, hasta llegar a una zona de las afueras de casas semiadosadas. La señorita Bogden vivía en el 33 de Viewpark Avenue, una mezcla de mampostería y estilo Tudor.

Cuando frenaron frente al garaje, Frensic buscó a tientas el cierre del cinturón de seguridad, pero Cynthia Bogden se le había adelantado y tenía el cuerpo sobre él en actitud expectante. Frensic se infundió ánimos para lo inevitable y la estrechó entre sus brazos.

Fue un beso largo y apasionado, del que Frensic disfrutó todavía menos si cabe gracias a la presencia del cambio de marchas incrustado en su riñón derecho.

Cuando terminaron y se apearon del coche, Frensic empezaba ya a tener mil y una dudas sobre todo el asunto. Sin embargo, había demasiado en juego para echarse atrás, así que la siguió hasta el interior de la casa.

La señorita Bogden encendió la luz del vestíbulo.

—¿Le gustaría tomar una copita?

—No —repuso Frensic, con una vehemencia producto fundamentalmente de la convicción de que iba a ofrecerle jerez de cocina.

La señorita Bogden se tomó su negativa como un cumplido y volvieron a los manoseos, esta vez en compañía de un perchero de sombreros.

Sin embargo, la señorita Bogden le cogió de la mano enseguida y se lo llevó al piso de arriba.

—Aquí tiene usted el… bueno, ya sabe —le dijo, servicial.

Frensic entró en el lavabo haciendo eses y cerró la puerta. Durante varios minutos observó su imagen reflejada en el espejo preguntándose por qué únicamente lo encontraban

atractivo las mujeres más bestias cuando deseaba fervientemente que no fuera así, y tras prometerse que jamás volvería a criticar las preferencias de Geoffrey Corkadale, salió y entró en el dormitorio.

El dormitorio de Cynthia Bogden era de color rosa.

Las cortinas eran rosas, la moqueta rosa, la cabecera tapizada y acolchada de la cama rosa y la pantalla de la lámpara que había junto a ella también. Y, para rematarlo, ahí estaba un Frensic sonrosado forcejeando con el enredo de la ropa interior rosa de Cynthia Bogden mientras le susurraba cariñitos color de rosa al oído rosado.

Al cabo de una hora, el color rosa había abandonado a Frensic.

Su silueta, recortada sobre las sábanas rosas, había pasado al castaño oscuro y, para colmo, tenía palpitaciones.

Sus esfuerzos por entrar en buenas relaciones con ella —entre otras muchas cosas menos apetitosas— habían afectado a su sistema circulatorio, y las habilidades sexuales de la señorita Bogden, fomentadas por un fracaso matrimonial del todo justificable y aprendidas, por lo menos eso sospechaba Frensic, en algún espantoso manual sobre *Cómo hacer del sexo una aventura*, le habían llevado a contorsiones capaces de desafiar la imaginación del mayor obseso sexual de sus autores.

Mientras descansaba tendido y sin resuello, dando gracias a Dios por que todo hubiera terminado y preguntándose si no estaría a punto de sufrir un infarto, Cynthia le acercó su cabeza permanentada.

—¿Satisfecho? —le preguntó.

Frensic la miró con ojos como platos y asintió con vehemencia. Cualquier otra respuesta habría sido una invitación al suicidio.

—Pues ahora nos tomaremos una copita —le propuso, y ante el asombro de Frensic saltó de la cama ligera como una pluma y bajó a la planta baja para regresar con una botella de whisky.

Sentada al borde de la cama, sirvió un par de copas.

—Por nosotros —dijo.

Frensic apuró hasta la última gota y le tendió el vaso para que le sirviera más. Cynthia sonrió y le pasó la botella.

En Nueva York, Hutchmeyer también tenía problemas.

Aunque eran de distinta naturaleza que los de Frensic, el hecho de que estuvieran en juego tres millones y medio de dólares hacía que las consecuencias fueran parecidas.

—¿Qué significa eso de que no quieren pagar? —soltó enfurecido a MacMordie, que le acababa de informar de que la compañía de seguros se había echado atrás en el pago de la indemnización—. Tienen la obligación de pagar. ¿Para qué iba a asegurar mi propiedad si no fueran a pagarme cuando se incendiara?

—No lo sé —repuso MacMordie—. Me limito a repetir lo que me ha dicho el señor Synstrom.

—¡Vete a buscar a ese Synstrom! —le ordenó Hutchmeyer.

MacMordie fue a buscar a Synstrom.

Este se presentó en el despacho de Hutchmeyer y tomó asiento, mirando con expresión imperturbable al gran editor a través de sus gafas con montura de acero.

—No sé qué pretenden… —dijo Hutchmeyer.

—Averiguar la verdad —repuso el señor Synstrom—. Sólo eso: la verdad.

—Me parece muy bien —dijo Hutchmeyer—, siempre que me paguen en cuanto la

hayan averiguado.

—El caso es, señor Hutchmeyer, que sabemos cómo empezó el incendio.

—¿Cómo?

—Alguien prendió fuego a la casa deliberadamente con un bidón de gasolina y ese alguien fue su esposa…

—¿Y cómo lo saben?

—Señor Hutchmeyer, tenemos analistas capaces incluso de deducir qué laca de uñas llevaba su esposa cuando abrió la caja fuerte y se llevó ese cuarto de millón de dólares que tenía usted escondido.

Hutchmeyer le miró con suspicacia.

—¿Ah, sí? —dijo.

—Desde luego. Y sabemos también quien cargó su crucero con doscientos litros de gasolina. Su esposa y ese tal Piper. Fue precisamente él quien se encargó de ir bajando los bidones. Tenemos sus huellas.

—¿Y por qué demonios iba a hacer algo semejante?

—Nosotros creíamos que quizá usted podría darnos la respuesta —aventuró Synstrom.

—¿Yo? Pero si estaba en plena bahía de mierda. ¿Cómo iba a estar enterado de lo que ocurría en mi casa?

—Eso ya no lo sabemos, señor Hutchmeyer. Pero no deja de ser una curiosa coincidencia que usted salga a navegar con la señorita Futtle, en plena tormenta, cuando su esposa tiene la intención de quemar su casa hasta los cimientos y simular su propia muerte.

Hutchmeyer palideció.

—¿Simular su propia muerte? ¿Ha dicho usted…?

El señor Synstrom asintió.

—En la jerga de la profesión se conoce como síndrome Stonehouse —le explicó—. Ocurre de vez en cuando. Una persona que quiere pasar por muerta ante los ojos del mundo deja a sus parientes más próximos y queridos para que reclamen la indemnización. Ahora bien, a pesar de su reclamación de tres millones y medio de dólares, no tenemos ninguna prueba de que su esposa no se encuentre con vida en cualquier lugar.

Hutchmeyer lo miraba con abatimiento. Acababa de plantearse la espantosa posibilidad de que Baby se estuviera paseando por ahí con todas las pruebas de sus evasiones de impuestos, sobornos y demás asuntos ilegales que podían mandarle a la cárcel.

Comparado con aquello, perder tres millones y medio de dólares era una nadería.

—Me cuesta trabajo creer que haya sido capaz de hacer algo semejante —dijo por fin—. Bueno, nuestro matrimonio era feliz, sin problemas. Le daba cuanto quería…

—¿Como por ejemplo jovencitos? —aventuró el señor Synstrom.

—¡No, como por ejemplo jovencitos, no! —le gritó Hutchmeyer, buscándose el pulso.

—Pues ese tal Piper, el escritor, era un hombre joven —insistía el señor Synstrom— y, por lo que tenemos entendido, la señora Hutchmeyer tenía debilidad por…

—¿Está usted acusando a mi esposa…? ¡Por el amor de Dios, voy…!

—No estamos acusando a nadie de nada, señor Hutchmeyer. Como ya le he dicho antes, sólo intentamos averiguar la verdad.

—¿Y dice usted que mi esposa, mi queridísima Baby, cargó el crucero de gasolina y trató de asesinarme deliberadamente poniendo rumbo hacia mi yate en plena…?

—Eso es exactamente lo que le he dicho. Claro que podría tratarse de un accidente

—insinuó el señor Synstrom—, estallando donde estalló.

—Sí, claro, pues desde donde estaba yo, no me pareció un accidente en absoluto. Créame —dijo Hutchmeyer—, Espere a que un crucero surja de la nada y se le eche encima en plena noche y veremos si todavía se atreve usted con afirmaciones como ésa.

El señor Synstrom se puso en pie.

—¿Desea usted que sigamos adelante con nuestras investigaciones? —le preguntó.

Hutchmeyer vaciló. Si Baby seguía con vida, lo último que deseaba eran investigaciones.

—Es que no me cabe en la cabeza que mi Baby pudiera ser capaz de hacer algo parecido —dijo.

El señor Synstrom volvió a tomar asiento.

—Pues si lo ha sido y podemos demostrarlo, mucho me temo que la señora Hutchmeyer tendría que enfrentarse a un juicio: incendio, intento de asesinato y fraude contra una compañía de seguros. Y luego está ese tal señor Piper, su cómplice. Un escritor de gran éxito, según tengo entendido. Supongo que siempre podría encontrar trabajo en la biblioteca de la cárcel. Sería un juicio histórico. Ahora bien, si no quiere usted que…

Hutchmeyer no quería nada de nada.

Juicios históricos con Baby en el estrado declarando que… ¡Ah, no! Ni hablar.

Deteneos iba ya por los cien mil y podía superar la barrera del millón y, con la película basada en el libro en vías de producción, el ordenador empezaba ya a recalentarse ante tan estupendas perspectivas. Los juicios históricos quedaban totalmente descartados.

—¿Qué opción me queda? —preguntó.

El señor Synstrom se inclinó hacia él.

—Podríamos llegar a un acuerdo —le propuso.

—Puede que sí —titubeó Hutchmeyer—, pero seguiríamos teniendo a la poli…

El señor Synstrom meneó la cabeza.

—Están sentados de brazos cruzados esperando a ver qué descubrimos. Tal como yo lo veo…

Cuando Synstrom terminó de hablar, el señor Hutchmeyer lo veía también del mismo modo. La compañía de seguros anunciaría que había saldado el pago de la indemnización y, a cambio, Hutchmeyer les firmaría una renuncia.

Hutchmeyer lo hizo. Dejar a Baby «muerta» valía hasta el último centavo de los tres millones y medio de dólares.

—¿Y qué pasaría si están en lo cierto y, de pronto, surge de la nada? —preguntó Hutchmeyer cuando Synstrom se levantó dispuesto a marcharse.

—Entonces tendrá verdaderos quebraderos de cabeza —dijo—. Es lo único que puedo decirle.

Synstrom se marchó y Hutchmeyer se sentó y se puso a meditar en aquellos quebraderos de cabeza.

El único consuelo que le quedaba era que, de seguir todavía con vida, Baby debía de tener también sus problemas. Como por ejemplo el de resucitar y acabar en la cárcel… Lo cual dejaría libre a Hutchmeyer para seguir su camino. Hasta podría volver a casarse. Sus pensamientos volaron hacia Sonia Futtle. Esa sí era una mujer de verdad.

CAPÍTULO XIX

A tres mil kilómetros de distancia hacia el sur, los problemas de Baby se habían enriquecido con una nueva faceta.

El intento por proporcionar a Piper la experiencia de la que carecía en el campo de las relaciones había tenido un éxito tan rotundo que, en lugar de volcarse con ahínco únicamente sobre *Obra en regresión* como había hecho hasta entonces, había pasado a volcarse también con ahínco sobre ella.

Los años de celibato habían tocado a su fin y Piper estaba recuperando el tiempo a toda prisa. Cuando yacía, noche tras noche, besando sus pechos reforzados y aferrándose a sus muslos liposuccionados, Piper experimentaba un éxtasis que no habría encontrado jamás en ninguna otra mujer. El carácter artificial de Baby se ajustaba perfectamente a sus gustos: careciendo como carecía de tantas de sus porciones originales, no presentaba ninguna de las desventajas fisiológicas que había encontrado en Sonia. La habían expurgado, como quien dice, y Piper, que estaba también entregado a la tarea de expurgar *Deteneos*, experimentaba una gran satisfacción al poder interpretar con Baby el papel que le había sido asignado en la novela en su calidad de narrador y con una mujer que, a pesar de ser mucho mayor que él, no lo aparentaba.

Para colmo, la actitud de Baby incrementaba el placer que sentía. La falta de entusiasmo combinada con una gran pericia sexual evitaba que se sintiera amenazado por su pasión.

Baby se limitaba a estar de cuerpo presente para que él disfrutara de ella, y no interfería en su escritura exigiéndole una atención constante. Además, su profundo conocimiento de la novela le permitía responder con fidelidad sin necesidad de apuntador. Cada vez que Piper le susurraba: «Cariño, somos tan heurísticamente creativos» en el penúltimo instante de éxtasis, Baby, que no sentía nada de nada, le respondía: «Lo estoy constatando, cariño mío, lo estoy constatando», a coro con su prototipo —la anciana Gwendolen de la página 185—, manteniendo así de una manera prácticamente literal la ficción que era el centro de la existencia de Piper.

Sin embargo, aunque Baby se ajustaba a las exigencias de Piper como amante ideal, no ocurría lo mismo a la inversa. A Baby le resultaba muy poco halagador saber que no era más que la doble de un producto de la imaginación de Piper, mejor dicho, ni siquiera de su imaginación, sino de la del verdadero autor de *Deteneos*.

Consciente de ello, el ardor que demostraba Piper adquiría una naturaleza casi repulsiva que llevaba a Baby a pensar —mientras miraba al techo por encima de su hombro— que quizá no habría hecho falta siquiera que estuviera presente.

En esos momentos se veía como algo salido de las páginas de *Deteneos*, un fantasma del tratado, que no era más que el término pretencioso con que Piper había bautizado lo que estaba haciendo con *Obra de regresión* y tenía la intención de proseguir en una nueva versión. Su futuro parecía destinarla a convertirse en el mero receptáculo de unos sentimientos prestados, en el artefacto sexual —compilado a base de palabras de páginas— en el que se podía eyacular para luego dejarlo de lado y empuñar la pluma.

Incluso la rutina de todos los días se había visto alterada. Piper insistía en escribir por las mañanas y en viajar bajo un sol abrasador, para detenerse temprano en un motel y poder leerle así lo que había escrito por la mañana y tener relaciones.

—¿No puedes decir «hacer el amor», aunque sólo sea para variar? —le reprochó Baby una noche en un motel de Tuscaloosa—. Porque, bueno, eso es lo que hacemos, así que ¿por qué no llamar a las cosas por su nombre?

Pero Piper no quería. La expresión no aparecía en *Deteneos* y, además, «tener relaciones» era uno de los términos que se aceptaban en *La novela moral*.

—Lo que siento por ti… —le dijo.

Pero Baby le hizo callar en seco.

—Ya he leído el original. No me hace ninguna falta ver la película.

—Como iba diciendo —insistía Piper—. Lo que siento por ti…

—Es un cero —le cortó Baby—. Un cero absoluto. Sientes mayor ternura por ese tintero pegajoso en el que siempre mojas la pluma que por mí.

—Bueno, es que me gusta… —se excusó Piper.

—Pues a mí no —sentenció Baby, con una nueva desesperación en la voz.

Por un momento llegó a plantearse el dejar a Piper abandonado en aquel motel y seguir por su cuenta. Pero sólo fue un momento.

Aquel acto incendiario irrevocable y su desaparición la habían atado a aquel mongol literario que estaba convencido de que la literatura en mayúsculas consistía en remontarse en el tiempo, en una ridícula imitación de novelistas que llevaban muertos una eternidad.

Y lo que era peor aún, en aquella obsesión de Piper por las glorias del pasado, Baby se veía reflejada como en un espejo.

A lo largo de cuarenta años había librado también una batalla contra el tiempo y, gracias al receso de la cirugía, había logrado conservar la belleza disparatada que había sido Miss Penobscot 193 5.

Tenían mucho en común, y Piper era un recordatorio de su propia estupidez.

Pero todo aquello ya era agua pasada, ese querer volver a ser joven y saberse todavía atractiva sexualmente. Lo único que le quedaba era la muerte y la certeza de saber que cuando muriera nadie llamaría al embalsamador. Ya se había encargado de ello de antemano.

Y se había encargado de mucho más. Había muerto carbonizada, ahogada, por culpa de las absurdas circunstancias de su propia locura romántica. Lo cual no dejaba de ser algo que tenía en común con Piper: ambos eran ficciones que se movían por un limbo de monótonos moteles, Piper con sus libros de contabilidad y el cuerpo de ella, y ella con una sensación de vacío y de inutilidad desesperantes.

Aquella noche, mientras Piper mantenía relaciones, la Baby inanimada que yacía bajo él tomó una decisión: abandonarían aquella ruta trillada de moteles y se adentrarían en el corazón del profundo Sur siguiendo adelante por caminos de tierra.

Y lo que allí les sucediera ya estaba más allá de su poder de decisión.

Lo que le estaba sucediendo a Frensic estaba definitivamente más allá de su poder de decisión.

Sentado ante la mesa de fórmica de la cocina de Cynthia Bogden, trataba de comerse los cereales y olvidar lo que había ocurrido en la madrugada.

Desesperado ante la sexualidad omnívora de Cynthia, se le había declarado.

En su estado de saturación por whisky se le había antojado la única defensa frente a un ataque cardíaco fatal y un modo de arrancarle quién le había mandado *Deteneos*.

Sin embargo, la señorita Bogden se había sentido demasiado abrumada para hablar de asuntos menores en plena noche.

Por fin, Frensic había conseguido dormir unas cuantas horas hasta que una Cynthia

radiante le había despertado con una taza de té.

Después de entrar en el cuarto de baño tambaleándose y de afeitarse con la maquinilla de otro, había bajado a desayunar dispuesto a arrancarle una respuesta definitiva.

No obstante, los pensamientos de la señorita Bogden estaban centrados en el día de la boda.

—¿Y nos casaremos por la Iglesia? —preguntó, mientras Frensic jugueteaba malhumorado con el huevo pasado por agua.

—¿Qué? Sí, claro.

—Siempre he querido casarme por la Iglesia.

—Yo también —convino Frensic con el mismo entusiasmo con que habría recibido la propuesta del crematorio.

Después de atacar el huevo con furia, decidió ir directamente al grano.

—A propósito, ¿llegaste a conocer al autor de *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen*?

La señorita Bogden, muy a su pesar, apartó sus pensamientos de pasillos de iglesias, altares y Mendelssohn.

—No —repuso—, el manuscrito me llegó por correo.

—¿Por correo? —se desanimó Frensic, dejando caer la cuchara—. ¿Y no es eso poco corriente?

—¿No te comes el huevo? —le preguntó la señorita Bogden.

Frensic se metió una cucharada de huevo pasado por agua en la boca reseca.

—¿De dónde venía? —Del Lloyds Bank —repuso la señorita Bogden antes de servirse otra taza de té—. ¿Quieres otra taza?

Frensic asintió. Necesitaba algo que le ayudara a tragarse el huevo.

—¿Del Lloyds Bank? —dijo por fin—. Pero seguramente debía de haber palabras que no podías entender. ¿Qué hacías entonces?

—Ah, llamaba por teléfono y lo preguntaba.

—¿Llamabas por teléfono? ¿Llamabas por teléfono al Lloyds Bank y ellos…?

—¡Mira que eres bobo Geoffrey! —dijo la señorita Bogden—. No llamaba al Lloyds Bank. Tenía otro número.

—¿Qué otro número?

—El que tenía para las llamadas, tonto —repuso la señorita Bogden, consultando su reloj de pulsera—. ¿Has visto qué hora es? Son casi las nueve. Voy a llegar tarde por tu culpa, pillín —le reprochó, antes de salir volando de la cocina.

Cuando regresó iba vestida de calle.

—Cuando estés listo, pide un taxi —le dijo—. Nos veremos en el despacho.

Cynthia Bogden besó apasionadamente la boca de Frensic rellena de huevo y salió.

Frensic se levantó, escupió el huevo en el fregadero y abrió el grifo.

Después tomo una pizca de rapé, se sirvió un poco más de té y trató de pensar. ¿Un número de teléfono que tenía para las llamadas? Cuanto más ahondaba en el asunto, más increíble se le antojaba. Y, por una vez, «ahondaba» era la palabra adecuada.

Buscando el origen de *Deteneos*, Frensic se había quedado enterrado…

Frensic se estremeció. Enterrado también era la palabra adecuada. Y en plural, además.

Entró en el cuarto de baño y permaneció allí sentado y desanimado durante diez minutos tratando de pensar en el paso siguiente. ¿Un número de teléfono? ¿Un autor que

insistía en discutir las correcciones por teléfono? Había una insensatez en todo ello que hacía que sus actos de los últimos días parecieran totalmente racionales. Y eso que no había nada racional en declararse a la señorita Cynthia Bogden.

Frensic terminó lo que tenía que hacer en el cuarto de baño y salió.

Había un teléfono sobre la mesita del vestíbulo. Se encaminó hacia allí y buscó en la agenda privada de la señorita Bogden, pero no encontró nada que relacionar con el escritor en cuestión.

Así pues, regresó a la cocina, se preparó una taza de café instantáneo, tomó un poco más de rapé y pidió un taxi por teléfono.

El taxi llegó a las diez y a las diez y media Frensic entraba en la agencia de mecanografía con paso alicaído.

La señorita Bogden le estaba esperando, y con ella, una docena de mujeres espantosas sentadas frente a sendas máquinas de escribir.

—¡Chicas! —dijo eufemísticamente la señorita Bogden, al ver que Frensic se asomaba nervioso al despacho—, os quiero presentar a mi prometido: el señor Geoffrey Corkadale.

Todo el pelotón de mujeres se puso en pie y graznó felicitaciones a Frensic mientras la señorita Bogden supuraba felicidad.

—Y ahora el anillo —dijo, cuando las felicitaciones amainaron.

Cynthia Bogden se dirigió hacia la puerta y Frensic la siguió.

Así que la puñetera quería un anillo. Mientras no fuera muy caro…

Pero lo era.

—Creo que el que más me gusta es el solitario —dijo al joyero del Broad.

A Frensic le dio un síncope cuando reparó en el precio, y estaba a punto de comprometer todo su plan cuando de pronto tuvo una idea. A fin de cuentas, ¿qué eran quinientas libras cuando todo su futuro estaba en juego?

—¿Y no tendríamos que grabarlo? —le propuso, al ver que Cynthia se lo colocaba en el dedo y admiraba sus destellos.

—¿Con qué? —ronroneó.

Frensic sonrió como un bobalicón.

—Algo secreto —le susurró—. Algo que sólo tenga un significado para nosotros.*Un code d'amour*.

—Ay, eres terrible —le reprendió la señorita Bogden—. Mira que pensar en algo así…

Frensic dirigió una mirada cargada de embarazo al joyero y volvió a pegar los labios a la permanente.

—Un código de amor —le aclaró.

—¿Un código de amor? —repitió la señorita Bogden—. ¿Y qué clase de código?

—Un número —dijo Frensic, y calló un momento antes de añadir—: Un número que sólo nosotros sabemos que nos ha unido.

—¿No te estarás refiriendo a…?

—Exactamente —dijo Frensic, descartando cualquier otra posibilidad—. Al fin y al cabo, lo mecanografiaste tú, y yo lo he publicado.

—¿Y no podríamos grabar algo así como «Hasta que la muerte nos separe»?

—Recuerda demasiado a los seriales televisivos —lo descartó Frensic, cuyas intenciones terminaban mucho antes.

El joyero acabó sacándole del apuro.

—No cabría en el anillo. «Hasta que la muerte nos separe.» Demasiadas letras.

—¿Y qué me dice de números? —preguntó Frensic.

—Depende de cuántos.

Frensic miró inquisitivamente a la señorita Bogden.

—Cinco —dijo, después de un leve titubeo.

—Cinco —repitió Frensic—. Cinco números pequeñitos y diminutos que son nuestro código de amor, sólo nuestro, nuestro secretito particular.

Fue su último y desesperado acto de heroísmo.

La señorita Bogden sucumbió. Por un momento llegó a…, pero no, un hombre que en presencia de un adusto joyero, «Proveedor de su Majestad la Reina», eran capaz de hablar abiertamente de cinco números pequeñitos y diminutos, un hombre así estaba por encima de toda sospecha.

—Dos cero tres cinco siete —dijo, con una sonrisa bobalicona.

—Dos cero tres cinco siete —repitió Frensic en voz alta—. ¿Estás segura? No vayamos a equivocarnos…

—Desde luego que estoy segura —se ofendió la señorita Bogden—. No tengo por costumbre cometer equivocaciones.

—Pues ya está —sentenció Frensic, quitándole el anillo del dedo de un tirón y tendiéndoselo al joyero—. Métalos dentro de este chisme. Pasaré a recogerlo esta tarde.

Y, cogiendo a la señorita Bogden del brazo con firmeza, la condujo hasta la puerta de salida.

—Disculpe, señor —dijo el joyero—, pero si no fuera una molestia para usted…

—¿Una molestia? —dijo Frensic.

—Preferiría que lo pagara ahora. Como lo grabamos, comprenderá que tenemos…

Frensic lo comprendía perfectamente, así que soltó a la señorita Bogden y se dirigió de nuevo hacia el mostrador con paso indeciso.

—Ejem…, bueno… —dijo, pero la señorita Bogden seguía a medio camino entre la puerta de salida y el mostrador. No era momento de paños calientes. Frensic sacó el talonario—. Sólo será un momento, cariño —le dijo—. Puedes salir y entretenerte mirando escaparates.

Cynthia Bodgen obedeció los dictados de su instinto y permaneció donde estaba.

—¿Me permite la tarjeta del talonario, señor? —dijo el joyero.

Frensic le miró con complicidad.

—Pues, de hecho, no la llevo encima.

—En ese caso, me temo que tendrá que pagar en metálico, señor…

—¿En metálico? —dijo Frensic—. Siendo así…

—Iremos al banco —propuso la señorita Bogden con firmeza.

Y se dirigieron al banco de High Street.

La señorita Bogden tomó asiento mientras Frensic hacía sus consultas en el mostrador.

—¿Quinientas libras? —dijo el cajero—. Necesitaremos su documento de identidad y llamar a su agencia.

Frensic echó una ojeada a la señorita Bogden y bajó el tono de voz.

—Frensic —dijo nervioso—, Frederick Frensic, Glass Walk, Hampstead, pero tengo la cuenta de mi despacho en la sucursal de Covent Garden.

—Le llamaremos en cuanto nos den la confirmación —le anunció el cajero.

Frensic se puso pálido.

—Le agradecería que no… —dijo.

—¿Qué no?

—No importa —decidió Frensic, y fue a reunirse con la señorita Bogden.

Tendría que hacerla salir del banco antes de que el imbécil del cajero empezara a pregonar el nombre del señor Frensic a los cuatro vientos.

—Van a tardar un rato, cariño, así que ¿por qué no te vas derechita…?

—Pero es que me había tomado el día libre y pensaba…

—¿El día libre? —dijo Frensic.

Si aquella tensión duraba mucho más, se iba a tomar libre la vida entera.

—Pero…

—¿Pero qué? —dijo la señorita Bogden.

—Pero es que se supone que tengo que almorzar con un autor. El profesor Dubrowitz, de Varsovia. No va a estar aquí más que un día y…

La hizo salir del banco prometiéndole que pasaría por su despacho en cuanto pudiera.

A continuación, exhaló un suspiro de alivio y se dirigió al mostrador para recoger sus quinientas libras.

—Y, ahora, al teléfono más próximo —dijo para sus adentros, metiéndose el dinero en el bolsillo mientras bajaba las escaleras.

Cynthia Bogden seguía allí.

—Pero… —dijo Frensic, y se rindió de inmediato.

Con la señorita Bogden no había peros que valieran.

—Había pensado que antes podríamos ir a buscar el anillo —dijo, cogiéndole del brazo—, así podrás marcharte y almorzar con tu aburridísimo profesor.

Regresaron a la joyería y Frensic pagó las quinientas libras, y sólo entonces la señorita Bogden le permitió escaparse.

—Llámame en cuanto estés listo —le dijo, antes de estamparle un beso en la mejilla.

Frensic se lo prometió y salió disparado hacia la central de correos.

Con un humor de perros, marcó el 23507.

—Restaurante Pato Bombay, ¿dígame? —contestó un indio que ni remotamente podía ser el autor de *Deteneos*.

Frensic colgó sin miramientos y probó otra combinación con los mismos dígitos.

Esta vez le tocó el turno al Emporia del Pescado MacLoughlin's.

Se había quedado sin cambio. Frensic se acercó al mostrador central y, tras pagar un sello de seis peniques y medio con un billete de cinco libras, regresó con el bolsillo repleto de monedas. Pero la cabina estaba ocupada.

Frensic permaneció allí apostado con expresión ceñuda mientras un jovencito —a todas luces subnormal y acneico— declaraba su amor a una chica cuya risita tonta llegaba incluso hasta sus oídos.

Frensic se pasó el rato tratando de recordar el número correcto y cuando el joven terminó ya había dado con él. Entró y marcó el 20357. Se produjo un largo silencio.

—Si no me crees, habla con la policía de Maine o con la compañía de seguros. Ellos te lo confirmarán.

Sonia llamó a la compañía de seguros. Era más probable que hubieran averiguado la verdad. Al fin y al cabo, había dinero en juego. Le pusieron con el señor Synstrom.

—¿Y de verdad están convencidos de que se estaba fugando con la señora

Hutchmeyer y de que fue un accidente? —dijo cuando la informaron de su versión de los hechos—. ¿No me estarán tomando el pelo?

—Esto es el departamento de reclamaciones —repuso el señor Synstrom con firmeza—, y aquí no tomamos el pelo a nadie. No es el estilo de la compañía.

—Pues a mí me parece una locura —se empeñaba Sonia—. Era lo bastante vieja como para ser su madre.

—Si quiere más detalles acerca de las circunstancias que rodearon el accidente, le sugiero que hable con la policía del Estado de Maine —le aconsejó el señor Synstrom dando por zanjada la conversación.

Sonia permaneció sentada, petrificada ante aquel nuevo giro. Que Piper hubiera preferido a aquella horrible vieja bruja…

En un minuto pasó de estar enamorada de su recuerdo a no estarlo en absoluto.

Piper la había traicionado y, cuando cayó en la cuenta, la invadió una amargura y una sensación de realidad totalmente nuevas.

Ahora que pensaba en ello, en la vida real le había resultado un poco aburrido, y el amor que había sentido por él no había sido tanto hacia el hombre como hacia sus aptitudes como marido. De haber tenido la oportunidad, le habría convertido en algo. Hasta justo antes de su muerte le había ayudado a alcanzar la fama como escritor, y si hubiera vivido, le habría hecho conocer cosas más importantes. Por algo Brahms era su compositor favorito. Habría tenido un tropel de Pipers en miniatura a los que una mujer —que era al mismo tiempo madre y agente literaria— habría enfocado hacia la carrera adecuada.

Pero ese sueño había terminado. Piper había muerto en compañía de una zorra en abrigo de visón conservada gracias a la cirugía.

Sonia volvió a leer el telegrama. Llevaba un nuevo mensaje para ella. Piper no era el único hombre que la había encontrado atractiva. Todavía le quedaba Hutchmeyer, un Hutchmeyer viudo cuya esposa le había robado a su cielito.

Había una gran ironía en el hecho de que, gracias a aquel gesto, Baby hubiera hecho posible que Hutchmeyer pudiera casarse de nuevo. Y es que se tendría que casar con ella. O boda o nada. Nada de medias tintas.

Sonia cogió una hoja de papel y la colocó en la máquina de escribir. Tendría que decírselo a Frenzy. Pobre Frenzy, le echaría de menos, pero el matrimonio llamaba a su puerta y tenía que marcharse. Le contaría sus razones y luego se iría. Le pareció que era lo mejor. Nada de recriminaciones y es que además, en cierto modo, se estaba sacrificando por él.

Pero ¿dónde demonios se había metido y por qué?

CAPÍTULO XX

Frensic estaba en la librería Blackwell.

Medio escondido entre hileras de obras de crítica literaria inglesa, estaba de pie con un ejemplar de *La gran pesquisa* en la mano y *Deteneos* colocado encima de una estantería ante sus ojos.

La gran pesquisa era el último libro de la doctora Sydney Louth, una antología de ensayos dedicados a F. R. Leavis y un monumento a toda una vida de execración de la superficialidad, la obscenidad, la inmadurez y la vacuidad de la literatura inglesa.

Generaciones y generaciones de futuros titulados universitarios habían tenido que soportar, hipnotizados, la ampulosidad de aquel estilo carente de elegancia con el que condenaba la novela moderna, el mundo contemporáneo y los valores de una civilización enferma y agonizante.

Frensic había sido uno de ellos y se había tenido que empapar de todas aquellas perogrulladas sobre las que se fundaba la reputación de la doctora Louth como estudiosa y crítica.

Se había dedicado a ensalzar a los indudablemente grandes y a maldecir al resto, y mediante aquella fórmula simplona se había labrado una fama de gran erudita. Y todo ello con un lenguaje que estaba en los antípodas de la brillantez estilística de aquellos mismos autores a los que había alabado.

Pero, lo que más se le había grabado a Frensic era su anatema, aquellas imprecaciones cargadas de amargura y carentes de gracia que había prodigado a otros críticos y a todos aquellos que estaban en desacuerdo con ella.

A través de sus condenas había hecho germinar las inhibiciones que luego malograrían a Frensic y a tantos otros cuya ambición fue un día escribir. Sólo por contentarla había adoptado la grotesca sintaxis de sus conferencias y ensayos. Los louthianos se reconocían al instante por el estilo. Y por su esterilidad.

Durante tres décadas, ejerció una influencia nefasta sobre la literatura. Y todas aquellas imprecaciones contra el presente le sirvieron para venerar el gran pasado que, de haber tenido a la doctora Louth como influencia viviente, no habría existido jamás.

Como una fanática religiosa, consagró a los ya sagrados y alimentó una intolerancia intelectual que negaba la vida a todo lo que no alcanzaba la perfección.

En el calendario de la doctora Louth no había más que santos, santos y demonios que no superaban su examen de grandeza. Hardy, Forster, Galsworthy, Moore, Meredith e incluso Peacock se veían relegados a las tinieblas y al olvido sólo por no estar a la altura de Conrad y Henry James.

¿Y el pobre Trollope y Thackeray? Otros demonios. Otros que no alcanzaban la perfección.

Y Fielding… La lista era interminable. Y la única esperanza de salvación para la generación presente era arrodillarse ante sus opiniones y aprenderse como un lorito las respuestas de su catecismo literario.

Y aquella bruja reseca había escrito *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen*.

Frensic invirtió el título y se le antojó de lo más apropiado.

La doctora Louth había engendrado la nada. Con los años aquellas opiniones muertas de *La novela moral* y ahora de *La gran pesquisa* se irían descomponiendo en las

estanterías hasta convertirse en polvo, y pasarían al olvido. Y ella, que lo sabía, había escrito *Deteneos* buscando una inmortalidad anónima.

Las pistas saltaban a la vista. Frensic no comprendía que pudieran haberle pasado por alto. En la página 269 de *Deteneos*: «Y, de una manera inexorable, pasaron de la vida al amor, a un amor rítmico que les situaba en una dimensión de sentimientos en la que lo verdaderamente real se convertía en…».

Frensic cerró el libro antes de llegar a lo de la «totalidad aprehendida». ¿Cuántas veces en su juventud había oído pronunciar aquellas espantosas palabras? ¡Si hasta las había utilizado en las disertaciones que había escrito para ella…! Aquél «situaba en una nueva dimensión» era ya prueba suficiente, pero seguido de innumerables abstracciones sin sentido y el «verdaderamente real» era concluyente.

Frensic se colocó ambos libros bajo el brazo y se dirigió a la caja para pagarlos. Ya no le cabía ni sombra de duda y todo quedaba aclarado: las obsesivas precauciones por preservar el anonimato del autor, la facilidad con que había aceptado que Piper actuara como sustituto…

Y ahora Piper reclamaba la paternidad de *Deteneos*.

Frensic aminoró el paso por el Parks sumido en sus cavilaciones. ¿Dos autores para el mismo libro? Y precisamente Piper, que había sido uno de los devotos de la doctora Louth. *La novela moral* era su Biblia. En cuyo caso cabía dentro de lo posible que…

Pero no. La señorita Bogden no le había mentido.

Frensic apresuró la marcha al pasar junto al río en dirección a Cowpasture Gardens. La doctora Louth se iba a enterar de que había cometido una equivocación imperdonable al enviar el manuscrito a uno de sus antiguos alumnos. Porque de eso era de lo que se trataba. Por vanidad, había elegido a Frensic entre centenares de otros agentes. La ironía del gesto debió de cautivarla. Nunca había tenido demasiado tiempo para él. «Un espíritu mediocre», había escrito en una ocasión al final de una de sus disertaciones.

Frensic nunca se lo había perdonado. Ahora se vengaría.

Frensic dejó Parks y enfiló Cowpasture Gardens.

La casa de la doctora Louth se alzaba al final de la calle: una enorme mansión victoriana que destilaba un aire de dejadez absolutamente deliberado, como si sus moradores estuvieran demasiado entregados al cultivo del intelecto como para reparar en los parterres descuidados y el césped demasiado crecido.

Y si la memoria no le fallaba, Frensic recordaba gatos.

Y allí estaban todavía. Había un par sentados en el alféizar de una ventana que observaron a Frensic cuando se encaminaba hacia la puerta principal y llamaba al timbre.

Mientras esperaba echó un vistazo a su alrededor.

No cabía duda de que el jardín se había degradado todavía más, aproximándose a la estética bucólica que la doctora Louth tanto había ensalzado en literatura. Y la araucaria seguía también allí, tan inaccesible como siempre. ¡Cuántas veces se había quedado ensimismado mirando la araucaria a través de la ventana, mientras la doctora Louth predicaba la necesidad de un objetivo moral maduro en todo arte!

Frensic estaba a punto de caer en un estado de arrobamiento nostálgico cuando la puerta principal se abrió y vio asomarse a la señorita Christian, que le miraba con perplejidad.

—Si es usted de telefónica… —le advirtió.

Pero Frensic negó con la cabeza.

—Me llamo… —Y titubeó al tratar de recordar el nombre de su alumno

predilecto— Bartlett. Fui alumno de la doctora en 1955.

La señorita Christian frunció los labios.

—Es que no recibe a nadie —se excusó.

Frensic sonrió.

—Sólo quería saludarla. Siempre he reconocido la gran influencia que ejerció en mi desarrollo. Ingente, ¿sabe usted?

A la señorita Christian se le cayó la baba con lo de «ingente». Era la contraseña.

—¿En 1955?

—El año en que publicó *La felicidad intuitiva* —dijo Frensic, sacando a relucir todo el bouquet de aquella gran cosecha.

—Así es. Parece que ha pasado mucho tiempo —dijo la señorita Christian, abriendo la puerta un poco más.

Frensic subió los peldaños y penetró en la oscuridad del vestíbulo, donde los vitrales de las escaleras parecían corroborar la santidad del lugar.

Había un par de gatos más aposentados en sendas sillas.

—¿Cómo ha dicho usted que se llamaba? —preguntó la señorita Christian.

—Bartlett —repuso Frensic. (Bartlett había sacado un sobresaliente.)

—¡Ah, sí, Bartlett! —recordó la señorita Christian—. Iré a preguntarle si puede recibirle.

La señorita Christian desapareció por un pasillo roñoso hasta el estudio.

Frensic esperó y el olor a gatos y la atmósfera casi palpable de arrogancia intelectual y de firmeza moral hizo que le rechinaran los dientes. Puestos a elegir, prefería los gatos.

La señorita Christian regresó arrastrando los pies.

—Le recibirá —le dijo—. Ahora apenas recibe visitas, pero le va a recibir. Ya conoce el camino.

Frensic asintió. Conocía el camino.

Recorrió la ajada alfombra hasta la puerta y la abrió.

En el estudio todavía era 1955. No había cambiado nada en veinte años.

La doctora Sydney Louth estaba sentada en un sillón junto a una pequeña chimenea con un montón de papeles en el regazo, un cigarrillo apoyado en el cenicero y una taza de té ya frío a medio terminar sobre la mesa que tenía al lado.

Cuando Frensic entró ni siquiera levantó la cabeza. Ésa era también una vieja costumbre, la prueba de una concentración tan profunda que el mero hecho de interrumpirla era un inmenso privilegio. Un bolígrafo rojo describía garabatos ilegibles en uno de los márgenes de una disertación.

Frensic tomó asiento frente a ella y esperó. Se podía sacar partido de su arrogancia. Puso el ejemplar de *Deteneos* —oculto todavía bajo el envoltorio de BlackwelPs— sobre sus rodillas y estudió aquella cabeza gacha y el ajetreo de la mano.

Era exactamente tal como la recordaba.

En ese momento, la mano dejó de escribir, soltó el bolígrafo y cogió el cigarrillo.

—¡Bartlett, mi querido Bartlett! —dijo, alzando la vista.

La doctora Louth le miró como a través de una nebulosa y Frensic le devolvió la mirada. Estaba equivocado. Las cosas sí habían cambiado. El rostro que estaba mirando no era el rostro que recordaba. El de sus recuerdos era liso y ligeramente rechoncho. Ahora parecía hinchado y sembrado de surcos. Una pared de arrugas como edemas formaban bolsas bajo los ojos y le señalaban las mejillas, y de los labios de aquella especie de careta

reticulada pendía el cigarrillo. Sólo la expresión de sus ojos seguía siendo la misma, más débil pero con el brillo de la certeza de su virtud. La seguridad se le esfumó de la cara mientras Frensic la observaba.

—Creía… —dijo, y le estudió más de cerca—. La señorita Christian me ha dicho…

—Frensic. Fue mi tutora en 1955 —dijo Frensic.— ¿Frensic?

Un montón de conjeturas se le agolparon en los ojos.

—Pero usted ha dicho Bartlett…

—Un embuste sin importancia —se excusó Frensic—, para estar seguro de que podría hablar con usted. Ahora soy agente literario: Frensic & Futtle. Pero me imagino que no habrá oído hablar de nosotros…

Pero la doctora Louth sí había oído hablar de ellos. Los ojos la delataron.

—No, me temo que no.

Frensic vaciló un momento y decidió plantearlo con un rodeo.

—Y como…, bueno…, como fue usted mi tutora me preguntaba si, bueno, si podría usted… En fin, que me haría usted un inmenso favor si aceptara… —Frensic hizo gala de una gran consideración.

—¿Qué desea? —preguntó la doctora Louth.

Frensic desenvolvió el paquete que tenía encima de las rodillas.

—Verá usted, hemos contratado una novela y si tuviera usted la amabilidad de escribir…

—¿Una novela?

Los ojos que se parapetaban tras las arrugas centellearon mientras miraban el envoltorio.

—¿Qué novela?

—Esta —repuso Frensic, tendiéndole *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen*.

Durante unos instantes la doctora Louth se quedó mirando el libro ensimismada, con el cigarrillo apenas prendido de los labios. Luego se removió en el sillón.

—¿Esto? —dijo en un susurro.

El cigarrillo se le cayó y siguió consumiéndose sobre una de las disertaciones que tenía en el regazo.

Frensic asintió, se echó hacia adelante para retirar el cigarrillo y dejó el libro en su lugar.

—Me ha parecido que era la clase de libro que casaba con usted —dijo.

—¿La clase de libro que casaba conmigo?

Frensic se recostó en la silla. Ahora era él quien tenía la sartén por el mango.

—Dado que es usted su autora —prosiguió—, he pensado que en justicia…

—¿Cómo lo ha sabido?

La doctora Louth le miraba de un modo muy distinto. Ya no quedaba ni rastro de aquel ánimo moralista. Sólo miedo y odio. Frensic lo saboreó. Cruzó las piernas y miró la araucaria.

Acababa de encaramarse hasta lo alto.

—Fundamentalmente por el estilo —le explicó— y, para hablarle con entera franqueza, por análisis crítico. En sus libros empleaba con demasiada frecuencia las mismas palabras, y lo recordé. Lo aprendí de usted, ¿sabe?

Hubo un largo silencio mientras la doctora Louth encendía otro cigarrillo.

—¿Y espera que escriba una reseña? —dijo por fin.

—No exactamente —dijo Frensic—. Es poco ético que un autor escriba la reseña de

su propia obra. En realidad, sólo quería comentar con usted cuál sería la mejor manera de dar la noticia al mundo.

—¿Qué noticia?

—Pues que la doctora Sydney Louth, la eminente crítica, es la autora de *Deteneos* y de *La gran pesquisa*. Pensé que con un artículo en el suplemento literario del Times bastaría para iniciar la controversia. Al fin y al cabo, no ocurre todos los días que un erudito escriba un éxito de ventas, y menos aún uno que se ajusta a la clase de libro que ese erudito se ha pasado la vida entera condenando como obsceno…

—¡Se lo prohíbo! —dijo sin resuello—. Como agente…

—Como agente mi deber es hacer todo cuanto esté en mi mano para que el libro se venda. Y puedo asegurarle que el escándalo literario que una noticia semejante podría desatar en círculos en los que hasta ahora se ha reverenciado su nombre…

—No —dijo la doctora Louth—. Eso no debe ocurrir jamás.

—¿Acaso está pensando usted en su reputación? —le preguntó Frensic.

La doctora Louth no respondió.

—Pues tendría que haberlo pensado antes. Tal como están las cosas, me coloca usted en una situación muy desagradable. Yo también tengo una reputación que mantener.

—¿Reputación? ¿Y qué clase de reputación es ésa? —le escupió en la cara.

Frensic se echó hacia adelante.

—Una reputación inmaculada —le espetó—, algo que usted no podría comprender.

La doctora Louth trató de sonreír.

—Grub Street —masculló.

—Pues sí, Grub Street —dijo Frensic—, y lo digo con orgullo. Un lugar en el que la gente escribe por dinero sin hipocresías.

—Por lucro, asqueroso lucro.

Frensic hizo una mueca irónica.

—¿Y por qué escribió usted? La careta le miró con rencor.

—Para demostrar que era capaz de hacerlo —dijo—, que sabía escribir esa clase de porquería que se vende. Creían que no podría. Una crítica estéril, impotente, una académica. Demostré que estaban equivocados.

La doctora Louth hablaba con mayor vehemencia. Frensic se encogió de hombros.

—Pues no veo cómo —dijo Frensic. Su nombre no aparece en la portada. Hasta que no aparezca, nadie lo sabrá.

—Y nadie ha de saberlo jamás.

—Pues yo tengo la intención de contarlo —le advirtió Frensic—. Será un artículo fascinante: el autor anónimo, el Lloyds Bank, la agencia de mecanografía, el señor Cadwalladine, Corkadale, su editor norteamericano…

—No debe hacerlo —gimoteó—. Nadie ha de saberlo jamás. Se lo prohíbo.

—El asunto ha dejado de estar en sus manos —le recordó Frensic—. Está en las mías y no pienso mancillarlas con su hipocresía. Además, tengo otro cliente.

—¿Otro cliente?

—El chivo expiatorio, Piper, que fue a América en su lugar. También tiene una reputación, ¿sabe usted?

La doctora Louth soltó una risita.

—Inmaculada como la suya, supongo.

—En teoría sí —convino Frensic.

—Pero no vaciló a la hora de arriesgarla por dinero.

—Si prefiere decirlo así… Quería escribir y necesitaba dinero. Usted, me imagino, no se encuentra en su caso. Ha mencionado el lucro, el asqueroso lucro. Pues bien, estoy dispuesto a negociar.

—A chantajearme —le replicó la doctora Louth, apagando el cigarrillo.

Frensic la miró con repugnancia.

—Para ser una cobarde moralista que se oculta tras un nom de plume, su lenguaje me parece poco preciso. Si hubiera acudido a mí desde el principio no habría tenido que comprometer a Piper pero, como prefirió elegir el anonimato a expensas de la honestidad, ahora me encuentro en la situación de tener que elegir entre dos autores.

—¿Dos? ¿Por qué dos?

—Porque Piper reclama la paternidad del libro.

—Pues que vaya reclamando. Aceptó la responsabilidad, así que tendrá que cargar con ella.

—Pero es que también reclama el dinero.

La doctora Louth se quedó mirando las brasas de la chimenea con ojos que echaban chispas.

—Ya ha recibido su parte —dijo por fin—. ¿Qué más quiere?

—Todo —dijo Frensic.

—¿Y usted está dispuesto a dejar que se salga con la suya?

—Sí —admitió Frensic—. Mi reputación también está en juego. Si hubiera un escándalo saldría perjudicado.

—Un escándalo… —repitió la doctora Louth meneando la cabeza—. No tiene por qué haber escándalo de ninguna clase.

—Pero lo habrá —le aseguró Frensic—. Verá: Piper ha muerto.

La doctora Louth se estremeció.

—¿Muerto? Pero si acaba de decirme…

—Hay que liquidar la herencia. Pasará por los tribunales, y con dos millones de dólares… ¿Hace falta que le diga más? La doctora Louth negó con la cabeza.

—¿Y qué quiere que haga? —le preguntó.

Frensic se relajó. La crisis ya había pasado. Acababa de vencer a aquella bruja.

—Quiero que me escriba una carta negando su autoría del libro. Ahora mismo.

—¿Y bastará con eso?

—De momento —dijo Frensic.

La doctora Louth se levantó y se dirigió al escritorio. Se pasó unos minutos sentada escribiendo y, cuando terminó, tendió la carta a Frensic. Este la leyó y se quedó satisfecho.

—Y, ahora, el manuscrito —le pidió—. El original de su propio puño y letra y todas las copias que obren en su poder.

—No —se negó—. Las destruiré.

—Las destruiremos juntos —puntualizó Frensic— antes de que me vaya.

La doctora Louth volvió al escritorio y, después de abrir un cajón cerrado con llave, sacó una caja. Luego, se dirigió a una silla que había junto a la chimenea y se sentó. Abrió la caja y empezó a sacar páginas.

Frensic echó un vistazo al encabezamiento. Decía así:

«La casa se alzaba en lo alto de una loma, rodeada de tres olmos, un haya y un cedro de Indias cuyas ramas horizontales…».

Tenía ante sus ojos el original de *Deteneos*. Al cabo de un momento, la hoja de papel estaba en el fuego y las llamas subían por la chimenea.

Frensic se sentó y observó cómo las páginas se iban consumiendo una a una, carbonizando, hasta hacer resaltar las palabras como encaje blanco que se deshilachaba y, atrapado en la aspiración de la chimenea, desaparecía por el tiro.

Mientras ardían, a Frensic le pareció advertir de reojo el resplandor de las lágrimas que bañaban los surcos de las mejillas de la doctora Louth. Por un momento se sintió vacilar. Aquella mujer estaba convirtiendo en cenizas su propia obra. La había llamado porquería y, sin embargo, ahora lloraba por ella. Nunca comprendería a los escritores ni a aquellas contradicciones que eran la fuente de su imaginación.

Cuando se hubo consumido la última página, Frensic se puso en pie.

La doctora Louth seguía acurrucada junto a la chimenea.

Por segunda vez, sintió la tentación de preguntarle por qué había escrito el libro.

Para demostrarles a los críticos que estaban equivocados. Ésa no era la respuesta. Tenía que haber algo más, el sexo, aquella ardiente relación sentimental… Nunca se lo confesaría.

Salió de la habitación sin hacer ruido y recorrió el pasillo hasta la puerta.

Fuera, el aire estaba moteado de copos negros que llovían de la chimenea y, ya junto a la verja, un gato dio un brinco y engarzó entre sus uñas una brizna que bailoteaba en la brisa.

Frensic se llenó los pulmones de aire fresco y apresuró el paso calle abajo.

Tenía que ir por sus cosas al hotel y coger un tren para Londres.

En algún lugar al sur de Tuscaloosa, Baby tiró el mapa de carreteras por la ventanilla del coche, que revoloteó tras ellos entre la polvareda hasta desaparecer.

Como de costumbre, Piper no se dio cuenta.

Sus pensamientos estaban dedicados por entero a *Obra en regresión*. Había llegado ya a la página 178 y el libro iba bien. Otras dos semanas trabajando a conciencia y lo tendría terminado.

Así podría empezar la tercera versión, aquella en la que no sólo cambiaría los personajes, sino también el marco de todas las escenas. Había decidido titularla *Post scriptum a una infancia*, como precursora de su novela definitiva, *En busca de la infancia perdida*, libre de las adulteraciones de lo comercial que, en retrospectiva, algunos de los críticos que tanto habían ensalzado aquella novela detestable habrían de considerar como el primer borrador de *Deteneos*. De este modo salvaría su reputación del olvido inherente a todo éxito facilón y los estudiosos podrían advertir la solapada influencia de los consejos comerciales de Frensic sobre su talento original.

Piper sonrió ante su propio ingenio. Y, al fin y al cabo, siempre podía haber futuras novelas por descubrir. Seguiría escribiendo póstumamente y, cada dos años, Frensic se encontraría sobre el escritorio una nueva novela que presentar ante los ojos del mundo.

Frensic no podía hacer nada por impedirlo. Baby tenía razón. Al engañar a Hutchmeyer, Frensic & Futtle se habían vuelto vulnerables. Frensic tendría que hacer lo que le dijeran.

Piper cerró los ojos y se recostó en el asiento con satisfacción.

Media hora después, volvía a abrirlos y se enderezaba.

El coche, un Ford que Baby había comprado en Rossville, avanzaba haciendo eses por un camino sin asfaltar.

Piper miró en derredor y vio que Baby conducía por una carretera trazada sobre un terraplén. A ambos lados, unos árboles altísimos se recortaban encima de un agua negruzca.

—¿Dónde estamos? —le preguntó.

—No tengo ni idea —dijo Baby.

—¿Ni idea? Pero bien tienes que saber a donde vamos…

—Hacia el interior, es lo único que sé. Cuando lleguemos a algún sitio ya nos enteraremos.

Piper miró hacia abajo, hacia el agua turbia al pie de los árboles. El bosque tenía un aire siniestro que no le gustaba en absoluto. Hasta entonces siempre habían viajado por carreteras alegres y agradables, con alguna zona de parra kudzú encaramándose aquí y allá, entre árboles y bancales, que recordaba la naturaleza en estado salvaje. Pero aquello era diferente. No había indicaciones, ni casas, ni gasolineras, ni ninguna de aquellas otras comodidades que significaban civilización.

—¿Y qué pasará si cuando llegamos a algún sitio no hay motel? le preguntó.

—Pues tendremos que contentarnos con lo que haya —repuso Baby—. Ya te advertí que nos dirigíamos al profundo Sur y ahí es dónde está.

—¿Donde está el qué? —preguntó Piper, mirando fijamente aquella agua oscura y pensando en cocodrilos.

—Lo que he venido a descubrir —soltó Baby muy críptica antes de frenar en un cruce.

A través del parabrisas, Piper trató de leer un indicador que con letras descoloridas anunciaba:

BIBLIOPOLIS - 25 KILÓMETROS.

—Parece una ciudad hecha para ti —dijo, antes de tomar el desvío.

El bosque pantanoso empezó a aclararse y finalmente salieron a un paisaje despejado, de prados exuberantes, que reverberaba bajo el sol, donde las vacas pacían entre pastos altísimos con grupos de árboles diseminados.

Aquel paisaje tenía algo de inglés, de parque inglés abandonado y de vegetación frondosa en el que, sin embargo, se podían adivinar todavía recuerdos de su estado pasado. A su alrededor, la distancia se desdibujaba en la línea emborronada del horizonte.

Cuando divisó aquellas praderas, Piper se sintió más seguro. Se respiraba un aire hogareño que resultaba tranquilizador. De vez en cuando, dejaban atrás alguna cabaña de madera, medio oculta entre la vegetación y de aspecto abandonado.

Y por fin llegaron a Bibliópolis, un pueblecito, prácticamente una aldea, con un riachuelo que fluía perezoso junto a un embarcadero abandonado.

Baby siguió hasta la margen del río y se detuvo. No había puente. Al otro lado, un transbordador con sistema de poleas les ofrecía el único medio para cruzar.

—Muy bien, toca la campana —dijo Baby.

Piper se apeó del coche y tocó la campana que pendía de un poste.

—Más fuerte —rezongó Baby, mientras Piper tiraba de la cuerda.

Al rato, apareció un hombre en la ribera opuesta y el transbordador empezó a avanzar hacia ellos.

—¿Qué quieren? —preguntó el hombre cuando el transbordador hubo llegado.

—Estamos buscando un sitio donde quedarnos —dijo Baby.

El hombre echó un vistazo a la matrícula del Ford y pareció quedarse tranquilo. Era de Georgia.

—En Bibliópolis no hay motel —les informó—. Lo mejor será que den la vuelta hasta Selma.

—Pero tiene que haber algún sitio… —insistió Baby, al ver que el hombre vacilaba.

—El Hogar de los Turistas de la señora Mathervitie —dijo el hombre, haciéndose a un lado.

Baby subió el coche al transbordador y se apeó.

—¿Es éste el río Alabama? —preguntó.

El hombre negó con la cabeza.

—Es el Ptomaine, señora —le dijo, y tiró del cable.

—¿Y eso de ahí? —preguntó Baby, señalando una mansión en estado ruinoso que indudablemente databa de antes de la guerra.

—Eso es Pellagra, pero ahí ya no vive nadie. Todos murieron.

Piper permaneció sentado en el interior del coche mirando apesadumbrado aquel río perezoso.

Los árboles que bordeaban la ribera estaban coronados de musgo negro, como viudas con velo, y la mansión en ruinas que quedaba por debajo del pueblo le recordó a la señorita Havisham.

En cambio, la Baby que subió de nuevo al coche para salir del transbordador estaba a todas luces entusiasmada por el paisaje.

—Ya te había dicho que era aquí —le dijo con tono triunfante—. Y, ahora, al Hogar de Turistas de la señora Mathervitie.

Siguieron por una calle bordeada de árboles y se detuvieron frente a una casa. En un cartel leyeron Bienvenidos. La señora Mathervitie, sin embargo, se mostró menos efusiva.

Sentada a la sombra del porche, les miraba sin quitarles la vista de encima mientras bajaban del coche.

—¿Buscan algo? —les preguntó, mientras el crepúsculo arrancaba destellos a sus gafas.

—El Hogar de Turistas de la señora Mathervitie —dijo Baby.

—¿Vienen a vender o a dormir? Porque si venden cosméticos les advierto que no es lo mío.

—Venimos a dormir —dijo Baby. La señora Mathervitie los miró con ojo crítico, con ese aire de quien reconoce a golpe de vista las relaciones irregulares.

—Sólo tengo individuales —dijo, y escupió en el centro de un girasol—. Ni una doble.

—Alabado sea Dios —soltó Baby sin querer.

—Amén —dijo la señora Mathervitie.

Entraron en la casa y recorrieron el pasillo.

—Esta es la suya —anunció la señora Mathervitie a Piper, antes de abrir una puerta.

La habitación daba a un campo de maíz. De una de las paredes colgaba una oleografía de Jesús expulsando a latigazos a los prestamistas del Templo y un cartel de cartón que rezaba «NADA DE BOLSAS MARRONES». [1]

Piper lo miró con extrañeza. Se le antojaba una petición totalmente innecesaria.

—¿Y bien? —dijo la señora Mathervitie.

—Muy agradable —dijo Piper, que acababa de reparar en una hilera de libros dispuestos sobre una estantería. Al mirarlos más de cerca descubrió que todos eran Biblias.

—Santo Dios —murmuró.

—Amén —dijo la señora Mathervitie, antes de desaparecer con Baby por el pasillo

dejando a Piper sumido en las siniestras ideas que le sugería el «NADA DE BOLSAS MARRONES».

Cuando volvieron apenas había progresado en la solución del enigma.

—Tanto el reverendo como yo le agradecemos su hospitalidad —dijo Baby—. ¿No es cierto, reverendo?

—¿Cómo? —dijo Piper.

La señora Mathervitie lo miraba con verdadero interés.

—Le estaba diciendo a la señora Mathervitie lo mucho que le interesa a usted la religión americana —dijo Baby.

Piper tragó saliva y trató de pensar en algo que decir.

—Sí —se le antojó lo más prudente.

Se produjo un silencio sumamente embarazoso que fue finalmente roto por el sentido de la señora Mathervitie para los negocios.

—Serán diez dólares diarios. Siete con las plegarias. La Providencia va aparte.

—Sí, claro, es natural —soltó Piper.

—¿Cómo? —dijo la señora Mathervitie.

—Dios proveerá —intervino Baby, antes de que la ligera histeria de Piper pudiera volver a hacer acto de presencia.

—Amén —remató la señora Mathervitie—. ¿Qué será entonces? ¿Con o sin plegarias?

—Con —dijo Baby.

—Catorce dólares —dijo la señora Mathervitie—. Por adelantado.

—¿Pagamos ahora y rezamos más tarde? —preguntó Piper, esperanzado.

La señora Mathervitie le fulminó con ojos fríos.

—Para ser predicador… —dijo, pero Baby intercedió de nuevo.

—Es que para el reverendo habría que rezar sin descanso.

—Amén —aprobó la señora Mathervitie, arrodillándose encima del linóleo.

Baby siguió su ejemplo. Piper las miraba pasmado.

—Dios santo —musitó.

—Amén —dijeron la señora Mathervitie y Baby a coro.

—La palabra de Dios, reverendo —le pidió Baby.

—¡Cristo nuestro señor! —dijo Piper buscando la inspiración. No conocía ninguna plegaria y en cuanto a la palabra…

Arrodillada en el suelo, la señora Mathervitie empezaba a crisparse peligrosamente.

Piper encontró las palabras que le hacían falta. Procedían de *La novela moral*.

—Es nuestro deber no buscar el placer, sino saber apreciar —recitó como una salmodia—; no buscar la distracción, sino la virtud; no leer para huir de las responsabilidades de la vida sino para comprender mejor, a través de la lectura, cuanto somos y hacemos, y de este modo renacidos a través de la experiencia de otros profundizar en nuestros conocimientos y sentimientos para, así enriquecidos, poder ser mejores seres humanos.

—Amén —dijo la señora Mathervitie con fervor.

—Amén —dijo Baby a su vez.

—Amén —dijo Piper antes de sentarse en la cama.

La señora Mathervitie se levantó.

—Gracias por sus palabras, reverendo —le agradeció, y salió de la habitación.

—¿Qué demonios es todo esto? —rezongó Piper en cuanto los pasos se hubieron

alejado por el pasillo.

Baby se puso en pie y se llevó el índice a los labios.

—Nada de blasfemias y nada de bolsas marrones. —Precisamente ésa es otra… —dijo Piper, pero los pasos de la señora Mathervitie volvían a acercarse por el pasillo.

—Conciliábulo a las ocho —anunció, asomando la cabeza por la puerta—. Llegar tarde no está bien.

Piper la miró pálido.

—¿Conciliábulo?

—El Conciliábulo de la Iglesia del Séptimo Día de los Siervos de Cristo dijo la señora Mathervitie —. Han dicho que querían plegarias.

—El reverendo y yo nos reuniremos con usted enseguida —dijo Baby.

La señora Mathervitie retiró la cabeza.

Baby cogió a Piper del brazo y le empujó hacia la puerta.

—Vaya por Dios, nos has metido… —Amén— dijo Baby ya en el pasillo.

La señora Mathervitie les estaba esperando en el porche.

—La iglesia está en la plaza del pueblo —les explicó la señora Mathervitie en cuanto subieron al Ford.

Al rato circulaban por una calle oscura y a Piper se le antojó que el musgo negro ofrecía un aspecto más siniestro todavía.

Cuando se detuvieron frente a la iglesia de madera de la plaza, Piper era ya presa del pánico.

—¿No me obligarán a volver a rezar? —preguntó a Baby en un susurro mientras subían las escaleras de la iglesia.

Desde el interior les llegaba la melodía de un himno.

—Llegamos tarde —se quejó la señora Mathervitie, y les obligó a apurar el paso por el pasillo.

La iglesia estaba llena a rebosar, pero había una hilera de asientos vacía en primera fila.

Al cabo de un momento, Piper se encontraba sosteniendo con fuerza un libro de himnos y cantando uno extraordinario que se llamaba «He telefoneado al cielo».

Cuando el himno tocó a su fin, se oyó un arrastrar de pies y toda la congregación se arrodilló al tiempo que el predicador se lanzaba a la plegaria.

—¡Oh Señor, todos somos pecadores! —declaró.

—¡Oh Señor, todos somos pecadores! —repitió a voz en grito la señora Mathervitie, a coro con el resto de feligreses.

—¡Oh Señor, todos somos pecadores que esperamos la salvación! —prosiguió el predicador.

—¡Esperamos la salvación! ¡Esperamos la salvación!

—¡De la hoguera de los infiernos y de la celada de Satán!

—¡De la hoguera de los infiernos y de la celada de Satán!

Al lado de Piper, la señora Mathervitie empezaba a temblar.

—¡Aleluya! —gritó.

En cuanto terminó la plegaria, una enorme mujer de color que estaba de pie junto al piano entonó «Lavados en la sangre del cordero» y, de ahí, bastó un paso para «Jericó» y terminar con un himno que rezaba «Siervos del Señor, te brindamos nuestra fe», con un estribillo que rezaba «Fe, fe, fe en el Señor, la fe en el Señor es más poderosa que la espada».

Para su sorpresa, Piper se encontró cantando con tanto ahínco como los demás y el entusiasmo empezó a apoderarse de él.

A aquellas alturas, la señora Mathervitie seguía el ritmo golpeando el suelo con el pie, mientras varias mujeres daban palmadas.

Cantaron el himno dos veces para pasar directamente a otro sobre Eva y la Manzana.

Cuando el eco de los cantos empezaba a ceder gradualmente, el predicador alzó las manos.

—Hermanos y hermanas… —dijo, pero fue interrumpido.

—¡Que traigan las serpientes! —gritó alguien desde el fondo.

El predicador bajó las manos.

—La noche de las serpientes es la del sábado —suspiró—. Ya lo sabéis.

Pero todos empezaban ya a corear «Que traigan las serpientes» y la mujer de color enorme empezó a cantar:

—Fe en el Señor y las serpientes no te morderán, porque los que tienen fe siempre se salvarán.

—¿Serpientes? —dijo Piper, dirigiéndose a la señora Mathervitie—. Yo creía que había dicho que eran los Siervos del Señor.

—Las serpientes son el sábado —repuso la señora Mathervitie, a todas luces asustada—. Yo sólo vengo los jueves. No apruebo lo de las serpientes.

—¿Lo de las serpientes? —se asustó Piper, que acababa de caer en la cuenta de lo que podía ocurrir—. ¡Santo Dios!

A su lado, Baby lloraba ya a lágrima viva, pero Piper estaba demasiado preocupado por su propia integridad para reparar en ella.

Un hombre alto y enjuto avanzaba por el pasillo con un saco. Era un saco grande, un saco grande que se retorcía. Al igual que Piper.

Al cabo de un momento, Piper había abandonado su asiento de un brinco y se dirigía hacia la puerta, pero enseguida descubrió que le cerraba el paso un grupo nutrido de gente que, sin lugar a dudas, compartía su falta de entusiasmo ante la idea de encontrarse recluido en una pequeña iglesia con un saco lleno de serpientes venenosas.

Una mano le mandó de vuelta a su asiento de un bandazo.

—¡Salgamos de aquí por piernas! —gritó a Baby.

Pero Baby miraba ensimismada con expresión de rapto al pianista, un hombrecillo delgaducho que aporreaba las teclas con un fervor sin duda producto de lo que tenía todo el aspecto de ser una pequeña boa constrictor enrollada en su cuello.

Detrás del piano, la mujer de color enorme usaba un par de serpientes de cascabel a modo de maracas mientras entonaba «En Bibliópolis te queremos, que nos infesten las serpientes, no las tememos…», lo cual, sin duda, Piper no compartía en absoluto.

Y precisamente estaba a punto de salir a la carrera hacia la salida cuando, de pronto, algo le rozó los pies. Era la señora Mathervitie.

Piper se quedó sentado, paralizado, y empezó a gimotear. A su lado, Baby también gimoteaba. Su rostro traslucía un extraño aire seráfico.

En ese instante, el hombre del saco extrajo una serpiente con anillos rojos y amarillos.

—La coral —se oyó sisear.

Los acordes de «En Bibliópolis te queremos» cesaron de golpe y, en medio del silencio reinante, Baby se puso en pie y empezó a caminar como hipnotizada.

Bajo la luz de las velas tenía una belleza majestuosa.

Cogió la serpiente del hombre y la sostuvo en alto hasta que su brazo se convirtió en un caduceo, el símbolo de la medicina. Y a continuación, volviéndose hacia la congregación, se rasgó la blusa hasta la cintura y mostró sus pechos voluptuosos y firmes.

Se oyó otro estremecimiento de horror.

Los pechos desnudos no se llevaban en Bibliópolis, aunque, por otra parte, la serpiente coral sí. Mientras Baby bajaba el brazo, la serpiente coral enfurecida hincó sus colmillos en quince centímetros de silicona y allí permaneció retorciéndose durante diez segundos antes de que Baby la apartara para ofrecerle el otro pecho.

Pero la coral ya había tenido suficiente. Y Piper también.

Con un quejido fue a reunirse en el suelo con la señora Mathervitie.

Baby, triunfante y a pecho descubierto, metió la coral en el saco y se volvió hacia el pianista.

—Vamos a ello, hermano —le animó.

Y, una vez más, la pequeña iglesia vibró al son de los acordes «En Bibliópolis te queremos, que nos infesten las serpientes, no las tememos».

CAPÍTULO XXI

En su piso de Hampstead, Frensic estaba sumergido en su baño matutino y hacía girar el grifo del agua caliente con el dedo gordo del pie a fin de mantener el agua a una temperatura constante.

Una noche de sueño reparador había ayudado a subsanar los estragos causados por la pasión de Cynthia Bogden y no tenía ninguna prisa por llegar al despacho. Tenía cosas en que pensar. Estaba muy bien que se felicitara por su astucia al descubrir al verdadero autor de *Deteneos* y hacerlo renunciar a todos los derechos sobre el libro, pero todavía tenía problemas a los que enfrentarse.

El primero era la existencia de Piper y su irregular exigencia de que le pagaran por una novela que no había escrito. A primera vista parecía un problema menor. Frensic podía depositar los dos millones de dólares, menos la comisión de Corkadale y la suya, en la cuenta 478776 del First National Bank de Nueva York.

Por lo pronto, se le antojaba lo más prudente: pagar a Piper y librarse así de aquel tunante. Por otra parte, aquello significaba doblegarse al chantaje, y los chantajistas tenían cierta tendencia a repetir sus exigencias. Si cedía en aquella ocasión, tendría que ceder una y otra vez, y, además, si transfería aquella suma a Nueva York, tendría que dar explicaciones a Sonia y confesarle que Piper no estaba muerto. Si se lo olía siquiera, saldría disparada tras él como un gato escaldado. Claro que siempre podía eludir la cuestión y decirle que el cliente del señor Cadwalladine había dado instrucciones para que los derechos de autor se saldaran de aquel modo.

Pero más allá de todos aquellos problemas técnicos, acechaba la sospecha de que Piper no había tramado aquel fraude por propia iniciativa. Los diez años de recurrente búsqueda de una infancia perdida eran prueba suficiente de que Piper carecía de imaginación, y la de la persona que había urdido aquel tortuoso plan era portentosa.

Las sospechas de Frensic se centraban en la señora Baby Hutchmeyer.

Si Piper, que presuntamente había muerto con ella, seguía con vida, existían poderosas razones para creer que Baby Hutchmeyer había sobrevivido también.

Frensic trató de analizar la psicología de la esposa de Hutchmeyer. Haber soportado cuarenta años de matrimonio con aquel monstruo apuntaba hacia una naturaleza masoquista o una resistencia fuera de lo común. Y, después, quemar hasta los cimientos una mansión enorme, hacer volar en pedazos el crucero y hundir el yate, todo ello propiedad de su marido, en cuestión de veinte minutos…

No cabía duda de que aquella mujer no estaba en su sano juicio y de que no se podía confiar en ella. Podía resucitar en cualquier momento y arrastrar con ella al infeliz de Piper fuera de aquella sepultura temporal.

A Frensic le asaltó la idea de lo que podía ocurrir después de aquel grave momento.

A Hutchmeyer le entraría la fiebre del litigio y empezaría a demandar a todo el mundo a diestro y siniestro. Piper iría de un tribunal a otro y saldría a la luz toda la historia de la sustitución del auténtico autor.

Frensic salió de la bañera y se secó para alejar de sí el fantasma de Piper en el estrado de los testigos.

Y mientras se vestía, el problema se fue complicando más y más.

Aunque Baby Hutchmeyer no se sintiera tentada por la auto exhumación, tenía

todos los números para que la descubriera uno de esos reporteros entrometidos que a aquellas alturas ya debían de estar siguiendo su rastro como sabuesos.

¿Y qué demonios iba a ocurrir si Piper confesaba la verdad?

Frensic trató de imaginarse las consecuencias de semejante revelación mientras se preparaba un café cuando, de pronto, el manuscrito le vino a la memoria. El manuscrito de puño y letra de Piper. O, cuando menos, su fotocopia. Ahí estaba la solución. Siempre podía negar la declaración de Piper de que no había escrito *Deteneos* y presentar la fotocopia del manuscrito como prueba. Aunque la psicótica de Baby decidiera corroborar la declaración de Piper nadie le creería.

Frensic suspiró aliviado. Acababa de encontrar la solución al dilema.

Después de desayunar, subió la cuesta a pie hasta la estación del metro y, de un humor estupendo, cogió un tren. Era un tipo listo y hacía falta mucho más que un Piper y una Baby Hutchmeyer ocultos para tomarle el pelo.

Al llegar a Lanyard Lañe se encontró con que el despacho estaba cerrado con llave. Le pareció extraño. Sonia Futtle ya tenía que haber regresado el día anterior de su entrevista con Bernie el castor.

Abrió la puerta y entró. Ni rastro de Sonia.

Se dirigió a su escritorio y allí, separado del resto del correo, vio un sobre. Iba dirigido a él y reconoció la letra de Sonia. Contenía una carta larguísima que empezaba con «*Mi queridísimo Frenzy*» y terminaba con «*Tu Sonia, que te quiere*». Entre ambas muestras de afecto, Sonia se engañaba con un torrente de sentimentalismo nauseabundo y le explicaba que Hutchmeyer le había pedido que se casara con él y por qué había aceptado.

Frensic estaba aturdido. Y pensar que hacía apenas una semana aquella chica había llorado como una Magdalena por Piper…

Frensic cogió su cajita de rapé y su pañuelo de lunares rojos y dio gracias a Dios por estar todavía soltero. Las mujeres y su manera de hacer las cosas le superaban por completo.

Y superaban también a Geoffrey Corkadale, que se encontraba todavía sumido en un estado de agitación nerviosa ante la perspectiva de una amenaza de demanda por difamación del profesor Facit contra el autor, editor e impresor de *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen* cuando, de pronto, recibió una llamada de la señorita Bogden.

—¿Que hizo qué? —le preguntó con una mezcla de total incredulidad y repugnancia—. ¡Y deje de llamarme cariño! ¡No la conozco de nada!

—Pero Geoffrey, cielito —insistía la señorita Bogden—, te mostraste tan apasionado, tan viril…

—¡En absoluto! —protestó Geoffrey—. Se ha equivocado de número. ¿Cómo puede decirme esas cosas?

La señorita Bogden podía y lo hizo. Con todo lujo de detalles.

A Geoffrey Corkadale se le heló la sangre.

—¡Basta! —le atajó—. No me cabe en la cabeza qué demonios puede haber ocurrido, pero si realmente cree, aunque sólo sea por un momento, que anteayer pasé la noche entre sus dichosos brazos… ¡Cielo santo!… es que está usted mal de la sesera.

—¡Y supongo que tampoco me pediste que me casara contigo —chilló la señorita Bogden—, ni me compraste un anillo de compromiso y…!

Geoffrey colgó el teléfono sin miramientos para acabar con todo aquel catálogo de espantosas descripciones. La situación ya era de por sí lo suficientemente desesperada en el ámbito legal como para que encima tuviera que hacer frente a una mujer demente que

afirmaba que le había pedido en matrimonio.

Así pues, para atajar de raíz que se reanudaran las acusaciones de la señorita Bogden, salió del despacho y se dirigió hacia el bufete de sus abogados con objeto de que prepararan su posible defensa en una demanda por difamación. Estos le resultaron especialmente de poca ayuda.

—La difamación del profesor Facit no parece haber sido accidental —le dijeron—. Es evidente que ese tal Piper se propuso deliberadamente acabar con la reputación del profesor. No hay otra explicación. En nuestra opinión, el autor es indudablemente culpable.

—Pero es que resulta que está muerto… —objetó Geoffrey.

—En ese caso, todo parece indicar que tendrá que sufragar todos los gastos de la demanda y, francamente, nuestro consejo es que llegue a un acuerdo amistoso.

Geoffrey Corkadale salió del bufete de abogados desesperado. Y todo aquello por culpa del puñetero Frensic. Tendría que haberlo pensado antes y no haber hecho tratos con un agente literario que ya se había visto involucrado en una demanda por difamación de consecuencias catastróficas. Frensic tenía una tendencia a la difamación. No había otra explicación.

Cogió un taxi a Lanyard Lañe. Iba a soltarle en la cara lo que pensaba de él.

Pero Frensic mostraba una amabilidad poco corriente en él.

—Mi querido Geoffrey, qué agradable sorpresa —le saludó.

—No he venido hasta aquí para intercambiar cumplidos —le dijo Geoffrey—. He venido a decirte que me has metido en el lío más épico…

Frensic alzó una mano.

—¿Te refieres al profesor Facit? Oh, yo no me preocuparía demasiado…

—¿Preocuparme demasiado? Tengo todo el derecho a preocuparme, y, en cuanto a lo de demasiado, con la bancarrota a la vuelta de la esquina, ¿cuánto es demasiado?

—He estado investigando por mi cuenta —dijo Frensic—. En Oxford.

—¿Ah, sí? —dijo Geoffrey—. ¿Así que es verdad que ha hecho todas esas cosas tan horribles? ¿Lo de aquel desagradable pequinés, por ejemplo?

—Lo que quiero decir —prosiguió Frensic, pontificando— es que nadie ha oído hablar jamás de ningún profesor Facit. He hecho averiguaciones en casas de huéspedes y en la biblioteca de la universidad y no hay rastro de ningún profesor Facit que pidiera un carnet para utilizar la biblioteca. Y, en cuanto a su declaración según la cual vivió algún tiempo de en Frytville Street, no se ajusta a la verdad.

—¡Dios mío! —exclamó Geoffrey—, pero entonces, si nadie ha oído hablar de él…

—Todo parece indicar que los señores Ridely, Coverup, Makeweight y Jones han ido demasiado lejos esta vez en su papel de picapleitos carroñeros y han caído en su propia trampa.

—Mi querido amigo, eso bien se merece una celebración —le felicitó Geoffrey—. ¿De modo que fuiste hasta allí en persona y averiguaste todo eso…?

Frensic era la modestia personificada.

—Verás, yo conocía a Piper muy bien. Al fin y al cabo, llevaba años mandándome sus escritos —dijo, mientras bajaban por la escalera— y no es la clase de persona capaz de difamar a alguien deliberadamente.

—Pero yo creía haber entendido que *Deteneos* era su primer libro —dijo Geoffrey.

Frensic se arrepintió de haber cometido aquel desliz.

—Su primer libro de verdad —recalcó—. Lo demás no eran más que…, bueno, derivaciones sin importancia. En todo caso, nada vendible.

Y, paseando, se dirigieron a Wheeler's a almorzar.

—Hablando de Oxford —dijo Geoffrey—. Esta mañana he recibido una llamada increíble de una lunática, una tal Bogden.

—¿En serio? —dijo Frensic, que acababa de tirarse el martini por la pechera—. ¿Y qué quería?

—Estaba empeñada en que le había pedido que se casara conmigo. Ha sido realmente atroz.

—De eso estoy seguro —convino Frensic, apurando la copa para pedir otra—. La verdad, hay mujeres capaces de cualquier cosa con tal de…

—Por lo que he entendido, el que había sido capaz de cualquier cosa era yo. Me ha dicho que le había comprado mi anillo de compromiso.

—Espero que la hayas mandado al cuerno —le dijo Frensic—. Y, a propósito de bodas, tengo una noticia que darte: Sonia Futtle va a casarse con Hutchmeyer.

—¿Que va a casarse con Hutchmeyer? —dijo Geoffrey—. ¡Pero si ese hombre acaba de perder a su esposa! Por lo menos, podría tener la decencia de esperar un poco antes de volver a ponerse la soga al cuello.

—Una metáfora muy adecuada —comentó Frensic con una sonrisa, antes de levantar la copa.

Sus preocupaciones habían terminado. Acababa de caer en la cuenta de que, al casarse con Hutchmeyer, Sonia había actuado con más astucia de lo que creía. Estaba a punto de dejar al enemigo fuera de combate. Un Hutchmeyer bígamo ya no constituía ninguna amenaza y, por lo demás, cualquier hombre capaz de encontrar a Sonia físicamente atractiva tenía que estar idiota, y un Hutch idiota se negaría a creer que su nueva esposa había participado en una conspiración para engañarle. Lo único que le quedaba por hacer era implicar a Piper desde el punto de vista económico.

Así pues, después de un almuerzo estupendo, Frensic regresó a Lanyard Lañe y de allí se dirigió al banco. Previa deducción del diez por ciento de Corkadale y de su comisión, Frensic transfirió un millón cuatrocientos mil dólares a la cuenta número 478776 del First National Bank de Nueva York. Ya había cumplido con su parte del contrato.

Frensic cogió un taxi para regresar a su casa. Era un hombre rico y feliz.

Y Hutchmeyer también. La decisión fulminante de Sonia de aceptar su proposición igualmente fulminante le había cogido por sorpresa.

Aquellos muslos que le habían tenido embelesado durante tantos años por fin iban a ser suyos. Aquel cuerpo generoso se ajustaba perfectamente a sus gustos. No tenía cicatriz alguna, ni presentaba tampoco ninguna de las modificaciones quirúrgicas que, en el caso de Baby, habían servido para recordarle su infidelidad y la falsedad de su relación. Con Sonia podría comportarse tal como era. Ya no tendría ninguna necesidad de afirmarse meando en el lavabo noche tras noche, ni demostrar su virilidad importunando a desconocidas en Roma, París y Las Vegas. Podría entregarse a la felicidad doméstica junto a una mujer que tenía energía suficiente para los dos.

Contrajeron matrimonio en Cannes y aquella misma noche, tendido sobre su espalda entre aquel par de muslos poderosos, Hutchmeyer alzó la vista para contemplar sus senos y supo que aquella vez iba de verdad.

Sonia sonrió a aquel rostro satisfecho, y es que se sentía satisfecha también: por fin era una mujer casada. Y casada con un hombre rico.

La noche siguiente, Hutchmeyer lo celebró tirando por la ventana cuarenta de los

grandes en Montecarlo y luego, en memoria de la buena fortuna que les había unido, alquiló un yate gigantesco con un experimentado piloto y una tripulación competente y zarparon de crucero por el Egeo.

Visitaron las ruinas de la antigua Grecia y, con mayor provecho, tantearon un negocio relacionado con petroleros, que habían bajado de precio. Y, por fin, regresaron a Nueva York en avión para asistir al estreno de la película *Deteneos*.

Y allí, en la oscuridad y engalanada de diamantes, Sonia se derrumbó y rompió en sollozos.

A su lado, Hutchmeyer la comprendía: era una película sumamente conmovedora, con actores originales y de moda en los papeles de Gwendolen y Anthony, y parecía una amalgama de *Horizontes lejanos, El crepúsculo de los dioses. Garganta profunda y Tom Jones*.

La crítica se entusiasmó bajo la tutela económica de MacMordie. La película resultó enormemente taquillera y hasta se habló de un musical en Broadway, con María Callas en el papel estelar.

Para mantener la escalada de ventas, Hutchmeyer consultó el ordenador y pidió que se hiciera una portada nueva para el libro, de modo que la gente que ya lo había comprado se encontró comprándolo repetido.

Después del musical, no cabía duda de que habría quien lo tendría por triplicado.

Las ventas del Club de Lectores fueron enormes y la edición encuadernada en piel, conmemorativa de Baby Hutchmeyer con impresión en caracteres de oro, se agotó en una semana.

Deteneos iba dejando huella por todo el país. Las mujeres y ancianas abandonaban el retiro de clubs de bridge y salones de belleza para engatusar a jóvenes mozos y llevárselos a la cama. El índice de vasectomías cayó en picado y, para terminar de coronar el éxito de Hutchmeyer, Sonia anunció que estaba embarazada.

En Bibliópolis, Alabama, las cosas también habían cambiado.

El funeral por las víctimas de la sesión serpenteril fuera de programa se celebró entre los robles perennes que bordeaban el río Ptomaine.

En total fueron siete, pero sólo dos por mordedura de serpiente: tres habían muerto aplastados en la estampida hacia la puerta. El reverendo Gideon había sucumbido víctima de un paro cardíaco y la señora Mathervitie del tremendo susto que se había llevado al despertar de su desmayo y descubrir a Baby de pie, en el pulpito, a pecho descubierto.

Baby había salido de aquella epidemia devastadora con una reputación envidiable, que debía tanto a la perfección de sus senos como a su inmunidad, una combinación irresistible. Bibliópolis no había presenciado nunca una demostración de fe tan absoluta y, ante la ausencia del reverendo Gideon, se ofreció el ministerio a Baby. Baby aceptó agradecida. Con ello pondría fin al pillaje sexual de Piper, y además acababa de descubrir su vocación.

Desde el pulpito podría condenar los pecados de la carne con una delectación que la congraciaría con las mujeres y excitaría a los hombres; por otra parte, después de haberse pasado gran parte de su vida en compañía de Hutchmeyer, podía hablar del infierno con conocimiento de causa. Pero lo más importante de todo era que tenía libertad para ser lo que quedaba de ella.

Y así, mientras bajaban los ataúdes a la fosa, la reverenda Hutchmeyer animó a la congregación a que entonara «Reunámonos junto al río» y la reducida población de Bibliópolis inclinó sus cabezas y alzó la voz.

Hasta las serpientes, que no dejaron de silbar mientras se vaciaba el saco en el Ptomaine, salieron beneficiadas. Baby había abolido las sesiones de serpientes en un largo sermón sobre Eva y la Manzana, en el que recordó que eran criaturas de Satán. Los parientes de los difuntos no podían por menos que darle la razón.

Y luego estaba el problema de Piper. Al abrazar la fe, Baby se sintió en deuda con el hombre que la había guiado hasta ella de un modo tan fortuito.

Con el anticipo por los derechos de autor de *Deteneos*, Baby restauró Pellagra hasta devolverle su gloria prebélica e instaló allí a Piper para que pudiera seguir trabajando en su tercera versión, Post scriptum a una infancia perdida.

Los días dieron paso a las semanas y con ellas llegaron los meses, y Piper seguía escribiendo con constancia hasta recuperar la rutina de la vida que había llevado en la casa de huéspedes Gleneagle.

Por las tardes, daba largos paseos por la ribera del Ptomaine y dedicaba las noches a la lectura de fragmentos de *La novela moral* y de los grandes clásicos que ensalzaba.

Con tal cantidad de dinero a su disposición, Piper los había encargado todos y abarrotaban las estanterías de su estudio de Pellagra, como iconos de aquella religión literaria a la que había consagrado su vida.

Jane Austen, Conrad, George Eliot, Dickens, Henry James, Lawrence, Mann…, todos estaban allí para animarle en su tarea.

Su sola tristeza era que la única mujer a la que podría querer jamás se había vuelto sexualmente inaccesible. Baby le había dejado bien claro que, siendo predicadora, ya no podía acostarse con él.

—Tendrás que sublimar tu amor —le dijo.

Piper trató de sublimarlo, pero su deseo era tan poderoso como su ambición por llegar a convertirse en un gran novelista.

—Es inútil —se rindió—, no puedo dejar de pensar en ti. Eres tan bella, tan pura, tan…, tan…

—Lo que pasa es que tienes demasiado tiempo libre —dijo Baby—. Si tuvieras alguna otra cosa que hacer…

—¿Como por ejemplo?

Baby observó la preciosa caligrafía que llenaba la página.

—Como por ejemplo enseñar a escribir a la gente —le propuso.

—Pero si ni siquiera yo sé estribir… —se quejó Piper.

Era uno de eso días en que se compadecía de sí mismo.

—¡Claro que sabes! Fíjate en cómo haces las efes y en ese rabillo encantador de las y griegas. Si tú no eres capaz de enseñar a escribir a la gente no veo quién podría.

—Ah, quieres decir «escribir» —dijo Piper—. Supongo que eso sí lo sabría hacer. ¿Pero quién querría que le enseñara?

—Montones de gente. Te sorprendería. Cuando era niña, había escuelas de caligrafía prácticamente en todos los pueblos. Por lo menos harías algo útil.

—¿Útil? —dijo Piper con cierta melancolía—. Pero si lo único que quiero es…

—Escribir —se apresuró a decir Baby, anticipándose a sus insinuaciones sexuales—. De esa manera podrías combinar lo artístico con lo didáctico. Podrías dar clases por las tardes y así te distraerías.

—Pero si ya estoy distraído. Pensando en ti. Te amo…

—Todos tenemos que amarnos los unos a los otros —dijo Baby, a modo de sentencia antes de marcharse.

Al cabo de una semana, la Escuela de Caligrafía ya había abierto sus puertas y, en lugar de pasarse las tardes enteras inmerso en sus cavilaciones junto a las aguas indolentes del Ptomaine, Piper se ponía frente a sus alumnos y les enseñaba a escribir con una letra preciosa. Casi todo eran niños, pero enseguida empezaron a llegar los adultos, que se sentaban pluma en mano con sus tinteros de Higgins de tinta eterna evaporada, mirando atentamente mientras Piper les explicaba que la ligadura diagonal requería un trazo vertical y que los bigotillos sinuosos estaban fuera de lugar.

Su reputación fue en aumento a medida que transcurrían los meses, y con ella llegó la teoría. Piper exponía la doctrina de la palabra hecha perfección ante visitantes que acudían de lugares tan lejanos como Selma y Meridian. La llamaba Logosofía y no cesaba de ganar adeptos. Era como si el proceso que lo había llevado al fracaso como novelista se hubiera invertido en su caligrafía. En aquellos días pasados en que vivía obsesionado con la gran novela, la teoría había precedido a la práctica hasta apoderarse de ella.

Piper había evitado todo cuanto *La novela moral* condenaba.

Con la caligrafía, en cambio, Piper se había convertido en teórico y practicante.

Pero su antigua obsesión por ver su novela impresa no había remitido y seguía mandando regularmente a Frensic cada nueva versión expurgada de *Deteneos* que daba por terminada.

Al principio las enviaba a Nueva York para que, desde allí, las hicieran llegar a Lanyard Lañe, pero, a medida que fueron pasando los meses, la seguridad que le infundía aquella nueva vida fue creciendo y con ella el descuido, hasta que acabó por enviar los manuscritos directamente. Cada mes recibía *Books Se Bookmen* y el *Times Literary Supplement*, y repasaba las listas de novedades de ficción hasta el desaliento. *En busca de la infancia perdida* no aparecía nunca.

Por fin, una noche de luna llena, ya muy tarde, decidió hacer una nueva tentativa y cogió la pluma para escribir a Frensic.

Era una carta contundente en la que iba directamente al grano. Si Frensic & Futtle, como agentes literarios de su obra, no estaban dispuestos a garantizar que se publicara su novela, se vería obligado a solicitar a otro agente literario que se encargara de su trabajo.

«En realidad, me estoy planteando seriamente la posibilidad de mandar mi manuscrito directamente a Corkadale», escribió. «Como bien recordarán, firmé un contrato con ellos para la publicación de mi segunda novela y, a mi entender, no existen razones de peso que autoricen la rescisión de ese acuerdo.»

Atentamente, Peter Piper.

CAPÍTULO XXII

—¡Ese hombre debe de haberse alelado! —masculló Frensic una semana más tarde.

«A mi entender no existen razones de peso que autoricen la rescisión de ese acuerdo.»

Pero, al entender de Frensic, sí las había.

—¡Ese desgraciado no puede pretender que me presente en Corkadale y les obligue a publicar la novela de un cadáver!

Sin embargo, a juzgar por el tono de la misiva, era evidente que Piper pretendía exactamente eso.

Con los meses, Frensic había llegado a recibir cuatro fotocopias y borradores corregidos de la novela de Piper, mantenida prudentemente bajo llave en un archivador.

Si Piper estaba empeñado en perder el tiempo trabajando en aquel dichoso libro hasta eliminar el último de los ingredientes que había hecho de *Deteneos* una novela mínimamente legible, adelante.

Frensic no se sentía en la obligación de peregrinar por las editoriales tratando de vender sus majaderías. Sin embargo, la amenaza de pasar a tratar directamente con Corkadale era, por decirlo de una manera suave, harina de otro costal.

Piper estaba muerto y enterrado, y le habían pagado muy bien por ello.

Todos los meses, Frensic se encargaba de que los beneficios de la venta de *Deteneos* fueran a parar a la cuenta 478776, y se quedaba maravillado ante la ineficacia sin parangón del departamento de Hacienda americano, pues no parecía importarles que uno de sus contribuyentes estuviera presuntamente muerto.

Probablemente Piper pagaba sus impuestos sin demora, o puede que Baby Hutchmeyer se hubiera encargado de hacer algún complicado arreglo contable para que blanquearan el dinero de los derechos de autor.

De todos modos, aquello no era asunto suyo. Se limitaba a quedarse con su comisión y a que se les pagara el resto.

Sin embargo, sí fue asunto suyo cuando Piper le amenazó con recurrir a Corkadale o a cualquier otro agente. Había que rescindir aquel acuerdo sin contemplaciones.

Frensic dio la vuelta a la carta y estudió el matasellos del sobre.

Procedía de un lugar llamado Bibliópolis, Alabama. «Justo el disparatado lugar que tenía que elegir Piper», pensó desesperanzado, mientras cavilaba la respuesta. O si debía responder incluso. Quizá lo mejor fuera ignorar la amenaza. De lo que estaba seguro era de que no tenía la menor intención de dejar consignada sobre papel ni una sola palabra que luego pudieran utilizar en cualquier tribunal para demostrar que estaba al corriente de que Piper estaba vivo.

«La próxima vez es capaz de pedirme que vaya a verle para discutir del asunto. Pues ya puede ir esperando»

Frensic ya estaba harto de perseguir a autores fantasma.

En cambio, la señorita Bogden no había renunciado ni muchos menos a la persecución del hombre que le había pedido que se casara con ella.

Después de la espantosa conversación telefónica que había mantenido con Geoffrey Corkadale lloró un poco, se arregló la cara y reanudó su trabajo como de costumbre.

Durante varias semanas vivió con la esperanza de que volvería a telefonearla o de

que, de pronto, aparecería otro ramo de rosas rojas, pero acabó por perder la confianza por completo. Sólo el solitario con diamante que refulgía en su dedo la mantenía animada —eso y la necesidad de seguir con la farsa de que el compromiso seguía en pie ante el personal—. Con ese fin se inventó también largos fines de semana en compañía de su novio y mil razones por las que se había pospuesto la boda.

Con todo, a medida que las semanas se iban convirtiendo en meses, la desilusión de Cynthia se fue traduciendo en determinación. Le habían tomado el pelo y, si bien que le tomaran el pelo era en ciertos aspectos mejor que si no se lo hubieran tomado en absoluto, quedar como una boba delante de todo el personal la sacaba de sus casillas.

La señorita Bogden decidió volcar todo su esfuerzo en la búsqueda de su prometido. A pesar de que su desaparición demostraba que no la quería, las quinientas libras que se había gastado en el anillo indicaban que alguna cosa pretendía. Una vez más, el buen sentido para los negocios de la señorita Bogden le decía que los favores corporales que había otorgado a su amante aquella noche difícilmente podían justificar el gasto que suponía el anillo de compromiso.

Sólo un loco habría tenido un gesto tan quijotesco, y su orgullo se negaba a aceptar la idea de que el único hombre que le había hecho proposiciones desde su divorcio estuviera mal de la cabeza.

No, tenía que haber otra razón, y a medida que pasaba revista a todo lo ocurrido durante aquellas espléndidas veinticuatro horas, se fue percatando más claramente de que el tema principal había sido la novela *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen*.

En primer lugar, su prometido se había hecho pasar por Geoffrey Corkadale; en segundo lugar, había mencionado la cuestión del mecanografiado con demasiada frecuencia como para que pudiera ser tomado como una coincidencia y, en tercero, estaba lo del *code d’amour*. Y ese *code d'amour* era el número de teléfono que le habían dado para cualquier duda mientras mecanografiaba la novela.

Cynthia Bogden marcó el número pero nadie le respondió, y cuando volvió a intentarlo una semana después, habían cortado la línea. Buscó el nombre de Piper en el listín, pero no encontró a ninguno con el número 20357. Fue entonces cuando llamó a Información Telefónica y solicitó la dirección y el nombre que correspondía a aquel número, pero se negaron a facilitarle la información.

Al verse vencida en ese frente, resolvió atacar por otro. De acuerdo con las instrucciones, había remitido el texto mecanografiado a Cadwalladine & Dimkins, Abogados, y devuelto el manuscrito al Lloyds Bank. La señorita Bodgen telefoneó al señor Cadwalladine y se quedó pasmada al ver que no parecía recordar haber recibido la copia mecanografiada.

—Es posible —le dijo—, pero mucho me temo que nos encargamos de demasiados asuntos como para…

La señorita Bogden le presionó hasta que por fin le dijo que por motivos ético-profesionales no podía divulgar información confidencial. Sin embargo, la señorita Bogden no se dio por satisfecha con aquella respuesta. A cada contrariedad se redoblaba su empeño, espoleado por las preguntas sarcásticas de sus chicas. Su cabeza trabajaba sin prisa pero sin pausa.

Siguió el hilo que la conducía del banco a su servicio de mecanografiado, de ahí al señor Cadwalladine y de éste a Corkadale, Editores.

El secreto que rodeaba todo aquel asunto la tenía muy intrigada. Un autor con el que sólo se podía contactar por teléfono, un abogado…

Con menos olfato que Frensic, pero con tanta o mayor perseverancia, la señorita Bogden siguió las pistas hasta donde pudo y una noche, ya tarde, comprendió los verdaderos motivos que justificaban la negativa del señor Cadwalladine a revelarle adonde había sido enviado el manuscrito mecanografiado. Porque no podía olvidar que Corkadale había publicado el libro. Tenía que haber alguien entre Cadwalladine y Corkadale, y ese alguien no podía ser otro que un agente literario.

Esa noche, Cynthia Bogden permaneció despierta en la cama consciente de su descubrimiento. Acababa de encontrar el eslabón perdido de la cadena.

A la mañana siguiente, se levantó temprano y se presentó en el despacho a las ocho y media. A las nueve telefoneó a Corkadale y pidió que le pusieran con el editor que se había encargado de *Deteneos*. El editor no estaba. Volvió a llamar a las diez. Todavía no había llegado. No pudo hablar con él hasta las once menos cuarto, de modo que tuvo tiempo suficiente para madurar su estrategia. Iría directamente al grano.

—Verá usted, dirijo un servicio de mecanografía —le explicó—, y acabo de mecanografiar una novela para una amiga que desea enviarla a un buen agente literario, así que me preguntaba si…

—Mucho me temo que no le puedo aconsejar en esta clase de asunto —se excusó el señor Tate.

—Sí, naturalmente, lo comprendo —dijo la señorita Bogden con dulzura—, pero como publicaron esa maravillosa novela *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen* y mi amiga desearía mandar la suya al mismo agente, le agradecería enormemente que…

Y, ablandado a base de halagos, el señor Tate cedió.

—¿Frensic & Futtle de Lanyard Lañe? —repitió.

—Bueno, ahora sólo Frensic —dijo el señor Tate—. La señorita Futtle ya no está.

Ni tampoco la señorita Bogden.

Había colgado y ya estaba marcando el número de Información Telefónica.

Al cabo de unos minutos tenía el número de Frensic.

Su intuición le decía que estaba ya muy cerca. Permaneció un rato sentada, sondeando las profundidades del solitario en busca de inspiración. Podía llamar o…, la negativa del señor Cadwalladine a decirle dónde había ido a parar el manuscrito acabó por convencerla.

Se levantó del despacho, pidió a la «chica» más antigua de la empresa que ocupara su puesto el resto del día, se dirigió a la estación en coche y cogió el tren de las 11 para Londres.

Dos horas después, recorría Lanyard Lañe hasta el número 36 y subía por las escaleras hasta el despacho de Frensic.

Afortunadamente para él, Frensic se encontraba almorzando con un nuevo y prometedor autor en el restaurante italiano de la esquina cuando la señorita Bogden llegó.

A las dos y cuarto salieron para regresar al despacho. Y estaban ya subiendo la escalera cuando Frensic se detuvo en el primer rellano.

—Vaya subiendo —le dijo—. Enseguida estaré con usted.

Frensic entró en el lavabo y cerró la puerta con pestillo. El autor prometedor subió el segundo tramo de escalones. Cuando hubo terminado, Frensic salió, pero una voz le hizo pararse en seco.

—¿Es usted el señor Frensic? —preguntaba.

—¿Yo? —dijo el joven autor prometedor con una carcajada—. No, yo he venido por un libro. El señor Frensic está abajo, pero subirá de un momento a otro.

Pero Frensic no lo hizo. Bajó como una exhalación hasta la planta baja y salió a la calle. Aquella espantosa mujer le había encontrado. ¿Qué demonios iba a hacer ahora? Regresó al restaurante italiano y se sentó en un rincón. ¿Cómo demonios habría conseguido localizarle? Si ese Cachoinsoportablewalladine…

Qué importaba el cómo. Lo importante era hacer algo para ponerle remedio. No se podía pasar el día entero sentado en el restaurante y tenía tanto coraje para enfrentarse a ella como para echarse a volar. ¿Volar? La palabra cobró un nuevo significado para él. Si no regresaba a su despacho, el joven autor prometedor… ¡Al cuerno con los jóvenes autores prometedores! Había pedido a aquella terrible mujer que se casara con él y… Frensic llamó al camarero.

—Una hoja de papel, por favor.

Frensic garabateó una nota de disculpa para el autor diciendo que se había encontrado indispuesto de pronto y se la entregó al camarero junto con un billete de cinco libras para que se encargara de hacerla llegar a su destino.

Cuando el camarero se disponía a salir, Frensic se fue también y paró un taxi.

—Glass Walk, Hampstead —dijo al subir.

Aunque lo de marcharse a su casa no iba a servirle de nada. Los poderes de sabueso de la señorita Bogden no tardarían en conducirla hasta allí. De acuerdo, pues no abriría la puerta. Pero ¿y entonces qué? Una mujer de la perseverancia de la señorita Bogden, una mujer de cuarenta y cinco años que, sin escatimar esfuerzos, había seguido el rastro de su presa durante meses… Una mujer así le aterrorizaba. Ahora ya nada la detendría.

Cuando llegó a su piso había sucumbido presa del pánico, así que entró y cerró la puerta a cal y canto, con llave y pestillo.

Una vez dentro, se dirigió a su estudio y, sentado, trató de pensar en algo. Pero le interrumpió el teléfono y lo cogió mecánicamente.

—Frensic al habla —dijo.

—Cynthia al habla —dijo aquella voz de mampostería.

Frensic colgó de inmediato.

Al cabo de un momento, para impedir que volviera a telefonearle, descolgó y marcó el número de Geoffrey.

—Geoffrey, querido amigo… —dijo, en cuanto se puso Corkadale—, me estaba preguntando si…

Pero Geoffrey no le dejó terminar.

—Llevo toda la tarde intentado localizarte —le reprochó—. Acabo de recibir el más increíble de los manuscritos. No te lo vas a creer, pero hay un lunático que vive en un lugar que, agárrate, se llama Bibliópolis… ¿Te lo imaginas? Bibliópolis, Alabama… Bueno, el caso es que me anuncia, así, como si nada, que es nuestro difunto Peter Piper y nos insta a tener la amabilidad de, cito, «cumplir con las obligaciones que se especifican en mi contrato», fin de la cita, y publicar su novela *En busca de la infancia perdida*. Vaya, es increíble y la firma…

—Geoffrey, querido —dijo Frensic con una ternura que actuaba como profiláctico frente a los encantos femeninos de la señorita Bogden y que, al mismo tiempo, ayudaba a preparar a Geoffrey para lo peor—, me preguntaba si podrías hacerme un favor…

Frensic estuvo hablando sin parar durante cinco minutos y luego colgó.

Con una rapidez sorprendente, preparó dos maletas, pidió un taxi por teléfono, dejó una nota para el lechero en la que cancelaba sus dos pintas de leche diarias, cogió el

talonario, el pasaporte y un maletín que contenía las copias de todos los manuscritos de Piper y, media hora después, carreteaba todas sus pertenencias hasta el interior de la casa de Geoffrey Corkadale.

Dejó atrás su piso de Glass Walk cerrado, de modo que cuando llegó Cynthia Bogden y llamó al timbre nadie le abrió la puerta.

Frensic se encontraba ya aposentado en el gabinete de Geoffrey Corkadale y bebía a sorbos una generosa copa de coñac mientras involucraba a su anfitrión en un plan para engañar a Hutchmeyer. Geoffrey le miraba con ojos desorbitados.

—¿Me estás diciendo que mentiste deliberadamente a Hutchmeyer y a mí, y le dijiste que ese chalado de Piper había escrito el libro? —le dijo.

—No tuve alternativa —se excusó Frensic, con desaliento—. De no haber actuado así, no habría cerrado el trato. Hutchmeyer se habría retirado y ¿qué habría sido de nosotros?

—Para empezar, no nos encontraríamos en esta desagradable situación. Esto tenlo por seguro.

—Pero ya no estarías en el negocio —le recordó Frensic—. *Deteneos* fue tu salvación. Te ha ido muy bien con ese libro y, además, te he mandado otros. Ahora Corkadale es un nombre que goza de consideración.

—Bueno, supongo que tienes razón —admitió Geoffrey, más tranquilo—. Pero es un nombre que va a apestar si sale a la luz que ese Piper sigue con vida y que no escribió…

—Pero es que no va a salir a la luz —le aseguró Frensic—. Te lo prometo.

Geoffrey lo miró con desconfianza.

—Tú y tus promesas… —dijo.

—Tendrás que confiar en mí —le repitió Frensic.

—¿Confiar en ti? ¿Después de esto? Puedes estar seguro de que si hay algo que no voy a hacer es…

—No te queda otro remedio. ¿Recuerdas ese contrato que firmaste? ¿El que decía que habías pagado cincuenta mil libras por adelantado por *Deteneos*?

—Lo rompiste —le dijo Geoffrey—. Lo vi con mis propios ojos.

Frensic asintió.

—Pero Hutchmeyer no —le hizo notar Frensic—. Lo tiene fotocopiado. De modo que, si todo este asunto llegara a los tribunales, lo pasarías bastante mal tratando de explicar por qué firmaste dos contratos con el mismo autor por el mismo libro. Y no creo que suene muy bien, Geoffrey, nada bien.

Geoffrey se daba perfecta cuenta. Se sentó.

—¿Y qué quieres que haga? —le preguntó.

—Que me proporciones una cama para esta noche —le dijo—. Mañana por la mañana iré a la embajada americana y pediré un visado.

—Pero no entiendo por qué tienes que pasar la noche aquí —dijo Geoffrey.

—Si la vieras lo comprenderías —le dijo Frensic, hablando de hombre a hombre.

Geoffrey le sirvió otro coñac.

—Se lo tendré que decir a Sven —dijo—. Es de un celoso obsesivo. A propósito, ¿quién es entonces el verdadero autor de *Deteneos*?

Frensic meneó la cabeza.

—Eso ya no te lo puedo decir. Hay cosas que es mejor que no sepas. Digamos que el desaparecido Peter Piper.

—¿El desaparecido? —dijo Geoffrey con un escalofrío—. Curiosa expresión para

referirse a los vivos.

—También es curiosa para referirse a los muertos —observó Frensic—. Parece dar a entender que podrían volver a aparecer. Mejor tarde que nunca.

—Me encantaría compartir tu optimismo —dijo Geoffrey.

A la mañana siguiente, después de un sueño agitado en una cama ajena, Frensic se dirigió a la embajada americana y pidió un visado, pasó por el banco y compró un billete de ida y vuelta hasta Florida. Esa misma noche partió de Heathrow. Pasó la travesía sumido en un estado de embotamiento etílico y, al día siguiente, cogió el avión Miami-Atlanta acalorado, enfermo y lleno de malos presagios.

Para retrasar un poco los acontecimientos, la noche siguiente se alojó en un hotel y estudió el mapa de Alabama.

A pesar de que era un mapa muy detallado, no consiguió dar con Bibliópolis. Incluso preguntó al recepcionista, pero éste no había oído nunca hablar de ese lugar.

—Lo mejor será que vaya hasta Selma y pregunte allí —le aconsejó.

Frensic cogió el autobús de línea hasta Selma y fue a informarse a la estafeta de Correos.

—Está en el interior, unas tierras apartadas junto a la carretera, al otro lado del Mississippi —le dijeron—. Tierras pantanosas junto al río Ptomaine. Coja la carretera 80 y, a ciento cincuenta kilómetros, tome el desvío en dirección norte. ¿Es usted de Nueva Inglaterra?

—De la Vieja Inglaterra —dijo Frensic—. ¿Por qué lo pregunta?

—Verá, es que en esos parajes no suelen ser muy simpáticos con los forasteros del norte. Los llaman cerdos yankis. Todavía viven en el pasado.

—El hombre al que voy a visitar también —dijo Frensic, y salió a alquilar un coche.

La empleada de los coches de alquiler acentuó sus temores.

—Cuando pase por el Sendero Sangriento, es mejor que se ande con cuidado —le aconsejó.

—¿Sendero Sangriento? —preguntó Frensic con inquietud.

—Así es como llaman a la carretera 80 hasta Meridian. En esa carretera han muerto montones de gente.

—¿Y no hay una ruta más directa para llegar a Bibliópolis?

—Acortaría si atravesara el bosque, pero podría perderse. El Sendero Sangriento es el mejor camino.

Frensic vacilaba.

—¿Y supongo que no podría contratar a un chófer? —aventuró.

—Ahora ya es demasiado tarde —le dijo la empleada—. El sábado por la tarde, a estas horas, todo el mundo ha vuelto a su casa, y como mañana es domingo…

Frensic salió de la oficina y se dirigió con el coche a un motel. No iba a conducir hasta Bibliópolis por el Sendero Sangriento al anochecer. Se marcharía por la mañana.

A la mañana siguiente, se levantó temprano y emprendió la marcha.

El sol resplandecía en un cielo sin nubes y era un día alegre y bonito.

Pero Frensic no se sentía así. Aquella firmeza desesperada con la que había abandonado Londres se había ido diluyendo y a cada kilómetro que se adentraba en el oeste iba desvaneciéndose más y más.

El bosque cercaba prácticamente la carretera y, cuando alcanzó el indicador descolorido en el que se leía BIBLIÓPOLIS 25 KILÓMETROS, ya casi se había hecho a la idea de dar media vuelta. Pero una pizca de rapé y la perspectiva de lo que podía ocurrir si

Piper seguía adelante con su campaña de resurrección literaria le devolvieron el coraje que necesitaba.

Frensic giró hacia la derecha y se desvió siguiendo el camino de tierra que se adentraba en el bosque, procurando no mirar hacia el agua negruzca ni los árboles estrangulados por la parra silvestre.

Y, al igual que Piper tantos meses atrás, sintió un tremendo alivio cuando divisó las praderas y las vacas que pacían entre pastos frondosos. Sin embargo, las cabañas abandonadas le deprimieron y la visión fugaz del río a lo lejos, de aguas embarradas y bordeado de árboles coronados de negro, no ayudó a subirle la moral.

Ptomaine se le antojó un nombre de lo más adecuado.

Por fin, la carretera se desvió hacia la izquierda en pendiente y Frensic divisó Bibliópolis al otro lado del cauce. Unas tierras apartadas junto a la carretera, le había dicho la chica de Selma, pero era evidente que no las había visto. Además, la carretera terminaba al llegar al río.

El pueblecito se arracimaba alrededor de una plaza y tenía el aspecto antiguo propio de una población que no había sufrido demasiados cambios desde el siglo XIX.

Por lo demás, el transbordador que se le estaba aproximando con un anciano a bordo que tiraba del cable era de tiempos remotos. Frensic pensó que acababa de comprender por qué se decía que Bibliópolis se encontraba en el interior, junto al río. La laguna Estigia, debía de ser.

Frensic subió el coche al transbordador con cuidado y se apeó.

—Estoy buscando a un hombre que se llama Piper —dijo al barquero.

El hombre asintió.

—Ya lo suponía —le dijo—. Vienen de todos los rincones para oírle predicar. Y si no es por él es por la reverenda Baby, allí en la iglesia.

—¿Predicar? —dijo Frensic—. ¿Que el señor Piper se dedica a predicar?

—Y que lo diga. A predicar y también a enseñar la buena palabra.

Frensic enarcó las cejas. Piper haciendo de predicador era toda una novedad para él.

—¿Dónde puedo encontrarle? —le preguntó.

—En Pellagra.

—¿Que tiene pelagra? —preguntó Frensic, esperanzado.

—En Pellagra —repitió el anciano—, la casa.

El anciano le indicó con un movimiento de cabeza el enorme caserón con frontispicio de estilizadas columnas blancas.

—Eso es Pellagra. Era la casa de los Stope, pero ya están todos muertos.

—No me sorprende —dijo Frensic mientras su brújula intelectual vacilaba entre la avitaminosis, los partidarios del control de natalidad, los juicios amañados y el condado de Yoknapatawpha.

Después de dar un dólar al anciano, condujo por un camino hasta llegar a una cerca abierta.

A uno de los lados, un cartel con enormes caracteres en cursiva anunciaba la ESCUELA DE CALIGRAFÍA PIPER, mientras que en el otro un dedo grabado señalaba hacia la IGLESIA DE LA GRAN PESQUISA.

Frensic frenó y se quedó mirando fijamente aquel dedazo. ¿La iglesia de la Gran Pesquisa? La Iglesia de… No cabía duda de que había llegado a su destino. Pero ¿qué clase de obsesión religiosa debía de estar padeciendo Piper?

Siguió adelante y aparcó el coche junto a otros automóviles alineados frente a aquel

enorme edificio blanco cuyos balcones de hierro forjado en el primer piso parecían querer alcanzar las columnas de la fachada.

Frensic se apeó del coche y subió los escalones que le separaban de la puerta principal. Estaba abierta. Frensic se asomó al vestíbulo. En la puerta que quedaba a su izquierda se podía leer SCRIPTORIUM y, de la habitación que quedaba a su derecha, le llegaba el sonido monótono de una voz obstinada.

Frensic dio unos pasos por el suelo de mármol y aguzó el oído. Era inconfundible. Era la voz de Piper, pero su característico titubeo había desaparecido para dar paso a una nueva intensidad estridente. Y no sólo la voz le resultaba familiar, sino también las palabras que pronunciaba.

—No debemos —y aquel «debemos» daba por supuesto de una manera explícita una voluntad firme e inquebrantable así como una rectitud moral— dejarnos engañar por la presunta ingenuidad que con tanta frecuencia atribuyen críticos poco perspicaces a la presentación de Little Nell. El sentimiento, y no el sentimentalismo tal como debemos comprenderlo es instructivo…

Frensic se alejó de la puerta de un respingo. Ahora ya sabía cuál era el credo de la Iglesia de la Gran Pesquisa. Piper estaba leyendo en voz alta el ensayo de la doctora Louth sobre «Cómo enfocar el estudio de *El almacén de antigüedades*». Si hasta su religión era derivativa. Frensic vio una silla y fue a sentarse presa de una cólera galopante.

—Ese infeliz carente de originalidad… —masculló, y aprovechó para maldecir a la doctora Louth y meterla en el mismo saco. El apoteosis de aquel espanto de mujer, la causa de todos sus problemas, se estaba desarrollando allí mismo, en el corazón del Protestantismo.

La cólera de Frensic se convirtió en furia, ¡Protestantismo! ¡Bibliópilis y la Biblia!

Y en lugar de aquella magnífica prosa, Piper se dedicaba a propagar el estilo carente de gracia de aquella mujer, su sintaxis farragosa y confusa, su puritanismo árido y sus condenas del placer y de las alegrías de la lectura. ¡Y todo eso en boca de un hombre que ni siquiera habría sido capaz de escribir nada bueno aunque su alma dependiera de ello!

Por un momento, Frensic tuvo la impresión de encontrarse en el meollo de una gran conspiración contra la vida. Pero todo eso no eran más que paranoias. No había habido ningún propósito consciente en las circunstancias que habían desembocado en aquel fervor misionero de Piper. Sólo se había producido un accidente de mutación literaria que había hecho que Frensic dejara de ser un novelista en cierne para convertirse en agente literario de éxito y, por intervención de *La novela moral*, había conseguido mutilar el escaso talento para la escritura que Piper quizá había poseído.

Y ahora, como víctima de una infección de muerte literaria, se dedicaba a contagiar su enfermedad.

Cuando la voz monótona se quedó muda y los feligreses empezaron a salir con expresión compungida de gran espiritualidad moral para dirigirse hacia sus automóviles, Frensic estaba ya de un humor de perros.

Atravesó el vestíbulo y entró en la iglesia de la Gran Pesquisa. Piper estaba guardando el libro en su sitio con toda la reverencia del sacerdote que sostiene la hostia entre sus manos. Frensic se detuvo en el umbral y esperó. Había recorrido un camino muy largo pensando en ese momento. Piper cerró el armario y se volvió.

La expresión de reverencia se había esfumado de su cara.

—¿Usted? —dijo con un hilillo de voz.

—¿Y quién iba a ser? —dijo Frensic a voz en grito, para exorcizar la atmósfera de

santidad que se respiraba en aquel lugar—. ¿O acaso esperabas a Conrad?

Piper palideció.

—¿Qué quiere?

—¿Que qué quiero? —se enfureció, tomando asiento en uno de los bancos antes de tomar una pizca de rapé—. Poner fin a este dichoso jueguecito del escondite.

Frensic se frotó la nariz con un pañuelo rojo. Piper vaciló y luego se encaminó hacia la puerta.

—Aquí no podemos hablar —musitó.

—¿Y por qué no? —dijo Frensic—. Me parece un lugar tan bueno como cualquier otro.

—Usted no lo comprendería —suspiró Piper antes de salir.

Frensic se sonó groseramente y luego le siguió.

—Para ser un repugnante chantajista de tres al cuarto estás cargado de pretensiones —dijo cuando estaban en el vestíbulo—, y todos esos disparates sobre El almacén de antigüedades…

—No son disparates —protestó Piper—, y no me llame chantajista. Usted lo empezó todo. Ésa es la pura verdad.

—¿La pura verdad? —soltó Frensic con una horrible carcajada—. Si quieres saber la pura verdad la vas a oír. Para eso he venido.

Frensic miró hacia la puerta en que estaba escrito SCRIPTORIUM.

—¿Qué hay ahí?

—Es donde enseño a escribir.

Frensic se le quedó mirando con ojos como platos y volvió a echarse a reír.

—Me tomas el pelo —dijo antes de abrir la puerta.

Toda la sala estaba abarrotada de pupitres, cada cual con su tintero y sus plumas y todos inclinados en la misma dirección. De las paredes pendían muestras enmarcadas de caligrafía y, delante de los pupitres, estaba la pizarra.

Frensic echó un vistazo a su alrededor.

—Encantador. Conque el Scriptorium. Y supongo que también debe de haber un Plagiarium.

—¿Un qué? —preguntó Piper.

—Una sala especial para los plagios. ¿O es que todo el proceso se cuece aquí dentro? Bueno, no hay nada como no quedarse a medio camino. ¿Y cómo lo haces? ¿Das a cada alumno un éxito de ventas que cambiar y luego lo fusilas como si fuera tuyo?

—Viniendo de usted me parece un sarcasmo de mal gusto —dijo Piper—. Yo escribo en mi estudio. Aquí sólo enseño a mis alumnos a escribir.

—¿Cómo? ¿Les enseñas a escribir? —rio.

Frensic cogió uno de los tinteros y lo agitó. Aquella masa espesa se movía con lentitud—. Sigues con la tinta evaporada, por lo que veo.

—Se consigue una mayor densidad-dijo Piper, pero Frensic ya había dejado el tintero en su sitio y estaba junto a la puerta.

—¿Y dónde tienes el estudio? —le preguntó.

Piper le acompañó hasta el primer piso con paso cansino y abrió otra puerta. Frensic entró. Las paredes estaban cubiertas de estanterías y había un escritorio enorme colocado frente a una ventana desde la que se divisaba el camino que conducía al río.

Frensic estudió los títulos de los libros. Estaban encuadernados en piel. Dickens, Conrad, James…

—*El Antiguo Testamento* —comentó, alargando el brazo para alcanzar Middlemarch.

Piper se lo arrebató con brusquedad y lo devolvió a su sitio.

—¿El modelo de este año quizá? —le preguntó Frensic.

—Un mundo, todo un universo que está más allá de su pobre imaginación —replicó Piper con enfado.

Frensic se encogió de hombros.

Había un patetismo en la crispación de Piper que estaba socavando su firmeza. Hizo un gran esfuerzo por mostrarse grosero.

—Tienes aquí una chocita de lo más acogedor —le atacó Frensic, sentándose y colocando los pies encima del escritorio.

A su espalda, el rostro de Piper perdió el color ante la magnitud del sacrilegio.

—Conservador de museo, falsificador de novelas de otros, una pizca de chantaje… ¿Y qué hay del sexo? —Frensic vaciló, pero acabó por hacerse con un abrecartas para proteger su integridad. Iba a poner el dedo en aquella llaga y era imposible predecir cómo iba a reaccionar—. ¿Te tiras a la difunta señora Hutchmeyer?

Oyó un silbido a su espalda y se dio la vuelta sin levantarse de la silla.

Piper le estaba mirando fijamente con el rostro crispado y los ojos empequeñecidos por el odio. Frensic agarró con más fuerza el abrecartas. Estaba asustado, pero tenía que hacerlo. Había ido demasiado lejos para echarse atrás.

—No es asunto mío, diría yo —prosiguió, mientras Piper le fulminaba con la mirada—, pero me parece que tu fuerte es la necrofilia. Primero robas a autores ya muertos, luego me das un sablazo de dos millones de dólares, y lo que hagas con la difunta señora Hutchmeyer…

—No se atreva a decirlo —le amenazó Piper, con una voz furiosa y chillona.

—¿Y por qué no? —dijo Frensic—. No hay nada como confesarse para dejar el alma inmaculada.

—No es cierto —dijo Piper.

Respiraba con dificultad. Frensic le dedicó una sonrisa cínica.

—¿Qué no es cierto? La verdad siempre triunfa, ya lo dice el proverbio. Por eso estoy aquí.

Frensic se levantó con actitud amenazadora y Piper se acobardó.

—¡Basta! ¡Basta! ¡No quiero saber más! ¡Váyase y déjeme en paz!

Frensic negó con la cabeza.

—¿Para que me envíes otro manuscrito diciéndome que lo venda? De eso nada. Eso ya se acabó. Te vas a enterar de la verdad aunque tenga que metértela por la fuerza…

Piper se tapó los oídos con las manos.

—¡No! —gritó—. ¡No le pienso escuchar!

Frensic se metió la mano en el bolsillo y sacó la carta de la doctora Louth.

—No tienes por qué escucharme. Lee esto.

Frensic le arrojó la carta de malos modos y Piper la cogió.

Frensic volvió a sentarse. La crisis había terminado. Ya no tenía miedo. Tal vez Piper estuviera loco, pero padecía una locura autodestructiva que no suponía ninguna amenaza para Frensic. Le estuvo observando mientras leía la carta con renacida lástima. Frente a él tenía a la negación del ser en persona, al autor arquetípico para quien sólo las palabras tenían entidad, alguien que además no sabía escribir.

Al terminar la carta, Piper alzó la vista.

—¿Qué significa? —le preguntó.

—Lo que no dice —repuso Frensic—: que la gran doctora Louth es la autora de *Deteneos*. Eso es lo que significa.

Piper volvió a mirar la carta.

—Pero si aquí dice que no lo escribió…

Frensic sonrió.

—Exactamente. ¿Y por qué razón iba a tener que escribir algo así? ¿Te has hecho esta pregunta? ¿Por qué negar algo que nunca nadie había imaginado siquiera?

—No entiendo nada —se rindió Piper—. No tiene sentido.

—Lo tiene si tomas en cuenta que la estaban chantajeando —le dijo Frensic.

—¿Chantajeando? ¿Pero quién?

Frensic tomó una pizca de rapé.

—Tú. Tú me amenazaste, así que yo la amenacé a ella.

—Pero…

Piper hacía lo imposible por seguir aquella secuencia incomprensible. Estaba más allá de su filosofía simplona.

—Tú me amenazaste con descubrirme y yo me limité a transmitir el mensaje —prosiguió Frensic—. La doctora Sydney Louth ha pagado dos millones de dólares para impedir que se desvelara su identidad como autora de *Deteneos*. Ese es el precio de su sagrada reputación.

Piper tenía los ojos vidriosos.

—No le creo —musitó.

—Pues no me creas —dijo Frensic—. Puedes creerte lo que te dé la gana. Lo único que tienes que hacer es resucitar, decirle a Hutchmeyer que todavía sigues vivito y coleando y los medios de comunicación ya se encargarán del resto. Todo saldrá a la luz. Mi papel, tu papel, toda la dichosa historia y, para terminar, tu doctora Louth con su reputación como crítica por los suelos. Esa bruja se convertirá en el hazmerreír del mundo de las letras. Pero bueno, para ti será la cárcel. Y supongo que yo estaré en la ruina pero, por lo menos, ya no tendré que afrontar la misión imposible de publicar tu *En busca de la infancia* podrida. Eso ya será un consuelo.

Piper se dejó caer en una silla.

—¿Y bien? —dijo Frensic.

Piper meneaba la cabeza. Frensic le cogió la carta y se volvió hacia las ventanas. Había tratado al pobre infeliz de farsante. Ya no habría más amenazas ni manuscritos. Piper estaba acabado. Había llegado la hora de marcharse.

Frensic se quedó mirando el río de aguas turbias y, al fondo, el bosque. Era un paisaje singular que le era ajeno, peligrosamente exuberante y muy alejado de aquel pequeño mundo tan acogedor que había ido a proteger.

Frensic cruzó el umbral y bajó por la amplia escalinata hasta el vestíbulo. Lo único que tenía que hacer era llegar a casa lo antes posible.

Sin embargo, tras subir al coche de alquiler y dirigirse al transbordador, se encontró con el pontón al otro lado del río sin nadie que pudiera hacerlo cruzar. Frensic tocó la campana, pero nadie acudió, así que permaneció bajo aquel tórrido sol y esperó.

Había una extraña quietud en el aire, rota únicamente por el rumor de las aguas del río embarrado que lamía la ribera a sus pies. Frensic volvió a subirse al coche y puso rumbo a la plaza, pero allí tampoco encontró a nadie.

Sombras oscuras bajo los tejados de zinc de las fachadas de las tiendas que hacían

las veces de toldos; la iglesia pintada de blanco, un banco de madera al pie de la estatua de la plaza, ventanas vacías.

El reloj del juzgado marcaba las doce. Seguramente, la gente debía de estar almorzando, pero se respiraba una desolación anormal que le inquietaba, y, al otro lado del río, el bosque, aquella maraña salvaje de árboles y maleza, parecía acercar la línea del horizonte sobre la que nacía el cielo de un azul límpido.

Frensic dio una vuelta por la plaza y regresó al coche. Tal vez si volvía a probar con el transbordador…

Sin embargo el pontón seguía en la otra ribera y cuando Frensic trató de tirar del cable, no se movió ni un ápice. Volvió a tocar la campana. No había eco y su inquietud se acrecentó.

Por fin, tras dejar el coche en la carretera, echó a andar siguiendo el sendero que bordeaba el río. Esperaría a que pasara la hora del almuerzo y luego probaría de nuevo.

Después de pasar bajo robles perennes coronados de musgo negro, el sendero desembocaba en el cementerio y Frensic permaneció un rato mirando las lápidas y dio media vuelta.

Si se dirigía hacia el oeste tal vez acabara por encontrar una carretera que le condujera fuera de la ciudad desde aquella ribera hasta desembocar en la carretera 80. Sendero Sangriento se le antojaba un nombre casi alegre. Sin embargo, en el coche no tenía ningún mapa, así que después de probar varias carreteras secundarias que terminaban en callejones sin salida o desembocaban en caminos poco apetecibles que se adentraban en el bosque, Frensic volvió sobre sus pasos.

Tal vez el transbordador ya funcionara. Frensic consultó su reloj. Eran las dos del mediodía y la gente ya debía de haber salido de sus casas.

Y así era. Al regresar a la plazuela, un grupo de hombres enjutos, que se encontraban de pie en la acera frente al juzgado, cruzaron la calle.

Frensic se detuvo y les miró con desasosiego a través del parabrisas. Los hombres enjutos llevaban pistoleras prendidas del cinturón y el más enjuto de todos lucía una estrella en la pechera. Fue éste el que se acercó al coche y se agachó frente a la ventanilla. Frensic se quedó mirando sus dientes amarillentos.

—¿Se llama usted Frensic? —le preguntó.

Frensic asintió.

—El juez quiere verle —le anunció—. Así que acompáñeme sin chistar si no…

Frensic le acompañó sin chistar y subió las escaleras del juzgado con el grupito de hombres cortándole la retirada. En el interior se respiraba un aire fresco de penumbra. Frensic titubeó, pero el hombre alto le indicó una puerta.

—El juez está en su despacho —le dijo—. Puede usted pasar.

Frensic entró. Al otro lado de un escritorio enorme estaba Baby Hutchmeyer. Llevaba una toga negra que le llegaba hasta los tobillos y su cara, de aquel liso tan poco natural, presentaba una palidez sumamente desagradable.

Frensic la miró fijamente: no le cabía ninguna duda sobre su identidad.

—¿Señora Hutchmeyer…? —dijo—. ¿La difunta señora Hutchmeyer?

—Juez Hutchmeyer para usted —repuso Baby—. Y déjese de difuntos si no quiere terminar como difunto señor Frensic en un abrir y cerrar de ojos.

Frensic tragó saliva y echó una ojeada por encima del hombro. El sheriff estaba de pie, apoyado contra la puerta, y la pistola que pendía de su cinturón resplandecía llamativamente.

—¿Puedo preguntarle qué significa todo esto? —le preguntó después de un intervalo de silencio muy significativo—. Traerme hasta aquí de este modo y…

La juez miró al sheriff.

—¿Cuáles son los cargos hasta ahora? —le preguntó.

—Proferir insultos y amenazas —dijo el sheriff—, estar en posesión de un arma de fuego sin licencia, llevar la rueda de recambio rellena de heroína, chantaje. Dígame lo que quiera, juez, y seguro que también está en la lista.

Frensic buscó una silla a tientas.

—¿Heroína? —dijo con voz ahogada—. ¿Qué quiere decir con eso de heroína? No llevo ni una pizca.

—¿Es eso lo que cree? —dijo Baby—. Herb, muéstraselo, ¿quieres?

El sheriff asintió a su espalda.

—Su coche se encuentra en el garaje y ahora mismo lo están desmontando —le explicó—. Si quiere pruebas se lo puedo mostrar.

Pero a Frensic no le hacía falta ninguna prueba. Sentado, aturdido en la silla, miraba la cara pálida de Baby.

—¿Qué quiere de mí? —le preguntó por fin.

—Justicia —dijo Baby sin más.

—Justicia —musitó Frensic—. Y habla usted de justicia…

—¿Desea usted hacer una declaración ahora mismo o prefiere reservarse su defensa hasta el juicio de mañana? —le preguntó Baby.

Frensic volvió a echar un vistazo por encima del hombro.

—Deseo hacer una declaración ahora mismo. Pero en privado —precisó.

Baby se dirigió al sheriff con un movimiento de cabeza.

—Espera fuera, Herb —le pidió—. Pero no te vayas muy lejos. Si hubiera algún problema aquí dentro…

—Aquí dentro no habrá problemas de ninguna clase —se apresuró a decir Frensic—. Eso se lo puedo garantizar.

Baby barrió a Herb y las garantías de Frensic con un ademán. En cuanto la puerta se cerró, Frensic sacó el pañuelo y se lo pasó por la cara.

—Muy bien —dijo Baby—, de modo que quiere hacer una declaración…

Frensic se echó hacia adelante.

Tenía ganas de decirle «No puede hacerme esto», pero aquella frase tan manida y corriente en tantos de sus autores no le pareció apropiada. Se lo podía hacer. Se encontraba en Bibliópolis y Bibliópolis no figuraba en los mapas de la civilización.

—¿Qué quiere de mí? —le preguntó con desaliento.

La juez Baby hizo girar su sillón y se recostó.

—Viniendo de usted, señor Frensic, es una pregunta muy interesante —le dijo—. Se presenta en este pueblecito, profiere insultos y amenazas contra uno de nuestros ciudadanos ¿y ahora me pregunta qué quiero de usted?

—Yo no he proferido insultos ni amenazas —se defendió Frensic—. He venido para decirle a Piper que dejara de mandarme manuscritos. Y si alguien ha proferido amenazas, ha sido él, no yo.

Baby meneó la cabeza.

—Si en eso se basa su defensa, ya le puedo advertir de antemano que nadie en Bibliópolis le va a creer. El señor Piper es el ciudadano más pacífico y antiviolento que hay por estos pagos.

—Es muy posible que por estos pagos sea así —dijo Frensic—, pero en Londres…

—Ahora no está en Londres —le recordó Baby—. Está en mi despacho temblando como un sabueso que mea huesos de melocotón.

Frensic estudió aquella sonrisa y se le antojó desagradable.

—Usted también temblaría si le estuvieran acusando de llevar la rueda de recambio rellena de heroína —le dijo.

Baby asintió.

—En eso tiene razón —reconoció Baby—. Le podría condenar a cadena perpetua sólo por eso. Y si añadimos los insultos y amenazas, estar en posesión de armas de fuego y el chantaje, sería cadena perpetua y noventa y nueve años. Será mejor que tenga en cuenta eso antes de decir nada.

Frensic lo tuvo en cuenta y descubrió que temblaba más si cabe que antes.

Los sabuesos meando huesos de melocotón no eran un símil apropiado.

—No lo dirá en serio… —dijo con voz quebrada.

Baby sonrió.

—Será mejor que se lo tome en serio. El alcaide de la penitenciaría es el diácono de mi Iglesia, así que no tendría que cumplir los noventa y nueve años. La cadena perpetua no se prolongaría más de tres meses y no sobreviviría al encarcelamiento. Tienen serpientes y demás para conseguir una muerte por causas naturales. ¿Ha visitado ya nuestro pequeño cementerio?

Frensic asintió.

—Pues le tenemos elegido un rinconcillo —le dijo Baby—. Pero sin lápida. Nada de nombrecitos como Frensic. Sólo un pequeño montículo y así nadie se enterará. Elija usted.

—¿Qué? —preguntó Frensic, en cuanto recuperó el habla.

—Cadena perpetua más noventa y nueve años o hacer lo que le pida.

—Creo que haré lo que me pida —cedió Frensic, que no veía por ninguna parte que aquello fuera una elección.

—De acuerdo —dijo Baby—. Primero tendrá que hacer una confesión completa.

—¿Confesión? —dijo Frensic—. ¿Qué clase de confesión?

—Que es usted el autor de *Deteneos, oh, hombres, ante la virgen* y que se la endilgó al señor Piper, engañó a Hutch e instigó a la señorita Futtle a prender fuego a la casa y…

—¡No! —gritó Frensic—. ¡Eso nunca! Prefiero…

Pero se contuvo. No prefería nada. Había algo en el rostro de Baby que se lo decía.

—No veo por qué tengo que confesar todas esas cosas —se quejó.

Baby se tranquilizó.

—Le manchó usted el buen nombre, así que ahora se lo va a devolver inmaculado.

—¿Su buen nombre? —dijo Frensic.

—Al ponerlo en la portada de esa novela repugnante —le aclaró Baby.

—Hasta que ocurrió esto no tenía nombre de ninguna clase —dijo Frensic—. No había publicado nunca nada, así que, ahora que está muerto, menos todavía.

—Oh, sí, claro que sí —dijo Baby, echándose hacia adelante—. Le va a prestar su nombre. Por ejemplo: *En busca de la infancia perdida* de Frederick Frensic.

Frensic se la quedó mirando sin dar crédito. Aquella mujer estaba más loca que una cabra.

—¿*En busca* una novela mía? —dijo—. Usted no lo entiende. He estado intentando endilgar el dichoso librito a todos los editores de Londres y nadie quiere saber nada de él.

Se cae de las manos.
Baby sonrió. Una sonrisa de lo más desagradable.
—Eso es problema suyo. Va a publicar ese libro y todos los que escriba en el futuro con su nombre. O eso o trabajos forzados.
Baby echó un vistazo por la ventana cargado de intención y oteó el horizonte de árboles y el cielo límpido.
Frensic, siguiendo su mirada, pudo contemplar un futuro espantoso y una muerte prematura. Tendría que seguirle la corriente.
—De acuerdo —aceptó—. Haré cuanto esté en mi mano.
—Le conviene hacer mucho más que eso. Hará exactamente lo que yo le diga.
Baby cogió una hoja de papel de un cajón y se la entregó junto con un bolígrafo.
—Y, ahora, escriba —le ordenó.
Frensic se acercó arrastrando la silla y empezó a escribir con mano temblorosa.
Cuando hubo terminado había confesado haber evadido impuestos en Gran Bretaña pagando dos millones de dólares más derechos de autor a la cuenta número 478776 del First National Bank de Nueva York y haber incitado a su socia, señorita Futtle de soltera, a prender fuego a la residencia Hutchmeyer.
La declaración era tal batiburrillo de cosas que había hecho y cosas que no, que de haberse visto sometido al interrogatorio de un abogado competente nunca habría conseguido salir indemne.
Baby la leyó, firmó como testigo y llamó a Herb para que firmara también.
—Más la vale cumplir con esto al pie de la letra —le advirtió cuando el sheriff hubo salido de su despacho—. En cuanto abra la boca o intente eludir su obligación de publicar una sola de las novelas del señor Piper, este documento irá directamente a Hutchmeyer, la compañía de seguros, el FBI y el Departamento de Hacienda, y esa sonrisita que le baila en los labios se le borrará de sopetón.
Pero Frensic no estaba sonriendo. Era un tic que acababa de contraer.
—Porque si cree que podrá salir de ésta acudiendo a las autoridades para que vengan a buscarme a Bibliópolis, ya se lo puede ir quitando de la cabeza. Aquí tengo muchos amigos y, si yo lo digo, nadie abrirá la boca. ¿Lo ha entendido?
Frensic asintió.
—Creo que sí —dijo.
Baby se puso en pie y se quitó la toga.
—Bueno, en caso de que no sea así, le vamos a redimir —le dijo.
Y salieron al vestíbulo, donde el grupito de hombres enjutos les estaba esperando.
—Tenemos a otro converso, chicos-les anunció—. Nos veremos en la iglesia.
Frensic ocupó el primer banco de la pequeña iglesia de los Siervos del Señor.
Ante él, una Baby radiante y serena oficiaba la ceremonia. No cabía ni un alfiler y Frensic compartía el libro de himnos con Herb, que estaba sentado a su lado. Entonaron «He telefoneado al cielo», «Rock de los siglos» y «Reunámonos junto al río», y con la ayuda de Herb que le propinaba codazos, Frensic cantó con tanto entusiasmo como los demás.
Para terminar, Baby pronunció un virulento sermón en torno a la sentencia: «Guárdate de los glotones, borrachines y amigos de editores y otros pecadores» con la mirada fija en Frensic, y todos los feligreses entonaron el «En Bibliópolis te queremos».
Había llegado la hora de redimir a Frensic. Dio unos pasos temblorosos al frente y se arrodilló.

Era muy posible que las serpientes ya no infestaran Bibliópolis, pero Frensic se sentía paralizado. Por encima de su cabeza, el rostro de Baby resplandecía radiante. Había vuelto a triunfar.

—Jura por nuestro Señor que cumplirás con lo pactado —le dijo.

Y Frensic lo juró.

Y seguía jurando y perjurando una hora después, sentado en el interior de su coche mientras el transbordador cruzaba el río.

Frensic desvió los ojos hacia Pellagra. En el primer piso, las luces estaban encendidas. Piper debía de estar trabajando en alguna espantosa novela que Frensic tendría que vender firmada de su puño y letra.

Salió disparado del transbordador y el coche de alquiler avanzó a sacudidas por el camino sin asfaltar, al tiempo que los faros arrancaban destellos a las aguas oscuras que resplandecían al pie de los árboles entrelazados. Al lado de Bibliópolis, aquel paisaje hosco no representaba ninguna amenaza para él. Era un mundo natural plagado de peligros naturales y Frensic se sentía con fuerzas para hacerle frente.

Con Baby Hutchmeyer no había tenido la oportunidad de hacer frente a nada.

Frensic volvió a perjurar.

Piper estaba sentado en silencio frente a su escritorio del estudio de Pellagra.

Pero no estaba escribiendo. Tenía entre sus manos la declaración que había escrito Frensic por la cual se comprometía a publicar *En busca de la infancia perdida*, aunque tuviera que pagarla de su propio bolsillo. Por fin le iban a publicar. Qué importaba que el nombre que apareciera en portada fuera el de Frensic. Un día, el mundo sabría la verdad.

O, mejor todavía, quizá sería siempre un interrogante.

A fin de cuentas, ¿quién sabía quién era Shakespeare o quién había escrito Hamlet?

Nadie.

CAPÍTULO XXIII

Nueve meses más tarde, *En busca de la infancia perdida* de Frederick Frensic, publicado por Corkadale, a tres libras noventa peniques, aparecía en Gran Bretaña.

La edición americana corría a cargo de Hutchmeyer Press.

Frensic había tenido que ejercer presión directa en ambas direcciones y no consiguió que Geoffrey aceptara el libro hasta que le amenazó con delatarle.

Sonia se había dejado ablandar por su sentido de la lealtad y, en cuanto a Hutchmeyer, no había hecho ninguna falta que le apremiara. Le había bastado con oír el sonido de una voz femenina que le era muy familiar a través del auricular del teléfono.

Y así fue como se enviaron los ejemplares de prensa con el nombre de Frensic en la portada y en la solapa. Al dorso una pequeña nota biográfica explicaba que había sido agente literario. Ya no lo era.

A pesar de que su nombre subsistía todavía en la puerta de su oficina de Lanyard Lañe, su despacho estaba vacío y Frensic se había mudado de Glass Walk a una casa de campo de Sussex sin teléfono.

Allí, a salvo de la señorita Bogden, se había convertido en el amanuense de Piper.

Día tras día mecanografiaba los manuscritos que éste le mandaba y noche tras noche, medio escondido en un rincón del pub del pueblo, ahogaba sus penas.

Sus amistades de Londres rara vez le veían y, por necesidad, de tarde en tarde iba a visitar a Geoffrey y almorzaba con él.

Por regla general, se pasaba el día sentado ante la máquina de escribir, cultivaba su jardín y daba largos paseos sumido en melancólicas cavilaciones.

Pero no es que anduviera siempre deprimido. Conservaba aquel espíritu inquebrantable que le obligaba a enfrentarse a su problemática situación y trataba de ponerle remedio. Pero no se le ocurría nada. La imaginación se le había quedado aletargada desde aquella terrible experiencia, y el sufrimiento diario de la pesada prosa de Piper no hacía más que enquistar el asunto.

Destilada de tal variedad de fuentes, actuaba directamente sobre los nervios de Frensic y lo sumía en un terrible estado de desorientación: apenas acababa de reconocer una frase de Mann, cuando lanzaba un pedazo de Faulkner, seguido de un *mot* de Proust o una rebanada de *Middlemarch*.

Después de un párrafo semejante, Frensic se levantaba, salía al jardín mareado y trataba de rehuir todas aquellas asociaciones cortando el césped.

Por la noche, antes de acostarse, intentaba extirpar el recuerdo de Bibliópolis leyendo una página o dos de *El viento entre las cañas*, soñando con poder solazarse en un barco como el *Water Rat*. Cualquier cosa con tal de huir de la tortura a la que estaba sometido.

Era domingo y toda la prensa llevaría las reseñas de *En busca*.

Muy a su pesar, Frensic se sintió arrastrado hasta la tiendecilla del pueblo y se compró el *Sunday Times* y el *Observer*.

Se los compró los dos, pero no pudo resistir la tentación de leer lo peor antes de llegar a casa. Era lo mejor que podía hacer para poner fin a aquella agonía de una vez por todas.

De pie en medio de la calle, Frensic abrió el suplemento literario del *Times* y buscó

la página de novedades. Ahí estaba: encabezando la lista.

Frensic tuvo que apoyarse en el pilar de un portalón antes de leer la reseña y, a medida que iba avanzando en la lectura, sintió que su mundo volvía a ponerse patas arriba.

A Linda Gormley le había encantado el libro y le dedicaba dos columnas de alabanzas. Lo definía como «el análisis más sincero y original de los traumas de adolescencia que he leído en mucho tiempo».

Frensic se quedó mirando las palabras boquiabierto, incapaz de darles crédito.

Luego hojeó el *Observer*. Tres cuartos de lo mismo: «Por tratarse de una *ópera prima* no sólo tiene frescura, sino que hace gala de una profunda intuición a la hora de analizar las relaciones familiares…, una obra maestra…».

Frensic se apresuró a cerrar el periódico. ¿Una obra maestra?

Frensic lo comprobó. Las palabras seguían allí, pero más abajo todavía era peor: «Si puede afirmarse que una novela es una gran obra de genio…».

Frensic tuvo que agarrarse al pilar. Se sentía desfallecer. Estaban aclamando *En busca de la infancia perdida*.

Subió tambaleándose calle arriba vencido por la sensación de derrota. Su olfato, aquel olfato infalible, le había traicionado. Piper estaba en lo cierto desde siempre. O eso o la epidemia de *La novela moral* se había extendido hasta terminar con los días de la novela como pasatiempo para dar paso a la religión de la literatura. La gente ya no leía por placer.

Si les gustaba *En busca* no había otra explicación. La lectura de ese libro no producía una pizca de gozo.

Frensic había mecanografiado el manuscrito trabajosamente (ésa era la palabra adecuada), página espantosa tras página espantosa, y había visto emanar de todas ellas una autocompasión lastimera y una vanidad de una arrogancia que le ponía enfermo.

Y ahora resultaba que aquel detestable vómito de palabras era lo que los críticos llamaban originalidad, frescura y obra de un genio. ¡Genio!

Frensic escupió al pronunciar la palabra. Había perdido todo su significado.

Y mientras subía la cuesta con paso cansino, de pronto cayó en la cuenta del verdadero alcance del éxito del libro.

Tendría que ir por la vida marcado por el estigma de ser famoso como autor de un libro que no había escrito. Sus amigos le felicitarían…

Por un espantoso momento, Frensic llegó a plantearse la posibilidad del suicidio, pero su sentido de la ironía acabó por salvarle el pellejo. Ahora ya sabía cómo se debía de haber sentido Piper cuando Frensic le endilgó *Deteneos*. «Le había estallado su propia bomba en las narices», le vino a la memoria, y no tuvo más remedio que reconocer la venganza absoluta de Piper.

Cuando cayó en la cuenta, Frensic se detuvo. Le habían hecho quedar en ridículo, y aunque el mundo entero le tuviera por un genio, un día se sabría la verdad y se convertiría en hazmerreír de todos.

Era la misma amenaza que había utilizado contra la doctora Louth y ahora se volvía contra él. La furia de Frensic ante semejante perspectiva espoleó su espíritu inquebrantable y lo puso en marcha.

De pie en la calle, rodeado de setos, comprendió dónde estaba la escapatoria. Les pagaría con la misma moneda. Con toda la experiencia acumulada gracias a los miles y miles de novelas comerciales de éxito que había vendido, no le costaría mucho esfuerzo inventarse la trama de una historia que contuviera todos y cada uno de los elementos que Piper y su mentora, la doctora Louth, más detestaban.

Habría sexo, violencia, sentimentalismo y romance…, y todo ello sin una pizca de profundidad. Sería una historia trepidante, hija de *Deteneos*, y en la solapa aparecería el nombre de Peter Piper en negrilla. No, eso sería una equivocación. Piper no era más que un peón en aquella partida. Tras él se ocultaba una enemiga de la literatura mucho más temible: la doctora Louth.

Frensic apresuró el paso y cruzó precipitadamente el puente de madera que conducía a su casa de campo.

Sentado frente a la máquina de escribir, preparó una hoja de papel. Ante todo, le haría falta un título. Los dedos aporrearon las teclas y aparecieron las palabras:

UNA NOVELA INMORAL, de la

DRA. SYDNEY LOUTH.

CAPÍTULO PRIMERO.

Frensic siguió escribiendo mientras la cabeza le hervía con la lucidez de antaño.

Incorporaría aquel estilo suyo tan característico carente de gracia. Y sus ideas.

Sería un grotesco pastiche de todo cuanto había escrito hasta entonces y contaría una historia tan nauseabunda y detestable que constituiría la negación misma de todos y cada uno de los preceptos de La novela moral. Pondría a aquella bruja boca abajo y la sacudiría hasta que le castañetearan los dientes. Y ella no podría hacer nada por impedírselo. En su calidad de agente, Frensic tenía las espaldas cubiertas. Lo único que podía herirle era la verdad, y ella no estaba en situación de contarla.

Frensic dejó de escribir y se quedó pensativo mirando a la nada. No tenía ninguna necesidad de inventarse una historia. La verdad era mucho más mortífera. Contaría la historia de la *Gran Pesquisa* con pelos y señales. Su nombre se arrastraría por el fango, pero con el éxito de *En busca ya* lo había hecho, y además tenía una cuenta pendiente que saldar con la literatura inglesa. ¡Al cuerno con la literatura inglesa!

Tenía una cuenta pendiente con Grub Street y con todos aquellos escritores sin pretensiones que escribían para ganarse la vida. ¿La vida? La ambigüedad del término le paralizó por un momento. Escribían para ganarse la vida y sobre la vida.

Frensic arrancó la página de la máquina de escribir y empezó de nuevo.

Lo titularía **LA GRAN PESQUISA. UNA HISTORIA REAL, de Frederick Frensic**.

La vida se merecía la verdad, y también una historia, y estaba dispuesto a concederle ambas cosas. Dedicaría el libro a Grub Street. Tenía un agradable timbre añejo a lo siglo XVIII. Sintió cosquillas en la nariz. Sabía que acababa de empezar un libro que se vendería. Y si se empeñaban en demandarle, adelante. La publicaría y al cuerno con todo.

En Bibliópolis la publicación de de su gran obra no hizo ninguna mella en Piper.

Había perdido la fe. La había abandonado tras la visita de Frensic y la revelación de que la doctora Sydney Louth era la autora de *Deteneos*.

Asimilar la verdad requirió su tiempo y había seguido escribiendo y reescribiendo durante meses y meses de una manera casi automática.

Sin embargo, en el fondo, sabía que Frensic no le había mentido. Hasta había escrito

una carta a la doctora Louth sin obtener respuesta.

Piper cerró las puertas de la Iglesia de la Gran Tradición. Únicamente la Escuela de Caligrafía siguió funcionando, y con ella, la doctrina de la logosofía. La era de las grandes novelas había tocado a su fin. Lo único que podía hacer era perpetuar su memoria en un manuscrito.

Y así, mientras Baby predicaba la necesidad de seguir los pasos de Jesucristo, Piper abrazó los valores tradicionales en todos los aspectos.

Había abolido ya las estilográficas y sus pupilos escribían con plumas de ave. Eran más naturales que los plumines. Había que cortarlas y, como herramientas originales del oficio, se erigían en recordatorio de aquella edad de oro en la que los libros se escribían a mano y en la que ser copista representaba pertenecer a una casta honorable.

Aquel domingo por la mañana, sentado en el Scriptorium, Piper mojó la pluma de ave en el tintero de tinta eterna evaporada y empezó a escribir:

«El apellido de mi padre era Pirrip y mi nombre de pila Philip, así que mi torpe lengua infantil no podía fundirlos en nada más largo o explícito que Piper…». Se detuvo. No era cierto. Tendría que haber sido Pip. Pero, después de un leve titubeo, volvió a mojar la pluma en el tintero y siguió escribiendo.

Al fin y al cabo, dentro de mil años, ¿a quién demonios le iba a importar quién había escrito *Grandes esperanzas*? Sólo a unos pocos eruditos que todavía sabrían leer el inglés. Únicamente los manuscritos de pergamino de Piper, encuadernados en la más gruesa de las pieles, repletos de los perfectos jeroglíficos de su caligrafía y de caracteres de oro, resistirían el paso del tiempo y se exhibirían en los museos del mundo entero como testimonio mudo de su dedicación a la literatura y a su oficio.

Y en cuanto hubiera terminado con Dickens, empezaría con Henry James y volvería a escribir sus novelas a mano. Tenía por delante toda una vida de trabajo consagrada a la copistería de la gran tradición con tinta eterna evaporada Higgins.

El nombre de Piper sería literalmente inmortal, a pesar de los pesares…

Notas

[1] «Bronwbagging», esto es, introducir a escondidas provisiones o, en este caso, botellas de licor en algún sitio. *(N. del T.)*